¿Y si la vida que
soñaste estuvo siempre
a tu alcance?
JODI
PICOULT
BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
Si
estuvieras
aquí
Planeta

JODI PICOULT

SI ESTUVIERAS AQUÍ

Planeta

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
- UNO
- DOS
- TRES
- CUATRO
- CINCO
- SEIS
- SIETE
- OCHO
- NUEVE
- DIEZ
- ONCE

SEGUNDA PARTE
- DOCE
- TRECE
- CATORCE
- QUINCE
- DIECISÉIS
- DIECISIETE
- DIECIOCHO
- EPÍLOGO
- NOTA DE LA AUTORA
- AGRADECIMIENTOS

- Acerca del autor
- Créditos
- Planeta de libros

Para Melanie Borinstein,
quien pronto será el nuevo
miembro de nuestra familia.
No hay nadie más con quien quisiera
tener un salón de cuarentena.

De acuerdo con *El origen de las especies* de Darwin, no es la especie más intelectual la que sobrevive; no es el más fuerte el que sobrevive; la especie que sobrevive es la que mejor se adapta y ajusta al entorno cambiante en el que se encuentra.

LEON C. MEGGINSON

PRIMERA PARTE

UNO

13 de marzo de 2020

Cuando tenía seis años pinté una esquina del cielo. Mi padre trabajaba como restaurador, uno de los pocos que restauraban el mural del zodiaco en el techo del vestíbulo principal de la terminal Grand Central: un entramado azul agua con constelaciones brillantes. Era tarde, bien pasada la hora de dormir, pero mi padre me llevó a su trabajo porque mi madre, como de costumbre, no estaba en casa.

Con cuidado, me ayudó a subir el andamiaje donde lo observé trabajar en un área limpia de la pintura turquesa. Miré las estrellas que representaban la mancha de la Vía Láctea, las alas doradas de Pegaso, el garrote alzado de Orión, los peces entrelazados de Piscis. Mi padre me contó que el mural original había sido pintado en 1913. Las fugas de agua en el techo dañaron el yeso y, en 1944, lo replicaron en paneles que estaban sujetos al techo abovedado. El plan original consistía en quitar los paneles para su restauración, pero como contenían asbesto, los restauradores los dejaron en su lugar y trabajaron con hisopos de algodón y una solución limpiadora para borrar décadas de contaminantes.

Descubrieron historias, aparecieron firmas, bromas privadas y notas que habían dejado los artistas originales, insertadas entre las constelaciones. Había fechas que conmemoraban bodas y el final de la Segunda Guerra Mundial. Había nombres de soldados. El nacimiento de unos gemelos estaba registrado cerca de Géminis.

Los artistas originales habían cometido un error: por la manera en que aparece en el cielo nocturno, el zodiaco que pintaron estaba invertido. Pero en lugar de corregirlo, mi padre reforzaba el error con esmero. Esa noche trabajaba en una pequeña área cuadrada de estrellas doradas. Ya había pintado los diminutos puntos amarillos con adhesivo. Los cubrió con un pedazo de hoja de oro, ligera como el

aire. Después volteó a verme.

—Diana —dijo extendiendo la mano.

Subí hasta quedar frente a él, protegida en la seguridad de su cuerpo. Me dio una brocha para que la pasara sobre la fina lámina para fijarla en su lugar. Me mostró cómo aplicarla con cuidado usando el pulgar. Así, la galaxia que había creado fue todo lo que quedó.

Al terminar el trabajo, los curadores dejaron una pequeña mancha oscura en la esquina noroeste de la terminal Grand Central, donde el techo azul celeste se encuentra con la pared de mármol. Esta sección de 22 × 12 centímetros se dejó así deliberadamente. Mi padre me explicó que los curadores hacen eso en caso de que los historiadores necesiten estudiar la composición original. La única manera de saber qué tan lejos has llegado es saber dónde empezaste.

Cada vez que voy a la terminal Grand Central pienso en mi padre. En cómo nos marchamos esa noche tomados de la mano, con las palmas brillantes como si hubiéramos robado las estrellas.

Es viernes 13, debí haber reparado en eso. Ir de Sotheby's, en Upper East Side, hasta el Ansonia, que está en Upper West Side, significa tomar el tren Q a Times Square y luego el 1, hacia la parte alta de la ciudad, por lo que tengo que viajar en dirección opuesta antes de dirigirme hacia el camino correcto.

Odio dar marcha atrás.

En general cruzaría Central Park a pie, pero llevo un nuevo par de zapatos que me sacaron una ampolla en el talón y que jamás me habría puesto de haber sabido que Kitomi Ito me mandaría llamar. Por eso, ahora me encuentro en el transporte público. Pero algo está mal, y me lleva un momento darme cuenta de qué es.

El silencio. Normalmente tengo que abrirme paso entre los turistas que escuchan a alguien que canta por unas monedas o un cuarteto de violín. Sin embargo, hoy el andén está vacío.

Por un exceso de precaución, anoche los teatros de Broadway cancelaron sus representaciones por un mes, después de que un acomodador salió positivo en la prueba de covid. En cualquier caso, eso es lo que dijo Finn, residente del Hospital Presbiteriano de Nueva York: no ha visto la afluencia de casos de coronavirus que están apareciendo en el estado de Washington, Italia y Francia.

—Solo hubo 19 casos en la ciudad —me comentó anoche mientras veíamos las noticias, cuando me pregunté en voz alta si deberíamos ya

empezar a entrar en pánico—. Lávate las manos y no te toques la cara —me dijo—. Todo va a estar bien.

El metro que va a la parte alta de la ciudad también está casi vacío. Bajo en la 72.ª y salgo a la calle, parpadeando como topo y caminando con el paso rápido y enérgico de los neoyorquinos. El Ansonia, en toda su gloria, se erige como un genio enfurecido, proyectando desafiante su fachada *Beaux Arts* al cielo. Por un momento me quedo ahí parada en la banqueta, mirando su techo de mansarda y su despreocupado crecimiento hacia la 73.ª y la 74.ª. Hay una tienda de North Face y una de American Apparel en la planta baja, pero no siempre fue tan sofisticado. Kitomi me dijo que cuando ella y Sam Pride se mudaron ahí en los setenta, el edificio estaba abarrotado de psíquicos y médiums, y que albergaba un club de *swingers* con un salón de orgías, barra libre y bufet. «Sam y yo íbamos al menos una vez a la semana», me dijo.

Yo no había nacido cuando Sam y William Punt, su compañero compositor, formaron la banda Los Nightjars con dos amigos de la escuela de Slough, Inglaterra. Tampoco cuando su primer álbum estuvo 30 semanas en los favoritos de *Billboard*, ni cuando su pequeño cuarteto británico estuvo en *The Ed Sullivan Show* y despertó una estampida de alaridos de chicas estadounidenses. Tampoco cuando Sam se casó con Kitomi Ito diez años después o cuando la banda se disolvió, meses después de que lanzaran su último álbum con Kitomi y Sam en la portada, desnudos, emulando las figuras de una pintura que colgaba sobre la cabecera de su cama. Y tampoco había nacido cuando asesinaron a Sam tres años después, en las escaleras de este mismo edificio, apuñalado en la garganta por un enfermo mental que lo reconoció como el hombre de la portada de ese álbum icónico.

Pero como todo el mundo en el planeta, conozco la historia.

El portero del Ansonia me sonríe con amabilidad; la conserje levanta la mirada cuando me acerco a la recepción.

—Vengo a ver a Kitomi Ito —digo tranquila, empujando mi licencia de manejo sobre el escritorio.

—La está esperando —responde—. Piso...

—18. Lo sé.

Muchas personas famosas han vivido en el Ansonia, desde Babe Ruth hasta Theodore Dreiser, Toscanini o Natalie Portman, pero podría decirse que Kitomi y Sam Pride son los más famosos. Si hubieran asesinado a mi esposo a la entrada de mi edificio quizá no me habría quedado otros 30 años, pero esa soy yo. Y en cualquier

caso, Kitomi por fin va a mudarse, esa es la razón por la que la viuda del cantante de rock más tristemente célebre del mundo tiene mi número en su teléfono celular.

«Esto es mi vida», pienso, recargada contra la pared del fondo del elevador.

Cuando era joven y la gente preguntaba qué quería hacer cuando creciera, yo tenía un plan bien trazado. Quería abrirme un camino seguro en mi carrera, casarme a los 30 y tener hijos a los 35. Quería hablar francés con fluidez y haber cruzado el país por la Ruta 66. Mi padre se había reído con mi lista. «Definitivamente eres hija de tu madre», me dijo. No lo tomé como halago.

Además, para que conste, voy por el buen camino. Soy especialista asociada en Sotheby's, ¡Sotheby's!, y Eva, mi jefa, me ha insinuado de todas las maneras posibles que después de la subasta de la pintura de Kitomi es muy probable que me den un ascenso. No estoy comprometida, pero cuando me quedé sin calcetines limpios el fin de semana pasado y fui a buscar uno de los pares de Finn, encontré un anillo escondido al fondo del cajón de su ropa interior. Mañana nos vamos de vacaciones y Finn va a hacerme ahí la pregunta. Estoy tan segura de eso que hoy me hice *manicure* en lugar de ir a comer.

Y tengo 29 años.

La puerta del elevador se abre directamente en la sala de Kitomi. Todo el piso de mármol son cuadrados blancos y negros, como un tablero de ajedrez gigante. Ella llega a la entrada, vestida en *jeans* y botas de combate y una bata de seda rosa, con la mata de pelo blanco y los lentes morados en forma de corazón por los que es conocida. Siempre me ha hecho pensar en un chochín, ligero y de huesos frágiles. Pienso en el cabello negro de Kitomi, que se volvió blanco de la noche a la mañana por el dolor después de que asesinaron a Sam. Pienso en las fotografías de ella en la banqueta, sin aliento.

—¡Diana! —exclama como si fuéramos viejas amigas.

Hay una breve incomodidad cuando, por instinto, extiendo la mano para estrechar la suya y luego recuerdo que ya no hay que hacerlo, y en su lugar agito la mano con torpeza.

—Hola, Kitomi —respondo.

—Estoy muy contenta de que hayas podido venir hoy.

—No es ningún problema. A muchos vendedores les gusta asegurarse de que el papeleo se les entregue personalmente.

Sobre su hombro, al final del largo pasillo, puedo verlo: el cuadro de Toulouse-Lautrec, que es la razón por la que conozco a Kitomi Ito.

Ella observa cómo mi mirada se concentra en él y su boca dibuja una sonrisa.

—No puedo evitarlo —digo—. Nunca me canso de verlo.

Una expresión peculiar atraviesa el rostro de Kitomi.

—Entonces, déjame enseñarte una mejor perspectiva —responde y me guía al interior de su casa.

De 1892 a 1895, Henri de Toulouse-Lautrec escandalizó al mundo del arte impresionista al mudarse a un burdel y pintar a prostitutas juntas en la cama. *Le Lit*, uno de los cuadros más famosos de esa serie, está en el Museo de Orsay. Otros se han vendido a coleccionistas privados por 10 y 12 millones de dólares. La pintura en la casa de Kitomi es claramente parte de esa serie, aunque evidentemente se distingue de las otras.

En esta no hay dos mujeres, sino una mujer y un hombre. La mujer está sentada desnuda, recargada en la cabecera de la cama, la sábana caída hasta la cintura. Sobre la cabecera hay un espejo y en él se puede ver el reflejo de la segunda figura en el cuadro, el mismo Toulouse-Lautrec, sentado desnudo al pie de la cama, con las sábanas amontonadas sobre su regazo, de espaldas al espectador, mirando fijamente a la mujer, igual que ella a él. Es íntimo y voyerista, a la vez privado y público.

Cuando los Nightjars lanzaron su último álbum, *Twelfth of Never*, la portada mostraba a Kitomi con los senos desnudos contra la cabecera, mirando a Sam, cuya ancha espalda forma el tercio inferior del campo visual. Detrás de su cama cuelga la pintura que imitan, en la posición en que está el espejo en el verdadero cuadro.

Todos conocen la portada de ese álbum. Todos saben que Sam compró esta pintura a un coleccionista privado como regalo de bodas para Kitomi.

Pero solo pocas personas saben que ahora la va a vender en una subasta única de Sotheby's, y que soy yo quien cerró el trato.

—¿Aún te vas a ir de vacaciones? —pregunta Kitomi interrumpiendo mi pensamiento.

¿Le conté de mi viaje? Quizá. Pero no puedo pensar en ninguna razón lógica por la que le pueda importar.

Me aclaro la garganta (no me pagan para soñar despierta sobre arte, me pagan por venderlo) y fuerzo una sonrisa.

—Solo dos semanas y después, justo cuando regrese, toda mi energía será para la subasta.

Mi trabajo es extraño: tengo que convencer a los clientes para que

den en adopción su amado arte, que es un danza cuidadosa entre celebrar la pieza y asegurarles que están haciendo lo correcto al venderla.

—Si le inquieta que llevemos la pintura a nuestras oficinas, no se preocupe —le digo—. Le juro que yo, personalmente, supervisaré su embalaje y estaré ahí cuando llegue también —miro el cuadro—. Le vamos a encontrar el hogar perfecto —prometo—. Entonces, ¿el papeleo?

Kitomi mira por la ventana antes de voltear hacia mí.

—Sobre eso… —dice.

—¿Qué quieres decir con que no quiere vender? —exclama Eva mirándome sobre el grueso armazón de sus famosos lentes. Eva St. Clerck es mi jefa, mi mentora y una leyenda. Como jefa de ventas de la subasta Imp Mod, la gran venta de impresionistas y arte moderno, ella es quien me gustaría ser cuando tenga 40 años, y hasta este momento he disfrutado mucho ser la mascota de la maestra, resguardada bajo el ala de su experiencia.

Eva entrecierra los ojos.

—Lo sabía. Alguien de Christie's se acercó a ella.

Ya antes Kitomi había vendido otras piezas de arte con Christie's, el principal rival de Sotheby's. Para ser justos, todo el mundo supuso que así vendería también el Toulouse-Lautrec… hasta que yo hice algo que nunca debí haber hecho como especialista adjunta y la convencí de que cambiara de opinión.

—No es Christie's…

—¿Phillips? —pregunta Eva arqueando las cejas.

—No, ninguno de ellos. Solo quiere tomarse un tiempo —aclaro—. Le preocupa lo del virus.

—¿Por qué? —pregunta Eva asombrada—. No es que la pintura se pueda contagiar.

—No, pero en una subasta los compradores sí.

—Bueno, puedo convencerla en ese rubro —dice Eva—. Los Clooney, Beyoncé y Jay-Z están muy interesados, ¡por Dios!

—Kitomi también está nerviosa porque el mercado bursátil se está desplomando. Cree que las cosas van a empeorar, rápido. Y quiere esperar un poco… Prefiere prevenir que lamentar.

Eva se frota las sienes.

—¿Estás consciente de que ya filtramos información sobre esta

venta? —dice—. *El New Yorker* publicó una columna sobre eso.

—Solo necesita un poco más de tiempo —digo.

Eva desvía la mirada, en su mente ya me había despedido.

—Puedes irte —ordena.

Salgo de su oficina al laberinto de pasillos en los que están los libros que he usado para investigar sobre las obras de arte. Llevo seis años y medio en Sotheby's, siete si contamos la pasantía, cuando aún estaba en la Universidad Williams. Justo después de terminar la pasantía empecé ahí el programa de maestría en Negocios de Arte. Inicié como becaria y luego como catalogadora subalterna en el departamento de impresionismo, haciendo la investigación inicial de las pinturas que recibíamos. Estudiaba en qué otra cosa trabajaba el artista más o menos al mismo tiempo y en cuánto se vendieron trabajos similares; a veces escribía el primer borrador de la nota publicitaria del catálogo. Aunque estos días el resto del mundo es digital, el mundo del arte sigue produciendo catálogos físicos hermosos: brillantes, con textura y muy, muy importantes. Ahora, como especialista adjunta realizo otras tareas para Eva: visitar las obras de arte *in situ* y advertir cualquier imperfección, igual que se revisa un coche rentado para ver si tiene abolladuras antes de firmar el contrato; acompañar físicamente a la pintura mientras la embalan y la transportan de la casa a nuestra oficina, y en ocasiones acompaño a mi jefa a visitar a posibles clientes.

Una mano sale de una puerta mientras yo paso enfrente y me toma por el hombro, jalándome hasta una pequeña habitación anexa.

—¡Dios! —exclamo casi cayendo sobre Rodney, mi mejor amigo aquí en Sotheby's.

Al igual que yo, empezó como pasante universitario. A diferencia de mí, no terminó en la parte de los negocios en la casa de subastas; en su lugar, diseña y ayuda a crear los espacios donde se exhiben las obras para la subasta.

—¿Es verdad? —pregunta Rodney—. ¿Perdiste el cuadro de los Nightjars?

—Primero: no es el cuadro de los Nightjars, es de Kitomi Ito. Segundo: ¿cómo demonios te enteraste tan rápido?

—Querida, los chismes son el alma de toda esta industria —dice Rodney—. Y corren por estos pasillos más rápido que la gripe —titubea un segundo—. O que el coronavirus, como parece.

—Bueno, no perdí el Toulouse-Lautrec. Kitomi solo quiere que primero se calmen las cosas.

Rodney cruza los brazos.

—¿Y crees que eso suceda pronto? El alcalde declaró estado de emergencia ayer.

—Finn dijo que solo hay 19 casos en la ciudad —digo.

Rodney me mira como si acabara de decir que sigo creyendo en Santa Claus, con una mezcla de incredulidad y compasión.

—Puedes tomar uno de mis rollos de papel de baño —dice.

Por primera vez miro detrás de él. Hay seis tonos diferentes de muestras de pintura dorada en las paredes.

—¿Cuál te gusta? —me pregunta. Señalo la franja de en medio—. ¿En serio? —dice entrecerrando los ojos.

—¿Para qué es?

—Una exhibición de manuscritos medievales. Venta privada.

—Entonces ese —afirmo, señalando con un movimiento de cabeza a la franja de al lado, que parece exactamente igual—. Ven a Sant Ambroeus conmigo —le ruego.

Es el café en el último piso del edificio de Sotheby's y venden sándwiches de prosciutto y mozzarella que podrían borrar la imagen del rostro de Eva que tengo en la cabeza.

—No puedo. Hoy es día de palomitas.

La sala de descanso tiene palomitas para microondas gratis, y en los días muy ajetreados ese es el almuerzo.

—Rodney —me escucho decir—. Estoy jodida.

Pone sus manos sobre mis hombros, me da media vuelta y camina conmigo hacia la pared opuesta, donde hay un enorme espejo que se quedó de la instalación previa.

—¿Qué ves?

Observo mi cabello, que siempre ha sido demasiado rojo para mi gusto, y mis ojos azul acero. Mi lápiz de labios casi ha desaparecido. Mi piel es de un blanco invierno fantasmagórico y hay una mancha rara en el cuello de mi camisa.

—Veo a alguien que puede despedirse de su ascenso.

—Qué chistosa —dice Rodney—, porque yo veo a alguien que mañana se va de vacaciones y a quien debería importarle un carajo Kitomi Ito, Eva St. Clerck o Sotheby's. Piensa en bebidas tropicales, en el paraíso y en jugar al doctor con tu novio...

—Los verdaderos doctores no hacen eso...

—...y en practicar esnórquel con monstruos de Gila...

—Iguanas marinas.

—Lo que sea —detrás de mí, Rodney me aprieta el hombro y

atrapa mi mirada en el espejo—. Diana, para cuando vuelvas en dos semanas todos habrán pasado a otro escándalo —me sonríe—. Ahora ve a comprarte un protector solar de 50 y vete de aquí.

Me río mientras Rodney recoge un rodillo de pintura y con cuidado cubre todas las franjas con el color que yo escogí. Una vez me comentó que la pared de una casa de subastas puede tener hasta 30 centímetros de pintura, porque las pintan todo el tiempo.

Cuando cierro la puerta tras de mí, me pregunto cuál fue el primer color de esta habitación y si alguien siquiera lo recuerda.

Para llegar a Hastings-on-Hudson, una zona suburbana al norte de la ciudad, se puede tomar el metro Norte desde Grand Central. Así que por segunda vez el día de hoy, me dirijo al centro.

Sin embargo, esta vez visito el vestíbulo principal del edificio y me pongo directamente debajo del pedazo de cielo que pinté con mi padre. Dejo que mi mirada recorra el zodiaco invertido y las pecas de estrellas que brillan por el arco del techo. Echo la cabeza hacia atrás y observo hasta que me mareo, hasta que casi puedo escuchar de nuevo la voz de mi padre.

Han pasado cuatro años desde que murió y la única manera en que puedo reunir el valor para visitar a mi madre es venir primero aquí, como si su recuerdo me concediera una inmunidad protectora.

No estoy por completo segura de por qué voy a ir a verla. No es que me hubiera invitado. Y tampoco es parte de ninguna rutina. De hecho, no la he visitado en tres meses.

Quizá es por eso que voy.

The Greens es una casa de reposo a la que se puede llegar caminando desde la estación de tren en Hastings-on-Hudson, que es una de las razones por las que la escogí cuando mi madre volvió a aparecer de la nada, tras años de no hablar conmigo. Y, por supuesto, no llegó desbordando calor maternal. Era un problema que debía ser solucionado.

El edificio está hecho de ladrillo y se adapta a una comunidad que parece sacada de Nueva Inglaterra. Una línea de árboles bordea la calle y hay una biblioteca al lado. El adoquín se arquea formando un semicírculo sobre la puerta principal. Solo cuando activan la apertura del cerrojo y se ven los pasillos codificados por colores y las fotografías en las puertas de los departamentos de los residentes, uno se da cuenta de que se trata de un asilo para personas con demencia.

Me registro y paso arrastrando los pies frente a una mujer hasta llegar a la luminosa sala de arte, que está llena de pinturas, esculturas y manualidades. Hasta donde sé, mi madre nunca ha participado.

Hacen todo tipo de cosas para facilitar la vida de los residentes. Las puertas que los ocupantes deben cruzar tienen franjas amarillas que no pueden perder de vista; las habitaciones del personal o de almacenamiento se incorporan en las paredes, pintadas con murales de estanterías de libros o follaje. Puesto que las puertas de todos los departamentos tienen un aspecto similar, hay una gran fotografía en cada una que significa algo para la persona que vive ahí: un miembro de la familia, un lugar especial, una mascota querida. En el caso de mi madre, es una de sus fotografías más famosas, un refugiado que llegó en balsa desde Cuba, cargando el cuerpo inerte de su hijo deshidratado en sus brazos. Es grotesco y lúgubre, y de la imagen irradia dolor. En otras palabras, es exactamente el tipo de fotografía por el que Hannah O'Toole era conocida.

Un código numérico a ambos lados de la puerta abre la unidad (el teclado numérico al interior siempre está rodeado por un pequeño grupo de residentes zombis que intentan mirar sobre tu hombro para ver las cifras y, supuestamente, el camino a la libertad). Las recámaras individuales no están cerradas con llave. Cuando entro a la de mi madre, el espacio es pulcro y ordenado. La televisión está prendida —la televisión siempre está prendida— en el programa de concursos. Mi madre está sentada en el sofá, con las manos sobre el regazo, como si estuviera en una fiesta y esperara que la invitaran a bailar.

Es más joven que la mayoría de los residentes aquí. Tiene un mechón blanco en el cabello negro, pero lo tenía desde que yo era pequeña. En realidad no ha cambiado mucho desde entonces, salvo por su calma. Mi madre siempre estaba en movimiento, hablaba animada con las manos, pasando a la siguiente pregunta, ajustando la lente de una cámara, alejándose de nosotros para ir a algún rincón del planeta y fotografiar una revolución o desastre natural.

Atrás de ella hay un porche cubierto, la razón por la que elegí The Greens. Pensé que alguien que había pasado la mayor parte de su vida en el exterior odiaría el confinamiento de un asilo para pacientes con demencia. El porche cubierto era seguro porque no se podía salir, pero se podía ver el paisaje. Eso sí: era solo una franja de pasto y, más allá, un estacionamiento, pero era algo.

Cuesta un montón de dinero tener a mi madre aquí. Cuando apareció en mi puerta, en compañía de dos agentes de policía que la

habían encontrado merodeando por Central Park en bata, yo ni siquiera sabía que había regresado a la ciudad. Encontraron mi dirección en su cartera, arrancada de la esquina de una vieja tarjeta de Navidad. «Señora, ¿conoce a esta mujer?», me preguntó uno de los agentes.

La reconocía, por supuesto. Pero no la conocía en ningún sentido.

Cuando se aclaró que mi madre padecía demencia, Finn me preguntó qué iba a hacer. «Nada», le respondí. Casi no se preocupó por cuidarme cuando yo era niña, ¿por qué yo estaba obligada a cuidar de ella ahora? Recuerdo la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que quizá para mí el amor era un toma y daca. Yo no quería volver a ver jamás esa expresión en el rostro de Finn, pero también conocía mis límites y no tenía los recursos para convertirme en la cuidadora de alguien con Alzheimer temprano. Así que cumplí mi tarea: hablé con su neurólogo y busqué información de distintas instalaciones. The Greens era la mejor de todas, pero era cara. Al final, empaqué todo lo que había en el departamento de mi madre, Sotheby's subastó las fotografías que colgaban de sus paredes y el resultado fue una renta que podía pagar su nueva residencia.

No se me escapó la ironía de que el padre que me había hecho tanta falta era el que ya no estaba en este mundo, mientras que la madre a la que podía ayudar o abandonar estaba indisolublemente atada a mí a largo plazo.

Ahora fuerzo una sonrisa y me siento junto a mi madre en el sofá. Puedo contar con dos manos la cantidad de veces que he venido a visitarla desde que la instalé aquí, pero recuerdo con claridad las instrucciones del personal: actúa como si te conociera, e incluso si no te recuerda probablemente seguirá las convenciones sociales y te tratará como a una amiga. La primera vez que vine, cuando me preguntó quién era y respondí: «Tu hija», se agitó tanto que quiso salir corriendo, tropezó con una silla y se abrió la frente.

—¿Quién va ganando en *La rueda de la fortuna?* —pregunto.

Dispara su mirada hacia mí. Hay un destello de confusión, como la luz titilante del piloto de una estufa, y luego desaparece.

—La mujer de la blusa rosa —responde mi madre. Sus cejas se fruncen en un intento por reconocerme—. ¿Eres...?

—La última vez que vine hacía calor afuera —interrumpo para ofrecerle una pista de que esta no es la primera vez que la visito—. Hoy hace bastante calor. ¿Abrimos la puerta del porche?

Asiente y yo camino hasta la entrada del porche cubierto. El

cerrojo no está puesto.

—Se supone que debes mantener esto cerrado —le recuerdo. No tengo que preocuparme por que se pierda, pero me sigue poniendo nerviosa que la puerta permanezca abierta.

—¿Vas a algún lado? —pregunta, cuando una ráfaga de viento fresco entra en la sala.

—Hoy no —respondo—. Pero mañana salgo de viaje. A las Galápagos.

—He estado ahí —dice mi madre, animándose con los recuerdos que la asaltan—. Hay una tortuga. El Solitario George. Es el último de su especie. ¿Imaginas ser el último de algo en todo el mundo?

Por alguna razón, mi garganta se cierra por las lágrimas.

—Murió —digo.

Mi madre inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Quién?

—El Solitario George.

—¿Quién es George? —pregunta entrecerrando los ojos—. ¿Quién eres tú?

Esa frase me lastima.

Pero no sé por qué me duele tanto estos días cuando mi madre me olvida, cuando en realidad nunca me conoció.

Cuando Finn llega a casa del hospital, yo ya estoy en cama bajo las cobijas, con mi pijama favorito de franela y la laptop haciendo equilibrio en mis piernas. El día de hoy me ha dejado exhausta. Finn se sienta a mi lado y se recarga contra la cabecera. Su cabello dorado está húmedo, lo que significa que se bañó antes de regresar a casa del Presbiteriano de Nueva York, donde trabaja como residente en el departamento de cirugía; pero lleva ropa quirúrgica que muestra las curvas de sus bíceps y la constelación de pecas en sus brazos. Mira la pantalla y luego el medio litro vacío de helado que está junto a mí.

—Guau —exclama—. *África mía*... y mantecado con nueces. Recursos extremos.

Recargo la cabeza en su hombro.

—Tuve un día de mierda.

—No, yo lo tuve —digo.

—Perdí a una paciente.

Lanzó un quejido.

—Tú ganas. Tú siempre ganas. Nadie muere nunca de una urgencia

artística.

—No, quiero decir que perdí a una paciente. Una mujer mayor con DCL se perdió antes de que pudiera llevarla a su cirugía de vesícula.

—¿Diminutos collares lilas?

—Demencia con cuerpos de Lewy —responde con media sonrisa.

—¿La encontraste?

—Seguridad la encontró —explica Finn—. Estaba en el piso de partos.

Me pregunto qué la habrá hecho ir ahí, algún error en su GPS interior o los restos de un recuerdo tan lejano que apenas se puede percibir.

—Entonces sí gano —digo y le cuento una versión abreviada de mi reunión con Kitomi Ito.

—Okey —responde Finn—, en una perspectiva amplia no es un desastre. Aún te pueden ascender a especialista, cuando finalmente se decida a vender.

Lo que más amo de Finn (sí, bueno, una de las cosas que más amo de Finn) es que entiende que tengo un proyecto detallado para mi futuro. Él también tiene el suyo. Lo más importante en lo que coincidimos: carreras exitosas, luego dos hijos, después una granja restaurada al norte del estado. Un Audi TT. Un springer spaniel inglés pura sangre, pero también un perro rescatado. Un periodo en el que vivamos en el extranjero durante seis meses. Una cuenta de banco con suficiente colchón como para no tenernos que preocupar si necesitamos llantas para la nieve o restaurar el techo. Un cargo en el consejo de algún refugio para indigentes, un hospital o una beneficencia para el cáncer que, de alguna manera, hagan de este un mundo mejor. Un logro que haga que alguien recuerde mi nombre.

(Pensé que con la subasta de Kitomi Ito podría lograr eso.)

Si el matrimonio es el yugo que hace que dos personas se muevan al unísono, entonces mis padres fueron bueyes que jalaron cada uno en dirección distinta y yo quedé atrapada justo a la mitad. Nunca entendí cómo puedes avanzar por un pasillo con alguien y no darte cuenta de que quieren futuros por completo diferentes. Mi padre soñaba con una familia; para él, el arte era un medio para mantenerme. Mi madre soñaba con el arte; para ella, la familia era una distracción. Yo estoy a favor del amor. Pero ninguna pasión que consume tanto puede tender un puente sobre una brecha tan grande.

La vida sucede cuando menos lo esperas, pero eso no significa que no puedas tener un plan de acción bajo la manga. Con ese fin, si bien

una buena cantidad de amigos siguen acumulando diplomas onerosos, buscando parejas en internet o averiguando qué los hace felices, Finn y yo tenemos planes. Pero no solo tenemos la misma línea de tiempo en general para nuestra vida, también compartimos los mismos sueños, como si recurriéramos a la misma lista de deseos antes de morir: correr un maratón. Saber distinguir un buen cabernet de uno malo. Ver todas las 250 películas más destacadas de IMDb. Volvernos voluntarios en las carreras de Iditarod. Hacer senderismo por los Apalaches. Ver campos de tulipanes en los Países Bajos. Aprender a surfear. Ver las auroras boreales. Jubilarnos a los 50 años. Visitar todos los patrimonios de la humanidad de la UNESCO.

Empezamos con las Galápagos. Es un viaje terriblemente caro para dos milenials neoyorquinos; solo el precio del vuelo es exorbitante. Pero llevamos cuatro años ahorrando, y gracias a una promoción que encontré en línea pudimos encontrar un viaje que se adaptara a nuestro presupuesto, uno que nos ofrece una sola isla en lugar de un crucero que visita las islas más caras.

Y en algún lugar de una playa de arena de lava, Finn caerá sobre una rodilla y yo me hundiré en el océano de sus ojos y diré: «Sí, empecemos el resto de nuestra vida».

Aunque no me he desviado de mi vida programada, me mantengo a flote para el siguiente hito. Tengo un empleo, pero no un ascenso. Tengo un novio, pero no una familia. Es como cuando Finn juega uno de sus videojuegos y no logra pasar de nivel. Lo he imaginado, lo he manifestado, he tratado de decretarlo al universo. Finn tiene razón. No dejaré que un tropezón como la inseguridad de Kitomi me descarrile.

Nos descarrile.

Finn me besa en la cabeza.

—Siento que hayas perdido tu cuadro.

—Siento que hayas perdido a tu paciente.

Ha estado entrecruzando distraídamente sus dedos con los míos.

—Estaba tosiendo —murmura.

—Pensé que estaba ahí por la vesícula.

—Así es. Pero tosía. Todos podían oírla. Y yo… —me mira avergonzado—. Tuve miedo.

Aprieto la mano de Finn.

—¿Creíste que tenía covid?

—Sí —sacude la cabeza—. Y en lugar de ir a su habitación, primero fui a ver a otros dos pacientes —hace una mueca—. Tiene tos

de fumadora y una vesícula que necesita ser extirpada, y en lugar de pensar en su salud, pensé en la mía.

—No puedes culparte por eso.

—¿No? Hice un juramento. Es como ser bombero y decir que hace mucho calor en un edificio en llamas.

—Pensé que solo había 19 casos en la ciudad.

—Hoy —subraya Finn—. Pero la médica adjunta me asustó mucho cuando me dijo que la sala de urgencias estaría abarrotada para el lunes. Pasé una hora memorizando cómo ponerme el equipo de protección correctamente.

—Gracias a Dios nos vamos de vacaciones —digo—. Creo que los dos necesitamos un descanso.

Finn no responde.

—Muero de ganas de estar en la playa y sentir que todo quedó a millones de kilómetros.

Silencio.

—Finn —digo.

Se aparta para poder verme a los ojos.

—Diana, tú deberías ir.

Esa noche, cuando Finn cayó en un sueño inquieto, desperté con dolor de cabeza. Encontré una aspirina, fui a la sala y abrí mi laptop. La adjunta en el hospital dejó claro, sin asomo de duda, que tomar vacaciones en este momento no era una buena idea. Que todos necesitarían poner manos a la obra de inmediato.

No es que no le creyera, pero pienso en la estación de tren desierta y eso no tiene sentido. En todo caso, la ciudad parece vacía, no llena de gente enferma.

Mi mirada salta de un titular a otro: Blasio declara estado de emergencia. El alcalde espera miles de casos en la ciudad de Nueva York para la próxima semana. La NBA y NHL cancelaron sus temporadas. El Met cerró sus puertas.

Afuera, el horizonte empieza a pintarse de rosa. Puedo escuchar el ruido sordo de un coche. Es como un sábado normal en la ciudad, salvo que, aparentemente, estamos en el ojo de la tormenta.

Una vez, cuando era niña, mi padre y yo fuimos con mi madre a tomar fotografías de la sequía en el Medio Oeste y nos quedamos atrapados en un tornado. El cielo se había puesto amarillo, como un viejo moretón, y nos refugiamos en el sótano de un hostal, apretujados

entre cajas de decoraciones de Navidad y manteles. Mi madre se había quedado en la planta baja con su cámara. Cuando el viento dejó de aullar y salió, la seguí. No parecía sorprendida de verme ahí.

No había sonidos: ni humanos, ni de coches y, muy extraño, ni un solo pájaro o insecto. Era como si estuviéramos debajo de una campana de vidrio.

—¿Ya acabó? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Y no.

No advierto que Finn está de pie detrás de mí hasta que siento sus manos sobre mis hombros.

—Es mejor así —dice.

—¿Que me vaya sola de vacaciones?

—Que estés en un lugar en el que no me preocupe por ti —responde—. No sé qué voy a terminar trayendo a casa del hospital. Ni siquiera sé si volveré a casa del hospital.

—Dicen que todo habrá terminado en dos semanas.

«Dicen», pienso. Los presentadores de noticias que remedaban como loros al secretario de prensa, quien remedaba como loro al presidente.

—Sí, lo sé. Pero no es eso lo que dice mi adjunta.

Pienso en la estación del metro hoy. En Times Square, vacío de turistas. Se supone que no hay que acaparar botellas de Lysol ni comprar cubrebocas N95. He visto las cifras en Francia, en Italia, pero esos decesos fueron de ancianos. Estoy a favor de tomar precauciones, pero también sé que soy joven y estoy sana. Es difícil saber qué creer. A quién creer.

Si la pandemia aún parece alejada de Manhattan, probablemente parecerá como no existente en el archipiélago, en medio del océano Pacífico.

—¿Y si se te acaba el papel de baño? —pregunto.

Puedo escuchar la sonrisa en su voz.

—¿Eso es lo que te preocupa? —aprieta mis hombros—. Prometo robarme rollos del hospital si empieza la guerra en las tiendas.

Me siento mal, muy mal por irme sin Finn; y peor por pensar en llevar a alguna amiga en su lugar; aunque tampoco conozco a nadie que pudiera irse dos semanas sin previo aviso. Pero su sugerencia también es práctica y hace que me haga consciente de algo. Ya tengo reservado el tiempo de las vacaciones. Sé que podemos cambiar la fecha y destino del vuelo, pero las letras minúsculas en el contrato de nuestro maravilloso viaje dicen que no hay reembolsos, punto. Me

digo que sería una estúpida si perdiera tanto dinero, sobre todo porque solo pensar en volver al trabajo el lunes hace que me duela más la cabeza. Pienso en Rodney cuando me dijo que hiciera esnórquel con las iguanas.

—Te enviaré fotos —prometo—. Tantas que tendrás que aumentar tu servicio de datos celulares.

Finn se agacha hasta que puedo sentir sus labios en la curva de mi cuello.

—Diviértete por los dos —dice.

De pronto me invade el miedo, es tan fuerte que me lanza fuera de la silla hasta los brazos de Finn.

—Estarás aquí cuando regrese —afirmo, porque no puedo soportar la idea de que esa oración sea una pregunta.

—Diana —responde con una sonrisa—, no podrías deshacerte de mí aunque lo intentaras.

Sinceramente no recuerdo haber llegado a las Galápagos.

Supongo que eso se lo debo al zoldipem. Me lo tomé en cuanto subí al avión. Recuerdo haber empacado y, de último momento, saqué mis guías turísticas de mi gran bolso *tote* y las metí a la maleta. Recuerdo haber revisado tres veces que llevaba mi pasaporte. Recuerdo que a Finn lo llamaron del hospital, y que me dio un beso de despedida y dijo: «Victoria Falls».

—Ya olvidaste mi nombre —bromeé.

—No, ese es el siguiente sitio de la UNESCO que visitaremos. A excepción de ese, yo voy a Zimbabue y tú te quedas aquí. Es lo justo.

—Trato hecho —prometí, porque sabía que no se iría sin mí.

Después de eso, todos son fragmentos: el loco trajín en el aeropuerto, como si fuera temporada de vacaciones y no cualquier fin de semana de marzo; la botella de agua que compré y me terminé en el vuelo y la revista *People* que nunca abrí; la sacudida de las llantas que me sacan de un sueño lleno de información que leí sobre mi destino. Aún aletargada, avanzo a trompicones por el desconocido aeropuerto de Guayaquil, Ecuador, donde pasaré una noche antes de tomar mi vuelo de conexión a las Galápagos.

Solo recuerdo dos cosas del aterrizaje: que la línea aérea perdió mi equipaje y que alguien me toma la temperatura antes de permitirme la entrada a Ecuador.

Ni mi español ni mi entendimiento son suficientes para explicar

que mi vuelo para el archipiélago sale mañana temprano. Lleno un reporte en reclamación de equipaje, pero por la cantidad de personas que están haciendo lo mismo, no tengo muchas esperanzas de volver a reunirme con mi maleta. Pienso con tristeza en las guías turísticas que empaqué ahí. Bueno, no hay problema. Descubriré los lugares de primera mano; ya no necesito leer sobre ellos. En mi bolso *tote* tengo lo básico: pasta y cepillo de dientes, cargador del teléfono, un traje de baño que metí en caso de que pasara precisamente esto. Volveré al aeropuerto en la mañana y volaré a Baltra, en la isla de Santa Cruz, en las Galápagos; luego tomaré un autobús hasta el ferri que me llevará a la isla Isabela, donde me quedaré dos semanas. Con suerte mi equipaje me alcanzará en algún momento.

Me baño, me trenzo el cabello, me conecto al wifi de mierda del hotel y trato de hablar con Finn por FaceTime. No responde, pero unos minutos después mi teléfono empieza a sonar. Cuando su rostro inunda la pantalla, está escondido detrás de un protector facial y lleva un cubrebocas quirúrgico.

—Lo lograste —exclama.

—Así es —respondo—. Pero mi maleta no tuvo tanta suerte.

—Guau. ¿O sea que no solo renuncié a mis vacaciones en el paraíso sino que también renuncié a unas vacaciones en las que te pasearás desnuda?

Sonrío.

—Espero que no llegue a eso —de pronto me siento muy cansada, muy aislada—. Te extraño —digo.

El sonido de la sirena de una ambulancia resuena en el altavoz. Los ojos de Finn vuelan hacia la izquierda.

—Tengo que irme.

—¿Ya lo viste? —pregunto—. ¿El virus?

Sus ojos encuentran los míos y detrás de la barrera de plexiglás advierto los vagos círculos debajo de ellos. Son las 10:00 p. m. Me doy cuenta de que, mientras yo he estado dormida en un avión, Finn no ha salido del hospital desde hace 12 horas.

—Es todo lo que veo —responde.

Luego se corta la llamada.

A la mañana siguiente, mi vuelo a Santa Cruz despega sin complicaciones. Pero hay un león marino entre mí y el ferri que me llevará a mi destino final.

Está tumbado sobre la dársena, al sol, una babosa de músculos y bigotes que se crispan. Me acerco a él con mi cámara, pensando que puedo enviarle una foto a Finn, pero en el momento en que estoy a una distancia que me permite tomarlo, alza cabeza y hombros y fija su mirada en mí.

Corro y salto sobre su cola al tiempo que lanza un rugido; casi dejo caer mi teléfono.

Mi corazón sigue latiendo con fuerza cuando llego al barco. Miro sobre mi hombro, segura de que la bestia me sigue los talones, pero el león marino se ha quedado inmóvil de nuevo, desparramado como un perro perezoso sobre la pasarela blanqueada.

Solo hay dos ferris al día para la isla Isabela, pero en el viaje de la tarde no hay tanta gente como esperaba. De hecho, solo somos yo y otros dos pasajeros. En mal español, le pregunto al hombre que me ayuda a abordar si ese es el bote correcto; me responde asintiendo con frialdad. Me siento al exterior. Y luego, de pronto, navegamos hasta que la isla Santa Cruz se hace cada vez más pequeña.

Las Galápagos son un conjunto de islas que aventaron al océano como si fueran un puñado de joyas sobre terciopelo. Imagino que semejan al mundo cuando apenas nació: montañas tan nuevas que forman laderas suaves, la neblina que salpica los valles, los volcanes que se extienden descosiendo el cielo. En algunas aún se puede ver lava; otras están rodeadas por agua de un turquesa soñoliento; unas más, por la espectacular espuma de las olas. Y otras, como Isabela, están deshabitadas. A algunas solo se puede llegar en barco y albergan una extraña colección de criaturas que han evolucionado aquí.

Durante las dos horas en el ferri las aguas agitadas me salpican y sacuden. Uno de los pasajeros, que parece un universitario que viaja de mochilero, tiene un color verde enfermizo. La otra chica tiene piel suave y morena como los lugareños. Parece joven, ¿12 o 13 años?, y lleva un uniforme escolar: una camiseta de punto con el escudo del colegio bordado sobre la parte izquierda del pecho y unos pantalones negros. A pesar del calor, también lleva una sudadera deportiva de manga larga. Está encorvada y abraza una mochila; tiene los ojos enrojecidos. Todo en ella dice: «Déjenme sola».

Mantengo la mirada en el horizonte y trato de no vomitar. En mi mente le escribo un mensaje a Finn: «¿Recuerdas cuando tomamos el ferri de Bar Harbor a Novia Scotia para la boda de tu compañero de cuarto y todos a bordo se enfermaron?».

Resulta que el ferri no llega hasta Isabela. Amarra en un muelle y

el mochilero, la chica y yo compartimos un taxi fluvial para el último trayecto, una distancia corta hacia Puerto Villamil. Entrecierro los ojos hacia la playa de arena fina y palmeras cuando el mochilero a mi lado ríe de placer.

—¡Mira! —exclama al tiempo que me jala de la manga y señala.

Un pingüino diminuto nada detrás del barco.

Conforme nos acercamos, la masa de tierra se diferencia en sensaciones individuales: ráfagas de aire caliente y el ulular de los pelícanos; un hombre que escala un cocotero y avienta los cocos a un niño que está abajo; una iguana marina parpadea con sus ojos amarillos de dinosaurio. Cuando avanzamos hacia el puerto pienso que esto no podría ser más diferente de Nueva York. Es tropical e intemporal, apacible, remoto. Parece ser un lugar donde nadie ha escuchado hablar de la pandemia.

Pero entonces me doy cuenta de que hay una multitud esperando los servicios del taxi fluvial. Tienen el aspecto de turistas bronceados que ya se están preparando mentalmente para regresar a casa, imprecando y gritándose unos a otros. Un hombre extiende el puño lleno de billetes y los agita frente al conductor, quien parece agobiado.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—*La isla está cerrando* —responde en español.[1]

«*Cerrando*», pienso y busco entre mi vocabulario limitado de español.

—No entiendo —digo.

La joven está en silencio, con la mirada en el muelle de enfrente. El mochilero me mira y luego voltea a la multitud. Le habla en español a nuestro chofer de taxi, que responde en una retahíla de palabras que no comprendo.

—Están cerrando la isla —dice.

¿Cómo se cierra una isla?

—Van a bloquearla durante dos semanas —continúa el chico—. Por el virus —señala con un gesto de la cabeza a las personas que esperan en el muelle—. Están tratando de regresar a Santa Cruz.

La chica cierra los ojos como si no quisiera verlos.

No puedo imaginar cómo todas estas personas cabrían en el pequeño ferri. El chofer hace una pregunta en español.

—Quiere saber si queremos regresar —dice el chico mirando en dirección del ferri que sigue amarrado a lo lejos—. Ese es el último barco que saldrá de la isla.

No me gusta que cambien los planes.

Pienso en Finn cuando me dijo que me saliera de la ciudad de Nueva York. Pienso en la habitación pagada que me espera a poca distancia de este muelle. Si la isla va a cerrar por dos semanas, entonces deben asumir que ese es el tiempo que llevará controlar el virus. Podría pasar esas dos semanas peleando con esta muchedumbre enfurecida para encontrar un vuelo de regreso a Nueva York y encerrarme en mi departamento mientras Finn trabaja.

El chico le dice al conductor algo en español y luego se dirige a mí.

—Le dije que probablemente tú quieres regresar.

—¿Por qué?

—Porque pareces ser alguien que va a lo seguro —responde encogiéndose de hombros.

Algo en ese comentario me duele. Solo porque hay un pequeño problema técnico no significa que no pueda adaptarme.

—Bueno, pues te equivocas. Me quedo.

El mochilero arquea una ceja.

—¿En serio? Mierda —dice a regañadientes, admirado.

—¿Tú qué vas a hacer? —le pregunto al chico.

—Regresar —responde—. Ya estuve en las Galápagos una semana.

—Yo no —respondo, como si necesitara una excusa.

—Como quieras —dice.

Dos minutos más tarde, la chica y yo bajamos del taxi fluvial a la isla Isabela. El grupo de viajeros ansiosos se dispersa y pasa a nuestro lado como una corriente apresurada para abordar el pequeño bote. Tímida, le sonrío a la chica, pero ella no responde. Después de un momento me doy cuenta de que ya no va a mi lado. Volteo y la veo sentada en una banca de madera cerca del embarcadero, su mochila está a su lado y se enjuga las lágrimas del rostro.

En ese momento, el taxi fluvial se aleja del muelle. Y ahí me doy cuenta de que, en un esfuerzo por parecer más relajada de lo que en realidad me siento, ahora estoy varada en esta isla.

Nunca he viajado sola. Cuando era pequeña acompañé a mi padre a varios sitios donde tenía que restaurar obras de arte en unos museos en Los Ángeles, Florencia y Fontainebleau. Cuando estaba en la universidad, mis compañeras y yo pasamos unas vacaciones de primavera en Bahamas. Pasé un verano con amigos, trabajando en Canadá. He volado a Los Ángeles y Seattle con Eva para captar a posibles clientes y evaluar obras de arte para subasta. Con Finn, manejamos hasta el parque nacional de Acadia; he viajado a Miami para pasar un fin de semana largo como su pareja en una boda en

Colorado. He conocido mujeres que insisten con obstinación en viajar solas a los lugares más remotos, como si la autosuficiencia beligerante fuera mucho más fácil de mostrar en Instagram que los paisajes del lugar. Pero yo no soy así. A mí me gusta tener a alguien con quien compartir los mismos recuerdos. Me gusta saber que cuando le hablo a Finn y le digo: «Te acuerdas cuando en la montaña Cadillac...» ni siquiera tengo que terminar la frase.

«Esta es una aventura», recuerdo.

Después de todo, mi madre lo hacía sin esfuerzo en lugares que eran mucho menos civilizados.

Cuando volteo la mirada, la chica se ha ido.

Me llevo el bolso al hombro y me alejo de los muelles. Los pequeños edificios del pueblo están aglomerados como un rompecabezas: paredes de ladrillo con techos de paja, estuco rosa brillante, un corredor cubierto de madera con el letrero RESTAURANTE BAR en la parte superior. Todos son diferentes, lo único que tienen en común es que las puertas están cerradas.

«*La isla está cerrando*».

Las iguanas terrestres se contonean sobre la arena de la calle, las únicas señales de vida.

Paso frente a una *farmacia*, una tienda y varios *hostales*. Este es el único camino, eso significa que si lo sigo, encontraré mi hotel.

Continúo caminando hasta que encuentro al chico que había visto desde el barco, el que atrapaba los cocos.

—*Hola* —lo saludo con una sonrisa. Señalo al frente del camino—: ¿Casa del Cielo...?

Se escucha un ligero golpe seco cuando el hombre que estaba trepado en la palmera baja detrás de mí.

—Casa del Cielo —repite—. *El hotel no está lejos, pero no están abiertos*.

Esbozo una gran sonrisa.

—*Gracias* —digo, aunque no tengo ni idea de lo que dijo. Me pregunto en qué demonios pensaba al venir a un país donde no hablo el idioma.

¡Uf! Bueno, creí que vendría con Finn, quién lo hubiera pensado.

Me despido con un gesto de la mano y sigo en la dirección que señaló. Camino unos cuantos metros y veo un letrero de madera desgastada, con el nombre del hotel grabado.

Llego a la puerta principal en el momento en que alguien está saliendo. Una anciana con el rostro tan arrugado que parece de lino;

sus ojos negros brillan. Voltea para llamar a alguien que sigue dentro del edificio y le responde en español. Lleva un vestido de algodón con el logotipo del hotel en la solapa. Me sonríe y desaparece en la esquina del edificio.

Tras ella aparece otra mujer, más joven, con una trenza que cae sobre su espalda. Lleva un juego de llaves y empieza a cerrar las puertas detrás de ella.

Algo muy extraño en un hotel.

—*Discúlpame* —digo—. ¿Esta es la Casa del Cielo?

Estira el cuello, como si quisiera mirar al techo, y asiente.

—*Estamos cerrados* —dice y me mira—. Cerrados —agrega.

Parpadeo. Quizá es la siesta; quizá todos los negocios en la isla cierran a... (miro mi reloj) las 4:30.

Jala la puerta de un tirón y empieza a alejarse. Entro en pánico y corro tras ella, llamándola para que se detenga. Voltea y hurgo en mi bolso hasta encontrar la confirmación escrita de mi reservación, prueba de mis dos semanas pagadas con anticipación.

Toma el papel y lo revisa. Cuando habla de nuevo, es un caudal de español en el que solo reconozco la palabra *coronavirus*.

—¿Cuándo abrirán de nuevo? —pregunto.

Se encoge de hombros, la seña universal que significa: «Estás en la mierda».

Se sube a una bici y se va pedaleando, dejándome frente a un hotel en ruinas que me cobró por anticipado una habitación que no me darán, en un país donde no hablo el idioma, en una isla donde estaré varada durante dos semanas con poco más que un cepillo de dientes.

Camino por la parte trasera del hotel que da al océano. El cielo está amoratado y quebradizo. Las iguanas marinas se escabullen a mi paso y me siento en un pedazo de lava que sobresale; saco mi teléfono para llamar a Finn.

Pero no hay señal.

Cubro mi rostro con las manos.

Yo no viajo así. Siempre tengo reservación de hotel, guías turísticas y millas en mi línea aérea. Reviso tres veces para asegurarme de que tengo mi licencia de manejo y mi pasaporte. Me organizo. La idea de pasearme sin rumbo en un pueblo, encontrar un hotel y preguntar si tienen una habitación libre me revuelve el estómago.

Mi madre estuvo una vez en Sri Lanka para fotografiar búfalos de agua en una playa cuando hubo un tsunami. «Los elefantes», dijo, «corrían para subir las montañas antes de que nosotros siquiera nos

diéramos cuenta de lo que venía. Los flamencos buscaban tierras altas. Los perros se negaban a salir. Cuando todo va en una dirección, generalmente hay un motivo».

Al sentir una mano en mi hombro me sobresalto. La anciana que había salido del hotel está parada detrás de mí. Cuando sonríe, casi sin dientes, sus labios se rizan alrededor de las encías al interior de su boca.

—*Ven conmigo* —dice.

Pero como no me muevo, extiende su mano huesuda y me levanta.

Me lleva de la mano como si fuera una niña, guiándome por la calle arenosa del Puerto Villamil. No es prudente, lo sé, dejar que una desconocida me lleve a algún lado. Pero no tiene aspecto de ser una asesina serial y yo no tengo opciones. Insensible, la sigo y pasamos frente a tiendas cerradas, restaurantes cerrados y bares silenciosos que ceden el paso a viviendas pequeñas y pulcras. Algunas son más lujosas que otras, escondidas detrás de paredes bajas de estuco con rejas. En otras descansan bicicletas oxidadas. Otras tienen patios hechos de conchas marinas trituradas.

La mujer se dirige hacia una casa pequeña. Es cuadrada y está hecha de concreto, pintada de amarillo pálido. Tiene un porche diminuto de madera y en la parte inferior de sus columnas se enredan vides gruesas cargadas de flores. Sin embargo, en lugar de subir los escalones, rodeamos la casa hasta la parte trasera, que baja en pendiente hacia el mar. Hay un patio con una mesa de metal y una hamaca de hilo, algunas macetas con plantas y un muro a la altura de la rodilla que lleva directamente a la playa. Las olas esparcen rumores sobre la costa.

Cuando volteo, la anciana ya cruzó una puerta corrediza de vidrio y me hace señas para que me acerque. Entro al pequeño departamento que parece tanto habitado como deshabitado. Hay muebles: un sofá café a cuadros feo y desgastado, una mesa baja de madera vetusta, y aquí y allá unos tapetes hechos harapos. Hay una mesa desvencijada grande para dos personas con una caracola rosada en el centro, encima de unas servilletas de papel. Hay un refrigerador, una estufa y un horno. Pero no hay libros en los estantes ni comida en los armarios abiertos ni cuadros en las paredes.

—Tú —dice en un inglés cortante—, quédate.

Mis ojos se llenan de lágrimas, no puedo evitarlo.

—Gracias —balbuceo— Puedo pagarle. *Dólares*.

Se encoge de hombros como si fuera por completo normal para una

desconocida ofrecerle alojamiento a una viajera perdida, y el dinero fuera irrelevante. Aunque quizá en Isabela es así. Sonríe y se da unos golpecitos en el pecho.

—*Abuela* —dice.

—Diana —respondo con una sonrisa.

El departamento es un pequeño misterio. Hay un colchón matrimonial y busco cobijas en un clóset de blancos. Al fondo, detrás de las toallas, hay tres camisetas suaves y percudidas, una con una bandera que no reconozco, otra con un gato negro y la tercera con el logotipo de una compañía en el pecho. El mismo logotipo que tiene la caja que encontré con cientos de tarjetas postales promocionales de gran formato, Viajes G_2, rodeado por imágenes de un volcán y una tortuga, una playa rocosa y un piquero patiazul de ojos pequeños y brillantes. En la recámara, en un armario con agujeros, encuentro un par de chanclas demasiado grandes para mí, un visor y un esnórquel. En un cajón del baño hay una pasta de dientes usada hasta la mitad y un frasco de ibuprofeno genérico. El refrigerador tiene algunos condimentos —mostaza, Tabasco—, pero nada que pueda comer.

Eso es lo que me saca de la relativa comodidad y seguridad del departamento. Cuando mi estómago cruje tan fuerte que no puedo ignorarlo más, decido ir en busca de comida y una zona con señal decente para mi teléfono celular. Me quito la blusa que llevo dos días usando, me pongo la camiseta con logotipo y le hago un nudo en la cintura. Luego salgo por la puerta de vidrio corrediza y me veo parada al borde del mundo.

El océano coquetea con la playa, se abalanza y retrocede sobre ella. Un movimiento llama mi atención cuando una saliente irregular se anima de pronto; resulta que no es roca de lava sino una maraña de iguanas marinas que se deslizan hacia las olas y caen al mar. Trato de seguir su trayectoria pero las pierdo de vista cuando el agua crece. Me cubro los ojos del sol con una mano y trato de distinguir otra isla en el horizonte, pero solo puedo ver un manchón borroso donde el mar se encuentra con el cielo. Entiendo perfectamente que un capitán pudiera cartografiar ese punto y creer que podría navegar por el borde.

De pronto me siento muy, muy lejos de mi vida real.

Parece como si fuera la única persona en la playa; pero poco a poco empiezo a advertir a alguien que corre a la distancia, y si me concentro puedo escuchar los gritos de niños que juegan en algún lugar. Cuando volteo hacia la casa, a lo alto, está la silueta de alguien, supongo que es Abuela, detrás de una cortina pálida.

Podría subir a su casa e indicarle con señas que tengo hambre, y probablemente Abuela me dejaría sentarme a su mesa y me cocinaría. Pero me parece grosero, sobre todo porque ya me dio cobijo. También sé, porque acabo de caminar por el pueblo, que todos los negocios están cerrados. ¿Quizá haya un restaurante o un mercado en dirección opuesta? Así que recurro a mi Elizabeth Gilbert-Amelia Earhart-Sally Ride que llevo en el interior y me lanzo a lo desconocido.

El único camino para salir del pueblo serpentea frente a diversos cactus, maleza enredada y agua salobre. Los flamencos resplandecen en tonos rosáceos mientras caminan en el agua, el bucle de sus cuellos forma mensajes secretos cuando se sumergen por camarones. En ciertos puntos, el camino se estrecha y se ve bordeado de piedras negras. En otros, está cubierto de hojas secas. Todo es verde, rojo y naranja; es como entrar en un cuadro de Gauguin. En todo este tiempo, mi teléfono solo tiene una barra de señal.

Finn se va a asustar si no le llamo. Hasta cierto punto sabe que en las Galápagos el wifi es limitado. Ayer se lo dije literalmente por teléfono, antes de que la llamada se cortara. Además, todas las guías turísticas lo advierten y dicen que lo mejor que puedes obtener es una pésima señal en tu hotel... o sugieren que apagues tu teléfono y sencillamente disfrutes de tus vacaciones. Para Finn y para mí, eso nos parecía el paraíso. Pero eso era cuando pensábamos que estaríamos juntos dentro de esta burbuja de soledad.

Si hubiera sido al revés, si hubiera sido él quien estuviera varado en algún lugar sin servicio de celular, yo estaría preocupada. Me consuelo con palabras de ánimo: sabe que llegué bien, solo ha pasado un día, encontraré la manera de comunicarme con él mañana.

Tras 20 minutos de caminata ya casi es la puesta de sol. Bajo la luz débil, los alegres brazos de los cactus se modifican para formar siluetas extrañas que me siguen; unas iguanas chascan frente a mí y salto del susto. Debería dar media vuelta antes de que oscurezca y no pueda encontrar el camino de regreso. Estoy a punto de resignarme a volver hambrienta a la cama cuando veo un pequeño cobertizo más adelante en el camino. Entrecierro los ojos pero no puedo distinguir el letrero.

Al acercarme lo suficiente como para leerlo, sé que no es un restaurante ni una tienda de abarrotes. CENTRO DE CRIANZA DE TORTUGAS GIGANTES. Al lado está la traducción al inglés. Y para que quede claro, hay una imagen de una tortuga saliendo del cascarón.

No hay rejas, así que me paseo por el patio abierto. El edificio

principal está cerrado esa noche (¿o más tiempo?), pero un recinto en forma de herradura me rodea. Cada corral tiene un muro de concreto de pocos metros de alto, sin duda lo suficiente para que yo pueda asomarme, pero demasiado alto como para que las tortugas se escapen.

Me acerco a un muro y me encuentro cara a cara con una tortuga de aspecto prehistórico. Sus ojos hendidos me miran cuando avanza sobre sus patas acolchadas y estira el cuello hacia arriba desde la joroba de su caparazón. Observo su cabeza plana y su piel de dinosaurio, las rugosidades negras de sus patas, su nariz de Voldemort. Abre la boca y saca una lengua como lanza.

Encantada, me recargo sobre los codos y la veo voltear y avanzar zancadas por el piso polvoriento, hacia otra tortuga que está al fondo. Con movimientos torpes se trepa al caparazón de la segunda tortuga, sosteniéndola para aparearse. El macho al que he estado observando extiende el cuello hacia su pareja, sus tendones se alargan. Sus gruesas patas parecen estar cubiertas de cota de malla. Gruñe, es el único sonido que pronunciará en su vida.

—Adelante, amigo —murmuro y volteo para darles privacidad.

En los otros corrales hay cientos de tortugas de distintos tamaños. Están apiñadas como una colección de cascos militares. Unas duermen, otras son sorprendentemente ágiles. Unas más parecen estar cansadas del mundo y salen de un charco color verde eléctrico de algas o se meten tallos al hocico. Incluso las más pequeñas me hacen pensar en ancianos, por la piel arrugada de su cuello y la coronilla pelona.

En uno de los corrales, unas tortugas mastican manzanas. Las manzanas son pequeñas y verdes, parece que cayeron de un árbol que está fuera del corral de concreto. Observo cómo los reptiles usan sus poderosas mandíbulas para triturar.

Mi estómago cruje y veo el árbol.

No soy el tipo de persona que come moras de cualquier arbusto, soy neoyorquina, por Dios santo, y la mayor parte de la naturaleza me parece un riesgo. Pero si las tortugas se las comen, entonces debe ser seguro, ¿cierto?

No puedo alcanzar la fruta. Las ramas que cuelgan sobre el corral ya han sido privadas de sus frutos por las tortugas ávidas, así que decido subir a ese pequeño muro para tomar una manzana.

—*¡Cuidado!*

Volteo y casi me caigo en el corral de las tortugas por la sorpresa.

La oscuridad ha caído como una red, lanzando sombras, así que no puedo ver quién habló. Dudo y vuelvo al manzano.

Mis dedos rozan la piel de la manzana cuando alguien me jala, pierdo el equilibrio y caigo sobre el suelo polvoriento; un hombre está parado junto a mí. Grita en español y no puedo verle el rostro en la oscuridad. Se inclina y me toma por la muñeca.

Me pregunto por qué supuse que era seguro merodear sola en una isla desconocida.

Me pregunto si escapé a la pandemia que hay en casa solo para que me ataquen aquí.

Empiezo a pelear. Cuando acierto a darle un buen golpe en las costillas, lanza un quejido y me sostiene con más fuerza.

—No me lastime —grito—. Por favor.

Me tuerce la muñeca y, por primera vez, siento el escozor en la yema de los dedos con los que rocé la manzana. Están ampolladas y rojas.

—Demasiado tarde —dice en un inglés perfecto—. Eso se lo hizo usted misma.

NOTAS

1. Las frases en cursivas están en español en el original [N. de la T.].

DOS

Me pongo de pie, sosteniendo la mano contra mi pecho. Las yemas de los dedos me punzan.

—Son venenosas al tacto —dice el hombre—. Las manzanas.

—No sabía.

—Debió saberlo —murmura—. Hay letreros por todas partes.

Manzanas envenenadas, como en un cuento de hadas. Salvo que mi príncipe está atrapado en un hospital en la ciudad de Nueva York y la bruja mala es un galapagueño de 1.80 con problemas de control de ira. Miro las tortugas que siguen felices agasajándose y él sigue mi mirada.

—Usted no es una tortuga —dice, como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Para este momento mi piel está ardiendo.

—¿Qué tan venenosas? —pregunto, empezando a sentir pánico—. ¿Necesito ir al hospital?

¿Hay siquiera un hospital?

Toma mi mano y mira mis dedos. Tiene cabello oscuro y ojos más oscuros; lleva shorts para correr y una camiseta sudada sin mangas.

—Desaparecerá, la quemadura, las ampollas. Póngala en agua fría si lo necesita —luego entrecierra los ojos y mira mi pecho—. ¿De dónde sacó eso?

—¿Sacar qué?

—Esa camiseta.

—La tomé prestada —explico—. Mi equipaje se perdió.

Su entrecejo se marca con arrugas más profundas.

—Está de vacaciones —murmura—. Por supuesto que sí.

Lo dice como si fuera un insulto a su persona que yo, una extranjera, esté en Isabela. Para un país cuya fuente principal de ingresos es el turismo, esta no es exactamente un cálida bienvenida.

—Lamento tener que decírselo, pero todo está cerrado en la isla durante dos semanas, incluido este lugar.

—Usted está aquí —señalo.

—Yo vivo aquí y voy camino a casa. Como usted debería hacer. ¿O no ha escuchado que hay una pandemia?

Sus palabras me enfurecen.

—De hecho, sí, lo escuché. Mi novio está en las primeras filas, combatiéndola.

—Así que decidió traer el virus aquí.

Como si yo fuera María la Tifosa. Como si tratara adrede de lastimar a la gente, en lugar de intentar permanecer segura.

—*Maldita turista* —murmura—. ¿A quién le importa qué suceda, siempre y cuando disfrute sus vacaciones?

Abro los ojos como platos. Quizá evitó que me comiera algo venenoso, pero sigue siendo un perfecto cabrón.

—Pues yo no tengo covid. Pero, ¿sabe?, solo para estar seguros podemos respetar ahora el distanciamiento social y poner toda la isla entre nosotros.

Doy media vuelta y me alejo de él. La mano ampollada que cuelga a mi costado late por voluntad propia. Me niego a voltear y ver si observa cómo me marcho o si siguió su camino a casa. No me detengo hasta que llego a la entrada del centro. Justo al lado del letrero que vi cuando llegué, hay otro de una manzana y una X roja sobre ella. ¡CUIDADO! LOS MANZANILLOS SON NATIVOS DE LAS GALÁPAGOS. SOLAMENTE LAS TORTUGAS GIGANTES SON CAPACES DE DIGERIR ESTAS MANZANITAS VENENOSAS. Junto con su traducción al inglés, perfectamente clara.

Escucho un resoplido apagado y alzo la vista; él está a tres metros de mí con los brazos cruzados. Luego se adentra en la isla hasta que la oscuridad se lo traga por completo.

En el camino de vuelta al departamento ya es de noche. A diferencia de la ciudad, donde siempre brilla un espectacular o una vitrina, aquí la oscuridad es total. Avanzo bajo la luz de la luna que rebota en el océano como si fuera una piedra haciendo patitos. Cuando llego al estrecho de playa frente al departamento me quito los tenis y camino con el agua hasta los tobillos, agachándome para remojar mis dedos quemados en las olas frías. Mi estómago cruje.

Retrocedo hasta el muro bajo que divide el patio de la playa y saco mi teléfono. Descansa en la palma de mi mano, brillante como una estrella, buscando sin éxito una señal.

«Te extraño», le escribo a Finn en una cadena de mensajes; luego borro las letras una por una. Es peor tratar y no poder enviar un mensaje que nunca enviarlo.

Si Finn estuviera aquí se habría reído todo el camino de vuelta al hotel, bromeando sobre manzanas venenosas y lugareños groseros.

Si Finn estuviera aquí me habría dado la mitad de la barra de chocolate KIND que siempre lleva en un avión, por si acaso.

Si Finn estuviera aquí, quizá estaría comprometida y preparándome para empezar el resto de la vida que he planeado.

Pero Finn no está aquí.

Todo el interés de viajar con alguien de casa es que te recuerda de dónde viniste; te da una razón para marcharte cuando empiezas a perderte en las luces de París o en la majestuosidad de un safari y piensas: «¿Y si me quedara?».

Pero dado que no tengo hotel, me estoy muriendo de hambre y tengo ampollas en la mano por culpa de un árbol nativo asesino, no hay muchas razones para querer quedarme en Isabela. Salvo el hecho de que, literalmente, no puedo irme.

Estoy tan lejos de mi zona de confort que todo lo que quiero hacer es acurrucarme en posición fetal y llorar. Abro la puerta de vidrio corrediza y enciendo una luz. En la mesa de la cocina, junto a la caracola, hay un plato cubierto con una servilleta. Incluso desde el otro lado de la habitación puedo oler algo delicioso. Cuando quito la servilleta, la mesa se tambalea de manera desigual. En el plato hay una suerte de quesadillas rellenas de queso, cebolla y jitomate. Me como las seis de pie.

Tomo la caja de tarjetas postales de Viajes G2 y la pongo sobre la barra de la cocina. Saco una del paquete, uso una pluma que llevo en el bolso y escribo un mensaje. Garabateo un GRACIAS, firmo con mi nombre y camino descalza hasta la entrada principal de la casa. Adentro está oscuro, así que deslizo el mensaje por debajo de la puerta.

Es posible que por cada cabrón enfurecido en esta isla haya alguien como Abuela.

De vuelta a mi departamento escribo una segunda tarjeta postal, esta es para Finn. Luego me desvisto, me meto a la cama y me quedo dormida bajo el dulce aliento del ventilador de techo.

Querido Finn:

En serio parece anticuado escribirte una tarjeta, pero aunque esta isla es un desierto tecnológico, se supone que el correo postal funciona, ¿no? Primero debería decirte que estoy bien, no hay evidencia del virus en ningún lugar aquí. Supuestamente para que todo siga así, los ferris dejarán de funcionar dos semanas. No serán las vacaciones que

esperaba. El turismo (y todos los negocios) está cerrado. Pero estoy rentando una habitación en casa de una amable anciana, qué hay más genial que vivir con los lugareños, ¿verdad? Voy a tener que explorar Isabela yo sola, pero eso significa que seré una experta cuando tú y yo viajemos aquí juntos. [EMOJI]

Es increíblemente hermoso; no dejo de pensar que un cuadro nunca le haría justicia porque nunca se podría capturar el negro de las rocas que destella bajo el sol o el turquesa del agua. Es como... accidentado e inconcluso. Hay iguanas que andan por todas partes, como si fueran las dueñas del lugar. Estoy segura de que hay más que residentes.

Hablando de residentes, espero que estés bien. Odio no poder escuchar tu voz. Sí, aunque cantes desafinado en la regadera.

Te amo,
Diana

Desde preescolar, frente a mi primer caballete, era obvio que tenía algún tipo de don para el arte. Mi padre era quien trabajaba en pinturas, restaurando desde frescos en techos hasta lienzos gigantes, pero era el primero en decir que él no era un creador sino un recreador. Cuando yo iba en primer año de universidad, en Williams, y eligieron una de mis pinturas para una exhibición estudiantil, mi padre asistió orgulloso a la inauguración, vestido con el único traje que tenía.

Mi madre no fue. Se había instalado en Somalia para hacer la crónica de la guerra civil.

Mi padre pasó 20 minutos observando mi obra. La miraba como si le hubieran dicho que el mundo estaba a punto de volverse blanco y negro y esa fuera su última oportunidad para ver colores. Varias veces vi su mano crisparse al extenderla hacia el marco y luego la volvía a dejar caer. Por último, volteó hacia mí. «Tienes el ojo de tu madre», dijo.

El siguiente semestre, en lugar de inscribirme en las clases de arte, ocupé mi tiempo en historia del arte y cursos de medios de comunicación y negocios. No quería pasar mi vida recibiendo comparaciones con mi madre, porque estaba decidida a no ser como ella en ningún sentido. Si eso significaba encontrar una rama diferente de la cual colgarme en el mundo del arte, que así fuera.

No me sorprendió que me seleccionaran para una pasantía de verano en Sotheby's cuando cursaba el último año, porque había estructurado toda mi carrera universitaria para que me aceptaran en su programa. En mi primer día me enviaron a una gran sala llena de becarios con la mirada igual de brillante. Me senté junto a un hombre

negro que, a diferencia del resto de nosotros que llevábamos *blazers* conservadores y pantalones hechos a la medida, iba vestido con una camisa morada de seda y una falda midi estampada con rosas enormes. Se dio cuenta de que lo miraba fijamente y yo giré la cabeza de inmediato hacia el frente de la sala, donde estaban formados los directores de distintos departamentos, llamando a los becarios por su nombre.

—Si no quisiera que la gente me viera —murmuró—, no me habría vestido así. McQueen.

Extendí la mano.

—Diana.

—Oh, querida —dijo—. No. El diseñador de la falda es Alexander McQueen —extendió la mano a su vez, con anillos y esmalte plateado en las uñas—. Yo soy Rodney —luego me catalogó, desde mi parte más arreglada hasta los tobillos—. ¿Middlebury?

—Williams.

—Mmm... —murmuró como si me hubiera equivocado al nombrar mi propia universidad—. ¿Es tu primera vez?

—Sí. ¿Tú?

—Segunda —explicó Rodney—. Estuve aquí el verano pasado también. Te hacen trabajar como a un husky de tres patas en la carrera de Iditarod, pero he escuchado que en Christie's es peor —arqueó una ceja—. Sí sabes de qué se trata, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Es como el sombrero seleccionador de Harry Potter. Dicen tu nombre y tu departamento. No hay cambios —se inclinó hacia mí—. Tengo una licenciatura en diseño por la Escuela de Diseño de Rhode Island y el año pasado me enviaron a *Fine Wine*. Vinos. ¿Qué demonios sé yo de vinos? Y no, antes de que preguntes, no los puedes probar.

—Impresionismo —digo—. Eso es lo que yo espero.

Rodney sonrió sarcástico.

—Entonces probablemente acabarás en exploración espacial.

—Instrumentos musicales —añadí sonriendo.

—Bolsos.

Metió la mano en un morral y sacó un paquete envuelto en papel aluminio.

—Toma —dijo partiendo un *brownie*—. Ahoga tus penas por anticipado.

—El pastel hace que todo sea mejor —respondo comiendo un bocado.

—Igual que los *brownies* de marihuana.

Me atraganté y Rodney me golpeó la espalda.

«Diana O'Toole», escuché y me levanté de un salto de la silla.

—¡Aquí! —respondí.

—Colecciones privadas.

Miré a Rodney y él metió el resto del pastelillo en mi mano.

—Pudo haber sido alfombras y tapetes —murmuró—. Acábatelo.

Al final, no me terminé el *brownie* de marihuana aunque estuve sentada en la recepción, donde me pusieron para contestar teléfonos e indicar a los visitantes a qué piso ir en una empresa que aún no conocía. Transfería llamadas y leía los obituarios de *The New York Times*, marcando con una pluma roja las esquelas de la gente rica que podría tener propiedades para subastar. Entonces, una tarde, un hombre que era casi tan ancho como alto llegó hasta la recepción con un marco envuelto en tela.

—Necesito ver a Eva St. Clerck —dijo.

—Puedo hacerle una cita —ofrecí.

—Creo que no entiende —respondió—. Este es un Van Gogh.

Empezó a desenvolver el marco; contuve el aliento esperando las pinceladas fracturadas distintivas y los gruesos bloques de color. En su lugar, miraba una acuarela.

Van Gogh sí pintó más de cien acuarelas. No vi la explosión de color que hubiera confirmado el origen de la pieza, y no estaba firmada.

Por supuesto, tampoco era mi departamento ni mi trabajo evaluarlo.

«Pero, ¿y si...?», pensé. «¿Y si esta fuera mi gran oportunidad y soy la becaria que sobresale por identificar un diamante en bruto de Van Gogh y se convierte en una leyenda en Sotheby's?».

—Un momento —digo.

Con el auricular en la mano llamé a Eva St. Clerck, que en ese entonces era consultora de Imp Mod. Me presenté y apenas había empezado a explicarle cuando me interrumpió.

—Oh, por el amor de Dios.

Y colgó el teléfono.

Dos minutos después salía a grandes zancadas del elevador.

—Señor Duncan —dijo Eva con tono frío—. Como le dije la semana pasada, la antepasada y la anterior a esa, no creemos que sea un original...

—Ella dijo otra cosa —replicó el hombre señalándome con el dedo.

—No es cierto —exclamé con los ojos bien abiertos.

—Ella —dijo Eva— no es nadie. No está calificada para evaluar un sándwich de jamón, mucho menos una obra de arte.

Parpadeé. Esta era la mujer con la que había esperado trabajar ese verano; quizá había evitado la bala.

De pronto, una mano me tomó del brazo.

—Levántate.

Estaba tan ocupada con el drama que se desarrollaba frente a mí que no me di cuenta de que mi verdadero jefe se acercaba desde otra dirección. Jeremiah era consultor de Colecciones Privadas y le habían encargado que me buscara qué hacer, como jugar a la recepcionista.

—Te necesitamos ahora.

—Pero la recep...

—No me importa —Jeremiah me sacó de ahí, hablando mientras me guiaba por un laberinto de pasillos—. Los Vanderbilt están decidiendo entre nosotros y Christie's para vender su propiedad. Tenemos que poner manos a la obra.

Jeremiah abrió la puerta de la sala de conferencias. Unos especialistas en venta inmobiliaria, agotados, alzaron la mirada.

—¿Ella es la becaria? —preguntó uno.

Me llevaron hasta una computadora en un rincón y me dijeron que empezara a escribir cientos y cientos de páginas de notas sobre el arte, los inmuebles y las pertenencias que formaban parte de la propiedad. En lo que escribía, volvía a revisar mi trabajo e inventariaba la lista, el grupo a mi espalda lanzaba propuestas que pudieran convencer a los Vanderbilt de elegir a Sotheby's y no a Christie's.

Durante días organicé los óleos de maestros neerlandeses, Rolls-Royces y carruajes dorados de caballos, y escuché a Jeremiah y a otros consultores imaginar una presentación impresionante para la subasta. Entrar a esa sala era como estar envuelta por electricidad; era la confirmación que necesitaba de que la emoción que proporcionaba el arte no empezaba y terminaba con su creación.

Los Vanderbilt eligieron a Sotheby's el día antes de que terminara mi pasantía. Hubo champaña y discursos, y una ronda de aplausos para mí, el caballo de carga que había laborado noches y fines de semana.

No importaba lo que Eva St. Clerck pensara de mí.

Me robé una botella de Moët y la bebí con Rodney en el baño para discapacitados. En el curso de verano nos habíamos vuelto inseparables. A él lo asignaron a Arte Islámico, pero de alguna manera

convenció a su consultor para que lo dejara estar con el equipo de diseño que creaba las salas y las exhibiciones en donde se realizaban las subastas. Los fines de semana paseábamos por el Met y el Whitney, y nos propusimos buscar el mejor pan tostado con aguacate de la ciudad. Lo emborraché cuando su novio lo cortó con un mensaje de texto; él me llevaba a las rebajas para que me deshiciera de mis pantalones chinos y me vistiera como Cenicienta con ropa de descuento de Max Mara y Ralph Lauren.

—Por los buenos vinos —dije, levantando la botella hasta mis labios.

—Por nosotros: futuros graduados de la maestría de Sotheby's, generación 2013 —replicó Rodney.

Nuestro plan era inscribirnos juntos en el programa de Negocios de Arte de la empresa, que nos contrataran de verdad y hacernos cargo del mundo del arte.

En privado, también quería que Eva St. Clerck supiera quién era yo y de qué era capaz.

Nueve años y varios ascensos después, Eva St. Clerck sabe quién soy: la protegida que consiguió el Toulouse-Lautrec de Kitomi Ito... y lo perdió.

Cuando despierto a la mañana siguiente, el sol está hinchado en el cielo y golpea tan fuerte que hace que el aire lastime. Me pongo el traje de baño que tuve el insólito presentimiento de empacar en mi bolso, tomo una toalla y camino hasta el borde del océano, dando rápidos saltitos cuando las plantas de los pies me empiezan a quemar. Las ampollas de la mano ya son callos.

La diferencia entre el aire hirviente y las olas frías me hace perder el aliento, pero respiro profundamente y después de tres largas zancadas me zambullo en el agua. Al salir a la superficie, mi cabello escurre hacia atrás y floto sobre la espalda con los ojos cerrados. La sal se seca en mis mejillas y estira mi piel.

¿Cuánto tiempo podría quedarme así, suspendida, ciega? ¿Dónde terminaría?

Dejo que mis piernas se hundan con la gravedad y entrecierro los ojos hacia el horizonte. Me pregunto si esa es la dirección en la que se encuentra Finn.

Me produce una enorme disonancia cognitiva estar en este paraíso tropical sabiendo que, del otro lado del mundo, la ciudad de Nueva

York enfrenta una pandemia.

Cuando estás rodeada por el desierto es inconcebible pensar que hay lugares inundados.

Salgo del mar, me envuelvo en la toalla y escurro mi colita de caballo. De pronto se me ponen los pelos de punta, siento como si me observaran. Volteo rápidamente pero no hay nadie en la playa. Cuando vuelvo a voltear hacia el departamento veo movimiento, pero desaparece antes de que me acerque lo suficiente.

Solo hasta que estoy debajo de la regadera me doy cuenta de que no tengo ni champú ni jabón. Y por supuesto, no tengo comi-da, porque me comí todo lo que Abuela me dejó anoche. Con la piel y el cabello sin lavar, me pongo los jeans de ayer, una de las camisetas limpias que encontré en el clóset de blancos y camino a Puerto Villamil. Espero que hoy haya algo abierto. Mi objetivo es acumular algunas provisiones y encontrar una oficina de correos donde pueda comprar timbres y enviar la postal que le escribí a Finn. Si no puedo enviarle mensajes o correos electrónicos ni llamarlo, al menos le llegará una carta a la antigua.

Pero Puerto Villamil es un pueblo fantasma. Todos los bares, restaurantes, hostales y tiendas siguen a oscuras y cerrados. La oficina de correos tiene una cortina de metal cerrada en la entrada. Por un segundo en el que mi corazón deja de latir, me pregunto si quizá me quedé dormida durante una evacuación, si toda la isla está vacía salvo por mí. Luego me doy cuenta de que al interior de uno de los negocios, si bien está oscuro, alguien se mueve.

Toco la puerta, pero la mujer que está ahí niega con la cabeza.

—*Por favor* —suplico.

Deja la caja que lleva en las manos y abre la puerta.

—*No perteneces aquí. Hay toque de queda.*

Veo que es una tienda de abarrotes. En la barra hay canastas llenas de fruta y en unos pasillos estrechos los estantes contienen alimentos secos. Saco efectivo de mi bolsillo.

—Puedo pagar.

—Cerrado —dice titubeando.

—Por favor —suplico de nuevo.

Su rostro se suaviza y levanta la mano con los dedos extendidos. ¿Cinco artículos? ¿Cinco minutos? Señalo una fruta amarilla que está en una canasta sobre la barra. Guayaba quizá. La mujer la levanta.

—¿Jabón? —pienso, pero digo:— *¿Sopa?*

Alza el brazo hacia un estante y saca una lata de sopa.

Bueno, me la llevaré, aunque no pueda bañarme con ella. Con mímica hago como que me lavo el pelo y las axilas, ella asiente y agrega una barra de Ivory a mi compra. Menciono todos los artículos de comida que conozco en mi escaso español: *agua, leche, café, huevo*. Hay pocos productos frescos, eso limita mis opciones y me hace preguntarme por el modo en que la gente de Isabela recibirá cargamentos de alimentos perecederos como leche y huevo, si es que los recibe. Por cada artículo que puedo comunicar hay dos que no tiene; los lugareños debieron saber que todo iba a cerrar y se aprovisionaron.

—¿Pasta? —digo por último, y ella encuentra tres cajas de penne.

Hay peores suertes que solo comer pasta.

—¿Timbres? —pregunto.

Saco la postal y señalo la esquina. Ella niega con la cabeza y señala al otro lado de la calle, hacia la oficina de correos cerrada.

Sobre la barra hay una pequeña pila de periódicos. No puedo leer los titulares en español, pero la fotografía es clara: un sacerdote en una iglesia en Italia que bendice muchos ataúdes de muertos por covid.

Esto es lo que le espera a Estados Unidos. Esto es con lo que Finn está lidiando.

Y yo estoy atorada aquí.

La dueña de la tienda extiende la mano, la seña universal de pago. Le ofrezco mi tarjeta de crédito y niega con la cabeza. No tengo dinero ecuatoriano y todavía no encuentro un cajero automático. Empiezo a sentir pánico y saco dos billetes de veinte dólares, se los doy antes de que se rinda y se lleve mis compras. Vuelve a cerrar la puerta y me alejo con mi bolsa de plástico.

A mitad de la calle principal escucho un timbre en mi teléfono. Lo saco del bolsillo y en la pantalla pasa un torrente de mensajes de Finn.

«Te perdí».

«¿Hola?».

«Intenté con FaceTime pero...?».

«¿Mala recepción? Intentaré mañana».

Ha enviado mensajes varias veces desde entonces y parece que al fin se dio cuenta de que no tengo servicio de celular. El último mensaje dice que me enviará un correo electrónico, en caso de que encuentre un café internet.

Recorro la calle con la mirada hacia las tiendas apretujadas y resoplo.

Pero aparentemente estoy justo en un punto de acceso al servicio celular en Puerto Villamil, porque cuando reviso mi bandeja de entrada encuentro un correo de Finn. Me siento, cruzo las piernas y empiezo a leer absorbiendo sus palabras como si fueran un oasis en el desierto.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

No puedo creer que solo hayan pasado dos días. Aquí ya cerraron las escuelas, bares y restaurantes. Tenemos 923 casos solo en la ciudad. Diez muertos. El metro está vacío. Es como si Nueva York fuera un cascarón y toda la gente estuviera escondida.

No es que yo lo sepa, porque no he salido del hospital. Cancelaron el programa de residentes de cirugía. ¿Recuerdas cómo solía quejarme de ser residente porque tengo que cubrir la guardia de noche y dar consultas en urgencias mientras que los residentes de último año sí entran a verdaderas cirugías, y que tú asegurabas que un día sería mi turno? Bueno, pues no. Soy residente de cuarto año pero ya no es así. Nadie hace ya cirugías. Todos los procedimientos optativos, e incluso los urgentes como apendicetomías y vesículas, se han cancelado porque la UCI está llena de pacientes de covid. Supongo que los residentes somos prescindibles, así que me reasignaron a los casos de covid.

Para ser franco, solo vemos la enfermedad. Pero me eduqué como cirujano y, de pronto, se supone que debo comportarme como internista y tratar una enfermedad infecciosa; pero no tengo idea de lo que estoy haciendo. Nadie la tiene.

Estoy en la hora 34 de mi turno de 12 horas, porque no somos suficientes para atender a los pacientes. Empezaron a llegar y no han parado. Cuando llegan aquí respiran con dificultad y ya están jodidos. Tratan de respirar pero el aire no puede ir a ningún lado, así que terminan dañándose los pulmones, es un círculo vicioso. En general, a esos pacientes les ponen cánulas nasales de alto flujo, que les brindan diez veces más oxígeno, pero también podrían dispersar el virus por todas partes. Así que, en su lugar, usamos respiradores con reserva adicional o pequeñas cánulas nasales. No funciona. Nada funciona en nuestra caja de sorpresas. La gente muere a granel porque no obtiene suficiente oxígeno y lo único que nos queda es intubarla. Eso es algo muy peligroso porque no podemos intubar a un paciente sin, literalmente, esparcir el virus sobre nosotros.

Así que nos ponemos una armadura, pero no es suficiente. Ahora, solo para ver a un paciente tengo que cubrirme el cabello, ponerme un cubrebocas N95, protector facial, luego la bata de papel sobre la ropa quirúrgica y dos pares de guantes. Nos enviaron videos para memorizar el orden en que debemos vestirnos y tenemos observadores que se aseguran de que no olvidemos nada antes de entrar a la guerra. Me parece ridículo que este pequeño filtro sobre mi rostro sea lo único que me proteja del virus. Lleva seis minutos ponerse el equipo de protección personal, pero doce minutos quitárselo porque en ese momento eres más susceptible de infectarte. Sientes calor, comezón y te sientes miserable, y me preocupa qué piensan los pacientes, porque actuamos como si tuvieran la plaga. Que quizá sí tienen.

Tratamos de no permanecer mucho tiempo en sus habitaciones. No los tocamos a menos que sea necesario. Nadie sabe realmente cuánto dura el virus en las superficies, así que suponemos lo peor. Cuando salimos nos quitamos los guantes, los echamos a la

basura y nos lavamos las manos. Luego echamos la gorra a la basura y nos lavamos las manos. Tiramos la bata en un contenedor de plástico y nos lavamos las manos. Luego el protector facial, y nos lavamos las manos. El cubrebocas N95 tenemos que volverlo a usar porque no hay suficientes, así que nos lo quitamos y lo echamos a una caja rotulada con nuestro nombre y nos lavamos las manos. En Italia, los médicos usan trajes para materiales peligrosos como si entraran a un reactor nuclear, y yo lavo mi cubrebocas con una jodida toallita húmeda.

Mis nudillos están partidos y sangran.

No debería quejarme.

Hoy tuve que hacer una traqueostomía de urgencia en un paciente con covid. Se estaba muriendo, a unos minutos del paro cardiaco. Llamé al equipo de cuidados intensivos respiratorios, pero el cuello del hombre era demasiado grueso, tanto que el anestesiólogo no pudo intubarlo con rapidez. Solo estábamos el anestesiólogo, la enfermera, yo y el señor que no podía respirar. Tuve que intervenir y hacer la traqueostomía de urgencia para abrir las vías respiratorias y que lo intubaran antes de que fuera demasiado tarde. Estaba aterrado porque, ya sabes, si me equivocaba, si se me escapaba algún detalle, podría infectarme. Antes de hacer la incisión tuve que presionar mis manos para que dejaran de temblar. No dejaba de decirme que tenía que ser eficiente y rápido para salir corriendo de esta sala y desinfectarme.

Cuando todo acabó, el anestesiólogo y yo salimos como si nos persiguieran. Me quité el equipo en el orden correcto, me lavé las manos y me puse desinfectante después; luego me di cuenta de que la enfermera seguía en la sala, con toda esa contaminación que se transporta en el aire. Acaso tendría 25 años. Acariciaba el brazo del paciente y la vi enjugar una lágrima en la mejilla del paciente, aunque estaba completamente dormido. Le hablaba aunque estaba sedado y no podía escucharla.

Heme aquí quejándome por usar un traje espacial de papel y lograr mi cometido, cuando ella le estaba brindando un verdadero cuidado.

Y pensé: ella es la heroína.

No sé por qué te digo eso, pero me hace bien saber que estás escuchando.

No sé cuánto tiempo estuve sentada en la calle principal del Puerto Villamil, releyendo el correo de Finn. El sol achicharraba mi nuca y la coronilla de mi cabeza. Su descripción de la ciudad y del hospital me parecía irreal, distópica. ¿Cómo podía cambiar tanto en solo 48 horas?

De pronto, me parece inmaduro y siento que no tengo el derecho de estar enojada por no haberme quedado en el hotel que reservé o tener hambre. Por ningún motivo voy a quejarme de lo mío con Finn.

«Esto es hermoso», escribo. «Es difícil decidir adónde mirar; el agua es tan clara que puedes ver los peces al fondo y hay unos pedazos loquísimos de rocas de lava e iguanas que cruzan por la calle principal».

«La gente también es súper amigable», escribo.

Describo al león marino en el muelle de Santa Cruz y el viaje en ferri en aguas agitadas, y omito por completo la multitud de turistas

frenéticos que encontramos cuando llegué a Isabela.

«Lo único malo (aparte de la falta de recepción)», agrego, «es que no estás conmigo».

«Odio estar aquí y que tú estés allá en medio de todo eso. Me gustaría estar contigo para apoyarte».

No le digo que incluso si decidiera regresar a casa, no puedo hacerlo.

Presiono el botón «Enviar».

Miro la pantalla sin respirar hasta que aparece una notificación: «Sin conexión a internet».

En el mundo de las subastas, la representación en video no es nunca tan importante como el catálogo físico. Es mucho más importante que los clientes estudien con atención las maravillosas fotogra- fías, que lean un texto sobre la procedencia de los objetos, para determinar, a partir de su clasificación en el folleto, qué tan importante es la pieza. Después de graduarme en Sotheby's de la maestría en Negocios del Arte y estar en capacitación por un año, me contrataron en 2014 como catalogadora asistente en Imp Mod. Mi trabajo consistía en escribir el texto que acompaña las fotografías. Un especialista podía traer una pintura, pero era mi trabajo darle vida.

La biblioteca de Sotheby's no es una verdadera biblioteca, sino estantes que forran los pasillos en cada piso de la empresa. Como catalogadora, registraba los materiales tratando de organizar una investigación inicial sobre el valor en el mercado de esa obra, en cuánto se habían vendido obras similares y los más mínimos detalles que pudiera agregar. La manera de atraer a la gente hacia una pieza de arte es encontrar un detalle que no pueda olvidar, algo que personalice la obra: esto se pintó el día antes de conocer al mentor que lo patrocinaría como artista; esta fue la primera pintura que hizo al óleo; esta imagen influyó en Degas, Gauguin, Cézanne. Cada fragmento se revisa, edita y organiza para captar el interés del comprador y que siga leyendo el catálogo.

En la práctica, para mí esto significaba que pocas veces me sentaba durante el día, a menos que tuviera que escribir una revisión en la computadora, y luego hacer borradores y correcciones para pasarlos de un consultor a otro, a la gente de *marketing* y al departamento de arte que organizaba el catálogo para su impresión. Asimismo, siempre teníamos una fecha límite estricta para sacar a tiempo el catálogo del

impresor para la subasta.

Esa fue la razón por la que un día, a los tres años de mi puesto en Sotheby's, no tomé el elevador. Para ese entonces mi jefa, Eva St. Clerck, era la directora de ventas de Imp. Mod. Estaba haciendo algo para ella porque teníamos el tiempo encima, y como el elevador estaba parado en otro piso, decidí tomar las escaleras de emergencia. Pero iba tan apurada que pisé mal un escalón y caí por las escaleras; detuve mi caída con el brazo izquierdo extendido.

Aterricé hecha una maraña en el descanso, con las medias rasgadas y la rodilla despellejada. Mientras estaba ahí despatarrada, pensé en subir corriendo las escaleras para cambiarme y ponerme las medias de repuesto que tenía en mi escritorio para evitar que Eva St. Clerck me mirara con las cejas arqueadas por la decepción. Al tratar de levantarme casi pierdo el sentido por el dolor.

Cuando pude respirar de nuevo, me las arreglé para sacar el teléfono del bolsillo de mi saco y mandarle un mensaje a Rodney con una sola mano. «Ayuda».

Me encontró en el cubo de la escalera; yo estaba recargada contra la pared, con las piernas extendidas frente a mí, el brazo derecho abrazando al brazo izquierdo contra mi pecho. Me levantó y me ayudó a llegar hasta el elevador más cercano.

—Vamos a urgencias —anunció, mirando mi muñeca con una mueca de dolor—. Ese ángulo no es natural.

—No puedo irme. Eva...

—No quiere enfrentar una demanda porque te caíste por las escaleras mientras tratabas de calmar a Su Majestad.

Cuando llegamos a la planta baja, Rodney me ayudó a atravesar el vestíbulo hasta la puerta de la calle. La sala de urgencias del Presbiteriano de Nueva York estaba solo a unas cuadras; escuchábamos las sirenas de las ambulancias todo el tiempo.

La sala de espera estaba medio llena: había tres madres con niños que lloraban en sus brazos, un anciano con una tos terrible, una pareja que discutía acaloradamente en español, un hombre vestido con ropa de construcción que sostenía una toalla ensangrentada sobre una herida en el muslo. La enfermera de la recepción tomó mis datos y 45 minutos después me llamaron.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Rodney.

Y aunque eso era precisamente lo que quería, decidí actuar como una adulta y negué con la cabeza.

—Bien —respondió—, porque esta revista *People* de 2006 está muy

interesante.

Me llevaron por unas puertas de doble hoja hasta un pequeño cubículo con cortinas, donde me senté en una camilla, tratando de no mover mucho el brazo. Sentía que me quemaba bajo la piel y, de pronto, fue demasiado: el dolor, la fecha límite del catálogo, un posible hueso roto. Las lágrimas bajaban por mis mejillas, mi nariz empezó a moquear y cuando traté de alcanzar con la mano no dominante un pañuelo desechable que estaba junto a la camilla, la caja se cayó al piso y empecé a llorar más fuerte.

En ese momento entró el médico. Era alto y rubio; su cabello no dejaba de caer sobre sus ojos.

—¿Señorita O'Toole? Soy el doctor Colson. Soy residente... —dijo mirando el expediente—. Entiendo que se cayó... —miró mi rostro y alzó las cejas—. ¿Está bien?

—Si estuviera bien —sollocé—, no estaría en urgencias.

—Dígame qué pasó —preguntó.

Lo hice mientras él tocaba mi codo y muñeca con cuidado, moviéndolos poco a poco y deteniéndose cuando hacía un gesto de dolor. Sus dedos eran cálidos y firmes. Me hacía preguntas mientras revisaba el golpe en la cabeza, examinaba el raspón en la rodilla y un moretón que empezaba a formarse en la cadera.

—¿Siempre va tan de prisa? —preguntó.

La pregunta me sorprendió y me sacó de mi malestar.

—¿Supongo?

Por primera vez desde que entré al cubículo, sus ojos se encontraron con los míos.

—Quizá no sea malo, si sabe hacia donde se dirige —agregó.

—¿Esa es la manera normal de decir que tome dos aspirinas y le llame en la mañana?

—No. No va a salir de aquí sin una radiografía —explicó con media sonrisa—. La mala noticia es que apostaría a que tiene el brazo roto. La buena, que si puede hacer bromas probablemente no morirá en mi turno.

—Maravilloso —murmuré.

—Lo es —dijo—. No me gustaría que mi calificación en Yelp se desplomara —sacó la cabeza del cubículo y habló con una enfermera que pasaba—. La llevaremos a radiología para sacar la placa y yo regresaré más tarde —asentí.

—Mi amigo está en la sala de espera —dije—. ¿Alguien podría decirle lo que está pasando?

Se irguió.

—Puedo hablar con su novio.

—Es solo un compañero de trabajo —corregí—. Rodney. Él me trajo. Es el único en la sala de espera vestido con alta costura.

El doctor sonrió.

—Hay que amar a un héroe vestido de Prada.

Tomó una hora sacar la radiografía, que la interpretaran y que el doctor Colson volviera a mi cubículo. Yo estaba acostada, tratando de no mover el brazo. Me mostró las imágenes en un iPad, la línea blanca y clara del hueso roto.

—Es un fractura sencilla —explicó.

—No se siente como sencilla.

—Eso significa que no necesita una consulta con el ortopedista. Puedo ponerle un yeso y podrá marcharse.

Me mostró cómo sostener el brazo, con el pulgar hacia afuera, mientras me ponía con cuidado una venda tubular elástica como si fuera un guante. Tomó un rollo de algodón y lo envolvió alrededor de mi brazo como si lo momificara. No dejó de hacerme preguntas: ¿Cuánto tiempo llevaba en Sotheby's? ¿Estudié en la Escuela de Arte? ¿Prefería el arte moderno o el impresionista? Me dijo que era cirujano residente, pero que estaba en el primer año y le tocaban rotaciones de dos semanas en urgencias. Me confesó que este era su primer yeso.

—El mío también —dije.

La envoltura de fibra de vidrio que usó ya se estaba endureciendo. Para la capa final, me dio a escoger entre azul, naranja, camuflaje o rosa encendido.

—¿Puedo escoger?

Sonrió.

—Un beneficio para nuestros nuevos clientes.

—Rosa —exclamé—. Aunque Rodney diría que no va con mi guardarropa.

—Elija un color que no se canse de ver las próximas seis semanas —sugirió—. Si quiere algo que combine, escoja el azul. Es el mismo color de sus ojos.

En cuanto lo dijo se sonrojó y bajó la cabeza, concentrándose en la última capa.

Por último, pude girar un poco la muñeca para ver su obra.

—Nada mal para un novato —comenté—. Cinco estrellas en Yelp, sin duda.

—¡Uf! —rio.

—Entonces —dije mirándolo—, ¿eso es todo?

—Una cosa más —añadió, sacando un marcador negro del bolsillo de su bata—. ¿Puedo firmar en su yeso?

Asentí sonriendo.

«Finn», escribió. Y un número de teléfono.

—En caso de complicaciones —dijo mirándome a los ojos.

—Me parece que esa es una infracción a la HIPAA o algo por el estilo —digo.

—Solo si fuera mi paciente, pero para mi suerte —dijo entregándome los papeles de la alta—, ya no lo es.

Al regresar a la sala de espera ya habíamos quedado en vernos para cenar al día siguiente, y apenas sentía dolor en el brazo. Rodney estaba recostado sobre la espalda a lo largo de cuatro sillas. Me miró a la cara, luego vio la firma en el yeso.

—Chica… —exclamó.

Después de leer el correo de Finn, decido que voy a regresar a Estados Unidos aunque tenga que nadar. Regreso al departamento por mi bolso *tote* para volver a Puerto Villamil. Hay muy pocas señales de vida en Isabela, pero tengo más oportunidad de encontrar una salida hacia el continente si estoy en el pueblo.

Tengo que esperar solo una hora en el muelle hasta que se acerca un pequeño bote cuyo motor se sacude. Hay alguien en él, pero no puedo verlo con claridad a esta distancia. Me apresuro por el muelle, haciendo señas con el brazo; el hombre sale de la embarcación, me da la espalda y lo asegura a un amarradero.

—*Hola* —digo con timidez; me pregunto cómo voy a comunicarme más allá de un simple saludo.

Se yergue, se limpia las manos mojadas sobre los shorts, da media vuelta y me doy cuenta de que es el hombre del criadero de tortugas que me derribó ayer.

—*No es cierto* —murmura cerrando los ojos un segundo, como si pudiera hacerme desaparecer con un parpadeo.

Bueno, al menos sé que habla inglés.

—Hola de nuevo —saludo sonriendo—. Quiero saber si puedo rentar su bote.

—Lo siento, no es mi bote —responde sacudiendo la cabeza, luego avanza empujándome con el hombro y se va.

—Pero usted acaba de… —exclamo corriendo tras él para

alcanzarlo—. Mire, entiendo que empezamos con el pie izquierdo, pero esta es una emergencia —se detiene y cruza los brazos—. Le pagaré —insisto—. Le pagaré lo que usted quiera para que me lleve a Santa Cruz.

No me queda mucho efectivo, pero al menos habrá cajeros automáticos ahí.

—¿Qué hay en Santa Cruz? —pregunta estrechando los ojos.

—El aeropuerto —respondo—. Tengo que regresar a casa.

—Aunque llegara a Santa Cruz, no entran ni salen vuelos.

—Por favor —le ruego.

Su rostro se suaviza o quizá solo es una ilusión.

—No puedo llevarla ahí —dice—. Estamos en estricta cuarentena, hay agentes federales que la hacen cumplir.

Estoy haciendo un esfuerzo para no romper en llanto.

—Sé que piensa que soy una turista estúpida —admito—. Debí haberme ido en el último ferri. Tiene razón. Pero no puedo quedarme aquí por sabe Dios cuánto tiempo mientras las personas a las que amo están atrapadas... —mis palabras se evaporan y trago saliva—. ¿Usted nunca ha cometido un error?

Hace una mueca como si hubiera dado en la llaga.

—Mire, no me importa mucho lo que me pase a mí —explica—. Pero si la arrestan por viajar a Santa Cruz, eso tampoco la ayudará a regresar a casa —me recorre con la mirada de pies a cabeza—. Espero que pueda solucionarlo —agrega, asiente brevemente y me deja sola en el muelle.

En la tarde, no solo me pregunto si puedo salir de esta isla, me pregunto si soy la única en ella.

Aunque sé que no puede ser verdad, me siento como si fuera la última persona en la Tierra. Desde que el hombre del criadero de tortugas me dejó sola en el embarcadero, no he visto una sola alma. No hay movimiento ni luz en la casa de Abuela; la playa está completamente vacía. Incluso si ya no llegan turistas a la isla Isabela, aunque la gente sea cuidadosa por el coronavirus, siento como si me hubieran aventado al plató de una película distópica. Un hermoso escenario, pero muy solitario.

Camino en la misma dirección que tomé ayer, hacia el criadero de tortugas, pero me pierdo y en su lugar termino en un sendero de madera que atraviesa un manglar con árboles de ramas largas

blanqueadas que se enredan sobre mi cabeza como nudillos doblados. Es desolado y extraño, pero hermoso; es el lugar de un cuento de hadas donde aparece la bruja. Salvo que solo estoy yo y una iguana trepada en el barandal del sendero. Los pelos que tiene en el lomo, como Godzilla, se erizan cuando paso frente a ella.

Al ver el letrero de Concha de Perla, mi memoria corre a toda velocidad: marqué esta página en la guía turística que sigue perdida en algún lugar con mi equipaje, como un lugar que Finn y yo podíamos visitar. Es famoso porque es un lugar perfecto para practicar esnórquel; unos brazos de lava rodean una pequeña parte del océano, creando una laguna natural. No tengo un esnórquel, pero estoy sudando y tengo calor, así que sumergirme en el agua fresca se convierte en mi misión.

Leo el letrero con cuidado, pensando en manzanas venenosas, pero no hay nada que sea una advertencia. El sendero termina en un muelle que llega hasta el agua. Dos leones marinos están tumbados en los tablones, la madera sigue mojada alrededor de sus cuerpos, como contornos en la escena del crimen. No hacen ningún movimiento cuando paso a su lado para inclinarme sobre el barandal y mirar el agua: con un tono verdoso claro, una familia de tortugas marinas nada justo debajo de mí.

Bueno. Si soy la última persona en el mundo, hay lugares peores donde estar.

Me quito los tenis y los calcetines, los escondo debajo de la banca del muelle. Siento que es un poco exhibicionista desvestirme, pero aquí no hay nadie más y mi suministro de ropa es demasiado limitado para mojarlo. Cuando ya solo me queda el brasier de deportes y los calzones, empiezo a bajar la escalera hasta el agua. Dejo que toque mis espinillas y luego me tiro de clavado a la laguna.

Siento el agua fresca en mi piel y cuando me incorporo casi puedo tocar el fondo de arena con los dedos de los pies. Hay unos manglares al borde del lago y a través de las pequeñas olas puedo ver sombras negras de lava. Algunas son tan grandes que sobresalen de la superficie en dirección de los afloramientos rocosos. El sol pega tan fuerte que parece una coronación. Me echo de espaldas, flotando, y parpadeo hacia las nubes que cruzan el cielo.

De pronto siento que algo me toca y me sobresalto brutalmente, trago agua y la escupo. Dos pingüinos flotan frente a mí, al parecer tan sorprendidos de verme como yo de verlos a ellos.

—¡Ey! Hola —murmuro sonriendo.

Son del tamaño de mi antebrazo, formales en su esmoquin, las pupilas dos puntos amarillos. Extiendo la mano para invitarlos a que se acerquen. Uno de los pingüinos se sumerge y vuelve a aparecer a mi izquierda.

El otro me picotea con tanta fuerza que podría sacarme sangre.

—¡Demonios! —grito, pataleando para alejarme del pingüino; me llevo la mano al hombro. Apenas es un rasguño, pero duele.

Pienso en todos los cuentos de niños sobre pingüinos, que claramente no son una ayuda porque los hacen parecer amistosos y adorables. Quizá en la vida real son territoriales, quizá cometí una infracción al nadar en su parte de la laguna. Me alejo de ellos y del muelle, hacia las raíces enmarañadas de los manglares.

Avanzo manteniéndome a flote, recelosa de los pingüinos. También vuelvo a tener la sensación de que me miran.

Estoy en ropa interior, que básicamente equivale a estar en bikini, pero aun así no me gustaría que me tomaran desprevenida en este atuendo. Miro sobre mi hombro dos veces, pero incluso a esta distancia no veo a nadie en el muelle.

Splash.

El ruido suena detrás de mí y volteo de inmediato: el agua me salpica y me impide ver.

Giro la cabeza y sucede de nuevo. Pero esta vez, cuando vuelvo a girar, estoy a 30 centímetros de la mirada curiosa de un león marino.

Tiene la mirada negra y conmovedora; sus bigotes se balancean. Bajo el agua, su cuerpo parece un músculo ondulante y compacto, la cola se mueve de un lado a otro, poderosa, para mantenerlo a flote.

Una especie de aleta plana golpea el agua y vuelve a salpicarme. Así que yo también lo salpico.

Nos miramos durante un momento. Arruga la nariz. Vuelve a golpear su aleta contra la superficie, lanzando el agua a mi rostro.

Estallo en carcajadas y él se sumerge con un clavado hacia atrás, para volver a aparecer a unos centímetros de mí. Con una sonrisa, yo también me sumerjo haciendo una pirueta hacia atrás. Salgo a la superficie quitándome el cabello del rostro, el león marino está a 30 centímetros de mí. Esta vez aguanto la respiración y me sumerjo con una voltereta; abro los ojos bajo la superficie y veo que él hace lo mismo.

Es casi como si estuviéramos conversando.

Jugamos juntos, encantados, imitando los movimientos. Agotada, empiezo a nadar hacia el muelle. Por un momento, el león marino me

sigue. Salimos a la superficie, jadeando, debajo del muelle elevado de madera. Él huele a pescado.

Poco a poco extiendo la mano, pensando que quizá ahora me dejará acariciarlo, ahora que hemos establecido una suerte de amistad. Pero antes de que pueda tocar su piel sedosa y mojada, una gota de sangre aparece en la palma de mi mano.

Asustada, retiro la mano. ¿Me corté con la lava? ¿Esto lo hizo el pingüino? Una segunda gota cae al agua y se diluye como tinta.

Me doy cuenta de que proviene del muelle y alzo la mirada.

Subo a toda prisa los escalones resbaladizos y veo a una niña que está sentada, recargada en el poste que forma el rincón del muelle. Es joven, casi una adolescente. Se sorprende al verme, tanto como yo al verla, y de inmediato se baja la manga de su sudadera; sin embargo, alcanzo a ver una serie de cortes escalonados, uno de ellos sangra.

—¿Estás bien? —pregunto avanzando hacia ella, pero se lleva las rodillas al pecho y mete las manos en los bolsillos de su sudadera.

Yo nunca me he autolesionado, pero recuerdo a una chica de preparatoria que lo hacía. Su madre se estaba muriendo de cáncer de ovario y una vez, mientras las dos esperábamos a la orientadora vocacional, sentadas en una banca fuera de su oficina, vi que se rascaba las cicatrices que tenía en el antebrazo. Recordé las incisiones que cada año, en mi cumpleaños, mi padre hacía en el marco de la puerta de mi recámara para registrar mi crecimiento. Ella dejó de rascarse cuando advirtió que la miraba. «¿Qué?», espetó.

La chica tiene el cabello negro mal trenzado y no está llorando. De hecho, parece enojada porque alguien irrumpió en su escondite.

—¿Qué haces aquí? —me acusa.

—Nado —respondo y me sonrojo al recordar lo que llevo puesto, y lo que no.

Tomo mi camiseta prestada del lugar donde la dejé, debajo de la banca, y me la pongo.

—Está cerrado —dice la chica.

De pronto me parece familiar: es la tercera pasajera del ferri de ayer. La que lloraba.

—¿Te lastimaste? —pregunto.

—Toda la isla está cerrada —continúa como si yo no hubiera dicho nada—. Hay toque de queda después de las 2:00 p. m. por el virus.

Miro el sol que cuelga bajo en el cielo. Empiezo a entender por qué la isla parece un pueblo fantasma.

—No sabía —digo con honestidad. Luego hago una mueca—. Si

hay toque de queda, ¿qué haces tú aquí?

Se pone de pie sin sacar las manos de los bolsillos.

—No me importa —responde, y sale corriendo hacia el sendero de madera.

—¡Espera! —grito.

Trato de seguirla, pero la madera quema mis pies desnudos. Con un gesto de dolor, tengo que detenerme en un pedazo de sombra. Cuando regreso cojeando al muelle para ponerme los *jeans* y los tenis, el león marino también ha desaparecido.

A mitad de camino a casa caigo en la cuenta de que esta chica misteriosa hablaba inglés.

Escucho los gritos antes de llegar a la casa de Abuela. Ella está parada en el porche delantero, tratando de tranquilizar a un hombre que discute con ella. Cada vez que toca su brazo en un intento por calmarlo, él lanza un torrente de palabras en español.

—¡Ey! —grito y corro más rápido cuando veo que Abuela se dobla como un junco por la frustración— ¡Déjela en paz!

Sorprendidos, ambos voltean en mi dirección al escuchar mi voz.

Es el mismo tipo... otra vez.

—¿Usted? —exclamo.

—Esto no es asunto suyo —responde.

—Pues yo creo que sí —interrumpo—. ¿Con qué derecho le grita a una mujer que es...?

—Mi abuela —dice.

El rostro de Abuela se arruga en miles de líneas suaves.

—*Mijo* —dice dándole unas palmaditas en el brazo—, Gabriel.

Sacudo la cabeza.

—Soy Diana. Su abuela amablemente me ofreció un departamento porque mi hotel está cerrado.

—Es mi departamento —explica.

¿Me está echando? ¿Por eso discutían?

—Mi departamento —repite como si me tardara en entender—. El que está invadiendo.

—Puedo pagarle —digo, buscando dinero en los bolsillos de mi pantalón. Saco lo que me queda.

Abuela ve el dinero en mi mano y niega con la cabeza, haciendo señas de rechazo hacia mi puño. Su nieto, Gabriel, voltea a verla y le dice en voz baja:

—*Tómalo, no sabes por cuánto tiempo estarán las cosas así.*

Ella asiente y su boca dibuja una línea delgada. Toma el dinero de mi mano, lo dobla y lo guarda en el bolsillo de su vestido.

Abuela le dice algo a Gabriel con los ojos encendidos; por un momento él parece avergonzado.

—Mi abuela quiere que le diga que yo me mudé hace un mes y que ella puede darle el lugar a quien quiera —explica. Luego, entrecerrando los ojos, agrega—: ¿Por qué no está dentro del departamento?

—Lo siento —me disculpo—. Ya no entiendo. ¿Quiere que esté ahí o no?

—Hay toque de queda —observa mi cabello mojado—. Está chorreando. En mi camiseta.

Dios mío, todo es una afrenta personal para este hombre.

De pronto, la expresión de Gabriel cambia.

—*Jesucristo* —exclama. Pasa a toda prisa frente a mí y toma por los hombros a alguien que está en la calle. Parece que no puede decidirse entre abrazarla o ahorcarla.

Veo cómo el alivio lo invade. Sus brazos la rodean con fuerza y en el porche, los ojos de Abuela se llenan de lágrimas. Se persigna.

No sé lo que está diciendo Gabriel, porque habla en español. Desde este ángulo puedo ver el rostro de la persona que abraza. Es la niña del muelle en Concha de Perla; las mangas de la sudadera cubren sus muñecas. Fija su mirada en mí y, en silencio, me ruega que guarde su secreto.

TRES

Los siguientes días entro en una rutina. En la mañana voy a correr, lo más lejos que puedo, por la playa; camino hasta el criadero de tortugas y hasta Concha de Perla; tomo senderos que me llevan al corazón de Isabela y hasta sus acantilados. En ocasiones veo lugareños que me saludan con un movimiento de cabeza pero no me hablan. No estoy segura si guardan su distancia por el virus o porque soy extranjera. Veo a pescadores que salen del embarcadero de Puerto Villamil en pequeñas *pangas* para pescar comida para sus familias.

Despierto antes que el sol y me voy a dormir antes de las ocho, porque solo puedo pasar medio día afuera. Después del toque de queda a las 2:00 p. m. me quedo en la casa, leyendo en el Kindle, hasta que se me acaben los libros que descargué. Voy al patio de arena amarilla que colinda con la playa para mecerme en la hamaca y observo a los cangrejos rojos de roca que se escabullen del oleaje.

A veces, Abuela me trae comida y es una alternativa agradable a la pasta, que es mi alimento principal.

No veo ni a su nieto ni a la chica.

Empiezo a hablarme a mí misma, mi voz es ronca por la falta de uso. En ocasiones recito poesía que memoricé en preparatoria mientras camino por el espinoso desierto del centro de la isla: «Si tuviéramos bastante mundo y tiempo tu timidez, señora, no sería delito». A veces tarareo mientras escurro la ropa que lavo en el lavabo y cuelgo para secar bajo el sol abrasador. Otras, dejo que el océano acompañe mi canto con su bramido.

Siempre extraño a Finn.

Aún no he podido comunicarme con él, pero todas las noches le escribo una postal. Espero encontrar timbres y enviárselas, y quizá hallar una tienda de teléfonos celulares en el pueblo, donde puedan hacer algo para ayudarme a enviar un mensaje internacional. También necesito ropa, porque lavar cada noche mis limitadas reservas no es ideal. Parece que las pocas tiendas que siguen abiertas no tienen

horarios regulares y no he podido adivinarlos. En mis recorridos por el pueblo he advertido señales intermitentes de vida en la farmacia, en un puesto de shawarma y en una iglesia. Decido que, más tarde, intentaré probar suerte otra vez en Puerto Villamil.

Antes del amanecer voy a correr hasta que me queman los pulmones. Cuando llego a un monolito negro puntiagudo de lava, me siento en la arena y observo que las estrellas desaparecen en el cielo como brasas en una chimenea. Para cuando vuelvo caminando a casa, la marea empieza a subir y borra mis huellas. Cuando volteo para ver sobre mi hombro, es como si nunca hubiera estado ahí.

Tomo otra postal en blanco de la caja de Viajes G2 y me siento en la hamaca afuera de mi departamento para terminar mi última misiva a Finn; luego, algo al borde del agua llama mi atención. En la luz azul difusa, las rocas parecen personas y las personas parecen monstruos; me acerco para ver mejor. Estoy casi en la orilla cuando me doy cuenta de que se trata de la chica de Concha de Perla; lleva una bolsa de basura. Se yergue como si pudiera sentir que me acerco a su espalda. En la mano tiene una botella de agua de plástico con caracteres mandarines en la etiqueta.

—Los barcos chinos no solo se contentan con caza ilegal —dice en perfecto inglés—. También tienen que echar su basura por la borda.

Voltea y con un movimiento de la barbilla señala el resto de la playa, donde la marea ha depositado otras botellas.

Recoge basura como si su presencia ahí al alba fuera normal, como si yo no la hubiera visto cortarse a sí misma o que Gabriel le gritara.

—¿Tu hermano sabe que estás aquí? —pregunto.

Sus enormes ojos negros parpadean.

—¿Mi hermano? —pregunta y luego lanza una carcajada—. No es mi hermano. Y en realidad no importa si sabe o no. Es una isla. ¿Qué tan lejos puedo llegar?

Cuando iba a la escuela y esa chica se autolesionaba, yo sentía que nuestros caminos no dejaban de encontrarse. Probablemente lo había hecho antes, pero no me había dado cuenta. Un día, cuando nos cruzamos en el pasillo, la detuve. «No deberías hacerlo», le dije. «Podrías lastimarte».

Se rio en mi cara. «De eso se trata».

Observo a esta chica recoger más botellas de plástico y meterlas en la bolsa de basura.

—Hablas muy bien inglés.

—Lo sé —responde mirándome.

—No quería... —titubeo, tratando de no decir algo que pueda ofenderla—. Es agradable poder hablar con alguien —me inclino para recoger una botella y la extiendo para meterla en su bolsa—. Soy Diana —digo.

—Beatriz.

De cerca parece más grande de lo que pensé en un principio. Quizá 14 o 15, pero pequeña, con rasgos angulosos y ojos profundos. Lleva aún la sudadera con las mangas sobre las muñecas. Sobre el pecho tiene el escudo de un colegio. Parece por completo satisfecha al ignorarme, y quizá debería respetarlo. Pero me siento sola y hace unos días vi cómo se autolesionaba. Tal vez no soy la única que necesita a alguien con quien hablar.

También sé, por nuestros intercambios anteriores, que es más probable que huya a que confíe en mí. Por eso elijo mis palabras con cuidado, como si le ofreciera unas migajas de pan a un pájaro, preguntándome si va a salir volando o a acercarse a saltitos.

—¿Siempre recoges aquí la basura? —pregunto tranquila.

—Alguien tiene que hacerlo —responde.

Pienso en eso, en todos los turistas como yo que vienen a las Galápagos. Estoy segura de que a nivel económico es un beneficio. Pero tal vez el hecho de que todos los barcos y viajes se hayan suspendido unas semanas no sea malo. Quizá le da a la naturaleza un momento para respirar.

—Entonces —agrego tratando de hacer conversación—, ¿esa es tu escuela? —señalo su pecho, en el lugar en el que está el logotipo en su sudadera—. ¿Tomás de Berlanga?

Asiente.

—Está en Santa Cruz, pero la cerraron por el virus.

—¿Ahí vives?

Empieza a avanzar y me adelanto para caminar a su lado.

—Durante el año escolar vivo con mi familia en Santa Cruz —dice en voz baja—. Vivía.

—Pero naciste aquí —adivino.

Beatriz voltea a verme.

—No pertenezco aquí.

«Yo tampoco», pienso.

La sigo por la playa.

—Entonces, estás de vacaciones.

—Sí —afirma con un resoplido—. Como tú.

Su comentario mordaz da en la llaga; en términos de vacaciones,

esto no es exactamente lo que esperaba.

—¿Por qué vas a la escuela fuera de la isla?

—He estado ahí desde que tenía nueve años. Es como una escuela imán. Mi madre me inscribió porque era la mejor oportunidad de sacarme de las Galápagos para siempre, y porque era lo último que quería mi padre.

Me hace pensar en mi propia madre y padre. Círculos separados que ni siquiera se cruzan para formar un diagrama de Venn donde yo pudiera acurrucarme en ambos espacios.

—¿Gabriel... —me aventuro— es tu padre?

Beatriz me mira.

—Por desgracia.

Trato de sacar cuentas; parece muy joven para ser padre. No puede ser mucho mayor que yo.

Ella empieza a alejarse.

—¿Por qué te gritaba? —pregunto.

—¿Por qué me sigues? —pregunta a su vez mirándome.

—No estoy... —salvo que me doy cuenta de que sí lo estoy haciendo—. Perdón. Solo... no he hablado con nadie en varios días. No hablo español.

—*Americana* —murmura.

—Mis planes no eran venir aquí sola. Mi novio tuvo que cancelar a última hora.

Esto le parece interesante, puedo verlo en sus ojos.

—Tenía que trabajar —explico—. Es médico.

—Entonces, ¿por qué te quedaste? —pregunta—. ¿Cuándo supiste que cerrarían la isla?

¿Por qué lo hice? Solo han pasado unos días, pero apenas lo recuerdo. ¿Porque pensé que sería una aventura?

—Si pudiera ir a cualquier otro lado, lo haría —agrega.

—¿Por qué?

Su risa es amarga.

—Odio Isabela. Además, mi padre espera que viva en una cabaña a medio terminar en nuestra granja.

—¿Es granjero? —pregunto sin ocultar mi sorpresa.

—Antes era guía de turistas, pero ya no.

«Probablemente porque era muy desagradable con sus clientes», pienso.

—Mi abuelo era dueño del negocio, pero cuando murió mi padre lo cerró. Vivíamos en el departamento en el que tú estás, pero se mudó a

las tierras altas, a un lugar sin agua, electricidad o internet...

—¿Internet? ¿Hay internet en esta isla? —alzo la postal que sigue en mi mano—. No puedo enviar correos electrónicos y tampoco he podido llamar a mi novio... por eso le he estado escribiendo. Pero no puedo comprar timbres... y ni siquiera sé si hay servicio postal...

Beatriz extiende la mano.

—Dame tu teléfono —se lo paso y empieza a teclear en los ajustes —. El hotel tiene wifi —señala con la cabeza hacia un edificio a lo lejos—. Te pongo la contraseña, pero falla más veces de las que funciona; y si están cerrados, probablemente apagaron el módem. Si no te puedes conectar, puedes tratar de comprar una tarjeta SIM en el pueblo.

Recupero mi teléfono y Beatriz se agacha por otra botella. Una ola solitaria le moja el brazo; se levanta la manga pero recuerda las marcas rojas que dejó la navaja. De inmediato, las tapa con la palma de la mano y alza la barbilla como desafiándome a decir algo.

—Gracias —dijo cautelosa—. Por hablar conmigo.

Se encoge de hombros.

—Si quieres, ya sabes, hablar otra vez... —miro de reojo su brazo —. Bueno, no pienso irme pronto.

Su expresión se cierra.

—Estoy bien —dice, jalando la tela mojada. Mira la postal que sigue en mi mano—. Puedo ponerla en el correo por ti.

—¿En serio?

Se encoge de hombros de nuevo.

—Tenemos timbres. No sé qué pasa con la oficina de correos, pero los pescadores tienen permiso de salir de la isla para entregar lo que pescan, así que tal vez llevan correo a Santa Cruz.

—Eso sería maravilloso —le sonrío.

—No es nada. Bueno, tengo que pasar revista con el guardia.

Cuando alzo la mirada me doy cuenta de que ya llegamos hasta el pueblo.

—¿Tu padre? —aclaro.

—*Tanto monta, monta tanto* —responde.

Me pregunto si la razón por la que Gabriel mantiene una vigilancia tan estricta en Beatriz es porque sabe que se está lastimando. Me pregunto si, lejos de estar enojado, está desesperado.

—¿No podrías quedarte con tu mamá? —digo de golpe.

Beatriz niega con la cabeza.

—Se fue cuando yo tenía 10 años.

—Lo siento —murmuro ruborizada.

Ella lanza una carcajada.

—No está muerta. Está en un barco de National Geographic en Baja, cogiéndose a su novio. ¡Hasta nunca!

Sin más, Beatriz avienta la bolsa sobre su hombro y se aleja por el centro de la calle principal, dispersando a su paso a unas iguanas asombradas.

La propietaria de Sonny's Sunnies habla inglés y vende más que lentes de sol y pareos. También vende camisetas, bikinis fluorescentes, tarjetas SD para cámaras y, sí, tarjetas SIM para llamadas internacionales, aunque por el momento no tiene. No puedo creer en mi continua racha de mala suerte. Está justo ahí donde Beatriz me dijo que la encontraría, en la calle principal de Puerto Villamil, antes de mediodía. La puerta está abierta y Sonny está sentada detrás de la caja registradora, abanicándose con una revista. Es redonda por todas partes: el rostro, los brazos, el vientre hinchado; y me mira sobre un cubrebocas bordado.

—*Tienes que usar mascarilla* —dice.

La miro fijamente. La única palabra que entiendo de la oración suena como rímel de pestañas, y no llevo ninguno.

—Yo... *no habla español* —tartamudeo, y sus ojos se animan.

—Oh —exclama—, tú eres la *turista* —señala su cara—. Necesitas cubrebocas.

Volteo a ver alrededor de la tienda.

—Necesito más que eso —le digo, formando un pequeño montón sobre el mostrador: camisetas de las Galápagos, dos pares de shorts, una sudadera, un bikini, un cubrebocas de tela con un pequeño chile impreso. Agrego una guía turística con un mapa de Isabela. Cuando le enseño mi teléfono, ella me muestra una tarjeta SIM que me permitirá hacer llamadas locales en una red local; la compro aunque no imagino a quién podría llamar o enviar mensajes en este lugar. Me dice que no vende timbres.

Por último, saco una tarjeta de crédito.

—¿Sabe dónde hay un cajero automático en la isla?

—Oh —exclama y pone mi tarjeta en una de esas antiguas máquinas que sacan una copia en papel carbón—. No hay cajeros.

—¿Ni siquiera en el banco?

—No. Y no puede usar una tarjeta de crédito para sacar efectivo.

Observo la ridícula cantidad de dinero que me sobra, después de pagarle a Abuela: 33 dólares. Menos el boleto del ferri de regreso a Santa Cruz... Mientras hago cálculos, mi corazón empieza a latir con fuerza. ¿Y si lo que me queda de efectivo no dura otra semana y media?

Mi ataque de pánico se ve interrumpido por el tintineo de la campana en la puerta. Otra mujer con cubrebocas y un niño en brazos entra a la tienda. El niño se retuerce, llamando a la dueña de la tienda, hasta que lo ponen en el piso y sale corriendo hacia ella, colgándose de su pierna como un molusco. Sonny lo carga y lo acomoda sobre su cadera.

La mujer que llevaba al niño desata un torrente de palabras que no puedo entender y después parece advertirme.

Me parece conocida, pero no puedo pensar de dónde hasta que le grita a la propietaria y su trenza larga y negra se azota en su espalda. La mujer de mi hotel, cuya credencial decía Elena. La que me dijo que estaba cerrado.

—¿Sigue aquí? —pregunta.

—Me estoy quedando con... Abuela —respondo.

Ese es un sustantivo, lo sé. Me da vergüenza no conocer su verdadero nombre.

—*¡La plena!* —se burla Elena alzando las manos, y sale azotando la puerta.

—¿Se está quedando en el antiguo departamento de Gabriel Fernández? —pregunta la dueña de la tienda, y cuando asiento, ríe—. Elena se enojó porque ella quería ser quien durmiera en su cama.

Siento que mis mejillas se encienden.

—No estoy... no... —niego con la cabeza—. Tengo un novio en casa.

—Okey —dice encogiéndose de hombros.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

No dejo de revisar mi teléfono para ver si enviaste un mensaje. Sé que no es tu culpa, pero me gustaría estar seguro de que estás bien. Además, necesito buenas noticias.

El virus es como una tormenta que no amaina. Hasta cierto punto, la racionalidad nos hace pensar que esto no será así siempre. Salvo que así es. Y empeora.

El diagnóstico fácil de un paciente de covid es fiebre, dolor de pecho, tos, pérdida del olfato, sabor metálico en la boca, hipoxia y miedo.

Los que no son tan obvios llegan con dolor abdominal y vómito.

Quienes contagian la covid no tienen síntomas y llegan a urgencias porque se

cortaron la mano partiendo un bagel.

La médica adjunta dijo que deberíamos dar por sentado que todos en el hospital tenemos covid. Tiene mucha razón.

Pero es extraño, urgencias ni siquiera está muy llena. Nadie entra ya caminando, tienen mucho miedo. Nunca sabes si el tipo que tiene la pierna rota y está sentado junto a ti en la sala de urgencias es positivo a covid y asintomático. Y más vale que no tosas, aunque tengas un resfriado común. Te miran como si fueras un terrorista.

Como nadie quiere arriesgarse a venir al hospital, la mayoría de los pacientes llegan en ambulancia cuando ya no pueden respirar.

Me asignaron a una de la UCI para covid. Es jodidamente ruidoso. Bips y alarmas que se encienden cada vez que cambian los signos vitales. El ventilador hace ruido cada vez que respira en lugar del paciente. Pero no hay visitas. Es extraño que no haya esposas o miembros de la familia llorando, con la mano de un ser querido entre las suyas.

Ah, y todos los días cambia el tratamiento. Hoy les damos hidroxicloroquina. Mañana: ¡ups!, no, ya no. Hoy intentamos con remdesivir, pero ya no hay antibióticos. Un tratante usa Lipitor porque reduce la inflamación. Otro utiliza Lasix, que se receta para pacientes con insuficiencia cardiaca, para ayudar a eliminar los fluidos alrededor de los pulmones. Unos doctores piensan que el ibuprofeno hace más daño que beneficio, aunque nadie sabe por qué, entonces recetan Tylenol para la fiebre. Todos quieren saber si el tratamiento con plasma de convalecientes sería de ayuda, pero no tenemos suficiente como para saberlo.

Cuando no estoy con un paciente, leo estudios para saber lo que otros médicos hacen en otros lugares y qué pruebas clínicas están disponibles. Es como si arrojáramos mierda a la pared para ver si se pega.

Hoy tuve un paciente que sangraba por los pulmones. Normalmente le daríamos 1000 miligramos de esteroides para detener la hemorragia, pero la médica adjunta dudaba porque, con base en estudios previos sobre gripe, nos preocupa que los esteroides empeoren la covid. No dejaba de verla batallar con uno u otro procedimiento, y todo lo que pude pensar fue: ¿vale la pena, si de cualquier forma ya está muerto?

Pero no dije nada. Salí de la habitación, hice mis rondas, escuché pulmones que no podían pasar aire y corazones que apenas latían, revisé signos vitales y estado de fluidos, esperando que los pacientes que atendía pudieran superar al virus antes de que nos quedáramos sin camas. Van a enviar a la ciudad de Nueva York un barco naval con mil camas, pero no llegará hasta abril; y según los pronósticos, los hospitales de la ciudad se quedarán sin cupo en 45 días.

Solo ha pasado una semana.

Decidí no ver más las noticias porque, básicamente, las estoy viviendo.

Dios mío, ojalá estuvieras aquí.

En 2014, una de las rosetas de yeso cayó del techo de la Sala de Lectura Rose Main, en la biblioteca pública de Nueva York, y se hizo trizas en el piso. Cuando la ciudad decidió hacer una inspección, también revisaron el techo en la Sala de Catálogos Públicos Bill Blass, adyacente. Retocaron el enyesado ornamental del techo e hicieron pruebas de peso y resistencia. Sin embargo, el mural trampantojo del cielo, pintado por James Wall Finn en 1911, no se pudo restaurar

porque estaba demasiado frágil. En su lugar, mi padre pasó casi un año recreando la imagen en lienzo que pondrían en lugar de techo y en el futuro podría bajarse fácilmente para retoques.

Cuando se instalaron los lienzos en 2016, él estaba ahí dirigiendo la operación. Puesto que era un perfeccionista, insistió en subir a una escalera para mostrar cómo se debía emparejar el lienzo con los sátiros dorados y los querubines de los tallados que lo enmarcaban.

Ese mismo día yo estaba en East Hampton, en la casa secundaria de una mujer que subastaría un Matisse en Sotheby's. Nuestro protocolo requería que alguien de la casa de subastas estuviera presente cuando se transportara una pieza, y puesto que me acababan de ascender a especialista adjunta en Imp Mod, me encomendaron la labor. Era un trabajo mecánico. Me llevaría un coche de la empresa al lugar, me reuniría ahí con la compañía de transporte y antes de que la empacaran usaría una copia impresa de la pintura para señalar raspones, zonas descarapeladas o imperfecciones. Supervisaría que embalaran la pieza con cuidado, que la cargaran en el camión y luego regresaría a mi oficina en el coche de la empresa.

Sin embargo, el trabajo no salía de acuerdo con los planes. Aunque nuestra clienta había dicho que su ama de llaves nos estaría esperando, su marido también estaba en casa. No tenía idea de que su esposa estaba vendiendo el Matisse y él no quería hacerlo. No dejó de insistir que le mostrara el contrato, y cuando lo hice me dijo que le llamaría a su abogado; yo le sugerí que mejor hablara con su esposa.

Mi teléfono vibraba en mi bolsillo todo ese tiempo.

Cuando por fin contesté, no reconocí el número.

«¿Diana O'Toole?».

«Soy Margaret Wu, soy médico en Mount Sinai...».

«Lamento decirle que su padre tuvo un accidente».

Salí aturdida de la casa en los Hamptons, por completo ajena al hombre que seguía en el teléfono hablando con su abogado, y a los de la mudanza que esperaban mi señal para embalar la pintura. Entré al coche de la empresa y le indiqué al chofer que me llevara a Mount Sinai. Llamé a Finn, con quien salía desde hacía varios meses, y dijo que me vería ahí.

Mi padre se había caído de la escalera y golpeado la cabeza. Tenía una hemorragia cerebral y lo habían llevado directamente a cirugía. Yo quería estar ahí y tomarlo de la mano; quería decirle que todo estaría bien. Quería que mi rostro fuera lo primero que viera en la sala de recuperación.

El tráfico en Long Island era, como de costumbre, un desastre. Mientras lloraba en el asiento trasero del coche de la empresa, negociaba con un poder superior. «Te daré cualquier cosa», juré, «si me dejas llegar al hospital antes de que mi padre despierte».

Finn se puso de pie cuando me vio cruzar las puertas de vidrio corredizas y lo supe. Lo supe por su expresión y por la velocidad con la que me envolvió en sus brazos. «No había nada que pudieras hacer», murmuró.

Fue así como me di cuenta de que el mundo cambia de un latido a otro; que la vida nunca es un absoluto, siempre es una apuesta.

Me permitieron ver el cuerpo de mi padre. Algún alma caritativa le había envuelto la cabeza con gasa. Parecía que estaba dormido, pero cuando toqué su mano estaba fría como una banca de mármol en invierno, en la que no te quedas mucho tiempo por más cansada que estés. Pensé en cómo su corazón debió detenerse cuando perdió el equilibrio. Me pregunté si lo último que había visto fue su propio cielo.

Finn tomaba mi mano con fuerza mientras firmaba el papeleo, parpadeaba ante las preguntas sobre funerarias y respondía aturdida. Por último, una enfermera me dio una bolsa de plástico con el logotipo del hospital. Adentro estaba la cartera de mi padre, sus lentes para leer, su anillo de bodas. Identidad, conocimiento, corazón: lo único que dejaba detrás.

En el taxi de regreso a casa, Finn mantuvo su brazo sobre mis hombros mientras yo presionaba la bolsa contra mi pecho. Hurgué en mi bolso en busca del teléfono y busqué el último mensaje de texto que mi padre me envió, hacía dos días. «¿Estás ocupada?».

No le había contestado. Porque estaba ocupada. Porque iría a cenar a su casa ese fin de semana. Porque a menudo él decidía que quería platicar en horas de trabajo y yo no podía. Porque había cualquier cantidad de cosas que tenía que hacer que eran prioritarias.

Porque nunca pensé que ya no tendría tiempo para responder. La historia de nuestra vida era una oración ininterrumpida, no entre paréntesis.

«¿Estás ocupada?».

«No», escribí, y cuando presioné «Enviar» empecé a llorar.

Finn buscó un pañuelo en su saco, pero no tenía uno. Escarbé dentro del bolsillo de mi abrigo y saqué la impresión rectangular de la pintura que había ido a empacar justo esa mañana, hacía mil años. Miré los círculos rojos y las flechas que indicaban las marcas y

desportilladuras en el marco, las imperfecciones en el lienzo, como si significaran algo.

Como si no tuviéramos todos cicatrices ocultas.

Querido Finn:

Bueno, aquí sigue siendo hermoso y sigo siendo la única turista en esta isla. En las mañanas salgo a correr o a hacer senderismo, pero en las tardes todo el lugar está confinado. Eso parece una redundancia, cuando estás tan aislado.

A veces me encuentro frente a frente con un león marino, o compartiendo banca con una iguana, y me sorprende estar tan cerca, sin paredes o rejas entre nosotros, y no sentirme amenazada. La fauna llegó aquí primero y en cierto sentido siguen siendo señores sobre los humanos que ahora comparten el lugar. Me pregunto cómo sería si no fuera yo la única que se maravilla con ellos. Quiero decir que los lugareños están todos acostumbrados. Soy un público de una sola mujer.

La bisnieta de la mujer que me renta el cuarto habla inglés. Es una adolescente. Hablar con ella me hace sentir menos sola. Espero tener el mismo efecto en ella.

De vez en cuando encuentro un poco de señal para el celular y llega uno de tus correos a mi bandeja de entrada. Es como Navidad.

¿Te ha llegado alguna de mis postales?

Te amo,
Diana

A la mañana siguiente, cuando Beatriz aparece con su bolsa de basura —un equipo de reciclaje de una sola chica—, estoy sentada en la orilla del mar haciendo un castillo de arena.

La veo por el rabillo del ojo, pero no volteo. Puedo sentir cómo me mira tomar un puño de arena mojada y dejarlo gotear entre mis dedos para crear una torrecilla escarpada.

—¿Qué haces? —pregunta.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —digo.

—Ni siquiera parece un castillo —se burla.

Me enderezo.

—Tienes razón —extiendo la mano hacia su bolsa de plástico—. ¿Puedo?

Me la da. Con las botellas de plástico de los barcos pesqueros chinos hay amarraderas de alambre, arpilleras enredadas con algas, pedazos de papel aluminio. Hay una chancla rota, botellas de plástico verde, vasos rojos desechables. Hay una redecilla azul eléctrico de una bolsa de naranjas y un pedazo de llanta. Saco todo esto y lo uso para fabricar banderas en la torrecilla del castillo, un foso y un puente levadizo.

—Eso es basura —dice Beatriz, pero se sienta con las piernas cruzadas a mi lado.

Me encojo de hombros.

—La basura de alguien es el arte de otra. Hay un artista coreano, Choi Jeong Hwa, que usa desperdicios reciclados para sus instalaciones. Creó la marioneta enorme de un pescado con bolsas de plástico... y un edificio completo con puertas desechadas. Y hay un alemán, HA Schult, que hace figuras de personas en tamaño natural solo con basura.

—Nunca he oído hablar de ninguno de los dos —dice Beatriz.

Le quito la correa a la chancla para crear una arcada.

—¿Y de Joan Miró? —pregunto—. Pasó el final de su vida en Mallorca; cada mañana caminaba por la playa, como tú, pero convertía en esculturas la basura que recogía.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta.

—Es mi trabajo —explico—. El arte.

—¿Quieres decir que pintas?

—Ya no —admito—. Trabajo para una casa de subastas. Ayudo a la gente a vender sus colecciones de arte.

Su rostro se ilumina.

—Tú eres la persona que dice: «Tengo un dólar, un dólar, ¿escucho dos...?».

Sonrío. Imita bastante bien a un subastador.

—Yo trabajo tras bambalinas. Los subastadores son como las estrellas de rock de la industria.

Beatriz toma un puñado de pequeñas conchas de mar y bordea el foso con ellas.

—Había un subastador británico del que todas estábamos enamoradas —continúo—, Niles Barclay. Durante las subastas, en general yo tenía que atender el teléfono con un coleccionista que no estaba físicamente ahí y hacer pujas en su nombre. Pero una vez me dijeron que tenía que ser la asistente de Niles Barclay. Tuve que pararme en el podio con él y anotar el precio de venta del artículo en la hoja de información cuando la puja terminaba, y darle la siguiente hoja de información para que la leyera en voz alta. Una vez, nuestras manos se tocaron cuando le pasé el papel —solté una carcajada—. Me dijo: «Gracias, Donna», en su increíble acento británico, y aunque había dicho mal mi nombre, pensé: «Dios mío, casi lo dice bien».

—Dijiste que tenías novio —señala Beatriz.

—Tenía. Tengo —corrijo—. Nos habíamos dado permiso de un solo

pase libre. El mío era Niles Barclay, el suyo era Jessica Alba. Ninguno de los dos ha aprovechado el pase —la miro—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tienes novio?

Se sonroja y niega con la cabeza, dando palmaditas en la arena.

—Envié tu postal —me dice.

—Gracias.

—Si quieres, puedo pasar —dice Beatriz—. Quiero decir que podría pasar a tu departamento de vez en cuando y recogerlas, si quieres mandar más.

La miro y me pregunto si ofrece ayuda o la necesita.

—Sería perfecto —digo cautelosa.

Durante un tiempo trabajamos en silencio, como compañeras, formando pasajes almenados, contrafuertes y anexos. Cuando Beatriz se estira para tomar la bolsa de basura, su manga se levanta unos centímetros. Hace ya algunos días que vi cómo se cortaba. Las finas líneas rojas están disminuyendo, como marcas de agua de una inundación que retrocede.

—¿Por qué lo haces? —pregunto con voz suave.

Espero que se levante y se vaya corriendo, otra vez. En su lugar, escarba con el pulgar un canal en la arena.

—Porque es el tipo de dolor que tiene sentido —responde.

Se aleja un poco de mí para ocuparse en amarrar unos alambres.

—Beatriz —digo—, si quieres...

—Si yo hiciera cosas con la basura —interrumpe, cambiando la dirección de la conversación—, haría algo útil.

La miro. «No hemos terminado de hablar de las cortadas», le digo con la mirada. Pero trato de mantener mi voz indiferente.

—¿Cómo qué?

—Una balsa —responde.

Pone una hoja en el agua del foso, que la arena sigue absorbiendo hasta que una de nosotras vuelve a llenarlo.

—¿Adónde navegarías?

—A cualquier parte —responde.

—¿De regreso a la escuela?

Se encoge de hombros.

—La mayoría de los chicos estarían felices de contar con un descanso no programado.

—No soy como los otros chicos —afirma Beatriz. Agrega unas hebras de plástico amarillo a su creación con el alambre, que es una

figura de palo con brazos y piernas—. Estar aquí... es como retroceder.

Conozco ese sentimiento. Odio ese sentimiento. Pero estas son circunstancias más allá de nuestro control.

—Quizá deberías tratar de… ¿aceptarlo?

Voltea a mirarme.

—¿Cuánto tiempo te quedarás tú aquí?

—Hasta que me permitan salir.

—Exacto —exclama Beatriz.

Cuando lo dice, me doy cuenta de lo importante que es tener una salida. Saber que este es un interludio y que voy a volver a casa con Finn, a mi trabajo, a ese plan que establecí cuando tenía su edad. Hay una gran diferencia entre saber que tu situación es temporal y no saber qué sigue.

Todo es cuestión de control, o al menos tener la ilusión del control.

«El tipo de dolor que tiene sentido».

Beatriz pone su figurita sobre el castillo: una persona en un edificio sin puertas, ventanas o escaleras, una estructura rodeada por un foso profundo.

—¿Una princesa en una torre? —trato de adivinar—. ¿Esperando que la rescaten?

Niega con la cabeza.

—Los cuentos de hadas son una mierda —dice Beatriz—. Esta está literalmente hecha de basura y atrapada ahí sola.

Con la uña, tallo una puerta trasera en el castillo. Luego enredo unas algas alrededor de una cuchara de plástico, la visto con el envoltorio de un dulce y pongo mi figura junto a la suya: una visitante, una cómplice, una amiga. Miro a Beatriz.

—Ya no —digo.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Los más afectados son hispanos y negros. Son los trabajadores esenciales, quienes atienden los supermercados, clasifican la correspondencia y, carajo, hasta limpian las salas de hospital que usamos. Usan el transporte público y están expuestos al virus con mayor frecuencia, y en general varias generaciones viven bajo el mismo techo, así que, aunque un adolescente que trabaja para Uber Eats contraiga covid y no muestre síntomas, puede ser él quien mate a su abuelo. Pero lo peor es que no atendemos a estos pacientes hasta que es demasiado tarde. No vienen al hospital porque tienen miedo de que ICE esté aquí, esperando para deportarlos, y para cuando ya no pueden respirar y llaman una ambulancia, no hay nada que podamos hacer.

Hoy vi a una mujer hispana, que es del personal de limpieza en el hospital, limpiar

una habitación. Me pregunté si alguien se había molestado en explicarle que tenía que quitarse toda la ropa antes de entrar a su casa y bañarse antes de dejar que sus hijos la abrazaran.

Finalmente recibimos un nuevo cargamento de equipo de protección personal. Pero resulta que en lugar de cubrebocas N95, que es lo que en verdad necesitamos, enviaron guantes. Miles y miles de guantes. El tipo que aceptó el envío es jefe de cirugía y todos los residentes que conozco están aterrados porque es muy intimidante, pero hoy lo vi perder el control y llorar como bebé.

Tenemos un nuevo recurso: ponerlos bocabajo. Hora de echarse de panza para los adultos. La reducción en la mortalidad se ha estudiado desde 2013, pero nunca se ha usado tanto como ahora. Lo hacemos durante horas, si el paciente lo soporta. Cuando estás bocabajo, los pulmones tienen más espacio para expandirse y el flujo sanguíneo y la circulación de aire se equilibran lo suficiente como para evitar la intubación durante un tiempo. Hemos aprendido que los pacientes parecen tolerar una enorme disminución en el intercambio de aire, así que ahora, en lugar de solo mirar las cifras del intercambio de gas, observamos qué pacientes están exhaustos por respirar, y ellos son a quienes intubamos; seguramente morirán, porque sus pulmones ya están dañados por respirar tan rápido, cuando los conectamos ya es demasiado tarde. Básicamente, estamos jugando a la ruleta rusa con la vida de la gente.

Uno de tres pacientes míos que murió hoy era una monja. Quería recibir los últimos sacramentos y no podíamos encontrar a un sacerdote dispuesto a entrar en la habitación y hacerlo.

Discúlpame si hay errores de ortografía, mi teléfono está en una bolsa de plástico cuando estoy en el hospital. Limpio con toallitas húmedas las facturas que me llegan por correo. Una enfermera me dijo que lava el brócoli con jabón y agua caliente. No recuerdo la última vez que comí algo cocinado.

Me gustaría estar seguro de que esto te va a llegar. Y me gustaría que me respondieras.

Querido Finn:

Me gustaría que supieras lo difícil que ha sido comunicarme contigo, aunque el hecho de que no pueda hacerlo es el asunto. ¿Recuerdas cuando pensamos que sería muy romántico estar alejados del mundo exterior? No se siente así cuando estoy yo sola al exterior, golpeando la puerta para que me dejen entrar.

Da lugar a una extraña autorreflexión. Es como si estuviera en un universo paralelo, donde sé que están pasando cosas pero no puedo responder o comentar, ni siquiera verme afectada por ellas. Ja, ja, ja, ¿el mundo gira si no soy parte de él?

La chica de la que te hablé dice que estar aquí es retroceder. Sé que debería estar agradecida por estar segura y sana en un maravilloso lugar que estaba en mi lista de deseos. Sé que era el momento perfecto para que pasara, cuando mi trabajo está en el limbo y tú encerrado en el hospital. También sé que cuando estás tan ocupado viviendo tu vida, a menudo no puedes poner pausa y pensar en ella. Solo que es muy difícil detenerme y no preocuparme de que la pausa se convierta en alto.

Dios, no soy buena para el descanso. Necesito encontrar una manera de mantenerme ocupada.

O necesito encontrar un avión. Un avión también estaría bien.

Te amo,
Diana

Después de estar en la isla por poco más de una semana, Abuela me invita a almorzar.

No había entrado antes a su casa. Es luminosa y acogedora, con muchas plantas en los alféizares, paredes amarillas y una manta de ganchillo en el sofá. Una cruz de cerámica cuelga sobre el televisor y todo el lugar huele delicioso. En la estufa hay una sartén; se dirige hacia ella y mezcla el contenido con una espátula, luego levanta el utensilio y señala la mesa de la cocina para indicarme que me siente.

—*Tigrillo* —dice un momento después, cuando pone un plato frente a mí.

Plátano macho, queso, pimiento verde, cebolla y huevos. Me hace señas para que pruebe un bocado y lo hago, está delicioso; luego, satisfecha, Abuela regresa a la estufa y sirve otro plato. Creo que se va a sentar conmigo, pero en su lugar llama a alguien.

—¡Beatriz!

¿Beatriz está aquí? Hace cuatro días que no la veo, desde que construimos juntas el castillo de arena.

Me pregunto si se escapó otra vez de la granja de su papá.

Detrás de una puerta cerrada al otro extremo de la sala, se escucha una ráfaga enfurecida de palabras que no comprendo. Abuela balbucea algo, pone el plato en la mesa y se lleva las manos a las caderas en señal de frustración.

—Déjeme intentarlo —digo.

Levanto el plato, voy a la puerta y toco. La respuesta es otra oleada de imprecaciones en español.

—¿Beatriz? —digo inclinándome—. Soy Diana.

Como no responde, giro el picaporte. Está acostada en una cama, tapada con una cobija blanca de algodón. Mira el ventilador de techo mientras las lágrimas escurren por el rabillo de sus ojos, hasta su cabello. Es casi como si no se diera cuenta de que está llorando. Dejo el plato sobre la cómoda y me siento a su lado.

—Habla conmigo —le ruego—. Déjame ayudarte.

Gira para darme la espalda.

—Déjame sola —dice, llorando más fuerte.

Después de un momento, me levanto y cierro la puerta a mi espalda. Abuela me mira con el corazón en los ojos.

—Creo que necesita ayuda —digo en voz baja, pero Abuela solo inclina la cabeza y mi preocupación se pierde sin traducción.

De pronto, la puerta principal se abre y el padre de Beatriz entra.

—*Ella no puede seguir haciendo esto* —dice.

Abuela se acerca a él y pone una mano sobre su brazo.

Él avanza directamente hasta la puerta de la recámara. Sin pensarlo dos veces, me interpongo en su camino.

—Déjela tranquila —digo.

Gabriel se sorprende. Me doy cuenta de que está tan enojado y concentrado que ni siquiera había advertido mi presencia.

—*¿Por qué está ella aquí?* —le pregunta a Abuela, luego me mira—. ¿Qué hace aquí?

—¿Podemos hablar? —digo—. ¿En privado?

Me mira fijamente.

—Estoy ocupado —farfulla, tratando de esquivarme para abrir la puerta.

Es evidente que no voy a poder hacerlo cambiar de opinión, así que bajo la voz, segura de que Abuela no entiende inglés más de lo que yo entiendo español.

—¿Sabe que su hija se autolesiona? —murmuro.

De alguna manera, sus ojos casi negros se oscurecen más.

—Eso no es asunto suyo —responde.

—Solo quiero ayudar. Ella está... tan triste. Perdida. Extraña su escuela. A sus amigos. Siente que no hay nada aquí para ella.

—Yo estoy aquí —dice Gabriel.

No respondo porque ¿y si ese fuera el problema?

Un músculo se contrae en su mandíbula, está esforzándose por ser paciente.

—¿Qué le hace pensar que voy a escuchar a una *colorada?*

No tengo idea qué quiere decir eso, pero no es un halago.

«Porque yo también fui niña», pienso. «Porque tuve una madre que también me abandonó».

En su lugar, respondo:

—¿Supongo que usted es experto en adolescentes?

Mis palabras tienen el efecto que mi intercepción física no tuvo: toda su furia desaparece. Su mirada se apaga, sus puños se aflojan a sus costados.

—No soy experto en nada —admite.

Mientras reflexiono en esta confesión, él se adelanta y toma el picaporte.

No sé qué espero que haga Gabriel, pero no es lo que hace en realidad. Entra a la recámara y se sienta con cuidado en la cama. Le quita a Beatriz el cabello del rostro hasta que ella gira y lo mira con sus ojos enrojecidos e hinchados.

Siento una sombra tras de mí y Abuela entra a la habitación. Se para detrás de Gabriel, pone la mano sobre su hombro cerrando así el círculo familiar.

Siento como si estuviera en una obra de teatro, pero nadie me ha dado el guion. En silencio, me retiro y salgo por la puerta principal.

Creo que el aislamiento es lo peor del mundo.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Antes de que el alcalde cerrara hoy todos los negocios no esenciales en la ciudad, fui a Starbucks de camino al trabajo. Iba vestido con ropa quirúrgica y, por supuesto, llevaba cubrebocas. No voy a ninguna parte sin cubrebocas. La barista se puso a bromear. «Espero que no trabaje con pacientes con covid», dijo. Le respondí que sí y, literalmente, retrocedió un metro. Solo... retrocedió. Si a mí me trata así, y ni siquiera estoy enfermo, imagina cómo se sentirán esos pacientes, solos en una habitación con el estigma como única compañía. Ya no eres una persona, eres una estadística.

La UCI de covid, que antes era la UCI de cirugía, es solo una larga fila de pacientes conectados a ventiladores. Cuando entras a la sala es como una película de ciencia ficción, como si todos estos cuerpos inmóviles solo fueran cápsulas donde se incuba algo aterrador, que en cierto sentido es verdad.

Tratamos de ser más cuidadosos con la intubación porque, según nuestra experiencia, una vez que la persona está intubada es menos probable que salga de eso. Hasta dormido puedo ya identificar los pulmones de un paciente de covid (y a veces es como si eso hiciera). Es un círculo vicioso: si no puedes respirar profundamente, respiras rápido. No podemos respirar 30 veces por minuto durante mucho tiempo sin quedar exhaustos. Si no puedes respirar, no puedes estar consciente. Si no estás consciente, no puedes proteger las vías respiratorias y podrías aspirar. Y es así como terminan siendo intubados.

Les damos etomidato y succinilicolina antes de introducir el laringoscopio por la garganta y poner al paciente en ventilación con bolsa-mascarilla porque hay un pequeño retraso antes de conectarlos al ventilador. Tratamos de que el paciente esté cómodo pero que pueda abrir los ojos y responder a funciones básicas. El problema es que los niveles de oxígeno de los pacientes con covid son tan bajos que deliran, y tenemos que sedarlos para que puedan controlar la respiración y asegurarnos de que no se quiten el ventilador. Eso significa darles dosis de propofol, dexmedetomidina o midazolam, algún tipo de ketamina para sedar y además analgésicos como hidromorfona o fentanilo para el dolor; y además de eso, si están inquietos los paralizamos con rocuronio o cisatracurio, para evitar que hiperventilen y se lastimen. Están bajo un coctel de drogas, y ni una sola trata en realidad la covid.

Hombre, qué daría por saber cómo pasas tus días. Qué estás pensando. Si me extrañas tanto como te extraño yo.

Espero que no. Espero que dondequiera que estés ahora, sea mejor que esto.

A la mañana siguiente, abro la puerta corrediza para salir a correr por

la playa y casi choco con Gabriel. Lleva una gran caja de cartón que desborda de verduras y frutas, algunas de las cuales ni siquiera reconozco. Estoy segura de que estoy soñando, hasta que extiende una mano para sujetarme y evitar que caiga.

—Esto es para usted —dice.

No sé qué decir, pero tomo la caja.

Se pasa una mano por el pelo y un cabello se le queda levantado.

—Estoy tratando de disculparme.

—¿Cómo está?

Dos manchas de sol colorean sus mejillas.

—No debí... tratarla así ayer.

—Solo quería ayudar a Beatriz —explico.

—No sé qué hacer para ayudarla —dice en voz baja—. No sabía que se estaba lastimando... hasta que usted lo dijo. No sé qué es peor, que lo haga o que no me haya dado cuenta.

—Ella lo esconde —digo—. No quiere que nadie lo sepa.

—Pero... usted lo sabe.

—No soy psicóloga —agrego—. ¿Hay alguien con quien pudiera hablar?

Niega con la cabeza.

—En tierra firme, quizá. En la isla ni siquiera hay un hospital.

—Entonces, usted podría hablar con ella.

Traga saliva y mira hacia un lado.

—¿Y si hablarlo solo resultara en que hiciera algo más... que cortarse?

—No creo que sea así —digo despacio—. Cuando era más joven conocí a una chica que hacía eso. Yo quería ayudarla. Un consejero escolar me dijo que si trataba de hablar con ella no la empujaría a hacerlo más o a intentar hacer algo más... permanente, pero que quizá podría ayudarla a que dejara de hacerlo.

—Beatriz no habla conmigo —explica Gabriel—. Todo lo que digo la enoja.

—No creo que esté enojada con usted. Me parece que está enojada con... —agito la mano—. Esto. Las circunstancias.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Me contó lo del castillo de arena. De la gente que hace arte... con basura —Gabriel se aclara la garganta—. No me ha dirigido más de dos o tres palabras desde que volvió a la isla hace una semana, pero anoche no dejaba de defenderla a usted —me mira a los ojos—. Extrañaba escuchar la voz de mi hija.

Como disculpa, esto alcanza su objetivo. Me mira intensamente, como si tuviera más que decir pero no supiera cómo hacerlo. Cambio el tema, mirando la caja que tengo en los brazos.

—Esto es mucho —le digo.

—Son de mi granja —explica, y luego agrega con una suerte de sonrisa—: puesto que no pude conseguirle un cajero automático.

Lanzo una carcajada.

—¿Aquí todo el mundo sabe lo que pasa con todo el mundo?

—Bastante —se encoge de hombros—. No las deje en el sol —dice, abriendo la puerta corrediza detrás de mí para que pueda meter la caja.

La llevo hasta la mesa de la cocina; me pregunto si debería retomar el tema de Beatriz. Anoche pensé que quizá la chica escapaba de su padre dominante, ahora no estoy tan segura. O Gabriel es el mejor actor del mundo o está tan perdido como su hija.

Mira la caja de tarjetas postales en blanco que está sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué hace con esto?

—Básicamente, son mi provisión de papel. Le escribo a mi novio.

Gabriel asiente.

—Bueno. Al menos sirven para algo.

—¡Oh! —exclamo—. Espere —doy media vuelta, corro a la recámara y regreso con las camisetas lavadas y dobladas que usé—. No las hubiera tomado prestadas de haber sabido que eran suyas.

—No lo son —no hace ningún movimiento por tomarlas—. Quémelas si quiere —me mira a la cara y suspira—. Mi esposa las usaba para dormir. No me molestó que las usara, es solo que... fue como si un fantasma caminara sobre su tumba.

Pronuncia la palabra «esposa» como si fuera una navaja.

De pronto, se agacha y manipula la pata floja de la mesa.

—Debí arreglar esto antes de que usted llegara.

—No sabía que iba a llegar —respondo—. Y si mal no recuerdo, no estaba muy emocionado con la idea.

—Es posible que juzgara, ¿cómo se dice?, al libro por su carátula.

Esbozo una ligera sonrisa.

—Por su portada.

Pienso en su sonrisa de desdén porque era turista, estadounidense. Empiezo a sentir indignación, pero luego recuerdo que cada vez que nuestros caminos se han cruzado también he tenido prejuicios.

Rasga un pedazo de la caja de cartón, lo dobla y lo usa para

equilibrar la mesa.

—Volveré esta tarde para arreglarla bien —dice.

—Quizá Beatriz podría venir con usted —propongo—. Es decir, si ella quiere.

Asiente.

—Le preguntaré.

Algo se crea entre nosotros, delicado, desconcertante; un nuevo inicio silencioso, una voluntad de conceder el beneficio de la duda, en lugar de esperar lo peor.

Gabriel inclina la cabeza.

—Bueno, la dejo con sus cosas —dice y da media vuelta.

—Espere —exclamo cuando su mano está en la puerta—. Si usted es guía de turistas, ¿por qué odia tanto a los turistas?

Voltea lentamente.

—Ya no soy guía de turistas —explica.

—Bueno, puesto que la isla está cerrada —agrego—, técnicamente... no soy turista.

Sonríe y eso lo transforma. Es como la primera vez que observas una estrella fugaz. Cada noche después de eso buscas otra, y si no la ves te sientes decepcionado.

—Quizá un día pueda mostrarle mi isla —ofrece Gabriel.

Me recargo en la mesa. Por primera vez en una semana, está estable.

—Eso me gustaría —respondo.

CUATRO

Muchas personas pensarían que unas vacaciones sola, sin nada que hacer, son el paraíso.

Yo no soy una de esas personas.

No voy al cine sola. Si camino en Central Park, generalmente lo hago en compañía de Finn o de Rodney. Si viajo por trabajo y me quedo a dormir en un hotel, siempre pido servicio a la habitación en lugar de ir sola a un restaurante.

La idea de estar sola en una isla desierta tiene su imagen romántica, pero la realidad es menos atractiva. Espero con emoción mis mañanas en la playa porque Beatriz se reúne conmigo casi todos los días, y luego me sigue a casa para llevarse mi postal diaria a Finn. Encuentro razones para merodear frente a la puerta de la casa de Abuela, para tener nuestras extrañas conversaciones conformadas de señas, y porque casi siempre termina en una invitación a cenar. Con Gabriel hablo sobre cuándo volverán a abrir la isla, cuándo regresará el ferri para llevarme a tierra firme.

Dos veces he encontrado señal suficiente en el celular para llamar a Finn, pero no contestó. Una vez, recibí una ola de mensajes de texto y correos electrónicos, pero estaban mezclados, eran símbolos y galimatías en lugar de oraciones. Cuando puedo, envío respuestas al vacío. «No debí haberme ido. Te extraño. Te amo». Podría estar gritando en un cañón y escuchar solo un eco.

Algunos días no pronuncio una sola palabra en voz alta e, inquieta, voy del departamento a la playa o a correr, solo para evitar pensar en Finn, sobre el largo tiempo que ha pasado desde que oí su voz, sobre mi trabajo, sobre mi futuro. Cada hora que pasa todo eso me parece más borroso, como si la pandemia fuera una neblina que se instaló, proveniente de ninguna parte, y nada es como antes.

Cuando no tengo alternativa, me siento y pienso en lo lejos que estoy del camino que tracé.

Querido Finn:

He estado pensando en cómo dejé las cosas en el trabajo. Si la situación está tan mal en la ciudad, entonces quizá Kitomi tenía razón al postergar la subasta privada. Claro, si está tan mal allá, Sotheby's va a necesitar esa venta más que nunca.

Es posible que para cuando llegue ni siquiera tenga trabajo.

Eso es... extraño. Hace mucho tiempo que sé qué quiero hacer y quién quiero ser de adulta, no puedo imaginar no ser una especialista de arte. No es que siempre haya soñado en secreto con ser astronauta y ahora sea mi gran oportunidad de cambiar de dirección. Me gustaba el camino al que me dirigía.

Aunque tengo que decir que, a veces, cuando miro los cangrejos rojos de roca que salpican la lava negra o la manchas que forman patrones en el lomo de una mantarraya, pienso que el arte está en todas partes, si sabes donde buscarlo.

Te extraño, maldita sea.

Te amo,
Diana

No esperaba que Kitomi Ito me cayera bien.

Como el resto del mundo, la vi como la habían pintado: la villana en la historia de los Nightjars, la psicóloga callada que se convirtió en sirena, hechizó a Sam Pride y llevó a la disolución de la que se consideró la mejor banda en la historia del rock and roll. Lo que haya hecho de su vida desde entonces, que incluyó abrir un ashram y escribir tres libros de superventas sobre cómo abrir la consciencia, palidecían en comparación con la manera en que había afectado a Sam Pride. Había admiradores extremistas de los Nightjars que la culpaban de su asesinato, porque ella fue la razón por la que Sam se mudó de Inglaterra a la ciudad de Nueva York.

Para ser franca, tampoco esperaba que mi jefa me llevara al departamento de Kitomi Ito cuando trataba de que Kitomi aceptara la subasta en Sotheby's. Pero Eva llevaba un tiempo insinuándome que como yo ya era especialista adjunta en Imp Mod debía tener más obligaciones. Empezó llevándome a reuniones con los coleccionistas de arte y los representantes de colecciones, no porque disfrutara el placer de mi compañía, sino para prepararme para puestos de mayor responsabilidad.

Yo me sentía halagada y entusiasmada. Si me ascendieran a consultora —y me convirtiera en vicepresidenta adjunta antes de cumplir los treinta— me adelantaría a mi propio programa profesional ideal.

Durante varias semanas Eva había coqueteado con Kitomi como

clienta potencial; la invitaba a almorzar al Jean-Georges y a The Modern. Por lo que Kitomi tenía para ofrecer en subasta —un Toulouse-Lautrec original con una historia sin precedentes—, me preguntaba si alguna vez tuvo que prepararse ella sola una comida. Estaba segura de que Phillips y Christie's también la invitaban a beber y a cenar; todo consistía en reforzar la relación con el vendedor, esperando que la primera pieza que consignaran a la venta no fuera la última. Era el juego a largo plazo y todos en el negocio lo jugaban.

Sin embargo, el hecho de que Eva me ordenara que fuera con ella no significaba que hubiera empezado a sentir un repentino afecto por mí. Seguía siendo la misma jefa intocable, aterradoramente eficiente, que (a quién engañaba) yo quería ser un día. Como Eva, quería caminar por los pasillos de Sotheby's y escuchar a los becarios murmurar. Quería que mi nombre estuviera indisolublemente ligado a grandes obras de arte. Quería estar en la lista de menos de 40 de *Fortune*.

—Cuando lleguemos vas a ser muda —me dijo Eva mientras estábamos sentadas en la parte trasera del coche que nos llevaba al Ansonia—. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Ni siquiera un hola, Diana. Solo asiente.

—¿Y si ella me...?

—No lo hará —espetó Eva.

El Ansonia ocupaba toda la cuadra, una gran dama en un baile que vigilaba el frenesí en el que nunca se dignaría participar. El departamento de Kitomi Ito era el *penthouse*, y para mi sorpresa, cuando las puertas del elevador se abrieron, nos esperaba en persona. Eva le estrechó la mano y sonrió.

—Ella es Diana O'Toole —dijo—. Es la especialista adjunta de nuestro equipo.

Kitomi era mucho más pequeña de lo que esperaba, poquito más de metro y medio. Llevaba una bata larga bordada sobre *jeans*, una camiseta blanca y sus lentes morados.

—Mucho gusto —saludó con un ligero acento.

En ese momento me di cuenta de que en todas las fotografías y videoclips granulosos en los que la había visto con Sam Pride y los Nightjars, en realidad nunca había escuchado su voz. Era parte de una leyenda de la música, pero ella misma no tenía sonido.

Abrí la boca para saludar, pero la cerré de golpe y sonreí.

Kitomi tenía un juego tradicional de té japonés en la sala: tazas sin

asa y teteras bajitas adornadas con flores delicadas. Nos llevó por un pequeño pasillo hasta donde colgaba el cuadro. No podía despegar mis ojos de él y sentí el mismo aleteo en el estómago que siempre experimento cuando veo por primera vez una obra de arte legendaria. Las manchas de color en los bordes del marco se hacían más definidas en el centro, donde los amantes estaban representados. Lo más claro de todo eran los ojos, que se miraban fijamente uno a otro. De pronto yo estaba ahí, de esa forma en la que el arte te permite viajar en el tiempo: podía imaginar al pintor, mezclando los colores en su paleta; podía oler la esencia de rosas sobre las sábanas; podía escuchar los golpes sordos de las prostitutas que atendían a sus clientes en las habitaciones adyacentes.

Parte de mi trabajo en esta adquisición había consistido en aprender lo más posible sobre Henri de Toulouse-Lautrec y su obra, para poder evaluar cómo encajaba en el canon impresionista. En las últimas semanas había investigado en la oficina, en la Biblioteca Pública de NY, en Columbia y la Universidad de NY. Toulouse-Lautrec nació en Francia, hijo de un conde y una condesa que eran primos hermanos, con una displasia esquelética que le dejó solo metro y medio de altura con un torso de adulto, piernas de niño y, se dice, genitales sobredimensionados. Su padre se avergonzaba de su elección de ser artista; a su madre le preocupaban sus amistades. Tenía fama de mujeriego. Su primera relación fue con Marie Charlet, una modelo de 17 años. Otra de sus amantes, Suzanne Valadon, trató de suicidarse cuando terminó la relación. La modelo pelirroja, Rosa la Rouge, una prostituta, posiblemente fue quien le contagió la sífilis que lo llevó a la tumba.

Al igual que a otros artistas, le intrigaba Montmartre, la zona bohemia de París, atestada de cabarets y prostitutas. El Moulin Rouge le encargó crear carteles y siempre tenía una mesa reservada para él. Vivía en burdeles durante semanas para pintar la realidad de la vida de las trabajadoras sexuales, desde el tedio y las revisiones médicas, hasta sus relaciones que no eran transacciones comerciales. Estaba mucho más interesado en la diferencia entre cómo actúa una persona en cierto entorno y cómo lo hace cuando está sola: el espacio entre el hombre del espectáculo y el verdadero ser; la brecha entre lo profesional y lo privado.

Su obra se describía como pictórica y consistía en pinceladas largas sin mezclas. Su arte era más borrones que imágenes, como escanear una multitud y hacer que tu mirada se enganche en algo: el verde, el

rostro que sobresale de una mujer, las medias rojo brillante de una bailarina. Estaba mucho más interesado en los individuos que en sus entornos, así que en general había cierto rasgo que él consideraba distintivo y lo acentuaba, dejando que el resto flotara. Su mirada no era idealizada, sino práctica y desapasionada.

Alrededor de 1890 pintó la serie *Le Lit*, que mostraba prostitutas en la cama en momentos de tranquila intimidad. Las mujeres estaban en colores pastel porque acostumbraban empolvarse para verse más blancas, jóvenes y sanas, pero los alrededores eran comparativamente más luminosos para contrastar entre el lugar donde estaban y quienes eran. «Lo que ves», parecía decir Toulouse-Lautrec, «no es lo que hay en realidad».

No hay duda de que la pintura de Kitomi Ito entraba en esta serie, con un distintivo sorprendente: aquí, Toulouse-Lautrec se pintó a sí mismo en la obra.

A mi lado, escuché a Eva recuperar el aliento y recordé que esta era la primera vez que también veía la obra en persona.

Se aclaró la garganta y me sacó de mi ensoñación. Tenía trabajo que hacer. Era mi responsabilidad evaluar la condición de los cuadros: ¿la pintura se descascarillaba?, ¿el marco era sólido? Y la firma, ¿se parecía a las otras firmas: «T-Lautrec», la T y el guion formaban casi una F, el ángulo puntiagudo de la L, el pequeño bucle de la T como una cruz? Mientras ponía manos a la obra, Eva hacía su trabajo: convencer a Kitomi Ito de que Sotheby's era la casa de subastas perfecta para vender la pieza.

Kitomi había vendido antes con Christie's. Pero para esta pintura había invitado a otras casas de subastas para que hicieran sus ofertas.

—Es hermoso —dijo Eva, y al hacerlo, no miraba la obra de arte sino el rostro de Kitomi Ito. Parecía una madre que había tomado la decisión de dar a su bebé en adopción, para darse cuenta de que dejarlo ir era más difícil de lo que pensaba.

—Sam decía que cuando cumpliera 80 años nunca volvería a dar otra entrevista —dijo—. Que nunca se sentaría frente a otra cámara. Quería ir a Montana y criar ovejas.

—¿En serio? —preguntó Eva.

Kitomi se encogió de hombros.

—Supongo que nunca lo sabremos.

Porque hace 35 años habían asesinado a su esposo. Dio media vuelta y nos guio por el pasillo, de vuelta a la mesa de té.

—¿Hay una razón en particular por la que decidió vender la

pintura? —preguntó Eva.

Kitomi la miró.

—Me mudo.

Podía ver que Eva hacía cálculos. Si Kitomi se iba de la ciudad de Nueva York, habría otras cosas en el departamento que querría vender.

El té hervía frente a mí. Olía a pasto verde.

—Es Sencha —explicó Kitomi—. Y también hay galletas escocesas. Sam me hizo adicta a ellas.

Me senté con las manos sobre el regazo, escuchando a medias las preguntas incisivas de Eva: «¿Valuaron la pintura? ¿La movieron? ¿Le han hecho alguna restauración? ¿Con quiénes más trabajó en el campo del arte? ¿Alguien maneja su colección? ¿Qué espera lograr con la subasta?».

—Lo que quiero —explicó Kitomi— es que esta pintura cierre un capítulo para poder empezar otro.

Sus palabras sonaban como un hueso roto, afilado e irrevocable.

Eva comenzó a lanzar la campaña publicitaria que ella y otros consultores habían perfeccionado desde la primera vez que hablaron con Kitomi. El plan era utilizar el nombre de Sam Pride en toda la subasta, porque ser famoso agrega valor; una de las razones por las que la propiedad de los Vanderbilt se vendió tan bien años atrás fue solo el nombre Vanderbilt en las descripciones.

—En Sotheby's conocemos el arte. Así que, naturalmente, escribiremos la historia de la época en la que vivió Toulouse-Lautrec y se la mostraremos a los cinco mejores coleccionistas de Imp Mod en el mundo; la pintura sería la portada del catálogo. Pero también sabemos que esto es especial. Esta pieza es algo que jamás se había subastado antes, porque es un vínculo entre dos iconos de su tiempo. No solo deberíamos centrar la atención en Toulouse-Lautrec, sino también en Sam Pride. En la subasta, recurriremos al momento en el que esta pintura se cruzó con la vida de Sam.

Kitomi permaneció impasible.

—Fue en 1982 —continuó Eva— cuando lanzaron el álbum con esa portada. También reuniremos a los Nightjars que sobreviven como precursores de la subasta: el arte que engendra arte.

Eva sacó una carpeta de piel para presentarle la propuesta formal a Kitomi: una valuación multimillonaria de la pintura que se presentará al público, lo que pensábamos que era su valor real en el mercado y la reserva, la cantidad secreta que Sotheby's conservaría como el precio

por debajo del cual no venderíamos.

Me levanté de mi asiento, a punto de preguntar dónde estaba el baño, cuando recordé que no debía hablar. Kitomi alzó la mirada, sus ojos eran dos botones negros.

—Al final del pasillo —dijo—. Al fondo a la izquierda.

Asentí y me fui. Pero en lugar de ir al baño, me encontré frente a la pintura.

Mucha de la obra de Toulouse-Lautrec se trata de movimiento. Sus primeras pinturas de caballos, cuando se centró en bailarinas, circos y carreras de bicicletas. Pero incluso sus trabajos posteriores eran cinéticos. *Baile en el Moulin Rouge*, una de sus pinturas más famosas, muestra una perspectiva inclinada del suelo para que el espectador se sienta desequilibrado y un poco ebrio, mientras la mirada es atraída al rojo de las medias de la bailarina y al rosa del fino vestido de la dama, y luego al caballero que ella observa, para después posarse en las enaguas de la bailarina que está a espaldas de él. Todos estos ángulos te hacen sentir como si giraras, como si pasearas por este salón estridente y los pequeños detalles llamaran tu atención.

Sin embargo, la pintura de Kitomi Ito era toda inmovilidad. Era el momento tras la intimidad, cuando ya no estás con tu amante pero sigues sintiendo que late como sangre en tu interior.

El momento en el que tenías que recordar cómo volver a respirar.

El momento en el que nada importaba más que el momento anterior.

La modelo era pelirroja, uno de los pocos toques de color en el fondo café como cartón. El resto era blanco con tonos pastel. La mujer, Rosa la Rouge, estaba sentada semidesnuda. A su espalda un espejo reflejaba la mirada directa de un hombre frente a ella, en el extremo inferior derecho de la pintura: el mismo Lautrec, echado de lado, de quien se veía su hombro desnudo y el perfil, su barba y la varilla de sus lentes. El hombro del artista, verde pálido, era el otro único toque de color en la pintura. Me pregunté si pretendía mostrar enfermedad, como sus piernas dobladas bajo las sábanas; o celos por la mujer que acabaría con su vida.

O quizá era el destello del corazón escondido de un hombre que casi siempre se describe como distante.

Me alejé de la pintura y seguí por el pasillo hasta el baño, pasando por una puerta abierta. La habitación le sería familiar a cualquiera que alguna vez hubiera visto el último álbum de los Nightjars, con Kitomi y Sam Pride en esa cama. Lo único que faltaba, por supuesto, era la

pintura que, para la portada del álbum, estaba colgada detrás de Kitomi.

Pero ahora había cosas en la recámara que no estaban en esa fotografía. A un lado de la cama había un buró con una pila de libros, un vaso con agua hasta la mitad, un par de lentes morados para leer, crema de manos. En el otro, el buró solo tenía una cosa encima: el anillo de bodas de un hombre. En el piso, cuidadosamente alineadas, había un par de pantuflas viejas, de hombre, hechas de piel.

Retrocedí; nunca me había sentido tan voyerista ahora que cuando vi a Kitomi medio desnuda en la portada del álbum. Me fui al baño. Al salir, Kitomi estaba de pie frente a la pintura.

—Su primo era estudiante de medicina —dijo—. Dejaba que Henri entrara a las cirugías —giró con una sonrisa en la mirada—. Siempre que pienso en él lo hago con su nombre de pila, no Toulouse-Lautrec —agregó—. Después de todo, lleva años colgado sobre mi cama.

Avanzo unos pasos hacia ella. Me pregunto si debo decirle que sabía eso. Pero Eva me advirtió que permaneciera callada.

—Lo internaron en un psiquiátrico por el alcoholismo y la sífilis, pero le demostró a los médicos que estaba lo suficientemente cuerdo como para salir, pintó de memoria imágenes del circo. Pero aún así murió a los 36 —Kitomi hizo una mueca—. Algunas personas brillan para durar más tiempo —su voz era tan suave que tuve que hacer un esfuerzo para oírla—. Subastarlo es como amputarme. Pero tampoco me parece correcto tenerlo en Montana.

Montana.

Pensé que Kitomi había dicho que quería pasar la página.

Me di cuenta de que esta no era una mujer que quería empezar de cero una nueva vida. Era una mujer tan vinculada a su esposo muerto que se iba a vivir el sueño que él no pudo.

Pensé: «Eva me va a matar». Pero le dije:

—Tengo una idea.

De camino al Muro de las Lágrimas, Beatriz y yo nos desviamos por los restos de una sirena. Ayer, se extendía en el borde de la playa, donde se encuentran la arena seca y la húmeda. Las escamas de su cola eran conchas apiladas; su cabello, una maraña de algas. Pero hoy, a nuestro arte en arena se lo tragó el mar.

—Apuesto que habrá desaparecido por completo a la hora del toque de queda —dice Beatriz.

—Los monjes tibetanos pasan meses haciendo mandalas de arena para después barrerlos y tirarlos al río.

—¿Por qué? —pregunta con tristeza.

—Porque no es permanente y ese es el asunto.

Beatriz mira las ruinas de nuestra escultura.

—Es lo más estúpido que he escuchado —comenta, luego levanta una botella de agua y empieza a caminar— ¿vienes o qué?

Hoy me va a llevar a un sitio que forma parte de una antigua colonia penitenciaria. Es una excursión de dos horas a través de un terreno accidentado, por maleza y cactus y, sí, manzanas venenosas. Aunque salimos temprano, el sol pega fuerte y hace que mi camiseta se pegue a mi espalda por el sudor, y puedo sentir que me arde el cuero cabelludo donde mi cabello se parte.

Beatriz sigue siendo reservada conmigo, aunque en ocasiones baja la guardia. Una o dos veces la he hecho reír. Quizá sea tonto pensar que es un poco menos desdichada cuando está conmigo, pero al menos puedo vigilarla. Hasta donde sé, no hay nuevas cortadas en sus brazos.

—Pensaba que el arte era algo que dejabas tras de ti para que todos te recordaran —dice Beatriz.

—No es necesario que algo esté terminado y cuelgue de la pared para que recuerdes quién lo hizo —explico—. ¿Has escuchado hablar de Bansky? Es un artista callejero y activista británico. Una de sus obras, *Niña con globo*, la subastó mi empresa en 2018. Alguien la compró por 1.4 millones de dólares, y en cuanto ganó la puja, el lienzo comenzó a salirse del marco, hecho jirones. En Instagram publicó *Se va, se va, se fue*, y explicó que había instalado una trituradora en secreto, en caso de que la obra se pusiera alguna vez en subasta.

—¿Estabas ahí?

—No, eso fue en Inglaterra.

—Qué desperdicio de dinero.

—Bueno —agrego—, de hecho su valor aumentó cuando estaba hecha trizas. Porque el verdadero arte no era la pintura, sino el acto de destruirla.

Beatriz me mira.

—¿Cuándo supiste que querías vender arte?

—En la universidad —admito—. Antes de eso pensaba que sería una artista.

—¿En serio?

—Sí. Mi padre era restaurador. Restauraba pinturas y frescos que

necesitaban arreglos.

—¿Como el Bansky?

—Supongo, aunque ese no lo volvieron a pegar. En general, los restauradores se enfocan en arte muy antiguo que se está literalmente cayendo a pedazos. Cuando era niña, me llevaba a sus sitios de trabajo y me dejaba pintar un área pequeñita en la que no echara nada a perder. Estoy segura de que no le decía a sus jefes. Los mejores días de mi vida eran cuando me llevaba con él al trabajo y me preguntaba cosas, como si mis respuestas fueran importantes: «Qué piensas, Diana, ¿deberíamos usar violeta o índigo? ¿Puedes distinguir cuántas uñas hay en la pezuña?».

Siento la misma sombra oscura que siempre pisa los talones a los recuerdos de mi padre: el humo acre de la injusticia, la certeza de que se ha ido el padre que desearía que siguiera aquí.

—¿Todavía te deja hacerlo? ¿Pintar con él?

—Murió —digo—. Hace ya cuatro años que se fue.

—Lo siento —dice mirándome.

—Yo también.

Caminamos un poco más en silencio hasta que Beatriz habla.

—¿Por qué ya no pintas?

—No tengo tiempo —respondo, aunque eso no es cierto.

No me he dado tiempo porque no he querido.

Recuerdo el día exacto en que hice a un lado mi material de pintura, la caja de zapatos con sus tubos delgados de acrílicos y la paleta con capas y capas secas de momentos de inspiración, como los anillos de un árbol. Fue después de la exposición estudiantil en el Williams, cuando mi padre dijo que mi pintura le recordaba el trabajo de mi madre. Pero por alguna razón no pude decidirme a tirar el material. Cuando me mudé a Nueva York la caja de zapatos vino conmigo, aún sin abrir. La puse en el estante más alto de mi clóset, detrás de las sudaderas de la universidad que ya no usaba pero no me atrevía a donar a la beneficencia, y de las botas de invierno que compré y nunca usé, y de una caja de viejos registros fiscales.

Beatriz me mira con compasión.

—¿Fue porque no eras buena? —pregunta—. ¿Por eso dejaste de pintar?

Rio.

—Se podría argumentar que cada vez que alguien deja una marca intencional es arte. Aunque no sea bello.

Se jala las mangas sobre las muñecas. Incluso con este calor,

decidió caminar con una sudadera puesta en lugar de mostrar las cicatrices en sus brazos.

—No siempre... —balbucea.

Dejo de caminar.

—Beatriz...

—A veces no puedo recordarla. A mi madre.

—Estoy segura de que tu padre podría...

—No quiero recordarla. Pero luego pienso... —su voz se apaga—. Luego pienso que quizá yo soy fácil de olvidar.

Tomo su brazo y, con cuidado, le subo la manga. Ambas miramos la escalera de cicatrices, algunas tenues por el tiempo y otras aún rojo brillante.

—¿Por eso te cortas? —pregunto en voz baja.

Al principio, pienso que se va a alejar; pero empieza a hablar, rápido y en voz baja.

—La primera vez que lo hice, supongo que sí. Luego... dejé de hacerlo un tiempo. En la escuela era más fácil que me distrajera. Pero más tarde, justo antes de volver aquí... —sacude la cabeza y traga saliva—. ¿Por qué las personas que ni siquiera se dan cuenta de que existes son a las que no puedes dejar de recordar?

—Mi madre nunca estaba en casa cuando yo era niña. De hecho, pensaba que ella buscaba razones para viajar y así alejarse de mí.

Las palabras salieron como una ráfaga, un globo que estalla por la ira. Creo que nunca lo había dicho en voz alta a nadie. Ni siquiera a Finn.

Beatriz me mira como si todos mis rasgos fueran diferentes.

—¿Huyó con un fotógrafo en un barco de National Geographic? —preguntó con frialdad.

—No. Solo decidió que todo en el mundo, literalmente, era más importante que yo. Y ahora tiene demencia y no tiene ni idea de quien soy.

—Qué mierda...

Me encojo de hombros.

—Es lo que es —digo—. La cuestión es que, si alguien te abandona, lo más probable es que se trate de ellos y no de ti.

Dejo de hablar cuando llegamos al muro que se eleva desde la tierra quemada. Está hecho de roca volcánica y se erige unos buenos 18 metros, y hacia los lados mucho más de lo que puedo ver. Me doy cuenta de que no rodea nada.

—Los presos lo construyeron en la década de los cuarenta y

cincuenta —explica Beatriz—. No tenía ningún verdadero propósito, solo crear trabajo de castigo. Muchos prisioneros murieron al construirlo.

—Es lúgubre —murmuro.

Hay dos formas de considerar los muros. O se construyen para mantener afuera a la gente a la que le tienes miedo o para mantener adentro a las personas a las que amas. De cualquier modo, crean una división.

—Solo recibían un cargamento completo al año; tanto los presos como los guardias morían de hambre. Para sobrevivir, cazaban tortugas de tierra. Hay rumores de que el lugar está lleno de fantasmas y que se les escucha llorar en las noches —dice Beatriz—. Es espeluznante.

Me acerco y camino a lo largo del muro. Algunas de las piedras están grabadas con símbolos, letras, fechas, patrones, incisiones para marcar el tiempo.

Si definimos el arte como algo hecho por las manos del hombre, algo que nos permite recordarlo mucho después de su partida, entonces este muro lo es. El hecho de que no esté terminado o esté roto no significa que sea menos impresionante.

Me sobresalto cuando mi teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo. Hace tanto tiempo que no pasaba. Lo saco y grito de sorpresa al ver el nombre de Finn.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo—. Eres tú. ¡Eres tú!

—¡Diana! No puedo creer que pude comunicarme —su voz es irregular y marcada por la estática, y tan, tan querida. Me saltan las lágrimas mientras me esfuerzo por escucharlo—: dime... y todo... tú... estado.

No puedo oír la mitad de lo que dice; me hago un ovillo alrededor del teléfono y camino a lo largo del muro, esperando captar una mejor señal.

—¿Me escuchas? —pregunto—. ¿Finn?

—Sí, sí —responde, y puedo escuchar el alivio en sus palabras—. ¡Hombre!, es bueno hablar contigo.

—Recibí tus correos...

—No sabía si te llegaban...

—El servicio es terrible —digo—. Te escribí postales.

—Bueno, aún no me llega nada. No puedo creer que no haya internet ahí.

—Lo sé —respondo, pero no es eso de lo que quiero hablar y no sé

cuánto tiempo durará esta señal mágica y escurridiza—. ¿Cómo estás? Parece...

—No tengo palabras para explicarlo, Di —dice—. Es... interminable.

—Estás seguro —afirmo, como si no hubiera otra alternativa.

—Quién sabe —responde—. Leí que Guayaquil ha sufrido mucho. Apilan los cadáveres en las calles.

Al escuchar esto, siento un nudo en el estómago.

—Aquí no he visto a nadie enfermo —le explico—. Todos usan cubrebocas y hay toque de queda.

—Me gustaría poder decir lo mismo —suspira—. Me siento como si pasara el día poniendo bolsas de arena para evitar la ola y luego salgo y me doy cuenta de que es un maldito tsunami, que tenemos todo perdido —su voz se quiebra.

Miro las nubes que forman rizos en el cielo, el sol brilla en el océano a la distancia. La imagen de una tarjeta postal. Tan solo a unos cientos de kilómetros el virus está matando a gente tan rápido que no tienen espacio para los cadáveres, pero nunca lo sabría desde aquí. Pienso en los estantes vacíos de la pequeña tienda de abarrotes, gente como Gabriel que cultiva su propio alimento en las tierras altas, los pescadores que tienen que llevar el correo a tierra firme, el turismo que se evaporó de la noche a la mañana. Lo malo de estar en una isla es la inaccesibilidad, pero quizá también sea una bendición.

La voz de Finn titubea y se entrecorta.

—Mujeres embarazadas... parto solas... UCI, el único momento en que la familia puede entrar... morirán en una hora.

—Te cortas, Finn...

—Nada cambia y...

—¿Finn?

—... todos muertos —dice; esas palabras son de pronto claras y definidas—. Cada vez que por fin puedo regresar a casa y no estás, siento como si me dieran otra bofetada. No sabes lo difícil que es estar solo ahora.

Pero lo sé.

—Fuiste tú el que me aconsejó que me fuera —murmuro.

Hay un silencio.

—Sí —responde Finn—. Supongo que creía que... no me harías caso.

«Entonces no debiste decirlo», pienso sin compasión, pero mis ojos arden de culpa, frustración y enojo. «No puedo leerte el pensamiento».

De pronto, eso me hace percibir un problema más grande, una semilla de duda que surge en el mismo momento en que se planta.

—¿Di... a? —escucho—. ¿Sigues...?

Aunque no me he movido, de alguna manera pierdo la señal. La línea se corta en mi mano. Meto el teléfono a mi bolsillo y regreso cansada hacia el muro, donde Beatriz está sentada a la sombra, raspando una piedra de basalto con la punta de otra.

—¿Era tu novio? —pregunta.

—Sí.

—¿Te extraña?

Me siento a su lado.

—Sí —respondo. Veo cómo dibuja un signo de número en la roca y raspa los cuadros alternados como un tablero de ajedrez—. ¿Qué haces?

Me mira con el rabillo del ojo.

—Arte —responde.

Me recargo en las piedras afiladas del muro. Hay innumerables maneras de dejar tu marca en el mundo: cortar, tallar, hacer arte. Quizá todas ellas requieren un pago, una parte de ti mismo, de tu carne, tu fortaleza, tu alma.

Tomo una piedra. Empiezo a tallar mi nombre en otra piedra suelta. Cuando termino, escribo «Beatriz» en otra. Luego me pongo de pie y saco unos guijarros y arena que están en la superficie del muro para hacer un espacio en el que pueda poner las piedras que llevan nuestros nombres.

—¿Qué haces? —pregunta Beatriz.

Me sacudo las manos sobre los muslos.

—Arte —respondo.

Se para y me sigue cuando me alejo. Las rocas que tallé son gris pálido, completamente diferentes de la mayor parte del muro. Desde aquí pasan inadvertidas. Pero al acercarse no se pueden escapar. Solo hay que dar esos pocos pasos.

La primera vez que vi arte impresionista estaba con mi padre en el Museo de Brooklyn. Me tapó los ojos con sus manos y me acercó a *Las casas del Parlamento*, de Monet. «¿Qué ves?», me preguntó quitando sus manos cuando estuve a centímetros de la obra.

Veía manchas. Manchas rosas y moradas, y pinceladas.

Volvió a taparme los ojos y me alejó de la pintura. «Abracadabra», murmuró, y me dejó ver de nuevo.

Había edificios, niebla y un crepúsculo. Había una ciudad. Ahí

había estado todo el tiempo, solo que estaba muy cerca para verlo.

Entrecierro los ojos hacia las esquirlas más claras en la pared que tiene nuestros nombres grabados, creo que el arte va en ambos sentidos. A veces necesitas la perspectiva de la distancia; otras, no puedes distinguir lo que ves hasta que lo tienes bajo la nariz.

Volteo a ver a Beatriz; su rostro se dirige al cielo, tiene los ojos cerrados y su garganta se estira como en un sacrificio.

—Este sería un buen lugar para morir —dice.

Querido Finn:

Cuando recibas esta postal probablemente ni siquiera recordarás lo que dijiste cuando por fin pudimos hablar por teléfono, aunque solo fuera un minuto.

Nunca elegí ir a ningún lado sin ti.

Si no querías que viniera a las Galápagos sola, ¿por qué lo dijiste?

No puedo evitar preguntarme qué más has dicho que en realidad no tenías la intención de decir.

Diana

Toulouse-Lautrec casi nunca se pintaba a sí mismo; cuando lo hizo, escondió los defectos de la parte inferior de su cuerpo. En *Baile en el Moulin Rouge* se pinta al fondo, junto a su primo que es mucho más alto, pero esconde sus piernas deformes detrás de un grupo de gente sentada a la mesa. En un autorretrato se pintó de la cintura para arriba. Existe una fotografía famosa donde está, vestido de payaso, como para hacer énfasis en que las personas que se enfocaban en sus discapacidades se formaban una imagen equivocada de él.

Todo esto hacía que la pintura de Kitomi Ito fuera aún más excepcional. Era la única obra de Toulouse-Lautrec en la que, de forma literal y figurada, se desviste como si dijera que el amor te desnuda y te hace vulnerable. También había otras disimilitudes. A diferencia de la mayor parte de su obra, que se exhibió tras su muerte en Albi, su lugar de nacimiento, en un museo que fundó su madre, esta pintura desapareció del ojo público hasta 1908. Hasta ese entonces lo había guardado un amigo de Toulouse-Lautrec, un corredor de arte llamado Maurice Joyant. El cuadro iba acompañado de las instrucciones expresas del artista: véndeselo solo a alguien que esté dispuesto a dar todo por amor.

La primera propietaria del cuadro fue Coco Chanel, quien lo

recibió como un obsequio de Boy Capel, un rico aristócrata que lo compró para atraerla y alejarla de su primer amante, Étienne Balsan. Chanel se enamoró locamente de Capel, quien financió su incursión en el diseño de ropa y sus tiendas en Biarritz y Deauville. Su relación fue intensa y sensual, aunque Capel nunca le fue fiel: se casó con una aristócrata y tenía una amante. Cuando él murió en la Navidad de 1919, Chanel cubrió las ventanas de su casa con crepé negro y puso sábanas negras en su cama. «Perdí todo cuando perdí a Capel», dijo alguna vez. «Dejó un vacío en mí que los años no han llenado».

Años después, Chanel tuvo un amorío con el duque de Westminster, quien la subió a bordo de su yate, el *Flying Cloud*. Mucho tiempo después, el duque le prestó su yate a un amigo que necesitaba un lugar para una cita amorosa: Eduardo VIII, quien fue por poco tiempo rey de Inglaterra y estaba obsesionado con la estadounidense divorciada Wallis Simpson. Aunque al final no usaron el yate, sí tuvieron una relación, una que lo llevó a abdicar del trono. Meses después, en 1937, Eduardo VIII compró la pintura de Toulouse-Lautrec para Wallis Simpson mediante una negociación con Chanel que organizó su amigo común, el duque. Chanel quería sacarlo de su casa, decía, porque le rompía el corazón.

En 1956 empezó a correr el rumor de que Wallis Simpson estaba celosa de Marilyn Monroe porque Marilyn le había robado las primeras planas de los periódicos. Invitó a su némesis a tomar el té para tener a sus enemigos cerca. Mientras estaba en casa de Simpson, Monroe se quedó sin aliento al ver el Toulouse-Lautrec. En 1962, cuando Joe DiMaggio trataba de persuadir a Monroe de que se casara de nuevo con él, convenció a Simpson para que le vendiera la pintura. Se la regaló a Marilyn tres días antes de que ella muriera.

Nadie sabe dónde se cruzaron los caminos de Sam Pride y Joe DiMaggio, pero en 1972 Pride le compró la pintura a DiMaggio y se la ofreció a Kitomi Ito como regalo de bodas. Estuvo colgada sobre su cama hasta que lo mataron y después ella la puso en el pasillo de su departamento.

En el marco tiene una pequeña mancha mate que Kitomi Ito toca al pasar, que la atrae como un imán o como una estatua que tocas para la buena suerte.

En arte, *provenance* es una palabra elegante que se usa para describir el origen de una obra. Es el rastro documental, la cadena de evidencia, la conexión entre entonces y ahora. Es el vínculo inquebrantable entre el artista y el coleccionista de arte. La

procedencia del cuadro de Kitomi Ito es una devoción tan feroz que abrasa la tierra con tragedia y destruye a quienes la padecen. Comenzando, por supuesto, con el hombre que contrajo sífilis de su amante... pero que la miraba desde una esquina del cuadro con una idea fija, como si dijera: «Por ti, amor mío, lo haría todo de nuevo».

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Hoy murieron seis pacientes míos.

Se les permitió a las familias que vinieran a despedirse una hora antes de que murieran, y esa es una mejoría comparado con la semana pasada, cuando tenían que hacerlo por FaceTime.

El último paciente estaba en ECMO. Todos hablan de los ventiladores y de cómo escasean, pero nadie habla del ECMO, que es cuando tus pulmones están tan mal que ni siquiera el ventilador sirve para nada. Así que introducimos una cánula gigante en el cuello y otra en la ingle para bombear sangre mediante una máquina que actúa en lugar del corazón y los pulmones. Usamos un catéter Foley, un tubo rectal y una sonda nasogástrica para la alimentación, literalmente externalizamos sus cuerpos.

Esta mujer tenía 20 años. VEINTE. ¿Y toda esa mierda sobre cómo el virus está matando a los viejos? Quienquiera que diga eso no trabaja en una UCI. De mis seis pacientes que murieron, ninguno tenía más de 35 años. Dos eran mujeres hispanas de unos veintitantos años que desarrollaron una necrosis intestinal por covid que requirió una extirpación quirúrgica, pero murieron por las complicaciones. Otro era un hombre de 28 con sobrepeso, pero no era obeso. Otra, una paramédico, murió de hemorragia pulmonar. Pensé que uno de los chicos sobreviviría hasta que sus pupilas estallaron; la heparina que le suministramos para que el ECMO funcionara sin que coagulara le provocó una hemorragia cerebral.

¿Por qué te cuento todo esto? Porque necesito contárselo a alguien. Y porque es más fácil que lo que debería estar diciendo, que es esto: lamento lo que te dije. Sé que yo soy la razón por la que estás ahí ahora. Es solo que, maldición, nada está saliendo como debería.

A veces me siento y escucho el zumbido de la máquina de ECMO y pienso: «El corazón de esta persona está fuera de su cuerpo y lo entiendo muy bien».

Porque el mío también.

La noche antes de mi aniversario de dos semanas en Isabela, Abuela me ofrece una cena de despedida. Gabriel viene con Beatriz, que se aferra a mí cuando me voy a mi departamento. Le había dado mi teléfono celular, pero también mi dirección, para mantenernos en contacto. Gabriel me acompaña esa noche hasta mi puerta.

—¿Qué vas a hacer cuando regreses?

Me encojo de hombros.

—Seguir con mi vida —respondo.

Pero no estoy muy segura de qué signifique eso. No sé si tendré un trabajo y me siento nerviosa de ver a Finn otra vez, después de nuestra rara conversación telefónica.

—Bueno —dice—. Espero que sea buena. Tu vida.

—Ese es el plan —digo y nos damos las buenas noches.

No me lleva mucho tiempo empacar, a fin de cuentas, casi no tengo nada, pero limpio las barras de la cocina, doblo las toallas que lavé y me voy a dormir pensando en mi reunión con Finn. Normalmente habría revisado mi boleto de regreso, pero sin internet solo puedo esperar que todo salga bien.

La mañana siguiente, cuando abro la puerta corrediza con mi bolso *tote* repleto y sobre mi hombro, para caminar hasta el pueblo y al muelle del ferri, Gabriel y Beatriz me esperan. Beatriz parece más feliz de lo que jamás la había visto. Arroja sus brazos alrededor de mí.

—Tienes que quedarte —dice.

Sobre su hombro miro a su padre; luego la aparto a la distancia de mis brazos.

—Beatriz —le digo—, sabes que no puedo. Pero prometo...

—Tiene razón —interviene Gabriel, y algo en mi pecho vibra como diapasón.

Miro mi reloj.

—No quiero perder el ferri...

—No hay ferri —interrumpe Gabriel—. La isla no va a abrir.

—¿Qué? —parpadeo—. ¿Por cuánto tiempo?

—No sé —admite—. Pero no hay vuelos desde Santa Cruz... ni siquiera de Guayaquil. El gobierno no deja tampoco que aterrice ningún avión.

Dejo que mi bolso *tote* se deslice por mi hombro hasta el codo.

—Así que no puedo irme a casa —balbuceo. Siento que las palabras me desgarran la garganta.

—No puedes regresar por ahora —corrige Gabriel.

—Esto no está pasando —murmuro—. Debe haber una manera.

—No, a menos que nades —exclama Beatriz, contenta.

—Tengo que regresar a Nueva York —digo—. ¿Qué va a pasar con mi trabajo? Y Finn. Dios mío, ni siquiera puedo decirle qué está pasando.

—Tu jefa no puede enojarse si no hay manera de que regreses —razona Beatriz—. Y puedes llamarle a tu novio desde el teléfono de la casa de Abuela.

¿Abuela tiene teléfono fijo? ¿Y me lo dicen apenas ahora?

Mi vida ha sido una serie de postes de teléfono, uno tras otro, puntos de referencia de progreso. Sin un mapa de los pasos a seguir, avanzo a trompicones. No pertenezco aquí y no puedo abandonar el sentimiento de que en casa el mundo se mueve sin mí. Si no puedo regresar pronto, quizá nunca recupere el tiempo perdido.

Llevo dos semanas en la isla, pero esta es la primera vez que realmente me siento por completo a la deriva.

Gabriel mira mi rostro y le dice algo a Beatriz en español. Ella toma el *tote* de mi brazo y entra al departamento, mientras él me guía escaleras arriba, a casa de Abuela. Cuando entramos, ella está sentada en el sofá, viendo una telenovela. Gabriel le explica por qué estoy ahí, de nuevo en un idioma que no entiendo.

Por Dios, estoy varada en un país en el que ni siquiera puedo comunicarme.

Me señala la recámara, donde hay un teléfono sobre el buró. Lo miro fijamente.

—¿Qué pasa?

—No sé cómo hablar a casa —confieso.

Gabriel levanta el auricular y oprime unos botones.

—¿Cuál es el número?

Se lo digo y me pasa el teléfono. Tres timbrazos. «Soy Finn, ya sabes qué hacer».

Cuando levanto la mirada, Gabriel está cerrando la puerta después de salir.

—Hola —digo en voz alta—. Soy yo. Mi vuelo se canceló. De hecho,todos los vuelos están cancelados. No puedo regresar a casa ahora y no sé hasta cuándo podré. Lo siento. Maldita sea, lo siento tanto —un sollozo se cuela en mis frases—. Tenías razón. No debí irme.

Estoy tan enojada. Con Finn, por decirme que viniera. Conmigo, por no decirle a Finn que se fuera al carajo cuando lo dijo. ¿Y qué si hubiéramos perdido el dinero de las vacaciones? En un panorama más amplio, perder dinero no es nada comparado con perder tiempo.

Sé que no estoy pensando de manera racional, que Finn no es el único que tiene la culpa. Le pude haber dicho que si las cosas iban a empeorar, prefería estar a su lado y respaldarlo que estar en un lugar con menos riesgos sin él. Incluso pude haber sido lo suficientemente inteligente como para regresar de inmediato en el ferri que me llevó a Isabela en cuanto supe que cerrarían la isla.

Lo que verdaderamente me enfurece es que cuando Finn me dijo

que me fuera, quería decir lo contrario. Cuando dije que me iría, quería quedarme. Y aunque ya llevamos varios años juntos, ninguno de los dos somos capaces de leer entre líneas.

No tengo nada más que decir y eso me sorprende, porque hace mucho tiempo que no hemos tenido una verdadera conversación. Pero Finn se está ahogando en la realidad y yo me estoy acostumbrando al paraíso. «Ten cuidado con lo que deseas», pienso. Cuando estás atrapada en el paraíso, puede sentirse como el infierno.

—En cuanto sepa más, te diré. Aunque no sepa cómo —murmuro —. Todo esto es una locura. Te seguiré mandando postales. De todas formas. Pensé que querrías saber.

Miro el auricular un momento y cuelgo, luego me doy cuenta de que no dije: «Te amo».

Cuando entro a la sala de Abuela, Gabriel está sentado junto a ella en el sofá. Se pone de pie al verme.

—¿Todo bien?

—La contestadora —explico.

—Por supuesto, te quedarás en el departamento —dice, como si tratara de compensar su reacción cuando me encontró ahí la primera vez.

—No tengo dinero...

Eso dispara una nueva preocupación en mi mente: por más harta que esté de comer pasta, ni siquiera tengo efectivo suficiente para alimentarme.

—Y nos aseguraremos de que tengas comida —agrega Gabriel, como si leyera mis pensamientos. Se inclina para besar a Abuela en la mejilla—. No quiero dejar sola a Beatriz mucho tiempo.

Lo sigo a la puerta hasta el porche. Cuando baja los escalones y se dirige hacia mi departamento en la parte trasera, digo su nombre. Da media vuelta y me mira, impaciente.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué?

—Ser amable conmigo.

Sonríe, un rayo de luz.

—Trataré de ser más *cabrón* —dice.

Parpadeo y me traduce la palabra.

—Pero de verdad —insisto.

Gabriel se encoje de hombros.

—Antes eras una turista —dice—. Ahora eres una de nosotros.

Lo que quiero hacer: meterme debajo de las cobijas de mi cama y fingir que, cuando despierte, me voy a dar cuenta de que todo esto fue una pesadilla. Iré al muelle, abordaré el ferri y empezaré el primer tramo de mi viaje de vuelta a la ciudad de Nueva York.

Lo que hago: acompaño a Gabriel y a Beatriz a una laguna que está tierra adentro. Beatriz dice que si me quedo sola me regodearé en mi pena, y no puedo contradecirla porque es la misma lógica que he usado la última semana para que salga, cuando era ella quien necesitaba distracción. Lleva un esnórquel y un visor colgados del brazo, que rebota contra su cadera mientras caminamos.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Podríamos decirte —exclama Beatriz—, pero tendríamos que matarte.

—No está por completo equivocada —agrega Gabriel—. La mayor parte de la isla está cerrada por la pandemia. Si los guardas forestales te encuentran, te multarán.

—O te quitarán tu permiso de guía de turista —lanza Beatriz sobre su hombro. Los hombros de Gabriel se tensan y luego se vuelve a relajar—. ¿Vamos o no vamos a un lugar secreto al que acostumbrabas llevar a tus clientes?

—Vamos a un lugar secreto al que acostumbraba ir cuando era niño —corrige.

Por último llegamos a un ojo de agua salada color óxido, bordeado por maleza y matorrales de ramas caídas y retorcidas. Beatriz empieza a desvestirse para quedarse en traje de baño y camiseta de buceo de manga larga y deja la demás ropa en un montón. Se acomoda el esnórquel y el visor y se avienta de clavado a la laguna lodosa.

—Mejor yo espero aquí —digo.

Gabriel voltea al tiempo que se quita la camiseta y sonríe.

—Y ahora, ¿quién está juzgando al libro por su portada?

Se quita los zapatos y se avienta al agua. A regañadientes, me desvisto hasta quedar en traje de baño y entro caminando. El fondo desaparece bajo mis pies de manera repentina e inesperada, y el agua me traga. Antes siquiera de entrar en pánico, una mano fuerte me toma del brazo y me sostiene mientras escupo el agua.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel.

Asiento, sin dejar de toser. Mis dedos se flexionan sobre su hombro. Tan cerca, me doy cuenta de que tiene una peca en el lóbulo izquierdo de la oreja. Miro las puntas de sus pestañas.

Me libero con un fuerte pataleo y empiezo a nadar en dirección de

Beatriz.

Gabriel me rebasa rápidamente, es un buen nadador. Se dirige al muro de raíces enredadas del manglar, o eso parece, cerca de donde sobresale el esnórquel de Beatriz. Levanta la cabeza cuando nos acercamos, sus ojos se ven enormes detrás del plástico del visor. El esnórquel se le cae de la boca cuando empieza a subir por la escalera improvisada de raíces y desaparece en un pliegue del matorral. Después de un momento, su cabeza vuelve a salir a la superficie.

—¿Y bien? —dice—. ¡Vamos!

Trato de seguirla pero mi pie se resbala en las ramas debajo del agua. Las manos de Gabriel aterrizan justo en mi trasero y empuja; me volteo de inmediato, asombrada. Arquea las cejas con toda inocencia.

—¿Qué? —pregunta—. Funcionó, ¿no?

Tiene razón: estoy encima de la superficie. Me golpeo la rodilla y siento un rasguño en la piel desnuda del muslo, pero un momento después me encuentro al otro lado de la espesura del manglar, mirando una laguna gemela. En esta, el agua es casi color magenta y en el centro, una franja de arena se alza como un oasis sobre el cual una docena de flamencos están doblados como figuras de origami, con la cabeza sumergida en el agua para alimentarse.

—Esto —exclama Gabriel a mi espalda— es lo que quería que vieras.

—Es maravilloso —digo—. Nunca había visto agua de este color.

—*Artemia salina* —afirma Beatriz—. Es un crustáceo, un pequeño camarón, y es lo que comen los flamencos que les da su color rosa. La concentración en el agua le da su aspecto rosado. Lo aprendí en la escuela.

Al mencionar sus estudios, su expresión cambia. Parece que el optimismo que cargaba en hombros se evapora.

Si yo no puedo salir de esta isla para volver a casa, ella tampoco puede salir para ir a la escuela.

Aprieta los dedos alrededor del borde de las mangas de su camiseta de buceo, jalándolas con firmeza sobre sus brazos.

Como si el estado de ánimo fuera contagioso, el rostro de Gabriel se ensombrece también.

—*Mijita* —dice en voz baja.

Beatriz lo ignora. Se pone el esnórquel, se sumerge en la laguna rosada y se aleja de nosotros lo más posible para salir a la superficie al otro lado del oasis.

—No lo tomes personal —digo.

Gabriel suspira y se pasa una mano por el cabello mojado.

—Nunca sé decir lo correcto.

—No sé si haya algo correcto —admito.

—Bueno, definitivamente sí hay algo incorrecto —responde Gabriel—, y en general es lo que sale de mi boca.

—No he visto nuevos cortes —digo.

—Sé que habla contigo —agrega—, y esas conversaciones son de ustedes.

Asiento, pensando en lo que Beatriz me contó sobre su madre. Me parece que esa confidencia no puedo romperla.

Gabriel respira profundamente, como si reuniera valor.

—Pero, ¿me dirías si ella habla de suicidio?

—Oh, Dios mío, por supuesto —respondo precipitadamente—. Pero... no creo que sea la razón por la que se autolesiona. Estoy pensando por ella... pero me parece que es exactamente lo contrario del pensamiento suicida. Es para recordar que está aquí.

Me mira como si le costara trabajo entender mi inglés. Luego inclina la cabeza hacia un lado.

—Me alegra que te quedes —dice en voz baja—, aunque sea egoísta.

Sé que habla del frágil vínculo que hemos creado Beatriz y yo, ya que es obvio que necesita una confidente. Pero en sus palabras hay más, una sombra que atraviesa mis sentidos. Siento que me ruborizo y rápidamente volteo a ver a los flamencos.

—¿Qué son? —pregunto señalando a los pajaritos grises con manchas blancas que saltan en la arena entre las patas de los flamencos—. ¿Fringílidos?

Si Gabriel se da cuenta de mi patético intento por cambiar la conversación, no hace ningún comentario.

—Son cenzontles.

—Ah. Y yo que me creía darwiniana —sonrío, tratando de bromear.

Por supuesto, las Galápagos son famosas por sus fringílidos, y por Charles Darwin. En todas las guías turísticas que están en mi maleta perdida leí sobre él. En 1835 vino a las islas en el HMS *Beagle*, cuando solo tenía 26 años y, sorprendentemente, era un creacionista que creía que todas las especies eran diseño de Dios. Pero en las Galápagos, Darwin se volvió a plantear cómo había nacido la vida aquí, en el corazón de piedras volcánicas. Supuso que las criaturas llegaron nadando desde Sudamérica. Pero más tarde se dio cuenta de que cada

isla era por completo distinta desde el punto de vista geográfico, que las condiciones eran bastante inhospitalarias y que en cada isla había nuevas especies. Al estudiar las variaciones de fringílidos desarrolló su teoría de la selección natural: las especies cambian para adaptarse a sus circunstancias, y estas adaptaciones que facilitan la vida son las que permanecen.

—Todo el mundo piensa que Darwin basó su obra en los fringílidos —dice Gabriel—. Pero es incorrecto.

Volteo a verlo.

—No le digas eso a mi maestra de Biología AP.

—¿Tu qué?

Agito la mano.

—Es algo estadounidense. En fin, me enseñaron que los fringílidos son diferentes en cada isla. Ya sabes, en una isla unos tienen el pico largo porque la larva que comen está muy profunda en un árbol; en otra, sus alas son más fuertes porque tienen que volar para encontrar comida...

—En eso tienes razón —agrega—. Pero Darwin era un naturalista bastante malo. Coleccionaba fringílidos, pero no los etiquetaba correctamente. Sin embargo, quizá por accidente sí etiquetó a todos los cenzontles correctamente —lanza una piedra y un cenzontle alza el vuelo—. Hay cuatro tipos distintos de *sinsontes* en las Galápagos. Darwin los estudió y midió sus picos y cuerpos. Cuando regresó a Inglaterra, un ornitólogo vio que los cenzontles eran muy diversos de una isla a otra. Se reprodujeron las modificaciones que los ayudaban a ajustarse al clima o al terreno en un lugar dado, porque esos cenzontles eran los que vivían lo suficiente para reproducirse.

—La supervivencia del más apto —confirmo.

Ahora estamos sentados sobre la arena del oasis, mirando a los flamencos hacer equilibrio sobre el agua. Beatriz está al otro extremo de la laguna, buceando y saliendo a la superficie una y otra vez. Los labios de Gabriel se mueven en silencio y me doy cuenta de que está contando los segundos que ella permanece bajo el agua.

—¿Alguna vez te has preguntado qué animales nunca conoceremos? —pregunto—. ¿Los que no sobrevivieron?

Los ojos de Gabriel permanecen en la superficie del agua hasta que Beatriz vuelve a aparecer.

—La historia la escriben los vencedores —responde.

CINCO

El día después de que supe que la isla no iba a abrirse, camino al pueblo, al banco, esperaba encontrar una manera de transferir dinero aquí desde mi cuenta en Nueva York. El banco está cerrado, pero cerca de los muelles hay una gran cantidad de mesas debajo de una lona. Todos con cubrebocas por seguridad, los lugareños van y vienen por los pasillos recogiendo mercancías y platicando. Parece un mercado de pulgas.

Escucho mi nombre y veo que Abuela me hace señas.

Aunque Abuela y yo no hablamos el mismo idioma, he aprendido unas cuantas frases en español, y el resto de nuestra comunicación son gestos, movimientos de cabeza y sonrisas. Ahora sé que trabajaba en el hotel en el que me iba a quedar, limpiando las habitaciones de los clientes. Ahora que el negocio está cerrado, se contenta con cocinar, ver sus telenovelas y tomarse unas vacaciones no planeadas.

Está de pie detrás de una mesa cubierta con un mantel bordado. Sobre ella hay unos cuantos delantales doblados, una caja de ropa de hombre, dos pares de zapatos. También hay un molde para pastel y una pequeña caja con verdura y fruta, como las que me lleva Gabriel. Abierta frente a ella hay una revista de sopa de letras con un pequeño fajo de tarjetas postales G2 (¿todo el mundo las tiene?) en medio como separador de libros.

Abuela me ofrece una gran sonrisa y señala la silla plegable que está detrás de la mesa.

—Oh, no —digo—. ¡Siéntese usted!

Pero antes de que responda, otra mujer se acerca a nosotras. Levanta un par de zapatos, busca la talla en la lengüeta y, a través de su cubrebocas, le hace una pregunta a Abuela.

Intercambian unas palabras más y luego la mujer pone un gran bolso *tote* sobre la mesa. Al interior hay frascos de conservas, ajo picado, pimientos. Abuela saca un frasco de mermelada y otro de pimientos. La mujer mete los zapatos en su bolso y se va a la siguiente

mesa.

Miro alrededor y advierto que aunque debajo de esta lona se realizan todo tipo de transacciones, en ninguna se intercambia dinero. Los lugareños han establecido un sistema de trueque para combatir la limitada cadena de suministro que reciben de tierra firme. Abuela me da unas palmaditas en el brazo, señala la silla y luego se va por el pasillo para ver las mercancías que otros lugareños trajeron de su casa.

Puedo ver anaqueles con ropa usada, botas de plástico ordenadas por talla, utensilios de cocina, artículos de papelería. Algunas mesas están llenas de pan casero o dulces, frascos con betabel y pimientos de plátano. Hay cortes frescos de cordero y pollos desplumados. Sonny, de Sonny's Sunnies, trajo toda una gama de trajes de baño, pilas, revistas y libros. Un pescador con una hielera llena de su pesca del día envuelve pescado en periódico para una mujer que, como pago, le da un ramillete de hierbas frescas.

Yo también podría intercambiar. Pero no tengo un excedente de ropa, de comida que haya cultivado ni la capacidad de cocinar nada que valga la pena intercambiar.

Me paso la mano por el cabello y aliso mi cola de caballo. Me pregunto qué podría obtener por mi dona para el cabello.

En ese momento, unos niños pasan corriendo entre las mesas. Uno pequeño queda rezagado, como la cola de un cometa. Tiene el rostro enrojecido y es evidente que trata de alcanzar a los más grandes, cuyo líder sacude un libro de historietas maltratado. Mientras los observo, veo que uno de los niños le mete una zancadilla al pequeño, que sale volando y aterriza de cabeza bajo una de las mesas. Su caída detiene la persecución. Gira sobre su espalda, se sienta y le grita al chico que tiene la revista de historietas. Incluso en español, es claro que cecea y el niño más grande se burla de él, rompe la revista a la mitad, se la avienta al niño pequeño en el pecho y se va tranquilamente.

El chico que está en el piso mira alrededor para ver quién fue testigo de su humillación. Cuando su mirada encuentra la mía, le hago una seña para que se acerque.

Camina despacio hacia mí. Su piel es oscura y su cabello negro azabache atrapa la luz del sol. El cubrebocas que lleva tiene el símbolo de Linterna Verde. Sujeta al pecho la revista rasgada.

Por impulso, saco una de las postales G2 de la revista de Abuela y busco el lápiz que estaba usando para la sopa de letras. Volteo la tarjeta y con trazos rápidos y precisos empiezo a dibujar al niño.

Durante el verano entre la preparatoria y la universidad pasé un mes en Halifax haciendo retratos de turistas en la ciudad vieja. Gané lo suficiente como para quedarme en un hostal con mis amigos y pasar las noches en los bares. Me di cuenta de que fue la última vez que hacía negocio con mi propio arte. Después de eso, todas las vacaciones las pasé adquiriendo experiencia laboral para mi pasantía en Sotheby's.

Todos los artistas tienen un punto de partida; el mío siempre han sido los ojos. Si puedo capturarlos, el resto cae solo en su sitio. Así, busco los puntos de luz en sus pupilas, dibujo el batir de sus pestañas y enderezo la pendiente de sus cejas. Después de un momento, me quito el cubrebocas por un extremo y el otro queda colgando, descubriéndome el rostro; luego le hago una seña para que haga lo mismo.

Le falta un diente delantero y, por supuesto, dibujo esa sonrisa. Y porque la confianza es un superpoder, le pongo una capa como la del héroe de su revista de historietas.

Lo que al principio parece oxidado empieza a fluir. Cuando termino, le doy la postal, un espejo hecho de arte.

Feliz, se va corriendo hasta el final de las mesas y se la enseña a una mujer que debe ser su madre. Algunos de los chicos que lo molestaban se acercan a él para ver qué tiene en las manos.

Me siento, satisfecha, y me recargo en el respaldo de la silla plegable.

Un momento después, el niño regresa. Lleva en la mano una fruta que nunca antes había visto, del tamaño de mi puño, blindada con pequeñas espinas. Tímido, la coloca sobre la mesa frente a mí y asiente en agradecimiento; luego sale disparado a la mesa de su madre.

Busco alrededor a Abuela y, de pronto, escucho una vocecita.

—*Hola*.

La niña que está frente a mí es tan delgada como un ejote, hay polvo en sus pies descalzos y lleva el cabello trenzado. Me extiende una naranja verde abollada de las Galápagos.

—Oh —exclamo—. Pero no tengo nada que darte.

Frunce el ceño y saca otra tarjeta postal de la revista de Abuela. Me la ofrece, se echa las trenzas hacia atrás y toma una pose.

Quizá sí tengo algo.

Cuando Abuela y yo nos vamos de la *feria*, dos horas después, no tengo más efectivo pero sí un sombrero de paja para el sol, un par de

shorts de atletismo y unas chanclas. Abuela me cocina el almuerzo: chuletas de cordero, papas azules y mermelada de menta que recibí a cambio de mis retratos. El postre es la fruta con espinas que el niño me dio: una guanábana.

Después, con la barriga llena, salgo de casa de Abuela para echarme una siesta en la mía. Es la primera vez que, en mi mente, la llamo así.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Es una locura: todo está cerrado. No sale ningún vuelo, ninguno entra, y nadie sabe cuándo eso va a cambiar. Probablemente así es más seguro. Aunque pudieras venir a Estados Unidos, es un caos. Quizá tendrías que confinarte un par de semanas, porque por ahora no tenemos suficientes pruebas de covid para las personas que llegan al hospital con síntomas.

La verdad es que aunque estuvieras en casa, yo no estaría. La mayoría de los residentes que tienen familia se están quedando en hoteles para no contagiar a nadie. Aunque estoy solo en el departamento, después de quitarme la ropa quirúrgica en la entrada y meterla a una bolsa de ropa sucia, lo primero que hago es bañarme hasta que me duele la piel.

¿Te acuerdas de la señora Riccio, del 3C? Cuando volví anoche a casa vi gente que no reconocí, que entraba y salía del departamento. Murió de covid. La última interacción que tuve con ella fue hace cinco días, frente a los buzones. Era asistente de salud a domicilio y estaba aterrada de contagiarse. Lo último que le dije fue: «Tenga cuidado ahí afuera».

Una de mis pacientes, a la que extubamos con éxito pero que padecía disfunción multiorgánica y sabía que no duraría ni un día, estuvo consciente por un momento cuando fui a verla. Yo llevaba el equipo de protección personal y ella no podía ver bien mi rostro, por eso pensó que era su hijo. Me tomó la mano y me dijo lo orgullosa que estaba de mí. Me pidió que la abrazara para despedirme. Lo hice.

Estaba sola en su habitación y así moriría. Yo lloraba detrás del protector facial y pensé: «Bueno, si me contagio, me contagio».

Sé que hice un juramento. No dañar y todo eso. Pero no recuerdo haber dicho que moriría por ello.

Una vez vi una película, no recuerdo el nombre, en la que un soldado de la Segunda Guerra Mundial, como de 20 años, estaba en una trinchera con un nuevo recluta de 18. Las balas llovían a su alrededor pero el soldado de 20 fumaba tranquilamente mientras el más joven temblaba como una hoja al viento. Preguntó: «¿Por qué no estás asustado?». El soldado respondió: «No debes tener miedo a morir cuando ya estás muerto».

Supongo que lo que tenga que pasar pasará.

Leí que iluminarán el Empire State de rojo y blanco esta semana en honor a los trabajadores de la salud. Nos importa un carajo el Empire State o las personas que golpean sartenes y cacerolas a las 7:00 p. m. La mayoría de nosotros ni siquiera lo vemos o escuchamos porque estamos en el hospital tratando de salvar a gente que no se puede salvar. Lo que queremos es que todos usen cubrebocas. Pero hay personas que dicen que obligarlos a usarlo es una grave infracción a sus derechos corporales. No sé cómo dejarlo

más claro: no tienes ningún derecho corporal cuando estás muerto.

Lo siento. No necesitas escuchar mis quejas. De cualquier modo, es probable que esto ni siquiera te llegue.

Solo por si acaso: no dejan de llamar del asilo de tu mamá.

Unos días después, mientras Beatriz está ocupada haciendo tortillas con su abuela, le pido que me preste el teléfono de Abuela para dejarle otro mensaje a Finn. Gabriel me enseñó cómo marcar para llamadas internacionales, pero son muy caras y no quiero que Abuela pague el costo, así que mis conversaciones son breves, solo le digo a Finn que estoy bien y que pienso en él. Todo lo demás lo guardo para las postales que Beatriz envía.

Luego llamo al asilo de mi madre. Aunque no he recibido ningún correo electrónico o mensaje de voz de ellos, quizá por la falta de internet, puesto que Finn dijo que habían dejado mensajes en nuestro teléfono fijo en el departamento. La última vez que The Greens trató con insistencia de comunicarse conmigo fue por un error en el depósito que se paga automáticamente para la estancia de mi madre. La administración estaba como loca hasta que resolví el error con una transferencia. No será fácil resolver otro error bancario desde una isla en cuarentena.

Marco el número y contesta la recepcionista.

—Soy Diana O'Toole —digo—. La hija de Hannah O'Toole. ¿Han tratado de comunicarse conmigo?

—Un momento, por favor —responde.

—¿Señorita O'Toole? —dice una nueva voz un momento más tarde —. Soy Janice Fleish, la directora del centro; me alegra que por fin nos haya llamado.

Parece sarcástica y trato de no salirme de mis casillas.

Miro hacia la barra de la cocina, donde Abuela está tratando de enseñarle a una reticente Beatriz cómo amasar manteca con harina para hacer una pasta. Pego más el auricular a mi oreja y volteo, encogiendo los hombros para tener más privacidad.

—¿Hay algún problema con mi cuenta? Porque no estoy en Nueva York por el...

—No, no. Eso está bien. Es solo que... tuvimos un brote de covid en nuestras instalaciones y su madre está enferma.

Me congelo al interior. Mi madre ya se ha enfermado antes, pero eso nunca había ameritado una llamada.

—¿Está... necesita ir al hospital?

¿Me llamaban para pedirme permiso?

—Su madre dio instrucciones de no resucitación —me recuerda.

Es una manera delicada de decir que por mal que se ponga, no le harán reanimación cardiopulmonar ni la llevarán al hospital para recibir soporte vital.

—Tenemos varios residentes que contrajeron el virus —continúa—, pero le aseguro que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para mantenerla cómoda. Como nuestro objetivo es la transparencia, pensamos que usted...

—¿Puedo verla?

No sé qué podría hacer desde aquí, pero algo me dice que si mi madre en realidad está tan enferma, lo sabré al verla.

Pienso en la señora Riccio del departamento 3C.

—No están permitidas las visitas por el momento.

Al escuchar esto, suelto una carcajada. Como si yo pudiera ir.

—Estoy detenida fuera del país —explico—. Apenas tengo servicio telefónico. Debe haber algo que usted pueda hacer. Por favor.

Se escucha un sonido apagado, un intercambio de palabras que no puedo escuchar.

—Si vuelve a llamar a este número que le voy a dar, uno de nuestros asistentes se comunicará con usted por FaceTime.

Empiezo a buscar una pluma. Abuela tiene un marcador que cuelga de un pizarrón blanco en el refrigerador; lo tomo y escribo los dígitos en la palma de mi mano.

Cuando cuelgo, mi mano tiembla. Sé que hay gente que tuvo este virus y no siempre muere. También sé que muchos otros sí.

Si mi madre me ve en video quizá ni siquiera me reconozca. Podría agitarse al verse obligada a hablar con alguien que no sabe quién es.

Pero también sé que necesito verla con mis propios ojos.

Me concentro en eso, olvido que estoy en un lugar que carece de la tecnología para que eso sea posible.

Cuelgo el teléfono de Abuela y marco el nuevo número en mi celular, pero no hay señal.

—Carajo —espeto; Abuela y Beatriz me miran—. Perdón —balbuceo y salgo corriendo al porche con el teléfono en alto, hacia varias direcciones, como si pudiera atraer la señal como un imán.

Nada. Tiro el teléfono a mi lado, me presiono los ojos con las manos.

Ella ha sido una madre ausente y ahora soy yo la hija ausente. ¿Es retribución? ¿Le debes a alguien solo el cuidado que te proporcionó?

¿O creer eso te hace tan culpable como ella?

Si muere y yo no estoy ahí...

Bueno.

«Ya no tendrás que ser responsable de ella».

Esa idea, vergonzosa y artera, resuena en mi mente.

—Diana.

Alzo la mirada para ver a Gabriel de pie frente a mí, con un martillo en la mano. ¿Ha estado ahí todo el tiempo?

—Mi madre está enferma —digo.

—Lo siento...

—Tiene covid.

Da un paso atrás, sin pensarlo, y se soba la nuca con la mano libre.

—Vive en un asilo y se supone que debo hacer una videollamada para hablar con ella, pero mi estúpido teléfono no funciona aquí y... —me enjugo las lágrimas, frustrada y avergonzada—. Esto es una mierda. Una mierda.

—Trata con el mío —sugiere.

Saca su teléfono, pero el problema no es el aparato, es toda esta maldita isla. Aunque la red celular local parece funcionar, cualquier cosa que requiera verdadera banda ancha es una completa pérdida.

Gabriel escribe algo en su teléfono y dice:

—Ven conmigo.

Trato de ir a su lado, pero camina tan rápido que tengo que correr para alcanzarlo. Se detiene frente al hotel en el que se supone que me quedaría. Aunque he tratado de conectarme a su wifi, como me sugirió Beatriz, la red no ha aparecido; quizá porque el negocio está cerrado. Sin embargo, esta vez Elena está afuera, esperando con un juego de llaves.

—Elena —dice Gabriel—. *Gracias por venir aquí.*

Sonríe y dos hoyuelos se forman en sus mejillas, pasa sus manos por su larga trenza.

—*Cualquier cosa por ti, papi* —responde.

—¿Puedo saber...? —murmuro acercándome a Gabriel.

—No —me interrumpe.

Elena pasa su brazo por el de él y se aprieta contra su cuerpo. Me mira por encima de su hombro y gira la cabeza tan rápido hacia Gabriel que su trenza me golpea el brazo.

Un hotel que no tiene huéspedes, ¿sigue siendo un hotel? El vestíbulo parece pequeño y anticuado, hasta que Elena enciende las luces y el ventilador de techo. Enciende un módem que está detrás de

la recepción sin dejar de hablar con Gabriel en español. Parece que habla de su bronceado o del brasier o algo, porque se jala la camiseta, mira su hombro desnudo y le lanza una enorme sonrisa.

—Mmm —digo—. ¿Está listo?

Ella me mira como si se hubiera olvidado que estaba ahí. Cuando asiente, encuentro la red en mi teléfono y marco el número del asilo que me dieron. Camino en la pequeña habitación que está llena de mesas, todas cubiertas de manteles de algodón de colores brillantes.

Un rostro que flota en mi pantalla me hace parpadear. La persona al otro lado es solo un par de ojos sobre un cubrebocas que están detrás de un protector facial de plástico. También lleva el cabello cubierto con una red desechable.

—Soy Verna —dice la mujer y agita la mano a modo de saludo. Reconozco su nombre, es una de las asistentes que cuida a los residentes—. Nos empezábamos a preguntar si llamaría.

—Problemas técnicos —digo.

—Bueno, su mamá está cansada y tiene fiebre, pero está resistiendo.

Levanta su dispositivo y la perspectiva cambia; a la distancia veo a mi madre sentaba en un sofá, con el televisor prendido, como siempre. Mi corazón, que latía con fuerza, se tranquiliza un poco.

Pienso por primera vez qué era lo que tenía tanto miedo de ver. Quizá su vulnerabilidad. Mi madre siempre fue un vendaval de fuerza que entraba y salía de mi vida antes de que yo pudiera orientarme. Si estuviera quieta y en silencio en una cama, entonces sabría que algo estaba muy mal.

—¡Hola, Hannah! —exclama la asistente—. Mire hacia acá. ¿Me regala un saludo?

Mi madre voltea. No hace ninguna seña con la mano.

—¿Te llevaste mi cámara? —recrimina.

—Luego la buscamos —explica Verna para tranquilizarla; sé que mi madre no tiene cámara en su residencia—. Aquí está su hija. ¿La quiere saludar?

—No tengo tiempo. Tengo que subirme al convoy de prensa para ir al pueblo kurdo —dice mi madre—. Si se va sin nosotros... —tose—. Sin... —le da un ataque de tos y el teléfono cae, dando vueltas hasta que se detiene en una superficie plana. La imagen se vuelve negra; aún puedo escuchar a mi madre debatiéndose. Luego vuelve a aparecer el rostro cubierto de Verna.

—Tengo que tranquilizarla —dice—, pero la estamos cuidando

bien. No se preocupe.

La llamada se corta.

Miro la pantalla en blanco. En realidad no hay forma de saber si mi mamá delira o si solo es su demencia.

Okey. Bueno. Si empeora hablarán de nuevo a nuestro departamento. Y si eso sucede, de alguna manera Finn me lo hará saber.

Finn.

De inmediato trato de hacer una videollamada con él, tengo que aprovechar el servicio de internet. Pero suena y suena y él no responde. Lo imagino inclinado sobre un paciente, sintiendo la vibración en su bolsillo pero incapaz de contestar.

«Mi madre tiene covid», escribo en un mensaje. «Hasta ahora está estable. Traté de llamarte mientras tenía wifi pero probablemente estabas trabajando. Ojalá estuvieras aquí conmigo».

Meto el teléfono en mi bolsillo y regreso a la recepción. Todo el lenguaje corporal de Elena sugiere que está tratando de acorralar a Gabriel contra la pared. Todo el lenguaje corporal de Gabriel se resiste. Cuando me ve, su rostro se llena de alivio.

—*Gracias*, Elena —dice.

Se inclina para darle un beso en la mejilla, pero ella voltea en el último segundo y presiona su boca contra la de él.

—*Hasta luego,* Gabriel —responde.

Tan pronto como cruzamos la puerta, voltea hacia mí.

—¿Tu madre?

—Está enferma —explico—. Tiene tos.

Frunce el ceño un segundo.

—Entonces no es tan malo, ¿no? Apuesto que te dio gusto verla.

«No tenía idea de quién era yo». Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero en su lugar, pregunto:

—¿Elena es tu ex?

—Elena fue una noche de pésimas decisiones —dice Gabriel—. No tengo buena suerte con las relaciones.

—Bueno, estoy 99% segura de que mi novio me iba a proponer matrimonio aquí durante las vacaciones, y no puedo hacer nada al respecto.

Hace una mueca.

—Tú ganas.

—Más bien, los dos perdemos —corrijo.

En lugar de dar vuelta hacia casa de Abuela, Gabriel sigue derecho

hacia los muelles.

—No soy yo quien te dirá que este no es el camino, pero... —digo.

—Lo sé. Solo pensé que... quizá no tenías ganas de pasar el día de hoy preocupada por tu madre.

Nos paramos en el embarcadero, cerca de una fila de pequeñas pangas, los botes de metal que usan los pescadores.

—¿Y Beatriz?

—Ya le mandé un mensaje. Mi abuela la está cuidando —se cubre el sol de los ojos y me mira—. Y a ti te prometí que te enseñaría mi isla.

Se mete a uno de los botes y me extiende la mano para que lo siga.

—¿Adónde vamos?

—A los *túneles* de lava —responde Gabriel—. Están al oeste de la isla, como a 45 minutos.

—No volveremos a tiempo para el toque de queda.

Busca la llave bajo uno de los asientos y prende el motor. Levanta la mirada con media sonrisa.

—No solo eso. Adonde vamos está cerrado incluso para los lugareños —dice—. ¿Cómo dicen ustedes, los *americanos?* O todo o nada.

Me río, pero pienso: «Ojalá».

Gabriel me explica que aquí es peligroso pescar.

Con destreza, mueve la panga que tomó prestada a un amigo por debajo de los delicados arcos de lava formados por los volcanes. Serpenteamos por las formaciones rocosas como hilo entre agujas, la marea nos acerca lentamente a las escarpadas y estrechas paredes de roca. Del agua surgen arcos coronados por puentes de tierra con cactus y maleza que crece en ellos. En algunos, el arco se ha derrumbado en el mar.

—Los pescadores pueden pescar atún rojo, *blanquillo*, bacalao y pez espada. Pero tuve amigos que salieron a pescar y nunca volvieron —dice—. Las contracorrientes son impredecibles. Si el motor falla por alguna razón, puedes quedar atrapado en una que te empuja tres metros por segundo.

—¿Quieres decir... que murieron? —pregunto.

Asiente.

—Como te dije, es peligroso —repite. Navega por un laberinto de rocas elevadas de estilo retrofuturista—. Mira ahí, en el *aa* lava.

—¿El qué?

—La roca puntiaguda —dice señalando—. La *pahoehoe* es otro tipo de lava, la que parece que se está derritiendo.

Sigo su dedo y veo dos piqueros patiazules. Están frente a frente; se inclinan, formales, a la izquierda y a la derecha una y otra vez, como metrónomos gemelos. Luego se atacan con el pico, en un frenesí de mordidas y repiqueteos.

—Se van a matar —exclamo.

—De hecho, se van a aparear —explica Gabriel.

—No creo, si él sigue haciendo eso —murmuro.

Gabriel lanza una carcajada.

—Es un profesional. Entre más viejo es el pájaro, más azules son sus patas. Este no es su primer rodeo.

—Su primera vez —corrijo con una sonrisa.

Sale del bote y lo arrastra hasta la playa.

—Sé que Beatriz lo aprendió en la escuela —digo—. Pero ¿por qué tú hablas tan bien inglés?

—Tenía que hacerlo por mi trabajo —responde. Vuelve a buscar debajo de un asiento y me lanza un esnórquel y un visor—. Sabes usarlos, ¿verdad?

Asiento.

—Pero no traigo traje de baño.

Gabriel se encoge de hombros, se quita las sandalias y se avienta al agua completamente vestido. El agua le llega a la cadera, luego a la cintura; se sumerge y sale a la superficie, sacudiendo su cabello enmarañado.

—Cobarde —exclama y me salpica.

El agua es un reflejo borroso del cielo, la arena es azúcar bajo mis pies. Es extraño sentir mis shorts flotando alrededor de mis piernas y la camiseta pegada al cuerpo, pero me acostumbro a esa sensación conforme avanzo en el agua. Gabriel se sumerge a unos metros de mí y, un momento después, siento que me jala por el tobillo.

—*Vamos* —dice.

Vuelve a sumergirse y esta vez lo sigo.

El mundo submarino estalla en colores y texturas: anémonas como joyas brillantes, pequeños arroyos de coral, algunas hebras de hierba marina. Seguimos un tiempo a un león marino que, juguetón, no deja de golpear a Gabriel con su cola. Gabriel me aprieta la mano y señala una tortuga marina que se balancea con ritmo en el agua. Después, frente a mi visor flota un caballo de mar rosa brillante, un signo de

interrogación con nariz de trompeta y piel translúcida.

Gabriel sale a la superficie y me jala.

—Aguanta la respiración —dice sin soltar mi mano.

Con fuerza, me lleva hasta el fondo marino, donde sobresale un arrecife rocoso moteado con estrellas de mar y un pulpo ondulante. Gabriel gira hasta que flotamos frente a una pequeña grieta en la roca. Al interior veo dos pequeños triángulos plateados. ¿Ojos? Nado para acercarme y ver mejor. Pero al hacerlo, uno se mueve y me doy cuenta de que enfrente tengo las aletas con punta blanca de unos tiburones de arrecife que están dormidos.

Pataleo para retroceder, lo hago tan rápido que formo una pared de burbujas. Sin asegurarme de que Gabriel me siga, nado lo más fuerte y rápido que puedo de regreso a la costa. Avanzo gateando sobre la arena y me arranco el esnórquel; él está detrás de mí.

—Eso era... —trato de recuperar el aliento— un maldito tiburón.

—No del tipo que mata —explica riendo—. Aunque sí puede dar una buena mordida.

—Dios mío —exclamo y me dejo caer bocarriba sobre la arena.

Luego, Gabriel se sienta junto a mí. También está jadeando. Se quita la camiseta mojada y la avienta a un lado hecha bola. Cuando se acuesta, el sol brilla en el medallón que lleva puesto.

—¿Qué es eso? —pregunto—. Tu collar.

—Tesoro pirata —responde.

Cuando lo miro incrédula, se encoge de hombros.

—En los siglos XVI y XVII, los piratas usaban el canal entre la isla Isabela y Fernandina para esconderse de los españoles después de que atacaban sus galeones. En esas épocas, este era el lugar en donde podían desaparecer.

«Lo sigue siendo», pienso.

—Los piratas sabían que los galeones iban de Perú a Panamá —continúa—, y después de robar el oro se escondían en Isabela —arquea una ceja—. También cazaron tortugas marinas hasta casi extinguirlas, y dejaron burros, cabras y ratas. Pero eso no era tan interesante para un niño de siete años que excavaba en busca de tesoros enterrados.

Me levanto, recargada en un codo, atenta.

—Fue en 1995, en la playa Estero, la que está cerca de El Muro de las Lágrimas. Aparecieron dos veleros llenos de franceses que exploraban Isabela en busca de tesoros. Los ayudé unos días, o al menos pensé que lo hacía, quizá era más un estorbo, y encontraron un

cofre. Yo les ayudé a desenterrarlo.

Mis ojos cayeron en su medallón.

—¿Y esto estaba adentro?

—No tengo idea de qué había adentro —se ríe—. Se lo llevaron sin abrirlo. Pero me dieron esto como agradecimiento. Por lo que sé, viene de una caja de cereal.

Le doy un golpe en el hombro. Atrapa mi mano para evitar que le dé otro, pero no la suelta. En su lugar, la aprieta y me mira a los ojos —. Hablando de agradecimientos —dice—, Beatriz...

—Es una niña maravillosa —interrumpo.

Suelta mi mano, parece que está eligiendo sus palabras con cuidado.

—Cuando regresaba de la escuela siempre había un muro entre nosotros. Cada vez que pensaba en derribarlo, cada vez que me acercaba lo suficiente, podía sentir mucho calor del otro lado, como fuego, ya sabes. Si crees que hay un incendio al otro lado de una puerta no entras corriendo, porque con más oxígeno las llamas consumirán todo —dibuja una línea en la arena entre nosotros—. Esta última semana no siento tanto calor.

—Está enojada —admito en voz baja—. La sacaron de su zona de confort. No es justo y no es su culpa. Cuando no podemos ver la luz al final del túnel, es difícil recordar que debemos seguir avanzando.

—Lo sé —dice Gabriel—. He tratado de hacer con ella cosas como esta, distraerla, ya sabes, llevarla a recorrer la isla. Pero solo me sigue como si fuera un castigo —se rasca la frente—. Durante años vivió con su madre y solo Dios sabe lo que Luz le dijo de mí. Luego estuvo en la escuela. Cuando llegó el virus me llamó, rogándome volver a casa.

Seguramente entendí mal.

—Pensé que tenía que volver —digo.

—Ya antes ha pasado las vacaciones escolares con su familia de acogida, casi todas las vacaciones —explica Gabriel—. No sé, ¿quizá estaba preocupada por el virus? Por lo que fuera, para mí era un regalo. Estaba feliz de que quisiera regresar. Pensé que si pasábamos tiempo juntos se daría cuenta de que yo no era un monstruo —esboza una ligera sonrisa—. Me gustaría poder hacer lo que para ti es tan fácil.

—¿Hablar con ella?

—Caerle bien —hace una mueca—. Suena patético.

Niego con la cabeza.

—Siempre es triste perder algo importante para nosotros —di-go

cautelosa—. En este momento, Beatriz piensa que perdió a su mamá, a sus amigos, su futuro —vacilo—. Tal vez esa sea la razón por la que te mantiene a distancia. No se puede tener un duelo por algo si no nos acercamos lo suficiente.

Su mirada atrapa la mía, esa semilla de duda es la absolución que puedo ofrecerle: pensar que el distanciamiento de Beatriz no es porque lo odia sino lo contrario.

De pronto, una iguana marina pasa corriendo entre nosotros; lanzo un grito y me echo hacia atrás. Gabriel se ríe de mí mientras la enorme lagartija repta a una velocidad sorprendente hasta el agua; sube y baja la cabeza unas cuantas veces y se sumerge en la laguna.

—¿Por qué esas cosas no tienen tanto miedo de mí como yo de ellas? —mascullo.

—Recorren la isla desde hace más tiempo que los humanos —dice.

—No me sorprende, parecen dinosaurios bebé.

—Deberías ver las iguanas de tierra en San Cristóbal. Se ponen color turquesa y rojo durante la época de apareamiento. Las llamamos iguanas navidad. Así es como atraen a las damas —hace un gesto con la cabeza hacia el agua—. Pero las iguanas marinas son mis favoritas.

Me vuelvo a recostar sobre la arena, mirando al cielo.

—No puedo imaginar por qué.

—Bueno, antes eran iguanas de tierra; llegaron por accidente hace diez millones de años, en los restos de naufragios desde Sudamérica. Pero cuando llegaron aquí no había vegetación. La única comida estaba en el mar. Así que su cuerpo cambió, poco a poco, para que les fuera más fácil nadar. Desarrollaron glándulas alrededor de sus fosas nasales para excretar sal cuando están bajo el agua. El tamaño de sus pulmones aumentó para tomar más aire y sumergirse más profundo.

Gabriel gira y se recarga en el codo. Levanta un dedo y, con suavidad, lo pasa por mi garganta.

—La evolución es un compromiso —dice en voz baja—. Cuando los humanos evolucionaron para hablar, nuestra garganta se hizo más larga para alojar a la lengua, y con ello vinieron riesgos. La comida tenía que viajar a más distancia para llegar al esófago... y no tocar la laringe.

Su pulgar permanece en el lugar en donde late mi pulso, en la base del cuello. Trago saliva.

—Así que, a diferencia de los animales, ahora podemos cantar, hablar y gritar... pero, a diferencia de los animales, también podemos asfixiarnos y morir si la comida baja por donde no debe —me mira,

casi asombrado de ver cómo me está tocando—. No se puede avanzar sin perder algo —agrega.

Me aclaro la garganta y me incorporo rápido.

De inmediato, él hace lo mismo y el momento revienta como una burbuja de jabón.

Antes de poder procesar lo que acaba de pasar, Gabriel se pone de pie. Un bote se acerca a la orilla; avanza lentamente hasta donde quiebran las olas. Me cubro el sol de los ojos con una mano y veo a un hombre con uniforme color caqui y un sombrero de ala ancha. Conforme se acerca, entrecierro los ojos para leer el parche que lleva en el hombro, que parece oficial.

—Gabriel —dice el hombre—. *¿Qué estás haciendo aquí?*

—Es Javier —la voz de Gabriel es firme, pero puedo sentir que está tenso—. Es el guarda forestal.

Recuerdo lo que dijo Beatriz cuando estábamos en la laguna con los cenzontles: si los guardas forestales te encuentran en un sitio cerrado por covid, te pueden multar. Y si eres guía de turistas, puedes perder tu licencia.

Gabriel derrama un río de palabras en español. No sé si está tratando de calmarlo, si no tiene idea de lo que hace o si está justificando nuestra presencia aquí.

Le lanzo una enorme sonrisa a Javier e interrumpo.

—*Hola* —saludo—. Todo esto es mi culpa. Yo le rogué a Gabriel que me trajera aquí...

No sé si el guarda forestal habla inglés, pero espero llamar su atención lo suficiente para que no se fije en Gabriel. Y parece que funciona, porque la mirada de Javier se dirige hacia mí.

—Usted —dice—. Usted estaba en la feria.

Siento el sudor entre los omóplatos. ¿También era ilegal hacer negocios en el mercado? ¿Los guardas forestales están detrás de los lugareños o solo de los turistas? Y si no puedo pagar la multa, ¿qué va a pasar?

Sé que en la isla no hay hospitales ni cajeros automáticos, pero con mi suerte, seguro hay una cárcel que sí funciona.

—Hacía dibujos —continúa el guarda.

—Mmm, sí —respondo.

Puedo sentir la mirada de Gabriel como una pincelada.

—Mi hijo le dio una guanábana.

Se trata del niño al que molestaban.

—Tiene talento —agrega Javier con una pequeña sonrisa—. Pero

lo más importante es... que es amable.

Me sonrojo con ambos cumplidos.

El guarda forestal vuelve a dirigirse a Gabriel.

—Gabriel, sabes que si te encuentro aquí tengo que reportarte. Pero si volteara y ustedes ya no están, quizá fue solo una ilusión, *¿sí?*

—*Por supuesto* —murmura Gabriel.

Se agacha para recoger su camiseta, tiesa por la sal seca, y se la pone. Recojo el visor y el esnórquel y lo sigo hasta nuestra panga. Las olas murmuran alrededor de mis tobillos mientras él mantiene el bote en equilibrio para que suba antes de empujarlo, saltar a bordo y prender el motor para avanzar en reversa.

No hablo hasta que estamos fuera de la caleta y pasamos los túneles, rebotando sobre una parte del océano.

—Estuvo cerca —exclamo.

Gabriel se encoje de hombros.

—Sabía que podría pasar cuando te traje aquí.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? Te pudo haber quitado tu licencia de guía de turistas.

—Porque esto es Isabela —responde—. Y debías verlo.

En el camino de regreso a Puerto Villamil no hablamos de lo que pasó justo antes de que Javier nos interrumpiera. En su lugar, pensé en los huesos huecos de los pájaros, los cuellos largos de las jirafas. La piel cambiante de las ranas de hojarasca, los insectos que se disfrazan de ramitas. Pienso en las chicas a las que sacan de su lugar seguro hacia lo desconocido y hombres con secretos tan profundos como el océano y en aviones que no pueden despegar.

No son solo los animales los que deben adaptarse para sobrevivir.

Querido Finn:

Beatriz, la chica de la que te conté, me dijo que antes había un servicio postal real en las Galápagos; los marineros ponían sus cartas en un barril en Bahía de Correo, en la isla Floreana. Cuando los balleneros llegaban en sus barcos, revisaban las cartas, se llevaban las que estaban destinadas al puerto al que se dirigían y las entregaban personalmente. En ocasiones, el correo tardaba años en llegar, pero era la única manera en la que los marineros podían comunicarse con la gente que dejaban atrás.

Beatriz dice que ahora llegan barcos de turistas a Floreana. Los turistas dejan tarjetas postales en el barril y se llevan otras que hay ahí para entregarlas cuando vuelven a casa.

El barril es pequeño; no cabría adentro. De lo contrario, probablemente me metería con la esperanza de que alguien me llevara hasta ti.

Te amo,

El día que conocí a Kitomi Ito y me encontré sola con ella frente a su pintura, me di cuenta exactamente de cuál era el problema de la oferta de Sotheby's y por qué probablemente perderíamos la oportunidad frente a Christie's o Phillips. Todos parecían concentrarse en Sam Pride, quien había comprado la pintura. Pero nadie se había detenido lo suficiente a pensar en la persona a la que se la regaló y por qué.

Empecé a hablar rápido. No sabía si Eva nos interrumpiría, y si mi jefa escuchaba cómo cambiaba por completo su plan para el cuadro de Toulouse-Lautrec, me quedaría sin trabajo antes de que el elevador llegara a la planta baja.

—¿Y si la subasta no se tratara de fama sino de privacidad? —propuse—. Me parece que todo es un gran espectáculo alrededor de su esposo, incluso, discúlpeme, de su muerte. Pero esta pintura no era parte de ese circo. Era solo para usted, y para él.

Cuando Kitomi no respondió, respiré profundamente y continué.

—Si dependiera de mí, no usaría esto para encabezar la venta Imp Mod. No reuniría a los Nightjars. Ni siquiera lo haría público. Organizaría una venta privada en una sala con un montaje sencillo, buena iluminación y un solo sofá de dos plazas. Luego enviaría una invitación personal a George y Amal, Beyoncé y Jay-Z, Meghan y Harry, y otras parejas que usted sugiera. Debe ser un privilegio, un reconocimiento de la idea de que también tienen una aventura amorosa que es eterna —volteo a ver la pintura y advierto la vulnerabilidad en los ojos de la pareja, así como la sólida creencia de que se sentían seguros al compartirla entre ellos—. En lugar del comprador que puje más alto, señora Ito, elegiría a la pareja que continúe su historia de amor. Usted es quien la está dando en adopción, usted debería ser quien escoja a los nuevos cuidadores, no la casa de subasta.

Durante un buen rato Kitomi solo me miró.

—¡Qué tal! —dijo esbozando lentamente una media sonrisa—. Sí habla.

En ese momento la voz de Eva nos dividió como un hacha.

—¿Qué está pasando aquí?

—Su colega acaba de presentarme un enfoque alternativo —explicó Kitomi.

—Mi especialista adjunta no tiene autoridad para presentar nada —respondió Eva. Me lanzó una mirada que hubiera podido cortar vidrio—. Espérame en el coche —ordenó.

El chofer no había siquiera cerrado la puerta detrás de Eva, cuando empezó a hacerme pedazos.

—¿Qué parte de «no hables» no entendiste, Diana? De todas las cosas estúpidas e irresponsables que podías decir, te las arreglaste para encontrar algo tan… tan… —se interrumpió, tenía el rostro encendido y jadeaba—. Sí te das cuenta de que la razón por la que tienes un sueldo es porque la compañía sobrevive de subastas públicas multitudinarias que atraen una obscena cantidad de dinero, ¿verdad? Y esa idiota carta de amor romántico que propusiste nos hará ver como niños de guardería comparada con lo que sea que Christie's ofrezca como espectáculo. ¡Por Dios!, incluso dijeron que probablemente encontrarían la manera de que le ofrecieran a Sam Pride el Kennedy Center Honors a título póstumo.

El timbre de su teléfono la interrumpió. Eva entrecerró los ojos para advertirme que permaneciera callada si no quería morir y respondió.

—Kitomi —dijo amable—. Estamos hablando de cuánto… —calló, arqueó las cejas hasta el nacimiento del pelo—. Bueno, ¡sí! Para Sotheby's es un honor saber que confía en nosotros para exhibir su cuadro en una subasta —volvió a callar mientras escuchaba a Kitomi —. Por supuesto —dijo tras un momento—. No hay ningún problema.

Eva colgó y se quedó mirando su teléfono un momento.

—Tenemos la cuenta —dijo.

—¿Eso no es… bueno? —titubeé.

—Kitomi puso dos condiciones. Quiere una subasta privada solo para parejas —explicó Eva—. E insiste que tú seas la especialista a cargo.

Me quedé asombrada. Esta era mi oportunidad, el momento del que hablaría años después, cuando me entrevistaran en revistas sobre cómo ascendí en mi carrera. Imaginé a Beyoncé abrazándome cuando diera la puja ganadora. Mi oficina estaría en una esquina, y ahí Rodney y yo cerraríamos la puerta durante el almuerzo para compartir platillos de Halal Guys y chismear.

Sentí que me subía el calor por el cuello y volteé a ver a Eva, que me miraba fijamente, como si fuera la primera vez.

De: FColson@nyp.org

Antes de que lo olvide: otra vez llamaron de The Greens y dejaron un mensaje.

Aunque fue hace 72 horas, porque es el tiempo que he estado en el hospital.

Por supuesto, un turno tan largo está técnicamente contra las reglas, pero ya no hay reglas. Es el Día de la Marmota una y otra vez. Ya lo hicimos rutina. Estamos un residente, cuatro enfermeras y yo. Mi trabajo consiste en poner catéteres centrales y arteriales para aminorar las otras comorbilidades del paciente. Pongo sondas pleurales con sellos de agua cuando el ventilador permite el paso de aire a los pulmones. Llamo a las familias, quienes piden lecturas de estudios que no comprenden sobre oxigenación, presión arterial, niveles de ventilación. «Espero que esté mejorando», dicen, pero yo no puedo responder porque conozco la gravedad del caso. Está muriendo. Todo lo que espero es que salga del ventilador o del ECMO, y que no haya una tormenta de citosinas que lo haga empezar de cero. Las familias no pueden visitar, por lo que no pueden ver a los pacientes conectados a cables y máquinas. No pueden ver con sus propios ojos lo enfermos que están. Para ellos, el paciente es alguien que estaba perfectamente sano hace una semana, sin enfermedades crónicas. No dejan de escuchar las noticias que dicen que hay un índice del 99% de supervivencia; que no es peor que una gripe.

Hay una paciente que me ha obsesionado últimamente. Ella y su marido llegaron juntos; él murió y ella no. Cuando la extubaron, sus hijos adultos no le dijeron que su marido había muerto. Tenían miedo de que entrara en pánico, se pusiera a llorar y que sus pulmones no aguantaran. Así que llegó a rehabilitación pensando que su esposo seguía aislado en el hospital. Pienso en ella todo el tiempo, en cómo creía que esto era temporal, en su separación. Me pregunto si ya sabe que es para siempre.

Por Dios, Diana, vuelve.

A veces estoy acostada en la noche y pienso: «¿Qué estaba tratando de probar? ¿Por qué no di media vuelta y me subí a ese ferri para volver al aeropuerto?».

A veces estoy acostada en la cama y pienso: «¿Qué tipo de pareja fui, si Finn no fue mi prioridad cuando estaba en la disyuntiva entre quedarme e irme?».

De hecho, ¿qué tipo de pareja soy ahora, cuando hay veces en las que no pienso en él, mientras suda sangre y yo estoy en otro hemisferio?

El padre de mi padre peleó en la Segunda Guerra Mundial, y cuando regresó, nunca volvió a ser el mismo. Bebía mucho y deambulaba por la casa a media noche; una vez que el motor del coche hizo un ruido como de explosión, se tiró al suelo y estalló en lágrimas. Cuando era niña me explicaron que la guerra le había hecho

esto, que le había quedado una cicatriz invisible que nunca perdería. Una vez, le pregunté a mi abuela qué recordaba de la guerra. Pensó durante un buen rato y por último dijo: «Era difícil conseguir medias».

Por una parte, pienso que esto es exactamente lo que mi abuelo hubiera querido: arriesgarse a morir todos los días para que la vida de mi abuela siguiera casi inalterada. Pero por otra, reconozco lo superficial, lo privilegiado que es ser la persona que está a un océano de distancia.

Estos días, cuando nado en lagunas tan claras como la ginebra, camino por montañas de terciopelo verde o frío una tortilla en una sartén de hierro forjado en la cocina de Abuela, hay momentos muy prolongados en los que olvido que el resto del mundo está sufriendo.

No sé si esto es una bendición o si debería maldecirme.

Los Trillizos son tres túneles colapsados de lava en el centro de la isla. Beatriz y yo empezamos nuestra excursión antes del alba, lo que significa que pudimos ver la maravillosa obra de arte del amanecer mientras subíamos a las tierras altas. Ya llevo en la isla poco más de tres semanas y su belleza me sigue sorprendiendo.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta Beatriz cuando la última franja rosa se convierte en un moretón en el cielo azul.

—Voy a cumplir 30 el 19 de abril —respondo—. ¿Tú cuántos años tienes?

—14 —dice Beatriz—. Pero emocionalmente soy mayor.

Eso me hace reír.

—Eres una verdadera vieja bruja.

Caminamos un poco más y luego, como si nada, le pregunto si ha tenido noticias de sus amigos de la escuela.

Sus hombros se tensan.

—No puedo ver las redes sociales, el internet apesta.

—Cierto. Debe ser difícil.

Beatriz no me mira.

—Lo bueno es que no tengo que ver lo que la gente dice de mí.

Me detengo.

—¿Eso es algo que te preocupa a menudo?

¿Y si sus autolesiones estuvieran relacionadas con algún tipo de acoso? Sigo sin saber mucho sobre la Beatriz que vi por primera vez en el ferri. Guarda sus secretos como si de eso dependiera su vida. Para una adolescente supongo que es así.

Me he preguntado si debería meterme en el vínculo entre Beatriz y Gabriel. Desde donde estoy, todo lo que veo son malentendidos. Pero luego pienso que no tengo derecho a entrometerme en la relación de nadie, cuando las mías son un lío.

Los correos de Finn son cada vez más cortos y desesperados.

Las últimas dos noches me desperté a media noche, convencida de que había escuchado la voz de mi madre.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre? —pregunta Beatriz como si me hubiera leído la mente.

—La visité antes de venir aquí —explico—. Aunque en realidad no puedo decir que tuviéramos una conversación. Es más como si ella me hablara y yo tratara de seguirla.

—Mi madre me enviaba tarjetas para mi cumpleaños con dinero. Pero dejó de hacerlo el año pasado —su boca se tensa—. No quería tenerme.

—Pero lo hizo.

—Cuando estás embarazada, tienes 17 años y el chico dice que se casará contigo, supongo que lo haces —dice Beatriz.

Guardo esta información sobre Gabriel.

—Creo que el amor incondicional es una estupidez —agrega—. Siempre hay una condición.

—No es verdad —digo—. Mi padre me amaba sin importar qué pasara.

«¿Es cierto?», me pregunto. Yo amaba las mismas cosas que él hacía: el arte visual y la pintura. Si me hubiera obsesionado la geología o el rock emo, ¿nos hubiéramos llevado igual? Si mi madre no hubiera estado ausente, ¿él habría sido tan atento?

—Y Finn —agrega Beatriz—. No te olvides de él. ¿Cómo supiste que él era el correcto?

—Eso no lo sé —espeto—. No estoy casada con él.

—Si te hubiera propuesto matrimonio aquí, ¿no ibas a aceptar?

Asiento.

—Creo que acostumbraba pensar que el amor debía sentirse como una tormenta eléctrica: superdramático, con estruendo y rayos, y los pelos de punta en la nuca. En la universidad tuve novios así. Pero Finn... él es lo contrario. Es estable. Como... ruido de fondo.

—¿Te duerme?

—No. Hace que todo sea... más fácil.

Al decir esto me inunda un amor tan profundo por Finn que mis rodillas se debilitan.

—Entonces, ¿él es la primera persona con quien te sientes así? —pregunta Beatriz, inquisitiva.

Me mira, pero está sonrojada y me doy cuenta de que no habla de mí. Si no fuera por esta pandemia, Beatriz estaría en la escuela, confiándose con alguna amiga de su edad sobre su propio amor.

Pienso en lo que dijo sobre que la quemaran en las redes sociales. Recuerdo que Gabriel me contó que Beatriz le había rogado volver a Isabela.

De pronto empieza a trotar y se detiene al borde de un profundo agujero que parece llegar hasta el centro de la tierra. Mide como 18 metros de ancho y en el borde hay unos escalones y varias cuerdas gruesas trenzadas. En las paredes crecen helechos y musgo que se hunden al interior de la negrura. Echo un vistazo al abismo, pero está oscuro y es interminable.

—La gente hace rápel hasta el fondo —dice Beatriz.

Siento que las paredes del túnel se presionan sobre mí y ni siquiera estoy adentro.

—Yo no voy a hacer rápel hasta el fondo.

—Bueno, puedes escalar una parte —me anima—. Vamos.

Baja con cuidado los peldaños resbalosos de madera y pasa las cuerdas alrededor de su brazo como medida de seguridad. Yo la sigo con mucha cautela. El túnel se estrecha a nuestro alrededor. La vegetación es fétida y exuberante; me concentro en poner con firmeza el pie, luego el otro, hacia abajo.

Cuando Beatriz llega al cuello del túnel, la pierdo de vista.

—¡Beatriz! —grito.

—Vamos, Diana, es mágico —su voz flota hasta mí.

Entre más descendemos, más calor hace, como si el túnel tocara el mismo infierno. Ya no hay más vegetación, solo roca de lava, ligera y porosa, y los destellos de la luz débil de la superficie. Avanzo metódicamente y casi lanzo un grito cuando la mano de Beatriz toma mi tobillo.

—Tres peldaños más —advierte— y se acaba la escalera.

Se hace a un lado para que las dos quepamos en el último escalón, una junto a otra.

—Mira hacia arriba —dice Beatriz.

Lo hago y el cielo es un agujerito de esperanza. Vuelvo a mirar hacia abajo, respiro y siento que el aire es como el aliento de alguien. Al principio no puedo ver en la oscuridad del túnel, pero de pronto lo advierto: el brillo de las pupilas de Beatriz. Es como si

compartiéramos un latido de corazón.

—Recuérdame por qué estamos aquí —murmuro.

—Estamos en el vientre de un volcán —explica—. Podríamos escondernos aquí para siempre.

Escucho un momento el quejido del viento a lo que deben ser cien metros de altura. Algo húmedo gotea en mi cabeza. Es aterrador estar aquí, sí, pero es casi sagrado. Como revertir el tiempo. Como prepararse para renacer.

Es un lugar donde compartir secretos.

—Verdad o reto —murmuro y aguanto la respiración en espera.

—Verdad —responde Beatriz.

—Tu padre me dijo que querías regresar aquí, pero no quieres estar aquí.

—¿Cuál es la pregunta?

No respondo.

—Ninguna de las dos es mentira —dice en un suspiro.

Espero su explicación en este capullo de oscuridad; en su lugar, sigue con el juego.

—Verdad o reto —dice.

—Verdad.

—Si pudieras cambiar de opinión hace tres semanas y tomar el ferri de vuelta a casa, ¿lo harías?

—No sé —me escucho responder, y me duele físicamente decirlo en voz alta; a veces la verdad puede ser una navaja.

Todo el tiempo que he estado aquí me he dicho que estar varada en Isabela fue un error. Pero también una pequeña y nueva parte de mí se pregunta si no tenía que ser así. Si me quedé aquí porque el universo decidió que Beatriz necesitaba a alguien en quien confiar; si tenía que alejarme de Finn para ver nuestra relación con más claridad, sus fortalezas y sus defectos. «El amor incondicional es una estupidez».

—Verdad o reto. ¿Hay alguien de tu escuela con quien te gustaría estar?

He pensado que cuando por fin me vaya de aquí, Beatriz volverá a Santa Cruz a su familia de acogida y, quizá, a su enamorado. Si eso hiciera que se dejara de lastimar. Si la hiciera feliz.

—Sí —la sílaba es más que un suspiro—. Pero ella no quiere estar conmigo.

Ella.

Escucho el nudo en su aliento. Está llorando y yo finjo no darme cuenta; supongo que eso es lo que quiere.

—Háblame de ella —digo en voz baja.

—Ana María es mi hermana de acogida —responde en un murmullo—. Es dos años mayor que yo. Creo que siempre he sabido lo que siento, pero nunca le dije nada hasta que empezaron los rumores de que la escuela cerraría por el virus. Cuando pensé que ya no la vería, ni siquiera para desayunar o regresar caminando de la escuela, sentí que no podría respirar. Entonces la besé.

Se acerca más a los escalones.

—Y no salió bien —afirmo.

—Al principio sí. Me devolvió el beso. Durante tres días fue... perfecto —agita la cabeza—. Luego me dijo que no podía. Que sus padres la matarían si lo supieran. Que me amaba pero no de esa manera —traga saliva—. Dijo que yo era... que era un error.

—Oh, Beatriz.

—Sus padres querían que me quedara durante el confinamiento. Les dije que mi padre no me daría permiso. ¿Cómo podría vivir en la misma casa que ella y fingir que todo estaba bien?

—¿Qué vas a hacer cuando la escuela abra?

—No sé —responde—. Lo eché todo a perder. No puedo regresar. Ya no hay nada para mí ahí.

«Hay algo para ti aquí. Solo que no puedes verlo», pienso.

—¿Se lo dirás a mi padre? —murmura en la oscuridad.

—No —prometo—. Pero ojalá que tú lo hagas algún día.

Nos aferramos a la escalera sobre la garganta hirviendo del mundo. Su respiración se vuelve de nuevo regular, a diferencia de la mía.

—Verdad o consecuencia —dice en voz tan baja que apenas puedo oírla—. ¿Alguna vez has deseado cambiar parte de tu vida?

La verdad es que sí.

Pero... no estas tres últimas semanas, es todo lo que me llevó a ellas. Entre más tiempo paso en esta isla, más evidente me parece todo lo que me trajo aquí. De manera extraña, estoy privada de todo: mi trabajo, mi pareja, incluso mi ropa e idioma; solo me quedó lo esencial de mí y se siente más real que todo lo que he intentado ser durante años. Es casi como si tuviera que dejar de correr para verme con claridad, y lo que veo es a una persona que ha tenido un objetivo durante tanto tiempo que no recuerda por qué lo estableció así.

Y eso me mata de miedo.

—Consecuencia —respondo.

Un latido.

—Suelta la escalera —dice Beatriz.

—De ninguna manera —respondo.

—Entonces yo lo haré.

Escucho cómo sus dedos sueltan el peldaño, siento que el aire cambia y luego ella cae de espaldas.

—¡No! —grito.

Extiendo el brazo y logro atrapar parte de su camiseta. Con las cuerdas que rodean con firmeza mi brazo libre, siento cómo cuelga su peso muerto.

«No sueltes, no sueltes, no sueltes».

—Bea —digo con voz tranquila—, tienes que aferrarte a mí. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes hacerlo por mí?

Mil años después siento que sus dedos sujetan mi antebrazo. Yo también me aferro a ella para sujetarla con más firmeza hasta que se acerca a la escalera lo suficiente como para subirse de nuevo. Poco después, con un sollozo se recarga sobre mí y yo la abrazo con mi brazo libre.

—Está bien —la tranquilizo—. Todo va a estar bien.

—Solo quería saber qué se sentiría dejarse ir —explica llorando.

Le acaricio el cabello y pienso: «No puedes confiar en la percepción. Al principio, la caída se siente como volar».

SEIS

Cuatro semanas después de llegar a Isabela recibo un regalo de cumpleaños adelantado: un extraño e improbable montón de viejos correos electrónicos en mi bandeja de entrada. No tengo idea de por qué algunos entran y otros no. Hay varios de Finn y dos del asilo de mi madre, en los que me informan sobre su salud (ningún cambio significativo, que supongo son buenas noticias). También hay uno de Sotheby's en el que dicen que me dieron de baja temporal, junto con otros doscientos empleados, debido a la recesión masiva de la industria de venta de arte. Lo miro durante un tiempo; me pregunto si Kitomi no fue la única en aplazar su subasta; trato de racionalizar que la baja temporal es mejor que el despido. También hay un correo de Rodney en el que me dice que Sotheby's se puede ir al carajo y que las únicas personas que no están en baja temporal son las de apoyo técnico, porque las pasaron a ventas en línea. Nunca pensó que tendría que regresar a Nueva Orleans, a casa de su hermana, pero ¿quién puede pagar la renta en la ciudad cuando está desempleado?

La última oración de su correo dice: «Chica, si fuera tú me quedaría en el paraíso el mayor tiempo posible».

Una semana después, el verdadero día de mi cumpleaños, Gabriel me invita a su granja. Está a veinte minutos en coche, en las tierras altas, y viene a recogernos a mí y a Abuela en un Jeep oxidado sin puertas laterales.

—No pareces ni un día más vieja de cuarenta años —dice de manera inexpresiva al verme. Cuando le doy un empujón, empieza a reír—. Las mujeres son muy susceptibles con lo de la edad —bromea. En el camino veo a más galapagueños aquí y allá de los que he visto en semanas. Al principio, cuando la isla cerró, podía caminar por la playa o por las tierras altas sin ver una sola alma. Pero ahora, a la quinta semana de confinamiento, sin casos de covid en Isabela y nadie nuevo que llegue a contagiar, la gente ha empezado a salir de su casa e infringir el toque de queda.

Conforme nos adentramos en la isla, la maleza y el paisaje desértico de la costa dan lugar a una vegetación espesa y exuberante. Los cargamentos de comida y provisiones para la isla se han limitado al extremo y sé que Gabriel no es el único aquí en depender de la agricultura familiar para abastecerse durante la pandemia. Pasamos frente a ovejas sucias que están en corrales, una vaca que muge y cuya ubre está tan llena como la luna. Hay plataneras de las que cuelgan frutos verdes que desafían la gravedad al crecer hacia arriba, y niñas en cuclillas deshierbando los campos. Finalmente, Gabriel gira en un sendero polvoriento que serpentea hasta una pequeña casa. Beatriz me ha hecho creer que no era más que una tienda de campaña con pretensiones, pero solo la mitad está en construcción. Gabriel no está construyendo una casa, la está ampliando.

Apuesto que para Beatriz.

No he dejado de pensar en lo que me confesó en Los Trillizos. Había dicho que si Beatriz me hablaba de suicidio, se lo diría a Gabriel, y la imprudencia en el túnel me preocupaba en verdad. Pero no podía decirle a Gabriel lo que había pasado a menos que le explicara por qué, y eso significaba hablar del rechazo de Ana María hacia Beatriz. Y yo no puedo compartir ese secreto. No me parece que Gabriel sea el tipo de padre que se molestaría porque su hija saliera del clóset, pero no lo conozco bien. Los avances que la comunidad LGBTQ+ ha hecho en Estados Unidos no son universales; además, este país es predominantemente católico y los derechos gay no son exactamente el pilar de ese dogma. Pienso en la casa de Abuela, donde todas las paredes están adornadas con cruces pintadas. A falta de servicios religiosos, suspendidos por la covid, creó un pequeño altar en el que reza y prende velas.

En su lugar, encuentro maneras para ver a Beatriz todos los días, medir su temperatura emocional, y espero no tener que traicionarla para protegerla.

Beatriz sale de la casa dando saltos mientras Gabriel pone el freno de mano del Jeep.

—*¡Felicidades!* —exclama con una sonrisa.

—Gracias.

Me doy cuenta de que algo me jala y bajo la vista para encontrar a un cabrito con orejas café que mastica el dobladillo de mi camiseta.

—¡Oh! —exclamo y me acuclillo para acariciar sus cuernos nudosos— ¿Este quién es?

—No le pongo nombre a la comida —responde Gabriel.

Me asombro.

—No te vas a comer esta preciosidad —digo—, y debe tener un nombre.

—Muy bien —sonríe—. Guisado.

—No —cruzo los brazos—. Promételo. Considéralo mi regalo de cumpleaños.

Gabriel suelta una carcajada.

—Solo porque Guisado es un nombre horrible para una cabra. Mientras podamos ordeñarla, está segura. Cambiamos la leche por huevos con el vecino.

Ayuda a Abuela a subir los escalones hasta su casa, que consiste en dos habitaciones: la primera con una pequeña cocina, una mesita, dos sillas de madera diferentes y una silla puf; la otra es una recámara. No veo el baño, solo una pequeña dependencia a la distancia. Mientras Gabriel y Abuela desempacan la comida que trajeron para cocinar y hablan en español, Beatriz me lleva a la recámara.

Hay un colchón en el suelo y una cómoda vieja, pero también un espejo enmarcado con vidrios de mosaico, una cobija con flores bordadas y una guirnalda de luces pegada con clavos a la pared. Esta debe ser la recámara de Gabriel. Me pregunto si la transformó en este pequeño oasis para ella, esperando que todo saliera bien cuando llegara de la escuela. Me pregunto dónde dormirá ahora.

—Ah —exclamo sacando varias postales de mi *tote*—. Te traje más.

—Perfecto.

Beatriz las toma y las pone frente al espejo.

Desde el día que fuimos a Los Trillizos no hemos hablado de la chica a la que dejó en Santa Cruz o si sigue teniendo ganas de autolesionarse. Solo una vez en las últimas dos semanas hizo alusión a ello. Estábamos sentadas en Puerto Villamil, observando a los piqueros zambullirse en el agua para atrapar peces, nuestras piernas colgaban sobre el borde del muelle; la tarde caía a nuestro alrededor como guata de algodón.

—¿Diana? —dijo Beatriz—. Gracias por atraparme.

Quería abrazarla con fuerza, pero en su lugar, con mi hombro le di un empujoncito en el suyo.

—*De nada* —respondí, aunque quería decir lo contrario. No era nada, era todo.

Pensé que Beatriz me diría lo que quisiera y necesitara decirme cuando estuviera lista. Y Dios sabe que ahora todo lo que tengo es tiempo.

Tocan a la puerta y Gabriel asoma la cabeza.

—¿Listas para ganarse la comida? Necesito que recojan fruta.

—Es mi cumpleaños —protesto.

—*No problema* —dice encogiéndose de hombros—. Entonces nos comeremos a la cabra.

—Qué gracioso —respondo y volteo a ver a Beatriz—. Ven a ayudarme, yo soy demasiado vieja para el trabajo físico.

—Tengo otras cosas que hacer —dice negando con la cabeza—. Cosas secretas.

Gabriel se inclina sobre ella y, con un murmullo exagerado, pregunta:

—¿Estuvo bien?

—Perfecto —responde Beatriz. Nos rodea para dirigirse a la mesita, donde Abuela ya está midiendo la harina—. Vamos —nos exhorta—. Váyanse.

Sigo a Gabriel al exterior.

—Va a hacer un pastel para mí, ¿verdad?

—No te lo dije yo —responde.

—Es encantador.

Me siento en un tocón cerca de la entrada mientras Gabriel hurga entre un montón de herramientas. Me pasa un cesta de alambre sujeta al extremo de un palo y luego toma una cubeta de cinco galones.

—*Vamos* —dice.

—¿Quieres decir que en serio vamos a recoger fruta? Pensé que solo era una treta para sacarme de la casa.

—Lo era. Pero esto también es una granja.

Lo sigo hasta los campos que se extienden detrás de la casa, donde señala hacia los camotes, maíz, lechuga y zanahorias. Hay un área con piñas sin madurar; llegamos hasta un pequeño grupo de árboles.

—Papaya —explica Gabriel.

Toma el palo, alza la mirada hacia las hojas con los ojos entrecerrados, durante un minuto empuja la herramienta hasta que la vuelve a bajar y, con un pequeño giro de muñeca, suelta la pesada fruta en mi mano.

—No sabía que las papayas crecieran en árboles —exclamo asombrada.

Trabajamos en silencio mientras él baja la fruta madura del árbol y yo me arrodillo a su lado para sacar unos cuantos camotes. Cuando regresamos a la casa estoy sucia. Gabriel me lleva hasta una bomba de agua, acciona la manivela y sale un chorro para lavarme las manos y

el rostro. Cuando le devuelvo el favor, se quita la camiseta y mete cabeza y torso bajo el agua; luego se sacude como un perro y lanzo un grito.

El ruido atrae a Beatriz, quien llega hasta el umbral.

—Perfecta sincronización —exclama.

Aplaude y Abuela aparece detrás de ella con un pequeño pastel de chocolate en un plato.

—*Cumpleaños feliz* —cantan—, *te deseamos a ti*...

Beatriz sale corriendo y le murmura algo al oído a Gabriel. Él saca un encendedor y enciende una llama.

—No hay vela —explica.

Abuela coloca el pastel sobre una mesa de jardín fuera de la casa y decorada con flores desparramadas.

—Pide un deseo —ordena Beatriz.

Obediente, cierro los ojos.

Deseo...

«Regresar a Nueva York con Finn».

«Que mi madre mejore».

«Que esto termine pronto».

Esto es lo que debería desear, pero en su lugar pasa por mi mente que es difícil pedir deseos cuando, en este momento, siento que tengo todo lo que necesito.

Abro los ojos de nuevo, me inclino sobre el encendedor que sostiene Gabriel y soplo con suavidad.

Él me mira y parpadea, luego cierra la tapa y la llama desaparece.

—Eso significa que se hará realidad —dice.

Cuando terminamos el pastel, Gabriel hace una fogata al interior de un anillo de rocas de lava. Enciende una pequeña radio de transistores y todos nos sentamos en las sillas de jardín. Para mi sorpresa, me ofrecen regalos: Beatriz me da una pequeña caja decorada con conchas, Abuela me ofrece un collar con una medalla de la virgen María e insiste en colgármela al cuello. Incluso Gabriel me dice que tiene un regalo, pero que es una experiencia, no una cosa, y que me llevará en unos días. Más tarde, Beatriz me entrega un cuaderno en blanco y me pide que le haga un retrato, como los que hice en la feria. Cuando la última luz abandona el cielo, deciden que Beatriz compartirá la cama con Abuela y que Gabriel y yo acamparemos bajo las estrellas.

Al quedarnos solos, miro la medalla que anida entre mis pechos.

—¿Me acaban de bautizar o algo así? —pregunto.

Gabriel sonríe.

—Es una medalla milagrosa; se supone que trae bendiciones a quienes la llevan con fe.

—Entonces, si no soy católica, ¿me puede fulminar un rayo en cualquier momento? —pregunto mirándolo.

—Si eso sucede, probablemente me fulminará a mí antes, así que estás segura —dice. Agita las brasas con un palo, las remueve, y luego coge el cuaderno en el que dibujé a Beatriz—. Tienes mucho talento —continúa. Luego cierra el cuaderno y lo pone sobre la mesa.

—Un truco para las fiestas —digo encogiéndome de hombros.

Desaparece un momento al interior de la casa y regresa con dos sacos de dormir enrollados. En la radio suena una canción de los Nightjars.

—El primer álbum de vinil que compré en mi vida era de Sam Pride.

Lo miro.

—¿El que tiene a Kitomi Ito desnuda en la portada?

Gabriel parpadea.

—Sí, ese era —dice.

—La conozco.

—Todos la conocen.

Deja uno de los sacos de dormir a mis pies y abre el otro en el extremo opuesto de la fogata.

—Pero yo la conozco —insisto—. Participé en el proceso de venta de un cuadro suyo. De hecho, era el de la portada del álbum.

Gabriel acerca su saco de dormir a la hoguera. Los reflejos de las flamas danzan sobre sus antebrazos mientras sirve algo que parece agua en dos copitas.

—Eso suena bien como historia —dice pasándome una copa—. *Salud.*

Chocamos los vasos.

Al igual que él, vacío el contenido de un trago y casi me ahogo, porque definitivamente esto no es agua.

—¡Qué diablos! ¿Qué es esto? —exclamo con voz entrecortada.

—Caña —responde riendo—. Alcohol de azúcar de caña. Cien por ciento —se recarga sobre los codos—. Ahora cuéntame por qué conoces a la esposa de Sam Pride.

Lo hago y omito que mi última conversación con ella quizá me

costó un ascenso, si no es que el trabajo. Cuando termino de hablar miro a Gabriel, quien me observa asombrado.

—Entonces, ¿tu trabajo es vender el arte de otras personas? —pregunta y yo asiento—. ¿Y qué hay del tuyo?

Sorprendida, niego con la cabeza.

—Oh, yo no soy artista. Solo tengo una licenciatura en Historia del Arte.

—¿Qué es eso?

—Conocimiento arcano e inútil —explico.

—Lo dudo...

—Bueno, en el Williams escribí una tesis sobre pinturas de santos y cómo murieron.

Ríe.

—Tal vez, después de todo, esa medalla milagrosa no estuvo tan mal.

Le paso mi copa para que me sirva más licor.

—Te puedo decir que santa Margarita de Antioquía fue devorada por un dragón, pero en general la pintan con el dragón caminando a su lado. Los retratos de san Pedro Mártir incluyen el cuchillo de carnicero clavado en su cabeza. Santa Lucía, la santa patrona de las enfermedades de los ojos, siempre aparece con una charola con dos globos oculares en ella. Ah, y san Nicolás...

—¿Papá Noel? —pregunta sirviéndome más caña.

—Ese mismo. Generalmente lo retratan con tres esferas de oro en la mano que parecen dulces, pero en realidad son dotes que ofrecía a las vírgenes pobres.

Gabriel arquea las cejas y levanta su copa.

—Feliz Navidad —dice.

Brindamos y bebo; esta vez espero que queme.

—Como puedes ver —continúo—, mi valiosa educación me hace muy buena para los juegos de cultura general en las fiestas —me encojo de hombros—. Y me ayudó a conseguir el empleo de mis sueños.

Se recuesta sobre su saco de dormir acolchonado y cruza los pies.

—La gente sueña con hacer arte —dice—. Nadie sueña con venderlo.

Sus palabras me hacen pensar en mi madre cuando recorría el mundo para tomar fotografías que ganaban premios, se publicaban en las portadas de revistas, y hacían una crónica de luchas, guerras y hambrunas. Cómo sus imágenes estaban en museos e incluso se

ofrecían como regalo a la Casa Blanca, pero que nunca se vendieron en foros públicos hasta que subasté algunas para pagar el asilo.

Niego con la cabeza.

—No entiendes. Las obras de arte... valen millones. Sotheby's es sinónimo de prestigio.

—¿Y eso es importante para ti? —pregunta.

Miro el fuego. Las llamas son lo único que nunca puede replicar el arte. Al momento en el que se fijan en una pintura, su magia desaparece.

—Sí —respondo—. Mi mejor amigo, Rodney, y yo hemos planeado nuestro meteórico ascenso en la empresa desde que nos conocimos hace nueve años.

—Rodney —repite Gabriel—. ¿A tu novio no le importa que tu mejor amigo sea un hombre?

—No, Gabriel —respondo con frialdad—, porque mi novio y yo no vivimos en la Edad Media. Además, Rodney es... en fin, Rodney. Es negro, sureño y gay, o como dice él, la trifecta de oro —hablo despacio cuando pronuncio la palabra «gay» para evaluar su reacción. Las confidencias de Beatriz siguen siendo de ella, pero no puedo evitar pensar cuál sería su reacción si fuera lo suficientemente valiente como para decírselo. Sin embargo, Gabriel ni siquiera parpadea—. ¿Hay mucha gente LGBTQ aquí? —pregunto como si no le diera mucha importancia.

—No sé. Lo que la gente hace en privado es privado —contesta encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa—. Pero cuando era guía de turistas, las parejas gays eran las que dejaban mejores propinas.

Abrazo mis rodillas contra el pecho.

—¿Cómo te hiciste guía de turistas?

No espero respuesta porque se reserva esa parte de su vida, y su subsecuente partida, con empeño. Sin embargo, Gabriel se encoge de hombros y habla.

—Cuando mis padres vinieron a Isabela de luna de miel en los años ochenta había quizá unos doscientos residentes en la isla y quisieron quedarse. Trajeron a Abuela desde el continente. Mi padre amaba este lugar; la gente lo llamaba *el alcalde* porque no dejaba de decir lo increíble que era Isabela a todas las personas que llegaban a Puerto Villamil. No tenía el conocimiento científico para ser guarda forestal, así que se hizo guía de turistas —Gabriel me mira del otro lado de la fogata—. Cuando crecí, esperaban que trabajara en el negocio familiar

—continúa—. Lo había hecho durante años de manera no oficial. Deben capacitarte siete meses para obtener el certificado como guía de parte del gobierno de Ecuador, estudiar biología, historia, historia natural, genética, idiomas. Aquí llegan profesores de todo el mundo: de la Universidad de Viena, de la de Carolina del Norte y la Universidad de Miami. Les piden ayuda a los guías para que ellos sigan las investigaciones cuando ya no están en la isla. Ya sabes, podemos terminar tomando fotografías de las tortugas verdes marinas y las enviamos al científico para que pueda rastrearlas por la isla para su investigación. A veces nos pedían que documentáramos los comportamientos de pingüinos que parecen ser únicos.

—Uno me mordió —comento sobándome el brazo—. Cuando llegué aquí.

—Bueno, pues eso es singular —dice Gabriel riendo—. En general son muy tímidos con la gente, pero con la cuarentena parece que se mueren de ganas de interactuar con los humanos un poco más. Aunque eso lastime a los humanos —remueve el fuego con un palo—. Aunque no lo creas, hubo una época en la que pensé ser científico y estudiar biología marina, no el guía de turistas que hace un trabajo de obrero.

—¿Qué pasó?

—Beatriz —dice con una leve sonrisa—. Mi ex, Luz, se embarazó cuando teníamos 17 años. Nos casamos.

—Y no pudiste ser biólogo marino.

Niega con la cabeza.

—Los planes cambian. Las cosas pasan.

—Beatriz me contó que su madre... se fue.

—Es una forma amable de decirlo —admite Gabriel—. La verdad es que no nos quedamos juntos porque no estábamos hechos el uno para el otro. Ni siquiera por un bebé. Aprendí por experiencia propia que no puedes quedarte con alguien por el pasado común, lo que más importa es desear las mismas cosas para el futuro. Luz pensaba que era demasiado joven para estar atrapada como madre, y siempre buscó la manera de escapar. Solo que nunca pensé que lo haría con un fotógrafo del National Geographic —me mira—. Muy distinto a ti y a tu novio, sin duda.

Agradezco la oscuridad porque así no puede ver cómo me sonrojo. Finn y yo somos la pareja que nuestros amigos etiquetan como #relationshipgoals. Cada vez que Rodney llora por una separación, yo me acurruco entre los brazos de Finn cuando estamos en la cama y en

silencio doy gracias por habernos encontrado entre tanta gente. Confío en él y él confía en mí. Es constante y estable, y sé exactamente qué esperar: yo obtendré mi ascenso, él su internado. Nos casaremos en un viñedo al norte del estado (de buen gusto, no más de cien invitados, un grupo musical, no un DJ, oficiado por un juez de paz); luna de miel en la costa de Amalfi; una casa fuera de la ciudad durante el primer año de su internado; nuestro primer hijo durante su segundo año y un hermano dos años después de eso. Francamente, lo único en lo que estábamos en desacuerdo era si tener un boyero de Berna o un spaniel inglés. Creía que Finn y yo éramos tan armónicos que incluso una separación forzada como esta no perturbaría la solidez de nuestra relación. Pero me ha llevado solo tres semanas sentirme desconectada para que la duda creciera como mala hierba, tan insidiosa que es difícil ver qué acostumbraba florecer antes ahí.

Aún tengo ese molesto pensamiento de que Finn sugirió que saliera de Nueva York sin esperar que en verdad lo hiciera, como si fuera una suerte de prueba en la relación que se suponía que debía pasar, pero fallé. Y quizá yo también tengo la culpa por no insistir en quedarme. Pero también sé que centrarme en ese momento de mala comunicación me obliga a examinar una verdad más dolorosa y aterradora: aquí en Isabela, hay momentos en los que olvido extrañarlo.

Puedo explicarlo: al principio, estaba distraída tratando de averiguar qué comer y dónde alojarme. Pensaba en Beatriz y me esforzaba en evitar que se lesionara. He estado literalmente desconectada por la falta de tecnología.

Pero si es necesario recordar que hay que extrañar al amor de tu vida... ¿eso significa que no es el amor de tu vida?

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Tengo suerte —le digo a Gabriel—. Cuando Finn y yo estamos juntos, es perfecto.

«¿Y cuando no?».

—Finn —repite con lentitud—. ¿Sabes lo que significa *finning?*

—¿Tiene algo que ver con sexo?

El blanco de sus dientes resplandece.

—Es cuando enormes flotas de chinos pescan toneladas de tiburones. Les cortan las aletas para comérselas y para medicina tradicional, y dejan que los tiburones mueran en el océano.

—Es horrible —exclamo, pensando que ahora siempre asociaré esto con el nombre de Finn.

Quizá esa era la intención de Gabriel.

—Esa es la parte del paraíso que no ves —dice.

—¿Soy una persona horrible? —pregunto en voz baja—. ¿Por estar aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Ya pasaron semanas. Quizá debería esforzarme más en regresar a Nueva York.

—A menos de que te crezca un par de alas, no sé cómo podrías hacerlo —me mira.

—La selección natural favorece las alas... —digo levantando el rostro.

—Supongo que todo es posible —dice haciendo una mueca—. Tal vez solo necesites unos miles de años para evolucionar.

Me froto la cara con las manos.

—Si leyeras sus correos, Gabriel... todo está tan mal. Ver cómo mueren todos esos pacientes lo está matando lentamente, y yo no puedo hacer nada para ayudarlo.

—Aunque estuvieras ahí, tal vez no podrías hacer nada. Hay cosas que las personas tienen que resolver solas.

—Lo sé. Pero me siento tan... inútil.

—Supongo que sientes que estás en una jaula y no puedes llegar a él —dice asintiendo—, pero quizá tú eres la única que se considera estar enjaulada.

—¿Qué quieres decir?

—Si estuviera en tu lugar —continúa mirando al fuego—, y tú fueras la persona que amo... me gustaría que estuvieras lo más lejos posible para poder combatir a los monstruos sin tener que preocuparme por que salieras lastimada.

—Esa no es una relación —comento—. Eso es... es como una hermosa obra de arte que no exhibes porque te da miedo que se dañe. Entonces, la metes en una caja y la almacenas, pero ya no te ofrece ni alegría ni belleza.

—Eso no lo sé —responde en voz baja—. ¿Y si fuera algo por lo que luchas como endemoniado para protegerlo y así algún día poder verlo otra vez?

Sus palabras me estremecen, así que abro el saco de dormir y me meto en él. Huele a jabón y a sal, como Gabriel. Me acuesto, la cabeza todavía me da vueltas un poco por la caña y parpadeo bajo la noche. Gabriel hace lo mismo, sobre su propio saco de dormir, con los brazos cruzados sobre su vientre. Nuestras cabezas casi se tocan.

—Cuando era niño, mi padre me enseñó a navegar siguiendo las estrellas, por si acaso —murmura.

Escucho algo en su voz y pienso que, de todo lo que me ha dicho esta noche, lo único que no ha revelado es por qué es granjero y no guía de turistas. «Los planes cambian», dijo. «Las cosas pasan».

—¿Tan malo era tu sentido de la orientación? —pregunto en un intento fallido por aligerar las cosas.

El fuego crepita en el silencio, entre nosotros.

—Todo lo que vemos en la noche estrellada sucedió hace miles de años, porque la luz tarda mucho tiempo en llegar hasta nosotros —explica—. Siempre pensé que era muy extraño... que los marineros registren adónde irán en el futuro al mirar un mapa del pasado.

—Por eso amo el arte —digo—. Cuando estudias el origen de una obra, estás frente a la historia. Aprendes lo que la gente quería que recordaran las generaciones futuras.

El cielo parece un tazón de brillantina bocabajo; no puedo recordar haber visto antes tantas estrellas. Pienso en el techo de la terminal Grand Central y cómo lo restauré con mi padre. Es difícil distinguir ahí las constelaciones y me doy cuenta de que es porque en el Ecuador se pueden ver grupos de ambos hemisferios, norte y sur. Ahí encuentro la Osa Mayor, pero también la Cruz del Sur, que normalmente para mí está escondida debajo del horizonte.

Parece un vistazo a un secreto.

—En general no puedo ver la Cruz del Sur —digo en un murmullo. Me desorienta un poco, como si todo el planeta se saliera de curso.

Me pregunto si era necesario que viniera a esta parte del mundo solo para verlo de una forma por completo diferente.

—¿Te gustó tu cumpleaños? —pregunta Gabriel después de un momento.

Lo volteo a ver. Yace sobre un costado. Mientras yo he estado mirando el cielo, él me ha estado mirando a mí.

—El mejor de todos —respondo.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

A veces me pregunto si alguna vez voy a realizar otra vez una apendicectomía. Soy cirujano. Arreglo cosas. ¿Padeces colecistitis? Yo lo arreglo. ¿Una reparación de hernia? Yo soy tu hombre. Si tengo algún paciente en la UCI, es temporal, una complicación de cirugía que sé resolver. Pero ahora con la covid no puedo curar nada. Solo mantengo su estado actual, si tengo suerte.

Aparte, soy residente, lo que significa que se supone que debo estar aprendiendo, pero no aprendo nada.

Soy bueno en mi trabajo. Solo que no sé si mi trabajo sigue siendo bueno para mí.

Hace tres días, el 98% de las camas de la UCI estaban ocupadas, y todos mis pacientes intubados y muriendo. De camino a casa, llamé a mi papá para saber cómo estaba. Sabes que votó por Trump, así que no debería sorprenderme cuando me dijo que las cifras de covid estaban infladas y que el confinamiento es peor que la enfermedad.

Entiendo que no todos vean a este virus de primera mano. Pero negarlo es otra cosa por completo.

Le colgué el teléfono.

Carajo. Acabo de recordar tu cumpleaños.

Con frecuencia le preguntaban a mi madre cómo «lo hacía todo»: ser esposa, madre y una de las fotógrafas de crisis más reconocidas del siglo. En la vida real, la respuesta es sencilla: no lo hacía todo. Mi padre hacía la mayoría, y si hubiera un equilibrio entre la maternidad y su carrera, se inclinaría mucho más a lo último. En sus entrevistas, siempre contaba la misma historia sobre la primera vez que me llevó al pediatra. Me puso el traje de nieve, tomó su cartera, metió la carriola plegable y la pañalera al coche y se fue, dejándome en el moisés sobre el suelo de la cocina. Cuando llegó al estacionamiento del doctor se dio cuenta de que había olvidado al bebé.

Mi madre nunca me contó la historia directamente, pero yo había visto tantas de sus entrevistas en internet que sabía cuándo hacía pausas para dar un efecto dramático, cuándo sonreía con ironía, la parte donde ponía los ojos en blanco para mostrar autodesprecio. Era todo una puesta en escena y mi madre nunca se salió del personaje. Ella y el entrevistador reían, como diciendo «qué se puede hacer».

«¿Y la bebé?», pensaba yo como si no se tratara de mí, como si fuera una simple observadora. «¿Qué tiene eso de divertido?».

Finn:

Anoche tuve un sueño muy vívido de ti. Alguien me había secuestrado y drogado, y estaba en un sótano sin puertas ni ventanas por donde escapar. Estaba amarrada a algo, ¿un poste, una silla? Luego, de pronto, tú estabas ahí, vestido con un equipo de protección completo. No podía ver la parte inferior de tu rostro, pero sabía que eras tú por los ojos y porque podía oler tu champú. No dejabas de decirme que permaneciera despierta para que pudieras sacarme de ahí, pero me costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Luego me di cuenta de que no estábamos solos. Había otra mujer contigo, también llevaba el equipo de protección.

Yo era la única a la que no habían invitado a la fiesta.

Es algo así como la cuarta hora de una excursión de siete al volcán Sierra Negra; me pregunto por qué Gabriel pensó que este es un regalo de cumpleaños que alguien podría disfrutar. Tengo calor, estoy sudando y quemada por el sol cuando llegamos a un pequeño árbol en cuya base hay una roca negra.

—Este es el lugar donde los turistas dejan sus mochilas para pasar la noche —explica Gabriel, al tiempo que se quita de los hombros el equipo—. Algunos se quedan a dormir antes de bajar al cráter. Está prohibido que la gente se quede aquí sin un guarda forestal o un guía.

Estamos infringiendo el toque de queda, Gabriel ya no es un guía y el volcán está activo. ¿Qué podría salir mal?

Hasta ahora, la subida nos ha llevado por senderos de tierra, a través de vegetación exuberante y densa. El camino comienza a 800 metros por encima del nivel del mar, me dice Gabriel, y cuando llegas al volcán estás a mil metros. De su mochila saca el almuerzo que Abuela preparó y lo divide entre los dos. Hay un paquete con arroz y pollo y compartimos una barra de chocolate derretida por el calor. Estiro las piernas frente a mí y miro el polvo en mis tenis.

—¿Cuánto más falta? —pregunto.

Me sonríe, la gorra de béisbol cubre sus ojos.

—Suenas como Beatriz cuando era pequeña.

Trato de imaginar a Beatriz de niña, inteligente y exigente.

—Apuesto que fue difícil.

Gabriel reflexiona un momento.

—Solo la cantidad correcta.

Abro la boca para corregir su frase, pero luego me doy cuenta de que su respuesta es perfecta.

—No creas que no me di cuenta de que evitaste mi pregunta...

—Lo sabrás —responde—. Créeme.

Y así es.

Recogemos la basura, la metemos en la mochila de Gabriel y caminamos a buen ritmo hasta el borde del cráter.

—¿Cuál es la probabilidad de que esto se convierta en el monte Santa Elena?

—Casi ninguna —me asegura—. Hay 12 sistemas geológicos que rastrean los temblores, eso da muchas pistas antes de que haga erupción, que sucede cada 15 años aproximadamente. Yo estaba aquí la última vez que pasó. Mi padre y yo subimos y dormimos sobre el suelo, estaba caliente, como si tuviera tuberías de calefacción abajo. Me enseñó a medir el viento y la inclinación para no terminar en el

trayecto de la erupción. Tomamos fotos cuando pasó. Recuerdo que se veía lava naranja en las grietas de la tierra a unos tres metros más abajo. Mis pies se atoraron en las rocas porque las suelas se habían derretido.

—¿Cuándo fue eso?

—En 2005. Yo era adolescente.

Hago los cálculos.

—Entonces, ¿la erupción ya se retrasó?

—Si te hace sentir mejor, las placas tectónicas de las Galápagos se mueven hacia el este, así que aunque el centro de actividad esté en el mismo lugar, la lava fluye en gran medida ahora hacia el oeste... lo que significa que las erupciones ya no son tan peligrosas para la gente que vive aquí.

Eso no me hace sentir mejor, pero antes de poder decírselo, puedo ver el cráter. Sobresale en claro contraste con la vegetación exuberante que lo rodea. Es negro, de casi diez metros, extendido bajo una nube de neblina. Parece desolado y árido, sobrenatural. Desde donde caminamos a lo largo del precipicio puedo ver el océano y el hermoso color esmeralda de las tierras altas a la derecha, pero también los remolinos negros, aglutinados y helados del cráter a la izquierda. Es como estar justo en la línea entre la vida y la muerte.

Tenemos que descender por el cráter, bordearlo y luego ascender a las fumarolas, la parte activa del volcán. Conforme avanzamos por el vientre quemado del cráter, con sus remolinos derretidos de lava incinerada, siento como si navegáramos a un planeta distante. Sigo a Gabriel, piso donde él pisa como si un solo paso en falso me hiciera desplomarme al centro de la tierra.

—¿Sabes? —dice sobre su hombro—. Eres diferente a la persona que eras cuando llegaste.

Bajo la mirada y observo. Por haberme visto en el espejo en el baño del departamento, sé que mi cabello tiene mechas más rubias por el sol. Mis shorts me cuelgan en las caderas, probablemente porque no como todos los días en Sant Ambroeus, el café en el edificio de Sotheby's, y porque he estado corriendo y haciendo senderismo en lugar de avanzar a paso brusco para llegar al trabajo. Gabriel aminora la marcha hasta que quedamos hombro con hombro; ve que estoy haciendo un inventario de mí misma.

—No así —agrega—. Aquí —pone una mano sobre su corazón.

Comienza a caminar de nuevo y le sigo el paso.

—Llegaste aquí como cualquiera de los otros turistas. Alterada,

tensa, con una lista de cosas que hacer: tomar una foto de una tortuga, un león marino y un piquero y subirlas a Instagram.

—Yo no tenía una lista —discuto.

—¿No? —exclama arqueando las cejas.

Quizá no literal, pero seguro que había cosas que quería hacer en Isabela. Cosas de turista, porque qué caso tiene poner algo en tu lista de deseos si...

Mierda. Sí tenía una lista.

—Los visitantes llegan aquí diciendo que quieren ver las Galápagos, pero en realidad no es así. Quieren ver lo que ya vieron en sus guías turísticas o en internet. La verdadera Isabela está conformada por cosas que a la mayoría de la gente no le interesan. Como la feria y que el intercambio de un par de botas de plástico te permita gozar de una comida de langosta fresca. O cómo la gente que vive aquí marca un camino, no con un letrero de madera sino con roca de lava en la muesca de un árbol. O a qué sabe una cena cuando tú la cultivaste —me mira—. Los turistas vienen con un itinerario. Los lugareños solo... vivimos.

—Gabriel Fernández —digo—. ¿Ese fue un halago?

—Este es tu regalo de cumpleaños —admite riendo.

—Habrás conocido a muchos estadounidenses horribles —digo—. No físicamente feos, más bien pretenciosos.

—No muchos. Había muchos más *turistas* que llegaban para ver cómo es la naturaleza salvaje, cuando no se ha domesticado y confinado en 12 cuadras urbanas o en una exhibición en el zoológico, y simplemente se sentían... humildes. Podías ver cómo cambiaba su mirada: «¿Cómo podemos asegurarnos de que estas bellezas perduren para que otras personas puedan verlas? ¿Qué puedo hacer para que mi parte del planeta siga viva, para ayudar?». Lo mejor de ser guía de turistas era plantar una pequeña semilla en la mente de alguien y saber que, aunque no estarás ahí para verlo, no dejará de crecer.

Dado lo susceptible que se mostró la primera vez por que fuera turista cuando nos conocimos, y el hecho de que ya no es guía de turistas, me pregunto qué cambió.

La nariz me pica, la primera señal de que llegamos a las fumarolas. El suelo pasa de negro a blanco y amarillo. Solo puedo oler azufre. En lugar de los remolinos derretidos de lava fría, hay pequeñas rocas claras interminables que cambian bajo mis pies con un sonido ligero y tintineante, y vapor que sale de descargas térmicas.

—Allá —dice Gabriel señalando un lugar en el que sale humo

verde lima de un poro de la tierra.

Estoy a dos metros de un volcán activo.

—¿Por qué te detienes? —pregunto.

Gira hacia mí.

—Porque nadar en magma está sobrevalorado.

—No —continúo—, ¿por qué dejaste de ser guía?

No responde y supongo que me va a ignorar como lo ha hecho antes. Pero quizá hay algo en el paisaje primitivo y nuestra cercanía al corazón latiente del planeta, porque Gabriel de hunde en el suelo amarillento y empieza desde el principio.

—Llevábamos a un grupo a bucear a Gordon Rocks —dice Gabriel cuando me pongo frente a él y nuestras rodillas se tocan—. Era una embarcación con 12 buzos. Era una excursión que habíamos hecho cientos de veces. Mi padre y yo salimos temprano para revisar todo, porque ese era nuestro trabajo. Yo fui el único que entró al agua y él se quedó en el barco. Había una ligera corriente cerca de la superficie, nada de qué preocuparse.

Se detiene y me mira.

—Gordon Rocks es un arrecife bajo el agua, donde solo sobresale un pequeño triángulo de piedra en la superficie. Regresamos al barco de los clientes y les dimos la información de seguridad. Puesto que eran muchos, llevamos dos pangas. Todos recibieron las mismas instrucciones: descender 6 metros lo más rápido posible y mantenerse a la derecha. Pero en cuanto estuvimos bajo el agua fue claro que las condiciones no eran las que yo creía. La corriente era rápida y estaba profundo.

Gabriel mira la línea del horizonte, pero sé que no está viendo lo que está frente a nosotros.

—10 buzos se fueron hacia la derecha, hacia el muro del arrecife. Pero a uno, que no tenía mucha experiencia buceando, se lo llevó la corriente a la izquierda y lo sumergió. Mi padre señaló a los otros diez buzos y luego hizo esto —Gabriel junta sus dedos índice—: quería que me quedara cerca de ellos. Entendí que iría a buscar al otro buzo. Lo vi nadar hacia la corriente y luego ya no lo vi más; yo fui tras los otros.

Calla y sacude la cabeza.

—Un grupo de buzos se aferraba al muro de roca, juntos. Cuando llegué hasta ellos, los guié hasta la superficie y abrí un flotador para que el conductor de la panga viniera a buscarlos. El bote ya estaba a medio kilómetro al norte, luego fui por otros que habían salido a la

superficie a cierta distancia. Así estuve un momento, buscando en el agua y tratando de ver las cabezas de otros buzos para asegurarme de que la panga fuera por ellos. Cuando terminé, conté 11 buzos y yo, pero mi padre y el último buzo no habían aparecido.

»Salimos rápidamente hacia la roca izquierda. Yo tenía unos binoculares que me dio el chofer; miraba fijamente la superficie del agua en busca de dos cabezas o algo que se moviera, pero el océano... —la voz de Gabriel se quebró— es tan jodidamente grande.

Guardó silencio; yo extendí el brazo hasta su regazo, le apreté la mano y puse nuestros puños sobre mi rodilla.

—Una hora después supe que no pudo haber sobrevivido. Estaba en las profundidades, se lo pudo llevar la corriente a 200 metros o más. El porcentaje de oxígeno en los tanques funciona para buceo no profundo y él sabía que entre más se sumergiera, más problemas tendrían su cerebro y sus capacidades. Solo había tiempo suficiente para diez o quince minutos a esa profundidad. Entre lo que nadó para alcanzar al buzo perdido, inflar su chaleco compensador y quitarse el lastre de buceo, probablemente mi papá contaba con mucho menos tiempo.

Pienso en la muerte de mi propio padre. No estaba con él y sucedió muy rápido, pero en el hospital pude ver su cuerpo. Recuerdo cuando tomé su mano fría y no quería dejarla ir porque sabía que sería la última vez que lo tocaría.

—Tu padre... —balbuceo—. ¿Alguna vez...?

Pero no puedo terminar.

Gabriel niega con la cabeza.

—Los cuerpos que se ahogan en el océano no suben a la superficie —responde en voz baja.

—Lo siento. Qué accidente tan horrible.

Alza de inmediato la mirada.

—¿Accidente? Todo fue mi culpa.

Sin palabras, lo miro a los ojos.

—¿Cómo?

—Yo tenía que comprobar las condiciones meteorológicas. Evidentemente lo hice mal...

—O cambiaron...

—O tenía que ser yo quien fuera por el buzo —insiste Gabriel—. Mi padre seguiría vivo.

«Y tú no», pienso.

Desvía la mirada.

—Ya no puedo llevar grupos, no sin pensar cómo la cagué. Ya no puedo bucear sin pensar que su cuerpo va a salir flotando frente a mí. La razón por la que estoy construyendo una casa y cultivando es porque, carajo, tengo que quedar exhausto al final del día o de lo contrario tengo pesadillas sobre lo que él pensó en sus últimos minutos de vida.

Permanezco un momento en silencio.

—Lo que pensaba —digo por último— es que su hijo estaría a salvo.

Gabriel se pasa la palma de la mano sobre los ojos y finge que no me doy cuenta. Se levanta y usa su peso para ponerme de pie.

—Regresemos —dice—. El viaje de vuelta no es más corto.

A nuestro alrededor, los gases se levantan en pequeños bolsos como si estuviéramos en un crisol. Es prehistórico y distópico, pero si se mira más de cerca, aquí y allá hay pequeños brotes verdes. Algo que crece de la nada.

Mientras avanzamos entre las fumarolas y la oscuridad se cierne sobre el cráter, Gabriel no suelta mi mano.

Una hora más tarde, el sol está más bajo en el cielo y llegamos al árbol hendido con la roca de lava, donde Gabriel dejó su mochila más pesada. Podemos ver el bulto recargado contra el tronco, pero al acercarnos también vemos otra sombra que pertenece a una persona. Hurgo rápidamente en mi bolsillo para sacar el cubrebocas que no usé cuando solo éramos Gabriel y yo, hasta que me doy cuenta de que se trata de Beatriz. Al vernos, se echa a correr.

—Tienen que regresar. Ahora —dice, y me pasa un papel.

Es un correo electrónico impreso en la papelería del hotel. «Para entrega inmediata a Diana O'Toole». Dice: «De: The Greens. Hemos tratado de llamarla. Por favor comuníquese de inmediato. Su madre está muriendo».

El camino de regreso a casa de Gabriel lo hacemos corriendo; sin embargo, la distancia me parece mayor que esta mañana. A la distancia, escucho que Beatriz le explica a Gabriel cómo recibió el mensaje, algo sobre Elena y un cortocircuito que provocó un pequeño incendio en el cuarto de servicio del hotel; que cuando fue al hotel con su primo para que lo reparara y se asegurara de que todo estaba

bien, encendió las computadoras de la recepción y vio una serie de correos electrónicos, todos urgentes, donde trataban de comunicarse conmigo. Oigo que Gabriel le dice a Beatriz que llame a Elena para que prenda el wifi y esté funcionando cuando lleguemos.

Pero pasan dos horas antes de que dejemos a Beatriz en la granja y sigamos en el Jeep oxidado de Gabriel hasta Puerto Villamil, al hotel. Esta vez, Elena no le coquetea. Nos espera en la puerta, sus ojos oscuros expresan preocupación.

Mi teléfono suena cuando se conecta automáticamente con la red. Ignoro la oleada de correos electrónicos y mensajes de texto que entran por esta pequeña grieta de incomunicación en Isabela. Abro FaceTime, la última llamada al asilo, y marco.

Esta vez, responde otra enfermera que no reconozco. Lleva cubrebocas y un protector facial.

—Hola, soy la hija de Hannah O'Toole —digo jadeando—. ¿Mi madre...?

Su mirada se suaviza.

—La llevo con ella —dice la enfermera.

La imagen en la pantalla gira, el dispositivo que lleva en la mano entra en movimiento. Cierro los ojos ante esa ola que marea, esperando ver los rincones familiares del departamento de mi madre; en su lugar, vuelve a aparecer el rostro de la enfermera.

—Debe prepararse. Se deterioró muy rápido. Tiene neumonía provocada por la covid —dice la enfermera—. Pero en este momento no solo están fallando sus pulmones, también los riñones, el corazón...

Trago saliva. Hace un par de semanas la vi en video. He usado dos veces el teléfono de Abuela para llamar a The Greens. Hace tan solo unos días me dijeron que se encontraba estable. ¿Cómo pudo agravarse tanto desde entonces?

—¿Está... consciente?

—No —responde la enfermera—. Está sedada. Pero puede hablarle. El oído es el último sentido que se pierde —hace una pausa—. Es hora de que se despida.

Un momento después estoy frente a un espectro en una cama de hospital, tapado hasta la barbilla con las cobijas. Sus mejillas están hundidas, pálidas; le cuesta trabajo respirar. Trato de reconciliar esta imagen de mi madre con la mujer que se escondía en búnkeres en zonas de guerra para hacer una crónica de las cosas terribles que los seres humanos se hacen unos a otros.

Me inunda la rabia, ¿por qué nadie hace nada para ayudarla? Si no

puede respirar, para eso hay máquinas. Si su corazón se detiene...

Si su corazón se detiene no harán nada, porque yo firmé una orden de no reanimación cuando entró a The Greens. Al padecer demencia, no tenía sentido prolongar su vida con medidas atenuantes.

Me incomoda saber que la enfermera sostiene el iPad o el teléfono en espera de que diga algo. Pero, ¿qué puedo decirle a una mujer que no me recuerda ahora y que me olvidó a propósito en el pasado?

Cuando volvió a aparecer en mi vida, ya en la agonía de la demencia, me convencí de que poner a mi madre en un asilo era más compasivo que cualquier otra cosa que ella jamás me haya dado a mí. No podía moverse en mi pequeño departamento, ni lo hubiera querido, cuando éramos poco más que desconocidas. En su lugar, encontré la manera de usar su propio trabajo para financiar sus gastos; investigué y encontré el mejor centro para casos de demencia; la instalé y me congratulé por mi buena obra. Estaba tan ocupada felicitándome por ser más una hija para ella de lo que ella fue una madre para mí, que no pude ver que en realidad solo aumentaba la distancia entre nosotras. No aproveché ese tiempo para conocerla mejor o para fomentar su confianza. Al no cultivar nuestra relación, me protegí de nuevo contra la decepción.

Igual que Beatriz, supongo.

Me aclaro la garganta.

—Mamá —digo—. Soy yo, Diana —titubeo y luego agrego—: Tu hija.

Espero, aunque no hay ninguna señal de que pueda escucharme.

—Lamento no estar ahí...

«¿Lo lamento?».

—Solo quiero que sepas...

Me trago la furia que me inunda, la oleada de recuerdos. Veo a mi padre colgando un mapa gigante en la pared de mi recámara, mientras me ayuda a poner tachuelas en los países en los que vivía mi madre cuando no estaba con nosotros. Pienso en cómo, cuando su regreso se retrasaba inevitablemente, él me distraía dejándome elegir un color, cocinaba comidas completas monocromáticas. Mi vergüenza a los 13 años cuando tuve que explicarle a mi padre que me había bajado la regla. Llamadas telefónicas entrecortadas en las que fingía que mi madre decía algo diferente a «Sabes que estaría ahí para tu cumpleaños, tu concierto, Navidad, si pudiera». Las noches que pasaba acostada en la cama, avergonzada por querer que fuera solo mi madre, porque lo que hacía era mucho más importante.

Sentimientos olvidados.

Y en ese momento que miro en la pantalla a alguien que nunca conocí, no confío en lo que voy a decir porque me da miedo lo que en verdad podría decir.

«Tú tampoco estuviste conmigo cuando era importante».

«*Quid pro quo*».

De pronto, la llamada se corta.

Elena trata de reiniciar el módem tres veces. En una de ellas, la videollamada pasa, pero la imagen se congela de inmediato y se pone negra. Gabriel y yo subimos al Jeep y nos dirigimos a la calle principal de Puerto Villamil, en donde hay una mínima señal de celular y entra un mensaje de texto.

«Su madre falleció esta noche a las 6:35. Nuestras más sinceras condolencias».

Gabriel me mira.

—¿Es...?

Asiento.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta.

—Solo quiero irme a casa —respondo negando con la cabeza.

Me acompaña hasta mi departamento y puedo ver que está tratando de encontrar las palabras para preguntar si debería quedarse. Antes de que las pronuncie, le agradezco y le digo que solo quiero acostarme. Espero hasta que escucho sus pasos arriba; imagino que le está diciendo a Abuela y a Beatriz que mi madre murió.

Contengo la respiración en espera de que las palabras latan en mi sangre.

Tomo el teléfono y observo el texto de The Greens, luego deslizo el dedo para borrarlo.

Así de fácil se elimina a alguien de tu vida.

No es nada similar a la vez que perdí a mi padre. En ese entonces, sentí que mi mundo se desgajaba y por más que me esforzara no podría volverlo a unir. Incluso ahora, cuatro años después, cuando estoy ocupada en mis cosas, en ocasiones percibo esa ruptura y duele mucho.

Encuentro una botella de caña en la alacena; Gabriel me dio un suministro después de que acampamos, junto con una caja llena de verduras frescas para mis comidas de esta semana. Como no tengo un vaso pequeño, sirvo un poco en una taza; luego me encojo de hombros

y la lleno hasta el tope. Bebo un largo trago y dejo que el fuego recorra mis entrañas.

En este momento solo quiero emborracharme.

Me quito la ropa con la que hoy fui a la excursión al volcán (¿fue hoy?) y prendo la regadera. Bajo el chorro de agua, siento que me despellejo y digo la palabra en voz alta: «huérfana». Ya no soy la hija de nadie. Soy una isla aislada, como la isla en la que estoy varada.

Pero hay cosas con las que hay que lidiar: el entierro, el funeral, darla de baja en el asilo. Tan solo pensarlo es agotador.

Me pongo ropa interior limpia y una de las viejas camisetas de Gabriel, que me llega hasta los muslos. Me trenzo el cabello para apartarlo de mi rostro, me siento a la mesa con la botella de caña y me sirvo el segundo vaso lleno.

—Bueno, mamá —digo, saboreando la amargura del título—. Por ti —doy otro trago al licor.

Mañana, los medios de comunicación mundiales hablarán de su muerte. Las esquelas serán retrospectivas de su carrera, desde su primera incursión en una zona de guerra hasta el Pulitzer que ganó en 2008 por las fotografías de una manifestación en Birmania que acabó en violencia.

Esa ceremonia de premiación se celebró con una elegante comida en la ciudad de Nueva York, a finales de mayo. Mi madre asistió. Mi padre no. Él estaba en las gradas durante mi graduación de preparatoria, lanzando vítores cuando crucé el estrado para obtener mi diploma.

Recargo la cabeza sobre mis antebrazos cruzados y busco en mi mente algún recuerdo valioso de mi madre. Seguramente hay alguno.

Desecho uno tras otro; empiezan bien (un viaje de trabajo al que me llevó, la imagen de ella cuando abrió el regalo del Día de las Madres que le hice en preescolar, un momento en el que se paró frente a mi lienzo en la exposición estudiantil e inclinó la cabeza para asimilarlo). Pero todos terminan rápidamente en una espina de egoísmo: la promesa incumplida de ir a pasear porque algo surgió; una llamada telefónica de su agente que interrumpió que abriera el regalo que le ofrecí; una crítica llana y brutal sobre la proporción de mi pintura, en lugar de un poco de halago.

«¿En verdad me odiabas tanto?», me pregunto.

Pero ya conozco la respuesta: no. Para odiar a alguien, hay que considerarlo digno de atención.

Entonces, algo surge en mi conciencia.

Soy una niña y mi madre pone un rollo en su cámara. Es una caja negra mágica y sé que no debo tocarla, como tampoco tengo permiso de entrar en su cuarto oscuro, con su macabro brillo y olor a químicos. Equilibra la pequeña máquina sobre sus rodillas y con cuidado enrolla la película en la hendidura con chasquidos suaves.

—¿Quieres ayudar? —pregunta.

Mis manos son pequeñas y torpes; cubre mis dedos con los suyos para hacer girar la perilla hasta que el rollo se tensa. Cierra la caja de la cámara, la levanta y enfoca mi rostro. Luego toma la fotografía.

—Toma —dice—, inténtalo tú.

Me ayuda a levantarla y coloca mi dedo en el disparador. La he visto hacerlo miles de veces. Salvo que no sé encuadrar la foto por el objetivo. En realidad no tengo la menor idea de adónde dirigirlo.

Mi madre ríe cuando presiono el disparador con tanta fuerza que saco una ráfaga de fotos, el sonido es como latidos del corazón.

Ahora pienso que nunca vi esas imágenes. Por lo que sé, las reveló y obtuvo un collage indistinto de pared, techo y alfombra. Quizá ni siquiera la tomé a ella.

Pero quizá eso no sea importante. Durante un segundo, había sido mi turno.

Los nuevos recuerdos son nítidos y espero que me saquen sangre. Pero... no pasa nada. Si acaso es mucho más deprimente estar aquí sentada, al otro lado del mundo, aferrándome a cinco segundos de maternidad y deseando que hubiera más.

—¿Diana?

Levanto la cabeza de la mesa y veo a Gabriel de pie frente a mí. Parpadeo cuando enciende la luz. Ni siquiera me había dado cuenta de que había oscurecido.

—Regreso a casa —dice—, pero quería ver cómo estabas.

—Aún sobria, así es como estoy —empujo la botella sobre la mesa —. Acompáñame —no se mueve y yo vuelvo a llenar mi vaso—. Supongo que me vas a decir que no beba demasiado.

Gabriel saca un vaso de la alacena y se sirve una copa. Se sienta frente a mí.

—Si alguna vez hay un momento en el que hay que emborracharse es cuando brindas por alguien a quien amaste y perdiste. Lo siento mucho, Diana.

—No estoy brindando —me mira a los ojos—. Listo, ya conoces mi terrible secreto. Soy una persona horrible y dañada. Mi madre murió y... no siento nada —choco mi vaso contra el suyo—. Por eso estoy

bebiendo.

Doy un trago al alcohol, pero no entra bien. Toso y escupo, me inclino hacia adelante tratando, sin éxito, de recobrar el aliento. Es como aspirar fuego.

Cuando empiezo a ver estrellas por el rabillo del ojo, siento una mano en la espalda que se mueve en círculos.

—Respira —me tranquiliza Gabriel—. Despacio.

La garganta me quema y los ojos me lloran; no sé si es porque me estoy ahogando o porque estoy llorando, ni siquiera sé si importa.

Gabriel está en cuclillas a mi lado. Me pasa un pañuelo que saca de su bolsillo para que me limpie la cara, pero las lágrimas no cesan. Un momento después, con gentileza me abraza. Lloro en su cuello.

No sé cuándo el aire empieza a entrar y salir de mis pulmones otra vez o cuándo dejo de llorar. Pero empiezo a darme cuenta del movimiento rítmico de la mano de Gabriel desde mi coronilla hasta la punta de mi trenza. Sus labios están sobre mi sien. Su aliento acompasado con el mío.

—No estás dañada —dice Gabriel—. Puedes sentir.

Cuando me besa, me parece lo más natural del mundo. Mis dedos se entrelazan en su cabello en un intento por acercarme más. Lucho de nuevo por recuperar el aliento, pero ahora lo hago con gusto.

Gabriel sigue arrodillado junto a mí. En un solo movimiento, me toma en brazos y me sienta sobre la mesa; él está entre mis piernas.

—Me alegro de haber arreglado esta maldita mesa —murmura contra mis labios y ambos empezamos a reír.

Mis manos se deslizan por sus antebrazos hasta los hombros y mis tobillos se enganchan detrás de sus rodillas. Me besa como si se vertiera en mí, como si este fuera su último momento en la tierra y tuviera que dejar su huella.

Sus palmas pasan de mis rodillas hasta mis muslos, luego arruga mi camiseta. Todo ese tiempo nos besamos. Nos besamos. Cuando sus dedos llegan al elástico de mi ropa interior, se detiene y se aparta. Me mira, sus ojos son tan oscuros que no puedo ver cuánto he caído en ellos. Asiento y me quita la camiseta. Siento cómo sus dientes muerden suavemente mi garganta, contra la cadena de la medalla milagrosa, y luego dibuja palabras sobre mi piel con su lengua, que se mueve entre mis pechos, hasta mi vientre, más abajo.

—*Pienso en ti todo el tiempo* —murmura.

Me acerca al borde de la mesa y se vuelve a arrodillar en el piso. Su boca es húmeda y caliente contra el algodón. Se deleita.

Soy una tormenta eléctrica que recoge energía. Jalo a Gabriel por el cabello y lo acerco a mí; me sujeto a él como si fuera su segunda piel. La habitación gira cuando me levanta y me lleva a la recámara, hasta el colchón, en una maraña de miembros. De inmediato gira y se pone de costado para no agobiarme con su peso; sin él que me cubra, me estremezco bajo el ventilador de techo. Mi cabello está enredado; lo aparta de mi rostro y espera.

—¿Sí? —pregunta.

—Sí —afirmo.

Esta vez soy yo quien gira para ponerme sobre él y quitarle la ropa hasta que me deshago de todo, hasta que puedo hundirme sobre él, en él, y perderme.

No es hasta después de que se queda dormido, abrazándome fuerte, que pienso que quizá me han encontrado.

Cuando despierto, Gabriel me está mirando. Siento que su mano se flexiona sobre mi hombro, como si fuera arena que pudiera resbalarse entre los dedos.

Me duele la cabeza y tengo la boca seca, pero sé que no puedo culpar a la caña por lo de anoche. Hice todo esto con la mente clara, aunque me doliera el corazón.

Ahora, es un ancla que me hunde.

«Solo un segundo más», pienso.

Pongo la palma de la mano sobre el pecho tibio de Gabriel y abro la boca para hablar.

—No —suplica—. Todavía no.

Porque ambos sabemos qué sigue. Separarnos poco a poco, alejarnos. Las excusas, las disculpas; lo cubriremos con una capa de amistad y nunca más miraremos al interior.

Me besa con tanta dulzura, como si fuera una canción en otro idioma. Incluso después de que se aleja sigo sintiéndolo.

—Antes de que digas algo... —empieza a decir.

Pero no acaba. Porque ninguno de los dos escuchamos que tocan a la puerta, pero no podemos evitar escuchar el ruido del plato que se hace trizas en el suelo cuando Beatriz nos encuentra entrelazados, deja caer al suelo el desayuno que me preparó y sale corriendo.

Cuando por fin nos vestimos y salimos corriendo a casa de Abuela,

Beatriz ya se ha ido.

Por acuerdo tácito, subo al Jeep con Gabriel. Conduce en silencio por el pueblo, echando un vistazo a las calles vacías en su busca. Al llegar al muelle, cambia de dirección hacia las tierras altas.

—Quizá regresó a la granja —dice.

Asiento, porque pensar en la alternativa es demasiado aterrador.

Pero sé que, como yo, vio la mirada en el rostro de Beatriz. No solo era vergüenza por habernos encontrado así, era... traición. La expresión de alguien que se da cuenta de que está completamente sola.

Una expresión que no había visto en su rostro desde la primera vez que me encontré con ella en el muelle de Concha Perla, viendo cómo su propia sangre goteaba por sus dedos.

El tiempo que llevo en Isabela, Beatriz ha pasado de la desesperación a la resignación. Si bien no está por completo feliz de haber regresado, al menos ahora parece menos atormentada. No se ha vuelto a cortar. Sus viejas heridas son débiles cicatrices.

Y ahora, acabamos de abrirlas de nuevo.

Sé que las autolesiones no siempre preceden al suicidio. Pero también sé que en ocasiones es así. Beatriz bajó la guardia conmigo; confió en mí para que estuviera a su lado. Y luego me fui con otra persona.

Siento un agujero dentro de mí que se llena de culpa. Finn. Mi madre. Lo que hice anoche fue un absoluto error. Pero hago todo eso a un lado porque en este momento nada es más importante que encontrar a Beatriz, hablar con ella y tranquilizarla.

Algo murmura al fondo de mi ser: «Cobarde».

—Esta es una isla pequeña —dice Gabriel, tenso—, hasta que deja de serlo.

Entiendo qué quiere decir. Hay numerosos senderos y recovecos en todo Isabela inaccesibles en automóvil; hay plantas venenosas y cactus espinosos en algunos lugares, y vegetación densa a través de la que no se puede ver nada. Hay miles de maneras en las que alguien se puede lastimar, sin intención o a propósito.

—La encontraremos —digo.

Levanto la mano y estoy a punto de cubrir la suya que descansa sobre la palanca de velocidades, pero lo pienso bien y la devuelvo a mi regazo.

Escudriño en busca de cualquier movimiento para ver si podría ser una chica que huye. No hay manera de que nos haya adelantado tanto

a pie. Pero quizá tomó una bicicleta en casa de Abuela. Quizá se nos adelantó cuando decidimos dirigirnos al pueblo.

Al llegar a la granja, salgo del Jeep antes siquiera de que el coche se detenga. Entro corriendo a casa de Gabriel, gritando el nombre de Beatriz. Él me sigue los talones, mirando frenético por toda la sala; al llegar a su recámara, abre la puerta y la encuentra vacía.

Me quedo de pie en el umbral y él se sienta en la cama.

—Carajo —balbucea.

—Quizá solo necesita estar sola un tiempo —digo en voz baja, eso espero—. Quizá en este momento viene en camino.

Su mirada afligida se encuentra con la mía y me doy cuenta de que no es la primera vez que ha buscado a alguien a quien amó y había desaparecido.

De pronto, toma la mochila de Beatriz que está junto a la cama y vacía el contenido sobre la cama.

—¿Qué buscas? —pregunto.

—¿Algo que se haya llevado? ¿Algo que no se llevó? —abre el cierre del bolsillo interior y mete la mano—. No sé.

Una pista, un indicio que diga en qué lugar, en esta isla, decidió desaparecer.

Abro el primer cajón del escritorio y paso la mano sobre calzones y brasieres, cuando mi dedo roza algo que parece un diario.

Meto la mano al fondo del cajón. No es un diario o una agenda o un libro. Es un paquete de tarjetas postales sujetas con una banda elástica.

Son todas las postales que le he escrito a Finn. Las que Beatriz me dijo que había enviado.

Siento que me atraviesan con una espada. Quito el elástico y paso una por una; todas tienen el nombre de Viajes G2 a un lado y mi caligrafía apretada del otro. Esta era la única conexión que tenía con Finn. Incluso si no podía hablar normalmente con él o recibir sus correos electrónicos, tenía la esperanza de que recibiera noticias mías de vez en cuando.

Pero... no era así.

Finn está a miles de kilómetros, sin una sola noticia mía. Dada nuestra última llamada fallida, debe pensar que estoy enojada con él. Al menos pensará que me olvidé de él.

Miro a Gabriel y me doy cuenta de que, por lo menos anoche, eso fue cierto.

El contenido de la mochila de Beatriz (libros de texto, un cargador

de teléfono, audífonos y unas barras de granola) está a su alrededor, pero Gabriel tiene una fotografía Polaroid en la mano y el ceño fruncido. Una línea de cinta adhesiva está pegada a la mitad, sosteniendo con cuidado algo que estaba roto.

En un lado de la foto hay una chica bonita con rizos rubios; está abrazando a Beatriz y la otra mano está extendida para tomar la foto. Ambas tienen los ojos cerrados mientras se besan.

Ana María.

La expresión en el rostro de Beatriz es algo que nunca había visto: felicidad pura.

—¿Quién es esta chica? —murmura Gabriel.

Me pregunto qué está pensando.

—Su hermana de acogida, una amiga de Santa Cruz.

—Una amiga —balbucea.

Al principio, creo que reacciona al hecho de que Beatriz esté besando a una chica. Pero cuando toca con la yema del dedo la cinta adhesiva hasta el centro de la fotografía, me doy cuenta de que está enojado con la persona que le rompió el corazón a Beatriz de manera tan obvia que ella rasgó esta imagen y después, arrepentida, la volvió a pegar.

—Cuando cerró su escuela, Beatriz me rogó volver aquí. ¿Esta es la razón?

Me gusta que Gabriel haya hecho a un lado los detalles que no son importantes; que su hija se enamorara de una chica es irrelevante, lo que importa es que estaba lastimada. Que todavía lo está. Que nosotros solo somos los últimos de la fila de las personas que a ella le importaban y que la decepcionaron.

Pienso en lo que Beatriz me dijo cuando fuimos a Los Trillizos. «Verdad o reto. El amor incondicional es una estupidez. Ella me amaba pero no de esa manera».

«Solo quería saber qué se sentiría dejarse ir».

—Gabriel —digo—. Creo que sé donde está.

Los tres túneles volcánicos no están lejos de la granja de Gabriel. Nos acercamos tanto como podemos en la camioneta y luego Gabriel se lleva al hombro cuerdas con eslingas y un arnés de rápel. Mientras caminamos sobre la espesa capa vegetal del suelo grito el nombre de Beatriz, pero no hay respuesta.

Pienso en lo profundo que llegaba esa escalera, en lo oscuro que

estaba después de eso. Me pregunto cuánta distancia más podría caer.

Aprieto con la mano la medalla milagrosa de Abuela y rezo.

—¡Beatriz! —vuelvo a gritar.

El viento murmura entre los arbustos y azota mi cabello en el rostro. Gabriel encuentra un árbol robusto y amarra un extremo de la cuerda a su alrededor con una serie de nudos complicados. Es injusto que el día sea tan hermoso, con nubes blancas hinchadas que bailan por el cielo y el canto de los pájaros como una sinfonía. Me paro frente a los tres túneles volcánicos. Si está aquí, podría estar en cualquiera de ellos.

Al fondo de cualquiera de ellos.

—Voy a bajar —le digo a Gabriel.

—¿Qué? —voltea a verme de inmediato, sin acabar de asegurar la cuerda—. Diana, espera...

Pero no puedo esperar. Empiezo a bajar la escalera del túnel adyacente al que visitamos Beatriz y yo, esperando que mis ojos se ajusten a la oscuridad. El sol distante rebota con un brillo dorado contra los minerales en las paredes de roca. Avanzo hacia la profundidad por esta garganta de piedra que me engulle.

El único sonido es el goteo rítmico del agua sobre la piedra. Poc. Poc.

Y luego un sollozo ahogado.

—¿Beatriz? —grito y me muevo más rápido—. ¡Gabriel! —grito de nuevo— ¡Aquí! —en mi prisa, pierdo el equilibrio—. Espera. Ya voy.

Un segundo y luego su voz llega hasta mí.

—Solo vete —solloza.

Sus palabras son incorpóreas, flotan como fantasmas. No puedo verla debajo de mí.

—Sé que estás molesta por lo que viste.

Sigo bajando hasta que llego al final de la escalera, pero aún no la veo. Observo desesperada entre mis pies, en el último peldaño, temiendo ver su cuerpo destrozado debajo de mí.

—Nunca debí hablar contigo —dice Beatriz.

No puedo verla; me quedo quieta y trato de escuchar de dónde viene el sonido. Sigo el suave sollozo y, ahí, una sombra que se mueve dentro de otra. Se sujeta a otra escalera al lado opuesto del tubo de lava. Hay unas cuantas cuerdas que otras personas dejaron.

—Pensé... que te importaba —continúa—. Pensé que lo que decías era en serio. Pero eres igual que todas las personas que lo dicen y luego se van.

—Tú me importas, Beatriz —digo con voz suave—. Pero sabes que tengo que irme.

—¿Eso le dijiste a mi papá antes o después de que te lo cogieras?

Hago una mueca de dolor.

—No quería que eso pasara.

—Sí, claro. Sigue metiendo el dedo en la herida...

—Esto no se trata de él, se trata de ti —explico—. Y tú me importas, Bea, en serio.

Sus sollozos se hacen más fuertes.

—Deja de mentir. Deja de decir eso, carajo.

La escalera tiembla cuando unas botas golpean la pared a mi lado.

—No miente, Beatriz —dice Gabriel.

Aparece en un espacio entre Beatriz y yo. La soga de rápel está amarrada alrededor de su cintura y conectada al mundo en la superficie. Está tensa y parece demasiado delgada para soportar su peso. Si se rompe, está muy lejos como para sujetarse de una de las dos escaleras donde estamos Beatriz y yo.

—Cuando alguien te importa simplemente... sucede —dice en un murmullo—. Nadie escoge de quien se enamora.

Me quedo sin aliento. ¿Está hablando de nosotros dos? ¿De Beatriz y Ana María? ¿De su ex?

Mientras habla, cambia el peso de su cuerpo apoyando los pies en la pared para permanecer en equilibrio. Poco a poco, trata de acercarse a Beatriz sin asustarla, para que no vaya a hacer algo impulsivo.

—Están mejor sin mí —solloza Beatriz; la frase sale desgarrada de su garganta—. Todos lo están.

Gabriel niega con la cabeza.

—No estás sola, aunque sientas que lo estás. Y yo no quiero estar solo —su voz se entrecorta—. No puedo perderte a ti también.

Extiende el brazo hacia ella. Beatriz no se mueve.

—Ni siquiera sabes quién soy en realidad —dice con un dejo de vergüenza.

Su respiración circula haciendo eco.

—Sí lo sé —responde Gabriel—. Eres mi niña. No me importa qué otra cosa seas... o no seas. Eso es todo lo que importa.

Sus dedos se estiran más en el vacío.

Beatriz lo alcanza a medio camino. Un momento después, Gabriel la tiene entre sus brazos y la amarra fuertemente junto a él con las cuerdas. Le murmura en español; ella se cuelga de sus hombros,

estremeciéndose, aún con la respiración entrecortada.

Poco a poco, los tres ascendemos hacia la luz.

Las siguientes horas son confusas. Llevamos a Beatriz a casa de Abuela porque Gabriel no quiere dejarla sola en la granja mientras me lleva de vuelta al departamento. Abuela estalla en lágrimas al ver a Beatriz y empieza a hacerle todo tipo de mimos. Beatriz sigue llorosa, guarda silencio avergonzada, y Gabriel pone toda su atención y energía en ella, como debería.

En cierto momento me escapo de casa de Abuela y bajo a mi departamento; me siento en el pequeño muro que lo separa de la playa. Con todas las cosas que hay que sanar en esa familia, yo no pertenezco ahí.

Pero.

Empiezo a preguntarme adónde pertenezco.

Pienso en las postales en el cajón de Beatriz que no fueron enviadas. Las cosas que quería que Finn supiera. Las cosas que nunca le diré.

No sé cuánto tiempo permanezco sentada en ese muro, pero el sol se está poniendo y la marea bajó, dejando una larga línea de tesoros en la arena: estrellas de mar, conchas perladas y algas enmarañadas como el cabello de las sirenas.

Puedo sentir que Gabriel se acerca detrás de mí antes de que hable. El entorno es distinto cuando él está ahí. Cargado, eléctrico. Se detiene cerca de donde estoy y mira la línea naranja del horizonte. Volteo a verlo.

—¿Cómo está?

—Dormida —responde.

Avanza. Su cabello está revuelto por el viento como si también suspirara al verlo.

Se sienta a mi lado, levanta una pierna y pone el brazo sobre su rodilla.

—Pensé que querrías saber que está bien —dice.

—Sí quería —respondo—. Quiero.

—Hemos estado hablando —dice indeciso.

—Sobre... ¿la escuela?

«Sobre Ana María».

—Sobre todo —me mira—. Me voy a quedar con ella esta noche —se sonroja ligeramente—. No quería que pensaras que...

—No esperaba que tú...

—No es que no...

Ambos callamos.

—Eres un buen padre, Gabriel —digo en voz baja—. Tú sí proteges a las personas a las que amas. No dudes de eso.

El halago lo pone incómodo, su mirada se aparta de la mía.

—¿Sabes que yo escogí su nombre? Luz quería uno de una telenovela con la que estaba obsesionada en esa época, pero yo insistí en que fuera Beatriz. Quizá sabía lo que venía.

—¿Qué quieres decir?

—Beatriz fue quien le dio la fuerza a Dante para continuar por el infierno. Y cada vez que sufro, mi Beatriz es la que me hace volver.

Sus palabras tocan algo tan sensible y lastimado en mí que en lugar de examinar mi reacción trato de evitarla.

—Me sorprende.

—¿Qué le haya puesto Beatriz?

—Que hayas leído la *Divina comedia*.

Sonríe ligeramente.

—Hay muchas cosas de mí que todavía te falta por conocer —dice, pero hay un dejo de tristeza en sus palabras, porque ambos sabemos que nunca será así.

Se pone de pie, bloqueando mi vista al océano. Toma mi rostro entre sus manos y besa mi frente.

—Buenas noches, Diana —dice Gabriel, y me deja sola con las estrellas y la marea.

Me envuelvo en la noche como en un abrigo. Pienso en la ciudad de Nueva York, en Finn y en mi madre. En zapatos tenis y almuerzos dominicales en nuestro café favorito, cuando Finn no trabajaba, y en la caja azul de Tiffany escondida al fondo de su cajón de ropa interior. Pienso en la oleada de alivio cuando puedo tomar el metro antes de que cierre sus puertas y en el sabor de la tarta de queso que tanto se me antoja, y me compro a las 3:00 a. m., y en las horas que pasé en la página web de Zillow soñando con casas en Westchester que no podemos comprar. Pienso en el olor de las castañas de los vendedores ambulantes en el invierno y en el asfalto que se hunde bajo mis tacones en el verano. Pienso en Manhattan, una isla llena de gente diversa, decidida, que se esfuerza por algo mejor; una población que no camina dormida en su cotidianeidad. Pero todo eso me parece que está a una vida de distancia.

Luego pienso en esta isla, donde no hay nada más que tiempo.

Donde los cambios son lentos e inevitables.

Aquí no puedo agobiarme con mandados o tareas laborales, no puedo desaparecer entre la multitud. Me veo obligada a caminar, no a correr, y como resultado he visto cosas que antes me hubieran pasado inadvertidas: el ajetreo de un cangrejo que busca un nuevo caparazón, el milagro del amanecer, el estridente estallido de la flor de un cactus.

«Ocupado» es solo un eufemismo de estar tan concentrado en lo que no debes que jamás adviertes lo que debes.

Es un mecanismo de defensa. Porque si dejas de moverte deprisa, si haces una pausa, empiezas a preguntarte por qué alguna vez pensaste que querías todas esas cosas.

Ya no puedo distinguir el cielo del mar, pero puedo escuchar las olas. La pérdida de la vista es la ganancia de percepción.

Cuando Finn y yo reservamos el viaje, la agente de viajes nos dijo que nos cambiaría la vida. No tenía idea de cuánto.

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Siempre que extuban a alguien en la ICU de covid, la canción *Here Comes the Sun* suena en los altavoces. Es como en la película *Los juegos del hambre*, cuando alguien muere, pero al revés. Todos alzamos la mirada y dejamos lo que estamos haciendo. Pero a veces pasan muchos días en que no la escuchamos.

Hoy, cuando salí del hospital por primera vez después de 36 horas, había un camión refrigerador estacionado afuera para los cuerpos que ya no caben en la morgue.

Apuesto a que todas estas personas llegaron a urgencias con una idea: solo serán uno o dos días.

No veo a Beatriz ni a Gabriel durante cinco días. Incluso parece que Abuela no está, y supongo que todos se encuentran en la granja, juntos. Me convenzo sin dificultad de que la razón por la que me siento aliviada se debe a que Beatriz está recibiendo ayuda, y que no tiene nada que ver con que estoy evitando a Gabriel. La verdad es que no sabría qué decirle. «Fue un error» es lo que me parece más conveniente, pero no estoy segura de a qué se refiere: a la noche con Gabriel o a todos los años que me llevaron a eso.

Así, cada vez que salgo del departamento y no lo veo es una prórroga. Si no lo veo, puedo fingir que nunca pasó nada y posponer enfrentar las consecuencias.

Un día fui hasta El Muro de las Lágrimas, esperando encontrar otro milagro de recepción del celular. Cuando las barras se marcan en mi

teléfono, llamo primero a The Green para organizar la cremación de mi madre y explicar que sigo atorada fuera del país. Luego llamo a Finn y entro directamente al correo de voz. «Soy yo», digo. «Te escribí postales pero... pero no llegaron. Solo quería decirte que pienso en ti». Y después no me tuve confianza para decir nada más.

Otro día soleado y perfecto en Isabela; me pongo el traje de baño, tomo el esnórquel y el visor que había en el departamento de Gabriel y camino por las calles de Puerto Villamil hacia Concha de Perla. Algunos negociantes que, como todos los demás, se han vuelto menos estrictos con el toque de queda, me reconocen y saludan con la mano, o gritan un «hola» detrás del cubrebocas. Algunos se me han acercado en la feria para intercambiar protector solar, cereal o tortillas recién hechas por retratos que cuelgan en sus establecimientos.

Cuando llego al muelle de Concha de Perla hay un enorme león marino tumbado en una de las bancas. Levanta la cabeza cuando me acerco, agita sus bigotes y se vuelve a echar para seguir la siesta. Me desvisto hasta quedar en traje de baño y bajo la escalera hasta el océano; me acomodo el visor y nado con largas brazadas hasta el corazón de la laguna.

Una figura oscura y enorme emerge en mi visión periférica. Volteo para ver a una raya jaspeada que avanza paralela a mí. Sus aletas pasan rozándome, su cola barre el fondo arenoso. Acaricia mis dedos con suavidad, deliberada, como para convencerme de que no es una amenaza. Es como acariciar el sombrero suave y aterciopelado de una seta.

Hace seis semanas esto me hubiera provocado un ataque. Ahora, es solo otro ser vivo que comparte el lugar conmigo. Sonrío y observo cómo se aleja debajo del agua hasta convertirse en un punto que luego se desvanece en el azul profundo.

Floto bocarriba durante un tiempo, sintiendo el sol caliente en el rostro; después, con brazadas lentas regreso al muelle.

De nuevo, Beatriz está ahí sentada.

No lleva su sempiterna camiseta de manga larga. Tiene los brazos desnudos, marcados con líneas pálidas; se abraza las rodillas contra el pecho. Subo las escaleras, me quito el visor y el esnórquel, y escurro mi cola de caballo; luego me siento a su lado.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja. Son las mismas palabras que le dije la primera vez en Isabela, una recurrencia.

—Sí —responde mirando su regazo.

Permanecemos en un silencio tenso. En todo el tiempo que he

pasado con Beatriz siempre hemos tenido algo que decir.

—Lo que viste... tu padre y yo... —sacudo la cabeza—. Sabes que alguien me espera en casa. No debió suceder. Lo siento.

Beatriz pasa el pulgar sobre una ranura en la madera.

—Yo también lo siento. No haber mandado tus postales.

He pensado mucho en las razones por las que me mintió sobre haberlas enviado. No creo que haya sido malicia... más bien el deseo de guardarme para ella ahora que me había convertido en su confidente. Con mayor razón, por supuesto, que le ofendiera haberme encontrado en la cama con su padre.

Confiaba en mí. Igual que Finn había confiado en mí.

De pronto siento ganas de vomitar. Porque así como no quiero enfrentar a Gabriel para hablar de lo que pasó entre nosotros, menos deseo confesárselo a Finn.

Beatriz me mira.

—Hablé con mi papá sobre Ana María.

—¿Cómo te fue?

—No tan mal como me imaginé —dice con remordimiento.

—La mente es algo impresionante —respondo.

Ella considera mis palabras.

—Bueno, sí tenía buenas razones para preocuparme —agrega—. Hay mucha gente en el mundo que me odiaría porque... me gustan las mujeres. Pero mi padre no es uno de ellos —Beatriz baja la cabeza—. Me siento un poco mal por Ana María. Ella no tiene padres como el mío, así que tiene que fingir todo el tiempo. Hasta a sí misma.

No sé qué decirle. Tiene razón. El mundo puede ser una mierda y supongo que uno nunca es demasiado joven para aprenderlo.

—No voy a regresar a la escuela —dice—. Mi padre dijo que podía tomar aquí los cursos en línea. Pero yo tuve que prometerle que hablaré con un terapeuta. Ya nos vimos por Zoom ayer —hace una mueca—. Otra cosa que no estuvo tan mal como había pensado.

—¿Escuela en línea? —repito—. ¿Zoom?

—Mi papá le pagó a Elena para que abriera el estúpido hotel y prendiera el wifi para que yo pudiera tener una señal decente —explica Beatriz.

—¿Con qué le está pagando? —pregunto arqueando las cejas.

Beatriz esboza una sonrisa y yo también, luego ambas estallamos en carcajadas. Paso el brazo sobre sus hombros y recarga la cabeza en mi hombro. Observamos a un león marino que juega a lo lejos.

—¿Sabes? —dice Beatriz—, podrías quedarte. Con nosotros.

Sus palabras me enternecen.
—Tengo que volver en algún momento a la vida real.
Se aparta con una expresión melancólica.
—Por un tiempo, ¿no te pareció real? —pregunta.

Querido Finn:

Es posible que no recibas esta postal hasta que regrese a casa y yo misma te la dé. Pero hay cosas que necesito decirte y no pueden esperar.

He pensado mucho en las cosas que hacemos que, sencillamente, son imperdonables. Como no haber estado con mi madre cuando murió o que mi madre no estuviera a mi lado cuando yo era niña. Dejarte solo durante la pandemia. Que tú me exhortaras a irme.

He pensado mucho en esto último. Cuando me dijiste que tratabas de mantenerme segura... quizá solo querías convencerte de que era lo más inteligente. ¿En verdad no pensaste que podría arreglármelas para mantenerme sana? ¿En realidad creíste que cuando el mundo se cae a pedazos es mejor estar separado de la persona a la que amas, en lugar de estar juntos?

Claro, le he dado muchas vueltas a eso, pero estos días he tenido mucho tiempo para reflexionar. Y ni siquiera puedo culparte. Yo también dije e hice cosas que no debí decir o hacer.

Sé que todos cometemos errores, pero hasta hace poco consideraba los errores como debilidad. Incluidos los míos. Nunca me he dado la oportunidad de hacer las cosas mal y hacerlo mejor la próxima vez. Es agotador intentar no salirse del camino, que me preocupe que si me equivoco nunca más retomaré el curso.

Esto es lo que he aprendido: si, a toro pasado, te das cuenta de que si hiciste algo mal, si hiciste lo imperdonable, eso no significa que no debió suceder. Claro, podríamos desear lo contrario, pero cuando las cosas no pasan de acuerdo con el plan, quizá se deba a que el plan no era bueno. No me explico bien. Por ejemplo, mi maleta perdida. Me pregunto si la persona que la encontró necesitaba la ropa más que yo. Me pregunto qué hubiera hecho Beatriz si yo no hubiera venido a Isabela. Imagino a Kitomi con su pintura para hacerle compañía todas estas semanas, en lugar de que estuviera embalada en un almacén. Imagino a todas las personas a las que has salvado en el hospital y a quienes no pudiste, pero que acompañaste todo el camino hasta el borde de la muerte. Y entonces me doy cuenta: quizá las cosas no se jodieron. Quizá todo este tiempo estuve equivocada y este es el lugar en donde tenía que estar.

Diana

Para: DOToole@gmail.com
De: FColson@nyp.org

Estoy muy cansado para hablar de todo lo que pasó hoy en el hospital.

Espero que estés bien.

Uno de nosotros tiene que estarlo.

Dos semanas y media después de que Gabriel y yo nos acostamos, regreso a casa después de ir a correr y encuentro una nota que pasó por abajo de la puerta del departamento, en la que me invita a una excursión a un lugar llamado Playa Barahona. Dice que me esperará frente a mi casa a las 9:00 a. m. mañana, si decido acompañarlo.

Aunque sería más fácil esconderme para siempre, sé que no puedo hacerlo. Es 9 de mayo. Llevo aquí casi dos meses. Un día el ferri volverá a dar servicio. No puedo evitar a Gabriel en una isla tan pequeña. Y le debo una conversación.

A la mañana siguiente abro la puerta corrediza y lo veo, esperándome con dos bicicletas oxidadas y un termo de café.

—Hola —digo.

—Hola —responde envolviéndome en su mirada.

Me pregunto cómo se puede ser tan tímido con alguien que estuvo en tu interior.

Me sonrojo y trato de desviar la atención con mis palabras.

—¿Bicis? ¿Hasta dónde vamos?

Se frota la nuca.

—Más allá de El Muro de las Lágrimas, más cerca que Sierra Negra —explica Gabriel—. Es un lugar secreto. Está cerrado a los turistas y a los lugareños. No he ido ahí desde que era niño.

—A infringir más reglas —digo en broma—. Eres mala influencia.

Mi comentario lo hace mirarme fijamente. Desvío la mirada, tomo una de las bicicletas y me aclaro la garganta.

—Vi a Beatriz —continúo—. Dice que todo está... bien.

Gabriel me observa un buen rato antes de tomar el manubrio de la segunda bici.

—Okey —dice en voz baja; asiente como si aceptara que es una señal de lo que vamos y no vamos a hablar.

Empuja la bicicleta hacia el camino principal al tiempo que me platica la clase que le dio Beatriz sobre las 123 tortugas bebé que robaron de un criadero en 2018 y cómo está peleando una batalla perdida para explicarle a Abuela que no puede ir a jugar *lotería* a la iglesia, aunque use el cubrebocas. Mientras pedaleamos por caminos polvorientos, me dice que ya casi terminó de construir la segunda recámara de su casa, algo muy bueno porque Beatriz se quedará con él después de que vuelvan a abrir la escuela en Santa Cruz.

Durante casi media hora pedaleamos en silencio.

—La primera chica de la que me enamoré fue Luz —dice de pronto —. Se sentaba frente a mí en la clase, por orden alfabético, y durante

meses observé las tres pecas que tiene en la nuca hasta que me armé de valor para hablarle —me mira—. ¿Recuerdas tu primer amor?

—Claro. Se llamaba Jared y era vegetariano; dejé de comer carne un mes para que me hiciera caso.

Gabriel ríe.

—¿Te acuerdas de antes de eso, cuando decidiste que te gustaban los chicos?

Lo miro desconcertada.

—No...

—Exactamente —afirma y se pone serio—. Nadie más volverá a romperle el corazón.

¡Dios, este hombre!

—¿Quién se atrevería, si tú estás de su lado?

Su mirada atrapa la mía y yo no puedo apartarla; casi choco contra un árbol si Gabriel no hubiera saltado de su bicicleta para impedirlo.

—Tenemos que esconderlas —me explica—, si no queremos que los guardas forestales las vean y nos busquen.

Lleva su bici hasta unos matorrales y acomoda la maleza para cubrir el metal oxidado; luego toma la mía y hace lo mismo.

—¿Ahora qué?

—Ahora caminamos lo que falta —dice—. Otros 45 minutos.

De camino, habla de temas seguros: me cuenta sobre su niñez. Su padre acostumbraba leerle *Moby Dick* antes de dormir, porque Melville aprendió sobre la caza de ballenas mientras estaba en un barco en las Galápagos. Dice que Melville se refería a las Galápagos como «Las islas encantadas». Me cuenta que la última vez que estuvo en Barahona estaba con un grupo que se llamaba Amigos de las Tortugas, un montón de chicos que habían ido con la Estación de Investigación Charles Darwin para contar los nidos de las tortugas marinas. Voluntarios de todo el mundo vinieron a ayudar y uno, un turista de Estados Unidos, le enseñó a Gabriel a surfear.

Por último, cuando llegamos a la cima de una duna y vemos la playa extenderse a nuestros pies, me quedo sin aliento. Es hermoso, de la manera en la que la vida silvestre es hermosa: el bramido del mar y la arena revuelta, bordeado por cactus y maleza. Gabriel me ofrece la mano y, tras dudar un momento, la tomo para que me ayude a abrirme camino por el monte hasta aterrizar en la playa.

—Con cuidado —me advierte, jalándome a su izquierda para evitar que cayera en un pequeño agujero en la arena, como una burbuja atrapada en el subsuelo—. Mira, es un nido de tortuga.

Miro alrededor, poco a poco encuentro otras veinte pequeñas cavidades en la arena.

—¿En serio?

—Sí. Y por lejos que naden en el océano, las tortugas siempre regresan a la misma playa a poner sus huevos.

—¿Cómo la encuentran?

—Campo magnético. Cada parte de la costa tiene su propia huella especial y los bebés lo aprenden y usan su memoria como brújula.

—Es increíble —exclamo.

—No es por eso que quería enseñártelo —dice Gabriel. Luego señala hacia una línea retorcida en la arena que llega hasta el agua—. Después de que las hembras ponen sus huevos, como cien cada vez, se van. No regresan a cuidarlos.

Pienso en el recuerdo más fuerte que tengo de mi madre: la veo jalar su equipaje de mano y salir de nuestra casa.

—Lo increíble es que, dos meses después, esas tortugas marinas bebé salen del cascarón en la noche —continúa—. Tienen que llegar al océano antes de que los halcones, los cangrejos y las fragatas las atrapen. La única guía que tienen es el reflejo de la luna en el agua —siento que está parado detrás de mí, un muro de calor—. No todas lo logran. Pero, Diana... las más fuertes sí lo hacen.

Cuando saltan lágrimas de mis ojos me alejo y me tropiezo hacia adelante; Gabriel me jala por el brazo.

—*Cuidado* —dice.

Sigo su mirada hasta el árbol contra el que casi me estrello, un manzanillo de playa cargado de manzanas venenosas.

Río, pero quizá fue sollozo.

—No puedo —digo.

Me alejo, dejando que sea él quien dilucide a qué me refiero.

Asiente y me deja partir. Revuelve la arena con cuidado para evitar los nidos de tortugas marinas.

—Entonces, yo hablaré de eso —dice en voz baja—. Pocas veces en mi vida he pensado que todas las estrellas se alinean y que yo estaba justo donde debía estar. Una vez cuando nació Beatriz. Otra cuando buceaba cerca de Kicker Rock, en San Cristóbal, y vi 50 tiburones martillo. Una más cuando el volcán hizo erupción bajo mis pies —busca mi mirada—. Y la última contigo.

Si tan solo fueran tiempos normales. Si tan solo yo fuera una turista ordinaria. Si tan solo no tuviera una vida y un amor esperándome en casa. Respiro profundo.

—Gabriel...

No puedo continuar porque niega con la cabeza.

—No tienes que decir nada.

Extiendo la mano y tomo la suya. Bajo la mirada hasta mis dedos entrelazados con los suyos.

—¿Nadas conmigo? —pregunto.

Asiente y nos dirigimos a la playa. Me quito la camiseta y los shorts, y camino hacia la ola en traje de baño. Gabriel pasa corriendo a mi lado, me salpica a propósito y me hace reír. Se sumerge y al salir agita la cabeza lanzando gotitas de agua a su alrededor, luego golpea la superficie para arrojarme un chorro de agua.

—Te vas a arrepentir de eso —digo y me sumerjo.

Es un bautizo y lo sabemos. Una manera de empezar de cero como amigos porque es el único camino que tenemos por delante.

El agua es lo suficientemente fría como para refrescar. Mis ojos arden por la sal y mi cabello se enreda en mechones sobre mi espalda. De cuando en cuando, Gabriel se sumerge hasta el fondo y saca una estrella de mar o un pedazo de coral para que yo lo admire antes de soltarlo.

No estoy segura en qué momento me doy cuenta de que pierdo de vista a Gabriel. Su cabeza sube y baja en el agua, como la de una foca, y de pronto ya no está. Giro 360 grados y trato de nadar para acercarme a la orilla, pero me doy cuenta de que no estoy llegando a ninguna parte. Por más que me esfuerzo, la corriente me jala mar adentro.

—¿Gabriel? —grito y trago agua—. ¡Gabriel!

—¿Diana?

Lo escucho antes de verlo, un punto tan diminuto, tan distante que no puedo imaginar cómo se alejó tanto. O quizá fui yo quien se alejó.

—No puedo regresar —grito.

Ahueca las manos alrededor de su boca para que pueda escucharlo.

—Nada con la corriente, en diagonal —exclama—. No luches contra ella.

En algún lugar de mi conciencia me doy cuenta de que estas deben ser aguas revueltas que me alejan a toda velocidad de la costa. Pienso en los amigos de Gabriel, el pescador que jamás regresó. Pienso en su padre, a quien se lo llevó una corriente a las profundidades del océano. Mi corazón empieza a latir con fuerza.

Respiro profundamente y empiezo a dar fuertes brazadas, pero al sacar la cabeza de la superficie no estoy más cerca de la playa. La

única diferencia es que ahora Gabriel avanza con rapidez hacia mí, nadando a favor de la corriente. Parece acercarse a velocidad sobrehumana.

Está tratando de salvarme.

Siento que pasa una eternidad, pero en cuestión de minutos llega hasta mí. Me sujeta y su dedo se engancha en la cadena de la medalla milagrosa, pero se rompe y nos separamos más.

—¡Gabriel! —grito con pánico.

Se acerca flotando y en cuanto puedo me sujeto y trepo sobre él como una enredadera, presa del miedo. Me jala bajo el agua y luego me empuja hacia la superficie.

Escupo agua y parpadeo. Ahora que tiene mi atención, Gabriel me toma por los hombros.

—Cálmate. Mírame. Vas a salir de aquí —me ordena.

Pasa un brazo a mi alrededor y nada por ambos, pero puedo sentir cómo su brazada se hace más lenta y su cuerpo más pesado.

«Dios mío. Esto no puede pasarle de nuevo».

Sus dedos se flexionan sobre mi cintura en un intento por acercarme a él. Pero puedo sentir que pierde vigor. Solo, podría salir de esta maldita corriente, pero mi peso le quita energía. Si sigue tratando de salvarme, ambos nos ahogaremos. Así que hago lo único que puedo hacer.

Me suelto. De inmediato, la corriente me separa de él tan rápido que me mareo. Patalea y grita mi nombre desesperado.

Las olas son tan grandes aquí que rompen sobre mi cabeza. Cada vez que trato de responderle, trago agua.

Pienso en lo que me dijo cuando me tocó la garganta. Sobre las vías respiratorias que desarrollaron los humanos, con la promesa de hablar unos con otros, los compromisos que padecemos por eso.

He oído que lo más difícil de ahogarse es justo el momento antes: cuando tus pulmones se detienen a punto de estallar, cuando das una bocanada en busca de oxígeno y solo encuentras agua.

Nuestros cuerpos tratan de luchar contra lo inevitable.

He oído que todo lo que hay que hacer para estar en paz es darte por vencido.

SIETE

«Ayuda».

OCHO

Cálmate. Mírame. Vas a salir de aquí, Diana.

NUEVE

¿Sabes dónde estás?
«Donde está mi voz».

DIEZ

¿Puedes apretar mi mano? ¿Mover los dedos de los pies?
¿Sabes dónde estás?
«Dónde está Gabriel».

ONCE

—Parpadea una vez si es sí —escucho—. Dos veces si es no. No trates de hablar —la luz es tan brillante que debo cerrar los ojos—. ¿Sabes dónde estás ahora?

Hay algo en mi garganta, una suerte de tubo. Puedo escuchar un rechinido y el repiqueteo de máquinas. Es un hospital. Parpadeo una vez.

—Okey, Diana, tose por favor.

Cuando trato de hacerlo, el tubo se desliza hasta salir poco a poco; tengo la garganta lastimada y muy, muy seca.

Toso y toso, y recuerdo que no podía respirar. Mis ojos se enfocan en algo que está escrito sobre el vidrio de la ventana de mi habitación. Las letras están al revés, para quien sea que llegue del exterior y tengo que descifrarlas en la dirección correcta.

«COVID +».

Alguien sostiene mi mano y la aprieta con fuerza. Requiero de toda mi fuerza para voltear.

Está vestido como astronauta, con bata y guantes, un grueso cubrebocas le cubre nariz y boca. Detrás del protector de plástico que le cubre el rostro, las lágrimas bajan por sus mejillas.

—Vas a estar bien —dice Finn, llorando.

No debería estar aquí.

Me dice que le rogó a una enfermera que lo dejara entrar, porque aunque estoy en su hospital, no soy su paciente y por el momento no se aceptan visitas en la UCI. Dice que tenía a todos muertos de miedo. Estuve intubada cinco días. Me dice que ayer, cuando bajaron la presión del ventilador para hacer una prueba de respiración espontánea, mis cifras parecían ser suficientes para extubarme.

Nada de esta información me parece lógica.

Una enfermera se asoma a la habitación y da unos golpecitos en su muñeca: se acabó el tiempo. Finn acaricia mi frente.

—Me tengo que ir antes de que alguien se meta en problemas —

explica.

—Espera —mi voz es un graznido. Tengo muchas preguntas pero solo surge la más importante—. Gabriel.

Finn frunce el ceño.

—¿Quién?

—En el agua, conmigo —me esfuerzo por decir—. ¿Salió...?

Jalo aire a mis pulmones maltratados; es como si respirara vidrio roto.

—Muchos pacientes de covid tienen delirios cuando les quitan el respirador —dice Finn con dulzura.

—¿Muchos qué?

—Es normal que estés confundida después de tanto tiempo de estar sedada —explica.

No estoy confundida. Lo recuerdo todo: la corriente que me llevó a mar abierto, la sal que quemaba mi garganta, el momento en el que solté a Gabriel.

Atrapo la manga blanca de la bata de médico de Finn, e incluso ese pequeño movimiento es agotador.

—¿Cómo llegué aquí?

Sus ojos se nublan.

—Ambulancia —murmura—. Cuando te desmayaste mientras te lavabas los dientes pensé que...

—No —interrumpo—. ¿Cómo regresé de las Galápagos?

Finn parpadea.

—Diana, nunca te fuiste —responde.

SEGUNDA PARTE

DOCE

Más tarde me enteré de que cuando quieres quitarle a alguien el respirador se usa el acrónimo MOVE para evaluar si está preparado: estado mental, oxigenación, ventilación y expectoración. Los vasos sanguíneos del cerebro deben recibir y transferir oxígeno para que el paciente pueda procesar información y responder. La oxigenación debe llegar a 90% y el paciente debe ser capaz de respirar sin ventilador. Hay que asegurarse de que puede toser para que no se ahogue con su propia saliva cuando se saca la cánula.

Para determinar esto se realiza una prueba de respiración espontánea. Primero se cambia al paciente a modo presión de soporte, para saber cuánto puede respirar. Después viene una prueba de despertar espontáneo para saber si el paciente despierta cuando disminuye el efecto de los sedantes intravenosos. Por último, la presión de soporte se apaga para hacer la prueba de respiración espontánea. Si el paciente puede mantener niveles bajos de dióxido de carbono, entonces está listo para ser extubado.

Este proceso se llama receso de sedación.

Según Syreta, mi enfermera, es el único receso que he tenido.

Estoy sola la mayor parte del tiempo pero parece que siempre hay alguien que merodea al otro lado de la puerta para echar un vistazo. La próxima vez que entra Syreta le pregunto por qué, y responde que soy una historia de éxito, y el personal ha tenido muy pocas.

Syreta me dice que es normal sentirse presionado. No puedo sentarme sola. No me permiten comer o beber; tengo una sonda nasogástrica y la tendré hasta que pase algo que se llama prueba de disfagia. Llevo pañal. Pero nada de todo esto es tan molesto como el hecho de que todos me aseguran que es real: el equipo médico está vestido como astronauta, la debilidad de mi cuerpo, las noticias en el televisor informan que las escuelas y los negocios están cerrados y que miles de personas han muerto.

Ayer estaba en la isla de Isabela y casi me ahogué.

Pero soy la única persona que lo cree.

Syreta ni siquiera parpadea cuando le hablo de las Galápagos.

—Tuve una paciente que estaba convencida de que había dos muñecos de peluche en el alféizar, y que cada vez que yo salía de la habitación le hacían señas —arquea una ceja—. No había muñecos de peluche en su ventana. Ni siquiera había una ventana.

—No entiende... yo viví ahí. Conocí gente e hice amigos y... subí a un volcán... fui a nadar. ¡Oh! —trato de tomar mi teléfono de la mesita frente a mí, pero está tan pesado que se me escapa de la mano y Syreta debe buscarlo en las cobijas para dármelo—. Tengo fotos. Leones marinos y piqueros patiazul que quería enseñarle a Finn.

Uso el pulgar para deslizarlo sobre la pantalla, pero la última fotografía en mi teléfono es de la pintura de Kitomi Ito, de hace semanas.

Ahí me doy cuenta de la fecha.

—Hoy no puede ser 24 de marzo —digo; la idea da vueltas como neblina en la cabeza—. Estuve fuera dos meses. Celebré mi cumpleaños allá.

—Supongo que lo celebrarás de nuevo.

—No fue una alucinación —me quejo—. Era más real que todo esto.

—Francamente, eso es una bendición —murmura Syreta.

La UCI para pacientes con covid es una zona de plaga. Las únicas personas que pueden entrar a mi habitación son mi médico, Syreta y la enfermera de noche, Betty; incluso los residentes que hacen rondas me hablan desde el otro lado de la placa de vidrio. Hay demasiados pacientes y no personal suficiente. El 99% del tiempo estoy sola, atrapada en un cuerpo incapaz de hacer lo que necesito que haga.

No dejo de mirar por la ventana, pero soy el insecto atrapado en el frasco, a quien la gente observa de vez en cuando y que se siente agradecido porque no comparte tu espacio.

Tengo una sed tan jodida y nadie me da agua. Siento como si hubiera estado en un túnel de viento durante días, incapaz de cerrar la boca. Mis labios están partidos y mi garganta es un desierto.

Aún me siguen dando oxígeno por vía nasal.

No tengo ningún recuerdo de haber enfermado.

Lo que sí recuerdo, de forma vívida y visceral, es el brillo de las paredes rocosas en Los Trillizos y cómo el muelle en Puerto Villamil

huele a pescado y a sal, el sabor de la papaya caliente por el sol y las suaves entonaciones de la voz de Abuela al pronunciar palabras en español.

Recuerdo a Beatriz sentada en la banca con arena mojada goteando de su puño.

Recuerdo a Gabriel lanzando agua del mar y sonriendo mientras me salpicaba.

Cada que pienso en ellos empiezo a llorar. Lloro por personas que, de acuerdo con todos aquí, nunca existieron.

La única explicación es que, además de atrapar el virus, me volví loca.

Cuando trato de inspirar y no puedo, cuando siento la pesadez de mi cuerpo deteriorado, me doy cuenta de que debería creer a todas las personas que me dicen lo enferma que estuve. Pero no siento haber estado enferma. Siento como si mi realidad solo... hubiera cambiado.

He leído sobre gente que está sedada y despierta hablando mandarín cuando no hay antecedentes chinos en la familia y nunca ha viajado a China; sobre un hombre que salió del coma, pidió que le dieran un violín y resultó ser un virtuoso que abarrotaba auditorios en sus conciertos. Siempre consideré esto con mucha prudencia porque, francamente, parece demasiado loco para ser cierto. Quizá yo no tenga una nueva habilidad lingüística o musical, pero apostaría mi vida por el hecho de que mis recuerdos de los últimos dos meses no son un delirio. Sé que estuve ahí.

Donde quiera que sea «ahí».

Cuando me empiezo a agitar tanto que mi pulso se eleva al máximo, Betty entra a la habitación. Me siento tan agradecida de ver a otro ser humano en el mismo cuarto conmigo que empiezo a preguntarme si fingir estar más enferma significa que no estaré mucho tiempo sola.

—¿Qué pasa cuando no recibes oxígeno suficiente? —pregunto.

Examina los niveles de oxígeno de inmediato, son estables.

—Estás bien —insiste Betty.

—Ahora —aclaro—. Pero es obvio que estuvieron tan mal que tuvieron que intubarme, ¿cierto? ¿Y si eso me estropeó el cerebro... de manera permanente?

La mirada de Betty se suaviza.

—La confusión por covid es real —explica—. Si tienes problemas para hilar pensamiento o recordar el final de una frase no se trata de daño cerebral. Es solo... un efecto secundario.

—El problema no es no recordar —digo—. Es que recuerdo. Todos me dicen que he estado en el hospital con covid, pero no me acuerdo de nada de eso. Todos mis recuerdos son haber estado en un país diferente, con personas que dicen que inventé.

Mi voz se espesa con las lágrimas; no quiero ver la compasión en la expresión de Betty, no quiero que me consideren como una paciente que no tiene percepción de la realidad. Lo que quiero, carajo, es que alguien me crea.

—Mire —dice Betty—, ¿por qué no le llamo al médico de guardia? Para eso son los médicos de cuidado intensivo. Es probable que alguien que ha pasado por lo que usted vivió padezca TEPT; podríamos medicarla para aliviar un poco...

—No —interrumpo—. No más medicinas.

No quiero perder estos recuerdos por fármacos que me dejen zombi. No quiero que borren mi mente.

De alguna manera siento que ya lo han hecho.

Cuando me niego a dejar que Betty le llame al médico, sugiere que tratemos de localizar a Finn. Usa mi teléfono para llamarlo por FaceTime, pero no responde. 10 minutos después, golpea sobre el vidrio de mi habitación. Al verlo ahí, al ver a alguien que se preocupa por mí, me inunda el alivio. Agito la mano en señal de que entre, pero niega con la cabeza. Con gestos, hace como si se llevara un teléfono al oído y luego le hace señas a Betty, que está en el pasillo. Ella entra al cuarto para sostener el teléfono, porque mis brazos están muy débiles.

—¡Ey! —dice Finn con voz suave—. Me dicen que la paciente está agitada.

—No agitada —corrijo—, solo frustrada. Y muy, muy sola.

—Si te sirve de consuelo, el aislamiento debe hacer milagros porque ya te ves mucho mejor.

—Mentiroso —murmuro mirándolo por la ventana.

Él me guiña un ojo.

«Esto es real», me digo. «Finn es real».

Pero también siento lo vacío de la frase: «Gabriel no lo es».

—¿Finn? —digo—. ¿Y si ya no distingo la diferencia entre lo que soñé y lo que no?

Permanece un momento en silencio.

—¿Has tenido más... incidentes?

Me doy cuenta de que no quiere usar la palabra «alucinaciones».

—No —respondo.

Lo que no digo es que cada vez que cerré los ojos el día de hoy

esperaba volver adonde estaba ayer.

Quiero una segunda oportunidad, aunque mi conciencia me dice que es esta.

—Tu enfermera dijo que has estado preocupada —dice Finn.

—Nadie me dice nada —respondo al tiempo que se me salen las lágrimas.

—Yo lo haré —promete—. Te diré todo lo que quieres saber.

—No recuerdo haber enfermado —empiezo.

—Despertaste a medianoche con dolor de cabeza —explica—. A la mañana siguiente tenías 39.4 de fiebre. Te costaba trabajo respirar y jadeabas. Llamé a una ambulancia para que te trajera aquí.

—¿Y las Galápagos? —pregunto.

—¿Qué con las Galápagos? —dice—. Decidimos no ir.

Esas tres palabras eliminan el ruido en mi mente.

—¿Decidimos?

—Tu oxigenación estaba en 67 y la prueba salió positiva —continúa Finn—. Te llevaron a la sala de covid. No podía creerlo. Eres joven y sana, no se suponía que fueras el tipo de persona que pudiera atrapar el virus. Pero lo único que sabemos de la covid es que no sabemos nada de ella. Leía todo lo que podía para tratar de meterte en estudios de medicamentos, trataba de averiguar por qué seis litros de aire que se meten por una cánula no podían aumentar tu oxigenación. Entretanto, a mi alrededor tenía pacientes en respiradores que nunca podrían salir de ahí —traga saliva y me doy cuenta de que está llorando—. No podíamos mantenerte lúcida —continúa—. Me llamaron para decirme que tenían que intubarte. Así que di mi consentimiento.

Me duele el alma al pensar lo difícil que debió ser para él.

—Entraba a tu cuarto siempre que podía, me sentaba a tu lado y te hablaba sobre mis pacientes y sobre lo jodidamente aterrador que es este virus, y que sentía que solo estábamos avanzando a tientas con la esperanza de hacer las cosas bien.

Entonces, esos correos electrónicos esporádicos no eran en realidad correos.

—Hostigué a tu equipo médico para que te pusiera bocabajo aunque estuvieras intubada. Leí que un médico en la costa oeste tuvo éxito con este método en pacientes con covid. Pensaron que estaba loco, pero ahora algunos neumólogos lo están haciendo; qué demonios, contigo funcionó.

Pienso en todas las veces que estuve en Concha de Perla flotando

bocabajo con el visor y el esnórquel, observando el mundo submarino.

—Cuando estaba haciendo las rondas de mis pacientes u otra cosa, cada vez, cada maldita vez que escuchaba un código rojo, pensaba «Dios, por favor, que no sea ella».

—¿He... he estado aquí diez días? —pregunto.

—Para mí ha sido como un año. Algunas veces tratamos de sacarte de la sedación, pero no lo toleraste.

De pronto recuerdo el sueño vívido que tuve cuando estaba en las Galápagos: Finn no llevaba el equipo de protección como pensé, sino un cubrebocas N95, como todos aquí. Me decía que permaneciera despierta para que pudiera salvarme. Ahora me doy cuenta de que la mujer que vi a su lado era Syreta.

Hay momentos que se superponen en ambas realidades.

—Casi muero —murmuro.

Finn me mira durante un momento, pensando qué decir.

—Fue el segundo día que estabas intubada. Tu neumólogo me dijo que no creía que pasaras la noche. El respirador estaba al límite y tu nivel de oxigenación era una mierda. Tu presión arterial tocó fondo y no podían estabilizarte —suspira y se estremece—. Me dijo que debía despedirme.

Lo veo frotarse el rostro con la mano mientras revive algo que yo no recuerdo.

—Me senté contigo... tomé tu mano —dice en voz baja—. Te dije que te amo.

Una lágrima baja por mi mejilla, hasta la concha que ahora está en mi oreja.

—Pero luchaste —continúa—. Te estabilizaste. Y lo superaste. Francamente, es un milagro, Diana.

Siento el llanto en la garganta.

—Mi madre...

—Yo me estoy encargando de todo. Lo único que tú tienes que hacer es descansar, mejorarte —traga saliva—. Volver a casa.

De pronto se escucha un código azul en el altavoz y Finn frunce el ceño.

—Tengo que irme —dice—. Te amo.

Se va corriendo por el pasillo, seguramente a la habitación en la que uno de sus pacientes está muriendo. Alguien que no tiene tanta suerte como yo.

Betty aleja el teléfono de mi oreja, donde lo ha estado sosteniendo con su mano enguantada. Lo pone en el buró y luego presiona con

suavidad un pañuelo sobre el rabillo de mis ojos para enjugar las lágrimas que no cesan.

—Querida, ya pasó lo peor —dice—. Tiene una segunda oportunidad.

Cree que estoy llorando porque casi pierdo la vida.

«Usted no entiende», quisiera decirle. «La tuve».

Todos insisten en que debo concentrarme en recuperarme físicamente, cuando todo lo que deseo es desenredar la maraña en mi mente. Quiero hablar de Gabriel y de Beatriz, de las Galápagos, pero (primero) no hay nadie que me escuche; las enfermeras son rápidas y eficientes cuando entran a mi habitación a cambiarme y medicarme, para luego salir a desinfectarse y deshacerse de su equipo de protección. Y (segundo) nadie me cree.

Recuerdo lo aislada que me sentí cuando pensé que estaba varada en Isabela, y me pregunto si eso se debió a que mi cerebro drogado interpretaba lo que significa ser un paciente de covid en cuarentena. En las Galápagos estuve mucho tiempo sola, pero no tan sola como aquí.

No he visto a Finn en todo el día.

No puedo leer porque las palabras empiezan a bailar en la página, e incluso una revista es demasiado pesada para sostenerla. Igual que el teléfono. No puedo llamar a mis amigos porque mi voz sigue ronca y rasposa. Veo televisión, pero parece que todos los canales pasan al presidente diciendo que este virus no es peor que la gripe, que el distanciamiento social dejará de respetarse para Semana Santa.

Durante horas interminables observo la puerta deseando que alguien entre. A veces pasa tanto tiempo entre las visitas de las enfermeras que cuando llegan Syreta o Betty hablo de lo que sea con tal de que se queden unos minutos más conmigo.

Cuando le digo a Syreta que quiero tratar de usar el baño, ella arquea una ceja.

—Tranquila, vaquera —dice—. Poco a poco.

Entonces le pido agua y me da una esponja humedecida que mueve alrededor de mi boca. La chupo con avidez, pero Syreta la quita y me deja sedienta.

Si me porto bien, promete, mañana me pueden hacer la prueba de disfagia y quizá me puedan quitar la sonda nasogástrica.

Decido portarme bien.

Mientras tanto, permanezco sobre un costado y escucho los pitidos y chirridos de las máquinas que demuestran que estoy viva.

Aunque estoy sola, cuando ensucio el pañal para adultos mis mejillas arden de humillación. Tanteo en busca del botón de llamada. La última vez que necesité que me cambiaran (Dios mío, solo pensarlo me avergüenza) Syreta llegó 40 minutos después. No le pregunté por su retraso, se dibujaba en todo su rostro: decepción, agotamiento, resignación. Aguantar mis propias porquerías no se puede comparar con un paciente que está muriendo.

Para mi alivio, esta vez la puerta se abre casi de inmediato. Pero en lugar de mi enfermera de día, el hombre más guapo que he visto en mi vida entra al cuarto. Es joven, veintipocos, de cabello negro azabache y ojos tan azules que es como si mirara el cielo. Debajo del cubrebocas, su mentón es cuadrado; hombros anchos y bíceps que marcan las mangas de su ropa quirúrgica.

—¿Necesita algo? —pregunta.

Siento que me voy a tragar la lengua.

—Yo... mmm... No eres Syreta.

—Definitivamente, no —admite. Me doy cuenta de que sonríe por la manera en que brillan sus ojos, pero apuesto que debajo de ese cubrebocas y protector facial, sus dientes son perfectos—. Soy Chris; soy ayudante de enfermero certificado.

—¿Por qué?

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda evitarlo. Este hombre podría ser estrella de cine, modelo. ¿Por qué elegiría estar en una sala de covid, cuidando a pacientes contagiosos que no se pueden limpiar su propio trasero?

Ríe.

—La verdad es que me gusta mi trabajo. O me gustaba, antes de que se convirtiera en una posible sentencia de muerte —se sonroja mucho debajo del cubrebocas—. Lo siento —agrega de inmediato—. No pretendía decirlo en voz alta.

Imagino que en otro tiempo o lugar quizá las pacientes pedían que fuera él quien las ayudara a moverse en la cama o pasar a la silla de ruedas.

Esos brazos.

De pronto, me sonrojo tanto como él porque recuerdo por qué presioné el botón de llamada.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta Chris.

Me quedo sin voz. Sopeso el hecho de quedarme con este

asqueroso pañal frente a la humillación de explicarle por qué necesito ayuda.

Parece que también es psíquico o está acostumbrado a que las mujeres actúen como idiotas cuando está él, porque solo asiente rápidamente, como si hubiéramos tenido una larga conversación, y de manera eficiente se dirige al anaquel de suministros y saca un pañal nuevo. Con cuidado, baja las sábanas, jala las lengüetas elásticas del pañal, me limpia rápido, me desinfecta y me pone el pañal limpio. Todo ese tiempo mantengo los ojos cerrados como si eso me hiciera ajena a toda esta experiencia.

Escucho cómo cae la basura en el bote, agua que empieza a correr y el chasquido de nuevos guantes de látex.

—Todo listo —dice Chris, animado— ¿Necesita algo más?

Antes de que pueda responder, otra persona entra a la habitación. No he visto a dos seres humanos en este lugar desde que me extubaron y ahí estaba Finn. Es una mujer pequeña completamente cubierta con equipo de protección personal, como todos los demás.

—Deja de monopolizar a la paciente —exclama—. Es mi turno.

—Luego nos vemos —dice Chris guiñándome un ojo.

La mujer lo mira marcharse.

—Un enfermero muy sexy —murmura—, pura sensualidad en dos piernas.

—Se llama Chris —digo.

—Oh, lo sé —responde arqueando una ceja y acercándose a la cama—. Yo soy Prisha, la fisioterapeuta.

—Mucho gusto —saludo.

—Ya nos conocíamos, más o menos. Mientras estuvo sedada yo manipulaba sus extremidades para que las articulaciones y los músculos se mantuvieran sanos —se encoge de hombros—. De nada.

—Quiero ir al baño —digo—. Quiero decir, no ahora, pero cuando lo necesite.

—Excelente meta —asiente—. Pero estuvo intubada cinco días, así que antes tenemos que ver cómo se mueve y cómo responderá cuando esté erguida.

Prisha levanta uno de mis brazos sobre la cabeza y me exhorta a respirar. Luego hace lo mismo con el otro brazo. Siento cómo se expande mi caja torácica. Me da unos cuantos ejercicios respiratorios que realizo hasta que empiezo a toser.

—Podemos intentar que se levante de la cama, pero para eso vamos a necesitar otro par de manos y un tensiómetro —explica.

—Por favor —suplico—. ¿El baño?

Entrecierra los ojos como si me evaluara. Luego llama otra vez a Chris, el ayudante de enfermero. Prisha me ayuda a girar y baja mis piernas sobre el borde de la cama. Con la asistencia de Chris, me siento. Prisha pasa un brazo a mi alrededor y, en ese abrazo, pierdo el aliento. Todos los demás, incluso Finn esa primera noche, dudan en acercarse a mí, como si mi piel estuviera contaminada. Que alguien me toque, de manera tan determinada y sin miedo, casi me hace llorar.

Todo me duele cuando trato de moverme, pero tengo voluntad. No quiero que Chris me limpie el trasero de nuevo.

—¿Por qué es tan difícil? —me quejo.

—Tiene suerte —dice Chris, que está a mi otro costado—. Los pacientes de covid extubados, que no son muchos, tienen muchas complicaciones. Insuficiencia renal, insuficiencia cardiaca, encefalopatía, úlceras por presión...

Prisha lo interrumpe porque yo empiezo a entrar en pánico al escuchar las complicaciones en las que no había pensado.

—Okey —dice—. Vamos a intentar que permanezca sentada sola unos segundos.

«¿Sentarme?». No estoy inválida; solo fueron unos días.

—Solo necesito que me ayuden a ponerme de pie. No he estado tanto tiempo en el hospital...

—Deme gusto —insiste.

Quita el brazo para que yo me mantenga erguida sola. Lo hago como 15 segundos. Luego, todo es turbulento, a mi alrededor y en mi interior. Estar en posición vertical me hace sentir como si me precipitara en el espacio. Veo estrellas, empiezo a inclinarme hacia adelante y los brazos fuertes de Chris me sostienen. Con cuidado, me ayuda a recostarme.

Prisha me mira.

—Estuvo por completo paralizada casi una semana. Cuando se sienta, toda la sangre baja de su cabeza porque los músculos que rodean los vasos sanguíneos dejaron de trabajar y necesitan recordar cómo funciona la gravedad. Poco a poco, Diana. Casi muere. Dele tiempo al cuerpo para que se recupere.

Estoy exhausta, como si hubiera corrido dos kilómetros. Pienso cómo, en Isabela, podía nadar, correr o hacer esnórquel durante horas sin cansarme. Pero claro, no era cierto.

Prisha me tapa con la cobija.

—Tengo pacientes que no pueden hacerlo ni cinco segundos —dice dándome unas palmaditas en el hombro—. 15 segundos hoy. Mañana será mejor.

Cuando Prisha y Chris se marchan, a través del panel de vidrio veo cómo se quitan el equipo de protección personal y lo meten en contenedores especiales para artículos expuestos a la covid.

Mi fracaso me produce dolor de cabeza. Extiendo el brazo para tomar el extremo de plástico del control remoto del televisor y trato de acercarlo. Se me resbala de la mano dos veces hasta que por fin puedo subirlo a mi vientre y encender la tele.

El canal es la CNN.

«Por lo menos 215 millones de estadounidenses en cuarentena», dice el presentador. «Hasta el momento, Estados Unidos rebasó a China e Italia en el número de casos conocidos, con más de 85 000 personas infectadas y 1300 muertes».

Mi madre es una de ellas.

«Uno de los lugares más afectados es la ciudad de Nueva York. Un representante hospitalario en Queens dijo que solo les quedan tres respiradores y que si esto continúa hasta abril, el cuidado de los pacientes será limitado. Los cuerpos se almacenan en camiones frigoríficos...».

Golpeo el control remoto hasta que presiono el botón que, por fortuna, apaga el televisor.

Veo un fantasma. Dos veces.

Entra a mi habitación de forma tan silenciosa que no estoy segura de qué me despierta. Se mueve en las sombras y desaparece sin un solo sonido antes de que pueda verlo con claridad.

Así que la tercera vez ya lo estoy esperando. Es un borrón oscuro de actividad en un rincón del cuarto; volteo hacia la perturbación y entrecierro los ojos. Una mujer mayor de cabello oscuro y piel más oscura sostiene su propia sombra en un puño.

—Hola —murmuro. Ella voltea, asombrada—. ¿Eres real? —pregunto.

Como todos los demás, lleva cubrebocas, guantes y uniforme quirúrgico. Señala el bote de basura. En ese momento me doy cuenta de que lo que lleva en la mano solo es una bolsa negra de plástico. Es una persona de limpieza que está aquí para limpiar la habitación.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—No inglés —responde titubeando.

—Diana —digo poniendo la mano sobre mi pecho y luego la señalo.

—Cósima —responde, inclinando la cabeza hacia un lado.

Caigo en la cuenta de que nadie, voluntariamente, se relaciona con ninguna de las dos. Con Cósima, porque está por debajo del interés del personal médico; conmigo, porque estoy bajo una posible sentencia de muerte.

—Ya no sé que es real y qué no —le confieso a Cósima mientras limpia las llaves y el lavabo—. Perdí tiempo. Y gente. Y quizá la razón —digo.

Saca la bolsa del bote y le hace un nudo. Asiente y saca la basura.

No hay relojes en las habitaciones de hospital; perturban tu sueño constantemente y las luces nunca se apagan por completo, así que es difícil sentir cómo pasa el tiempo. En ocasiones no estoy segura de si han pasado horas o días.

En su lugar, empiezo a contar los intervalos entre los accesos de tos que me dejan vacía y exhausta. Mis pulmones se recuperaron lo suficiente como para extubarme, pero están muy lejos de estar sanos. Cuando empiezo a toser, no puedo parar; como no puedo parar, jadeo en busca de aire; cuando jadeo, mi vista se oscurece y se nubla.

Es exactamente la misma sensación que tuve cuando pensaba que me ahogaba.

Cuando vuelve a suceder, presiono el botón de llamada; Chris, el sexy asistente de enfermero, entra al cuarto. Ve que me esfuerzo por respirar y ajusta la cama hasta que quedo sentada. Toma una cánula de succión, parecida a las que usan los dentistas, y la mete a mi boca. Lo que sale me hace pensar en escarcha, pedacitos de vidrio que saqué de mi pecho con la tos. No es sorprendente que no pueda respirar si tengo esto dentro.

—Okey —me tranquiliza Chris—. Ahora trate de igualar la respiración.

Toso de nuevo, las costillas me aprietan y los ojos me lloran.

—Adentro... y afuera. Adentro... y afuera —repite.

Me toma la mano con fuerza y me mira a los ojos. Yo no parpadeo. Sostengo su mirada como si fuera mi salvavidas.

Mi respiración se hace rítmica. Chris aprieta mis dedos para decir que voy bien. Pero aún siento el cosquilleo en mi garganta que hace

que la tos vuelva a apoderarse de mí.

—Míreme —dice, exagerando su respiración para que haga lo mismo que él.

Toma un tiempo, pero me esfuerzo y finalmente respiro a su ritmo.

Un momento más tarde recupero la voz. Ahora que estoy respirando, se irá. Y no quiero quedarme otra vez sola.

—¿Eres soltero?

—¿Me está pidiendo que salga con usted? —dice riendo.

Niego con la cabeza.

—Tengo novio. Pero un día vas a hacer de alguien una pareja increíble.

Sonríe y pone la otra mano sobre las que tenemos juntas. En ese momento se abre la puerta. Como si lo hubiéramos conjurado, Finn entra vestido con su equipo de protección completo.

—Como se acaba de encender como árbol de Navidad —dice Chris —, supongo que él es su novio.

—Doctor Colson —corrige Finn entrecerrando los ojos.

Molesto, Chris me suelta la mano.

—Por supuesto —dice y me mira—. Solo respire —me recuerda; luego me guiña un ojo y sale del cuarto.

Finn se sienta en la silla que Chris acaba de desocupar.

—¿Debería estar celoso? —me pregunta.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, porque lo primero en lo que pienso después de casi morir es en ponerte los cuernos.

No he terminado de hablar y ya siento que mis mejillas se sonrojan con violencia.

Salvo la manera en la que Finn y yo nos conocimos, en realidad no he tenido oportunidad de verlo en su vida profesional. Es impresionante ver cómo deja huella en el hospital, pero la manera en la que acaba de usar su título para intimidar a Chris me da un poco de escalofríos... aunque probablemente debería sentirme halagada de que se muestre posesivo.

Sin embargo, lo que diga o haga no es nada comparado con el hecho de que está aquí. Está en mi habitación, no del otro lado del vidrio, no estoy sola. Me emociona.

—¿Dónde has estado?

—Ganando para la renta —responde—. Pero te extrañé.

Extiendo la mano para tocarlo. Porque puedo.

—Yo también te extrañé.

Quiero que se quite el cubrebocas, quiero verle la cara como si todo entre nosotros estuviera normal. Pero también sé que ya se está arriesgando por estar aquí conmigo, aunque esté vestido de pies a cabeza con todo el equipo.

Caigo en cuenta de que la covid no es lo único que puede quitarte el aliento.

Recuerdo la primera vez que vi a Finn en traje en lugar de ropa quirúrgica, en una cita oficial, esperándome en la mesa de un restaurante italiano en el Village. Cuando entré, tarde por culpa del metro, se puso de pie en la sala tan pequeña que solo cabíamos nosotros. Tuve que ser consciente de tomar aire.

Una semana después, a la mitad de un beso acalorado, sus dedos encontraron el pedazo de piel entre mi suéter y mis jeans. Fue como si me marcara y me quedé sin aire en un suspiro.

Después de meses de relación, cuando extendía el brazo en la noche, recuerdo que pensaba en lo agradable que era tener junto a un cuerpo al que conocías tanto como el tuyo. Cómo perdía el aliento cuando lo tocaba como a él le gustaba; cómo yo perdía el aliento por el milagro de saber exactamente qué era.

De pronto, me doy cuenta de lo afortunada que he sido por haber tenido a Finn conmigo cuando me enfermé. Si no se hubiera dado cuenta de que me desmayé por falta de oxígeno; si no me hubiera traído al hospital, bueno, quizá no estaría ahora aquí.

—Gracias —digo con voz quebrada—. Por salvarme.

Niega con la cabeza.

—Eso lo hiciste tú sola.

—No recuerdo nada —explico—. Ni siquiera me acuerdo de estar en el hospital antes de que me intubaran.

—Es normal —explica Finn—. Y para eso estoy aquí.

El rabillo de sus ojos se arruga. Pienso que de las cosas horribles del cubrebocas que todos debemos usar, esto debe ser lo peor: es muy difícil saber cuándo alguien nos sonríe.

—Yo seré tu memoria —promete.

Por una parte me pregunto de qué manera sus recuerdos pueden ser más precisos que los míos. Porque no estuvo aquí todo el tiempo. Y en mi mente, yo tampoco.

Hay experiencias que probablemente nuestro cerebro olvida a propósito para que no tengamos que sufrirlas de nuevo. Pero hay experiencias que nuestro cerebro recuerda y sirven como una suerte de alerta o advertencia: «No toques el horno. No comas comida

echada a perder».

«No abandones a tu novio a media pandemia».

—Lo último que recuerdo es que me dijiste que yo debería irme de vacaciones sin ti —digo en voz baja.

Cierra los ojos un momento.

—Excelente. Esa es la parte que esperaba que no recordaras —admite Finn—. Estabas muy enojada conmigo cuando te lo dije.

—¿Lo estaba...?

—Uy, sí. Me preguntaste cómo me atrevía a sugerirlo si pensaba que aquí las cosas se iban a poner tan mal.

En otras palabras, todo lo que sentí en las Galápagos.

—Dijiste claramente que teníamos distintas interpretaciones de una relación —continúa—. No dejabas de hablar de *Romeo y Julieta* y de cómo, si Romeo se hubiera quedado en Verona, toda esa mierda no habría pasado —me mira confundido—. No tenía idea de lo que estabas hablando. Nunca lo leí.

—¿Nunca leíste *Romeo y Julieta*?

Finn hace una mueca.

—También dijiste eso —me mira—. Me acusaste de que me importara más el dinero que íbamos a perder por las vacaciones y menos por ti. Dijiste que si realmente te amaba no te apartaría de mi vista cuando se desatara el caos. La verdad es que cometí un error. Hablé sin siquiera pensarlo. Estaba cansado, Di; asustado por trabajar aquí y cuidar a pacientes contagiados con el virus y... —su voz se quiebra y agacha la cabeza. Para mi sorpresa, veo que está llorando.

—¿Finn? —murmuro.

Esos hermosos ojos azules del color de su uniforme, del color del mar en un país al que nunca fui, se encuentran con los míos.

—Y probablemente fui yo quien lo llevó a casa —confiesa—. Yo tengo la culpa de que te hayas enfermado.

—No —respondo—. Eso no es cierto...

—Lo es. No sabemos mucho, pero es claro que algunas personas son portadoras y nunca muestran síntomas. Trabajo en un hospital —escupe la última palabra y me doy cuenta de que está agobiado por la culpa que lleva encima—. Casi te mato —balbucea.

—Eso no lo sabes —insisto, apretando su mano—. Me pude contagiar en el trabajo o en el metro...

Sacude la cabeza, aún abrumado por el remordimiento.

—Estaba tan cansado esa noche que no quería pelear más. No traté de detenerte cuando te fuiste temprano a la cama y ya estabas

dormida cuando me fui a acostar. Cuando despertaste a medianoche para tomarte un Tylenol te escuché y fingí estar dormido, porque tenía miedo de continuar con nuestra discusión. Y después, en la mañana, cuando quise disculparme, no podía despertarte.

Aparta la cara y se enjuga las lágrimas con el hombro de su uniforme.

Otra cosa que te deja sin aliento: un amor tan grande que te derrumba como una ola.

—Casi te pierdo —continúa—. Si alguna vez necesitaba una lección de que decir adiós no es algo que se hace a la ligera, esta fue la buena —Finn lleva mi palma hasta su mejilla e inclina la cabeza a mi tacto —. Nunca más te pediré que te vayas sin mí —dice en un murmullo—. Si me juras que nunca me dejarás.

Cierro los ojos y veo a dos piqueros patiazules entrelazándose en una danza antigua, luego intentan morderse con el pico.

«Se van a matar».

«De hecho, se van a aparear».

Abro los ojos de golpe y mi mirada se fija en Finn.

—Lo prometo —digo.

El médico de cuidado intensivo viene a verme. Es el doctor Sturgis y Finn no lo conoce bien; apenas empezó a trabajar en la UCI del Presbiteriano de Nueva York en Navidad. Lee la lista completa de mis medicamentos, dice que mis niveles de oxígeno están mejorando. Quiere saber si tengo preguntas.

Tengo cuidado de no hablar con Betty o Syreta sobre mis recuerdos de las Galápagos, porque la respuesta siempre es Xanax o Ativán y ya no quiero más interferencia farmacológica en mi mente. Pero a diferencia de lo que todos dicen sobre cómo desaparecen las alucinaciones de los pacientes que estuvieron intubados, las mías no. Por el contrario, se han vuelto más claras y más brillantes porque las repaso cuando estoy sola en mi habitación durante horas y horas.

—Los... sueños —le digo al médico—. Los que tuve mientras estaba intubada. No son como otros sueños que he tenido —me obligo a continuar; es doctor, no puede descartar mis preocupaciones como tonterías—. Me cuesta mucho trabajo creer que no fue real.

Él asiente, como si hubiera escuchado esto antes.

—¿Te preocupa tu estado mental?

—Sí —admito.

—Bien. Puedo asegurarte que hay una explicación lógica para cualquier cosa que no tenga sentido. Cuando no te estás oxigenando bien, tu estado mental se altera. Tienes problemas para interpretar lo que realmente te está pasando. Agrega a eso analgésicos y una sedación muy profunda, y tienes una receta perfecta para todo tipo de delirios. Incluso hay algunos científicos que piensan que la glándula pineal, bajo estrés, produce DMT…

—No sé qué es eso.

—Es el ingrediente principal de la ayahuasca —explica el doctor Sturgis—, un psicodélico. Pero eso solo es una teoría. La verdad es que en realidad no sabemos qué pasa cuando sedamos médicamente a alguien y cómo la mente sincroniza la realidad con el inconsciente. Por ejemplo, en algún momento es posible sentirse limitado; la mayoría de los pacientes con covid que están con ventilador tratan de sacarse el tubo. Su cerebro, bajo el efecto de las drogas, intentó darle sentido a lo insensible y quizá alucinó una escena en la que estaba amarrada.

Lo que yo aluciné no fue confinamiento, sino libertad. Ahora que estoy constreñida de nuevo es un fastidio. Quiero caminar por Sierra Negra. Todavía puedo oler el azufre. Puedo sentir la mano de Gabriel en mi piel desnuda.

—Las neuronas se disparan y vuelven a conectarse durante una experiencia cercana a la muerte —explica el médico—. Pero le prometo que solo fue un sueño. Uno particularmente tridimensional, pero un sueño —baja la mirada hacia el expediente—. Bien, ¿su enfermera dice que tiene problemas para dormir?

Me pregunto por qué las respuestas de todo el mundo son más medicamentos. Este será Tylenol PM o zolpidem o algo que me noquee. Pero no es eso lo que quiero. No es que no pueda dormir, es que no quiero.

—¿Es porque le preocupa tener más alucinaciones? —pregunta el doctor Sturgis.

Después de un momento, asiento. No puedo admitir la verdad: no tengo miedo de visitar de nuevo ese otro mundo.

Tengo miedo de que si regreso ahí, no quiera volver.

Me cambian a la unidad de cuidados intermedios, lo que significa que ya no veré a Syreta o a Betty, ni al enfermero sexy que me cuidaba. En su lugar, ahora estoy en el piso al que llegué cuando me trajeron al

hospital, el que no recuerdo. Aquí, las enfermeras están a tope, tienen más pacientes que atender. Para Finn es imposible escabullirse para verme aquí porque su puesto es en la UCI de covid y no le permiten ir a ninguna otra parte por protocolos de seguridad.

Si acaso, me siento más aislada.

En este piso hay muchos códigos.

Advierto que la gran mayoría de los pacientes que pasan de aquí a la UCI no regresan. Que soy una anomalía.

Cuando una terapeuta del habla viene a verme me siento tan agradecida de interactuar con alguien que no quiero decirle que ya puedo hablar, aunque esté ronca. Sin embargo, Sara me lee la mente.

—La terapia del habla no solo se trata de hablar. Le haremos una prueba de disfagia. Probaremos con distintas consistencias de comida para asegurarnos de que no aspire. Si la pasa, le quitaremos la sonda nasogástrica.

—Llamó mi atención cuando dijo comida —digo.

A estas alturas, puedo sentarme casi media hora sin marearme, eso me hace elegible para la prueba de disfagia. Con cuidado, me siento a la orilla de la cama con las piernas colgando. Sara pone unos pedacitos de hielo en una cuchara y los mete en mi boca.

—Todo lo que tiene que hacer —dice— es tragar.

Es difícil hacerlo cuando te lo ordenan, pero casi no importa porque el hielo se derrite con el calor de mi boca y gotea calmando mi garganta dolorida. Mientras lo hago, Sara sostiene un estetoscopio en mi garganta y escucha.

—¿Me puede dar más? —pregunto.

—Paciencia, pequeño saltamontes —dice Sara. La miro sin comprender—. Ustedes los millennials.

Suspira. Sostiene un vaso y acerca el popote a mis labios. Doy un trago de agua, es igual de satisfactorio.

Cuando pasamos al puré de manzana me siento en el paraíso. Cuando Sara trata de quitarme el platito lo sostengo con ambas manos, tratando de acapararlo, y rápidamente meto otra cucharada en mi boca.

Me gradúo con una galleta que necesito masticar; los músculos de mi mandíbula tienen que recordar cómo funcionan. Sara observa cómo trabaja mi garganta.

—Buen trabajo —exclama.

Espero hasta asegurarme de que no quedan migajas.

—Es tan extraño —murmullo—. Olvidar cómo comer.

Cuando me acuesto, vuelve a ponerme la cánula endotraqueal en la nariz.

—Podrá practicar más. Voy a dar luz verde para que le quiten la sonda nasogástrica. Mañana le daremos una comida completa mientras yo la observo.

Media hora después, un enfermero que no había visto antes entra para quitarme la sonda nasogástrica. Trabaja de forma rápida y eficiente.

—No sabes cuánto gusto me da verte de nuevo —dice.

Trato de leer su nombre en la identificación que cuelga de un cordón.

—¿Zach? —pregunto—. ¿Me cuidaste antes?

Se lleva la mano al pecho.

—¡No me recuerdas! Me rompes el corazón —volteo la mirada de inmediato, pero no puedo enfocar bien—. Estoy bromeando. Pero es claro que voy a tener que mejorar mis tácticas.

Me froto el puente de la nariz, que me pica por la cinta adhesiva de la sonda.

—No... no recuerdo haber estado en este piso.

—Es completamente normal —me asegura Zach—. Tus niveles de oxigenación eran tan bajos que no dejabas de perder el conocimiento. Me sorprendería que te acordaras.

Lo veo lavarse las manos con energía en el lavabo y secárselas antes de ponerse un par de guantes. Parece competente y amable, y conoce una parte de mi historia que quizá nunca recupere.

—¿Zach? —pregunto en voz baja—. ¿Te sorprendería si recordara cosas... que no pasaron?

Su mirada se enternece.

—Las alucinaciones son comunes en personas que están lo suficientemente enfermas para ir a la UCI —dice—. Por lo que he escuchado, es mucho más probable que los pacientes con covid las tengan, entre la falta de oxígeno y la profunda sedación y el aislamiento.

—¿Qué has oído? —repito—. ¿Qué más has oído?

Titubea.

—Te seré franco: eres solo la segunda paciente que he tenido que fue a la UCI y sobrevivió para contarlo. Pero el otro fue un hombre absolutamente convencido de que el techo del hospital se abría como el superdomo y de que, dos veces al día, de ahí salía un rayo de luz y una persona afortunada era elegida para que la bajaran en una grúa

hasta el haz de luz y así curarse de manera instantánea.

Busco en los rincones de mi mente alucinaciones en el hospital, como esta, pero no encuentro ninguna.

—Yo estuve en las Galápagos —murmuro—. Viví en la playa e hice amigos entre los lugareños; nadé con leones marinos y recogí fruta de los árboles.

—Parece un sueño maravilloso.

—Lo fue —respondo—. Pero no era como un sueño. En todo caso, no fue nada parecido a lo que jamás haya soñado dormida. Fue tan detallado y tan real que si me pusieran en la isla, apuesto que podría reconocer todo —titubeo—. Puedo ver a la gente que conocí como si estuviera frente a mí.

Algo en su mirada cambia, me mira como un profesional.

—¿Sigues viéndolos ahora? —pregunta Zach.

—No crees que fue real —digo decepcionada.

—Creo que tú crees que fue real —responde, lo que no es una respuesta.

Aunque mi prueba de covid sigue siendo positiva, algo que Finn asegura que es normal, hace todo lo posible para que me cambien a una unidad inferior para enfermos de covid lo más pronto posible, porque si permaneces demasiado tiempo en el hospital, acabas enfermándote de otra cosa: una infección urinaria, neumonía nosocomial o *C. diff*. Me siento ridícula en la unidad de rehabilitación cuando ni siquiera he cumplido 30 años, pero también me doy cuenta de que no estoy lista todavía para regresar a casa. Aún no puedo hacer más que sentarme erguida en una silla, pero para la transferencia necesité la ayuda de Prisha y de un elevador Hoyer. No puedo ir al baño sola.

Para entrar a rehabilitación debes ser capaz de tolerar tres horas de terapia al día. Consiste en fisioterapia, terapia ocupacional y, para quienes la necesitan, terapia del habla. La ventaja es que volveré a ver a gente. Los terapeutas están cubiertos por completo del equipo de protección personal para evitar contagios, pero al menos tres veces al día tendré compañía.

Y entre más tiempo paso con gente, menos tengo para recordar Isabela.

Me pasan a una pequeña habitación con baño privado. No llevo más de media hora de haber llegado aquí, cuando la puerta se abre y

un pequeño huracán de cabello pelirrojo y asombrosos ojos azules entra como vendaval.

—Soy Maggie —anuncia—. Soy tu fisioterapeuta.

—¿Qué pasó con Prisha? —pregunto.

—Ella no sale del hospital; yo no salgo de rehabilitación. Teóricamente es un solo edificio, pero es como un campo de fuerza especial entre nosotras —sonríe, tiene un espacio encantador entre los dientes frontales—. Soy una gran fan de Star Wars. ¿Viste *El mandaloriano?*

—Mmm... no.

—El tipo es mucho más sexy con el casco puesto —explica. Se acerca a la cama y quita las cobijas; con manos firmes y fuertes hace rotar mis tobillos —mis hijos me hicieron ver la serie. Tengo tres. Uno estaba en la universidad, pero tuvo que volver a casa por la covid. No puedo creerlo. Es su primer año, pensé que por fin me había deshecho de él —dice con otra sonrisa al tiempo que mueve mis brazos y los pasa sobre mi cabeza—. ¿Tienes hijos?

—¿Yo? No.

—¿Pareja?

Asiento.

—Mi novio es cirujano en este hospital.

Arquea las cejas.

—¡Oh!, entonces más vale que me porte muy bien —dice con una risa—. Estoy bromeando. Te voy a hacer trabajar como a todo el mundo.

Mueve mis extremidades como si fuera una muñeca de trapo (que para ser francos, bien podría ser). Me entero de que vive en Staten Island con su esposo, policía en Manhattan; además de su hijo universitario desplazado, una niña de secundaria que quería ser monja la semana pasada pero que desde el martes decidió convertirse al budismo y un niño de diez años que será el próximo Elon Musk o Unabomber. Maggie me cuenta que a ella le dio covid; está segura de que se contagió cuando fue voluntaria para coser los disfraces de la obra de teatro de la primaria de su hijo, quien interpretó a un tiranosaurio rex que tiene miedo de decirle a sus padres que es vegano, que es lo que obtienes cuando usas tu fondo de retiro en lugar de invertirlo en una escuela privada para alumnos dotados y talentosos. Habla del edificio donde vive y del permanente flujo de idiotas que viven justo debajo. Uno empezó a alimentar a un zorrillo en la escalera de emergencia. Después de que lo desalojaron, se mudó

una mujer que les pasó una nota por la puerta en la que les preguntaba si tenían objeciones de que pusiera un tragaluz en su techo, que por supuesto era el suelo de Maggie. Me tiene tan entretenida con las risas que no me doy cuenta de que llegué al límite de mi capacidad física hasta que cada músculo de mi cuerpo se queja.

Cuando termina de estirar mis brazos y piernas me desplomo en la cama; me pregunto cómo puedo estar tan agotada cuando otra persona hizo los movimientos por mí.

—Muy bien, hermosa —dice—. Es hora de que te sientes.

Levanto el torso y paso las piernas por el borde de la cama. Necesito tanto esfuerzo y concentración que no me doy cuenta de que Maggie acerca una silla de ruedas reclinable. Levanta uno de los reposabrazos, pone el freno de las ruedas y luego coloca una tabla que hace un puente desde la cama hasta la silla. Observo la silla y luego mi cuerpo, que me parece tan poco familiar.

—¡Ah, no! —exclamo.

—Si lo haces, te doy una paleta helada. Sé dónde está la reserva.

—Ni siquiera por una paleta de chocolate —murmuro.

Maggie se cruza de brazos.

—Si no puedes pasar a la silla, no puedes ir al baño. Y si no puedes ir al baño, no puedes salir de rehabilitación.

—No puedo llegar a la silla —digo.

—No puedes hacerlo sola —corrige Maggie.

Se inclina frente a mí y usa todo su cuerpo compacto para que me recargue en ella mientras desliza mi trasero hasta el borde de la tabla. Luego mueve un poco mis piernas y vuelve a inclinarse para ayudarme a tomar la fuerza necesaria para deslizarme de costado sobre el tablón. Hacemos esto unas veces más hasta que termino sentada en la silla y ella baja el reposabrazos.

Estoy colorada, sudando y temblando.

—Naranja —espeto.

—¿Naranja qué?

—La paleta helada.

Lanza una carcajada.

—Doble o nada. ¿Puedes patear? Eso, así. 10 veces.

Pero 10 veces con la pierna izquierda implica 10 veces con la derecha. Y luego sigue mover los dedos de los pies y alzar los brazos. Cuando Maggie me pide que me apoye en los reposabrazos e intente levantar el cuerpo un centímetro, no puedo mover ni un dedo.

—Anda —me exhorta Maggie—. Tú puedes.

Ni siquiera puedo despegar la cabeza del respaldo. Podría dormir una semana.

—Rehabilitación está lleno de sádicos —digo.

—Cierto —admite Maggie—. Pero cuando eres la dominatriz, el sueldo es una mierda.

En ese momento, empiezo a llorar.

Su actitud cambia de inmediato.

—Lo siento. Me pasé de la raya. Mi boca nunca sabe cuándo cerrarse...

—Estuve intubada cinco días —sollozo—. Cinco malditos días. ¿Cómo me deterioré tan rápido?

Maggie se acuclilla frente a mí.

—En primer lugar, no estás tan mal comparada con otras personas que he visto, gente que estuvo intubada o en ECMO durante meses, gente que ha tenido que ser amputada. Quizá te parezca ridículo sentarte en una silla y mover los dedos de los pies, pero así es como vas a salir caminando de aquí. Te aseguro que estas son cosas pequeñas con beneficios exponenciales —me mira resuelta—. Puedes estar enojada con tu cuerpo o puedes celebrarlo. Sí, es una mierda que te hayas contagiado de covid. Sí, es una mierda que estuvieras intubada. Pero mucha gente a la que le pasó lo mismo no volverá a casa, y tú sí. Puedes considerar esta situación con amargura o puedes elegir no ser negativa. A la mayoría de los adultos no les quedan muchas opciones, pero tú sí la tienes —respira profundo—. Dame dos semanas y tu cuerpo será tuyo otra vez.

Entrecierro los ojos, bajo la mirada y aprieto los dientes. Luego sujeto con fuerza los reposabrazos y empujo para elevarme.

—Eso es... —dice Maggie.

Después de una sesión de terapia ocupacional, que consistió en ponerme y quitarme ropa y durante la cual decidí que los calcetines son obra del demonio, veo la noticia: un director funerario en Queens que hablaba de lo retrasados que están con las cremaciones y cómo se pueden recoger las cenizas de sus seres queridos mediante un servicio de entrega sin contacto físico.

De nuevo, eso me hace pensar que el dolor que siento con toda esta terapia no es lo peor que podría pasar, sino lo mejor. La mayoría de las personas que están en la UCI de covid saldrá en una bolsa para cadáveres.

En lugar de llamar para que me ayuden, trato de erguirme para alcanzar mi teléfono que está en la mesa, encima de la cama. Después de transportar mi cuerpo por todas partes, el teléfono se siente ligero como una pluma, una mejoría desde ayer.

No quiero hacer esta llamada, pero sé que debo hacerla.

Marco al conmutador principal de The Greens.

—Hola —saludo cuando me pasan a la administración—. Soy Diana O'Toole. Mi madre, Hannah, era una de sus residentes. He estado enferma en el hospital, pero quería informarles que cuando me den de alta iré a recoger sus cosas. Si necesitan usar la habitación, pueden almacenar...

—Señorita O'Toole —me interrumpe la directora—, ¿está diciendo que quiere sacar a su madre de nuestro centro?

—Yo... ¿qué?

—Le aseguro que la estamos cuidando bien. Sé que en las noticias han dicho que muchos centros de asistencia han sido contagiados con covid, pero nosotros no hemos tenido ningún caso aquí y mantenemos un nivel de vigilancia...

Mi corazón late con fuerza.

—Ningún caso —repito.

—Así es.

—Mi madre está viva.

La directora guarda silencio un momento.

—Señorita O'Toole —dice con voz suave—, ¿por qué pensaría lo contrario?

El teléfono cae de mi mano. Hundo el rostro entre mis manos y estallo en lágrimas.

¿Qué más no pasó?

Si mi madre está viva, si nunca estuve en las Galápagos, ¿hay otras cosas que creía reales que no son ciertas?

Como... ¿sigo teniendo trabajo?

Entro a mi correo electrónico, algo que había evitado porque aún tengo problemas para enfocar la pequeña pantalla. La cantidad de mensajes no leídos es tanta que siento que me va a salir urticaria.

Pero antes de empezar a ubicar los correos del trabajo, entra un mensaje de texto de Finn con un enlace de Zoom y un emoji de corazón. Ha pasado mucho tiempo, días interminables en que no lo he visto ni hablado con él porque está trabajando. Me conecto de

inmediato. Es la primera vez que lo veo sin cubrebocas; tiene moretones a lo largo del puente de la nariz. Tiene el cabello húmedo, se acaba de bañar. Su rostro se ilumina cuando entro al Zoom.

—¿Por qué no me dijiste que mi madre estaba viva? —espeto.

Parpadea, confundido.

—¿Por qué no lo estaría?

—Porque cuando estaba... sedada pensé que había muerto.

—Dios mío, Diana —suspira.

—La vi en una llamada de FaceTime, le costaba trabajo respirar —explico—. Y luego ella... —no me atrevo a decirlo para no conjurar la mala suerte de esta resurrección inesperada—. Te pregunté por ella cuando desperté. Dijiste que te estabas haciendo cargo de todo. Por eso asumí que sabías lo que había pasado. Que estabas en contacto con el asilo, la funeraria, todo.

—Bueno —dice con cautela—, eso es algo bueno, ¿no?

—Cuando pensé que había muerto no sentí nada. Pensé que yo era un monstruo.

—Quizá no sentiste nada porque a cierto nivel de inconsciencia sabías que no era real...

—Lo sentí como real —espeto y paso la mano por mis ojos—. Quiero ir a verla.

—Está bien, lo haremos.

—Creo que debo ir sola —digo.

—Pues eso te da más razones para mejorar —responde Finn con tono más amable—. ¿Cómo va la rehabilitación?

—Es una tortura —digo sorbiéndome los mocos—. Me duele cada centímetro del cuerpo y mi cama tiene plástico bajo la sábana, así que sudo mucho.

—No estarás ahí mucho tiempo —comenta, confiado—. En general lleva tres veces más de tiempo volver adonde estabas después de la intubación. Para ti serán como 15 días.

—Mi fisioterapeuta dijo dos semanas.

—Siempre has sido una alumna modelo —dice Finn.

Observo su rostro en la pantalla.

—¿Alguien te golpeó?

Paso el dedo por los huesos orbitales de mi rostro, señalando donde está amoratado.

—Es por el cubrebocas N95 —explica—. Tiene que estar muy apretado para que sea seguro. Ya ni siquiera me doy cuenta. Claro, probablemente es porque siempre estoy usando el maldito cubrebocas.

De pronto siento vergüenza. Empecé a agredir a Finn en el momento en que entró mi llamada, acusándolo de no ser más claro con el hecho de que mi madre estaba bien. Por supuesto que no podía saber que yo lo dudaba. Además, dada la exposición limitada que le he permitido a mi madre en mi vida, no es ni el primero, ni el quinto, ni siquiera el quincuagésimo tema de conversación después de que desperté de un coma inducido.

—No te he preguntado cómo te fue hoy —digo—. ¿Cómo estuvo?

Algo cambia en Finn, como si bajara una cortina, no para mantenerme fuera sino para protegerse y no revivir todo de nuevo.

—Ya acabó —dice—. Es lo mejor que puedo decir —sonríe y sus ojos vuelven a iluminarse—. Pensé que podríamos darnos un pequeño regalo.

Me acurruco en la cama de costado para recargar el teléfono en la almohada junto a mí.

—¿Tiene que ver con la regadera? Por favor, dime que tiene que ver con la regadera.

Ríe.

—Estaba pensando en algo más... porno.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? Alguien podría entrar en cualquier momento...

Finn empieza a escribir, compartiendo pantalla, y un momento después aparece el sitio web de Zillow.

—No especifiqué qué tipo de porno —dice.

No puedo evitar sonreír. Finn y yo hemos pasado tantas mañanas de domingo en cama, con café, bagels y una laptop entre nosotros, en busca de la casa de nuestros sueños. La mayoría estaban fuera de nuestro presupuesto, pero era divertido fantasear. Algunas eran ridículas: mansiones enormes en los Hamptons, un rancho funcional en Wyoming, una verdadera casa del árbol en Carolina del Norte. Veíamos las fotografías y escribíamos nuestro futuro: en este porche cubierto vamos a comer el pedazo de pastel de bodas que guardamos para nuestro primer aniversario. Esta alcoba la pintaremos de amarillo cuando sepamos que estamos esperando bebé. En este jardín pondremos un columpio cuando tenga la edad. Hay que quitar la alfombra de esta habitación porque el boyero de Berna cachorro se va a hacer pipí ahí.

Finn abre la página de una casa victoriana con una torreta.

—Esa está bonita —exclamo—. ¿Dónde está?

—En White Plains —responde—. Hay buen servicio de transporte.

La casa es rosa con ribetes morados.

—Es un poco Hansel y Gretel.

—Exacto. Perfecta para un final de cuento de hadas.

Se esfuerza tanto y yo solo arrastro los pies. Trato de entusiasmarme para participar en el juego. Finn hace clic para ver el interior de la propiedad.

—Nos va a llevar meses aprender a usar esa estufa Aga. Podríamos morir de hambre.

—No hay problema porque, mira, la alacena es del tamaño de Rhode Island. Podemos atiborrarla de sopas ramen —da otro clic—. Tres recámaras... una para nosotros, otra para nuestra hija... pero ¿y si tenemos gemelas?

—Si quieres gemelas, tú vas a tener que parirlas —digo.

—Mira, una tina con patas en forma de garras. Siempre quisiste una.

Asiento, pero todo lo que puedo pensar es que ni siquiera puedo pararme bajo una regadera; ¿cómo demonios voy a hacer para meterme en una tina como esa?

Contento, Finn me guía por el recorrido virtual de la casa, por la sala con chimenea, el estudio que podemos convertir en *home office* y el pequeño y encantador montaplatos oculto que se puede remodelar como alacena de licores. Luego da clic en el sótano, que tiene piso de barro y parece bastante siniestro. La última habitación tiene una puerta de hierro cruzada por barras de metal, como la celda de una cárcel.

—Esto está cambiando de giro —murmuro.

Finn recorre la página y llegamos al interior de la habitación, que está tapizada de terciopelo rojo, con piso acolchonado y en las paredes cuelgan látigos y grilletes de hierro.

—¡Mira! ¡Un calabozo de sexo! —exclama. Al ver mi expresión, estalla en carcajadas—. Espera, ¿sabes qué es lo mejor? A esta habitación la describen como la guarida —hace una pausa—. La guarida de la inmoralidad, quizá.

Me doy cuenta de que hasta hace unas semanas esta propiedad me hubiera hecho reír durante un cuarto de hora. Le hubiera enviado a Finn capturas de pantalla a mediodía solo para hacerlo reír. Pero ahora, no me parece divertido. Todo lo que puedo pensar es que quienquiera que esté vendiendo esa casa tenía una vida secreta, por completo oculta.

—¿Sabes? —le digo forzando una sonrisa—. Creo que la

fisioterapia me pegó. No puedo mantener los ojos abiertos.

De inmediato, Finn quita la pantalla compartida y me mira con ojos de médico.

—Okey —dice después de un momento, como si hubiera encontrado la respuesta que buscaba en mi rostro. Luego dibuja una media sonrisa—. Aunque quizá esta la saquen del mercado si no nos decidimos pronto.

Observo su rostro hermoso y familiar. El mechón de cabello rubio que siempre cae sobre sus ojos, el hoyuelo que coquetea en una sola mejilla.

—Gracias —murmullo—. Por tratar de que todo parezca normal.

—Lo será —promete—. Entiendo lo difícil que puede ser tener que volver a aprender todo. Sé que parece que perdiste mucho tiempo, pero un día apenas te acordarás de esto.

Asiento y pienso: «Eso es a lo que le tengo miedo».

La mañana siguiente, después de que Maggie me intimida para que me ponga de pie con una andadera a pesar de que mis piernas son como gelatina, llamo a mi mejor amigo. Rodney responde al primer sonido.

—Mi terapeuta dice que no debería hablar con la gente que me ignora —dice.

—Estoy en el hospital —explico—. Bueno, en rehabilitación. Estuve en el hospital. Con covid. Intubada.

Rodney permanece en silencio un momento.

—¡Mierda! —jadea—. Estás oficialmente perdonada por no responder a ninguno de mis mensajes y solo olvida la parte en la que te llamé perra traidora. Dios mío, Diana, ¿cómo te contagiaste?

—No sé. Ni siquiera recuerdo haber estado enferma.

Le explico todo, con los detalles que Finn me ha dado, pero siento como si me pusiera ropa que no es de mi talla.

—¿Rodney? —pregunto titubeando—. ¿Es verdad que estamos en licencia temporal?

Resopla.

—Sip. Hubieras visto el baño de sangre: Eva y los otros directivos regatearon para salvar su sueldo. Nunca hubo duda de que el resto de nosotros éramos prescindibles. Y déjame decirte que un departamento en Dumbo no es barato. No todos tenemos a un cirujano sexy que nos ayude a pagar la renta.

—¿Qué se supone que tengo que hacer si no tengo trabajo? —

pregunto.

—Lo mismo que todos los demás hacen en Estados Unidos. Te inscribes en la oficina de desempleo, cocinas pan de plátano y esperas a que el Congreso arregle el caos y vote por un plan de estímulo.

—Pero... ¿qué dijeron en Sotheby's? Quiero decir, ¿alguna vez recuperaremos nuestro trabajo? ¿O empezamos a buscar otro?

—No dijeron un carajo —responde Rodney—. Solo muchas «circunstancias fuera de nuestro control» y «seguimos comprometidos en el campo de la venta de arte», bla, bla, bla. ¿No leíste el correo electrónico?

Está en algún lado, estoy segura, enterrado debajo de otros 2685 que todavía no leo. Me pregunto por qué esta parte de mi sueño bajo sedación es la única que resultó ser real.

—En Isabela no había servicio de internet —respondo de manera automática.

—¿Quién es Isabela?

—Rodney —dijo en voz baja—. Quiero decirte algo, pero va a ser difícil que me creas.

—¿Qué tan difícil? ¿En una escala de shorts para ciclismo y blazers durante la Semana de la Moda hasta el vestido de carne de Lady Gaga?

—Solo escúchame —digo.

Le describo mi otra vida: mi llegada a Isabela, el hotel cerrado, Beatriz que se autolesiona y su padre taciturno. La muerte de mi madre. La noche intensa y loca que Gabriel y yo pasamos juntos. Las olas que se abalanzaban sobre mi cabeza. Cuando termino, Rodney permanece en silencio.

—¿Y bien?

—No sé qué decir, Di.

Pongo los ojos en blanco.

—Rodney, te he visto criticar la mochila de unicornio de una niña de cinco años. Piensas algo. Tú siempre piensas algo.

—Mmm. Eso me recuerda algo... ¡ah!, ya sé. ¿Te acuerdas del tipo que duerme fuera de Sephora en East 86.ª? El que lleva el overol de arcoíris y predica el «fin de los días»?

Mi rostro se enciende en llamas.

—Eres un cabrón. No lo inventé, Rodney.

—Lo sé —responde—. Porque resulta que la isla Isabela, en las Galápagos, sí cerró durante dos semanas a partir del 15 de marzo.

—¿Qué? —lanzo un grito sofocado—. ¿Cómo lo sabes?

—Goooogle —dice Rodney lentamente.

—Es el día que llegué en el ferri. O que soñé que llegué. Lo que sea.

—Bueno, si ese día ardías en fiebre en el hospital, probablemente no estabas haciendo búsquedas en internet.

—Quizá lo escuché por ahí, en la televisión...

—O quizá no —corrige Rodney.

Cuando escucho esas palabras, mis ojos se llenan de lágrimas. No creo que se dé cuenta de lo importante que es para mí que alguien me crea.

—Mira, muñeca, tengo muchos familiares que incursionan en el ocultismo como para no darte el beneficio de la duda. ¿Quién podría afirmar que no caíste en una cuarta dimensión o alguna locura de esas?

—Okey, eso suena mucho más descabellado —murmuro.

—¿Más descabellado que tener un amorío con un producto de tu imaginación?

—¡Cállate! —digo entre dientes, aunque solo yo lo escuché.

—Así que la pregunta del millón es: ¿le contaste a Finn sobre tus... mmm... excursiones extracurriculares?

—Cree que es un síntoma de la covid, de la sedación cuando estuve intubada.

Rodney hace una pausa.

—Si fue real... aunque solo fuera para ti —dice—, tendrás que decírselo.

Froto la parte inferior de la palma de mi mano entre mis cejas, donde empiezo a sentir un leve dolor.

—Ni siquiera puedo verlo. Trabaja las 24 horas y aquí no me permiten visitas. Me siento como una leprosa. Apenas puedo ponerme de pie, hace tanto que no me baño que ni recuerdo la fecha y, según mi experiencia, si trato de ponerme el brasier yo sola será cosa de mi pasado. Cuando estoy muy cansada para la terapia, mi mente da vueltas y no puedo recordar qué es real y qué no, y luego entro en pánico todavía más —lanzo un profundo suspiro—. Necesito distracción.

—Chica, te voy a decir dos palabras —dice Rodney—. *Rey Tigre*.

Otras cosas que pasan en mi segundo día en rehabilitación:

1 Me pongo sola los calcetines y los zapatos.
2 CNN reporta que murió el 80% de las personas intubadas.

Me esfuerzo por luchar contra mi propio cuerpo. Mi mente se concentra como un láser y grita cosas como «levanta, sube, equilibra». Mis músculos no hablan el idioma. Como cualquier otro tipo de dilema, es agotador. Lo único bueno de trabajar tanto durante el día es que en la noche estoy tan cansada que no me resisto al sueño. Me noquea y estoy demasiado exhausta como para soñar.

También me pregunto si la razón de que aquí puedo dormir como no lo hice en terapia intermedia es porque sé que cada mañana Maggie aparecerá con un nuevo dispositivo de tortura. Quizá todavía no confío en ella en cuanto a mi progreso físico, pero sí confío en que me devuelva al mundo real.

En mi tercer día, mi terapeuta ocupacional, Vee, entra a la habitación y me observa luchar por apretar el tubo de pasta de dientes sobre el cepillo. Es algo que acostumbraba hacer sin pensar, pero ahora necesito una concentración zen. Termino de cepillarme los dientes justo en el momento en que entra Maggie. Empuja una caja baja y rara que coloca en un rincón.

—Hora de ponerse de pie —dice.

Mira alrededor y ve la andadera que trajo para la terapia de ayer. La pone junto a la cama.

—Vamos a acercarnos a Paul y a ponernos más íntimas con él —propone.

—Alice.

Hemos estado discutiendo sobre el mejor nombre para la andadera, que ya es poco apropiado porque la uso para ponerme de pie, no para caminar. Bajo las piernas sobre el borde de la cama; esta vez casi no tengo que pensarlo para que suceda. Maggie pasa un cinturón por mi espalda y espera hasta estar segura de que no estoy mareada. Luego me ayuda a acercarme hasta el borde de la cama. Cuando me paro durante 30 segundos, mis piernas no tiemblan.

La miro con una gran sonrisa.

—Pues vamos —la desafío.

—¿Qué me dijiste que querías hacer cuando llegaste aquí?

—Irme —respondo.

—¿Y qué te dije que tenías que poder hacer primero?

Me doy cuenta de que Vee no ha salido del cuarto y que empujó la

cajita extraña que Maggie trajo y la coloca enfrente, en diagonal, de Alice la Andadera.

Abre la cubierta, es la tapa de un inodoro.

—Ta-taán —exclama Maggie.

Día cuatro de rehabilitación:

1. **Paso a la silla de ruedas sola.**
2. **Avanzo en ella hasta el baño y me lavo los dientes.**
3. **Me canso tanto que a medio camino recargo la cabeza sobre la barra y me quedo dormida.**
4. **Así me encuentra una enfermera que me dice que, finalmente, mi prueba de covid salió negativa.**

Ahora que ya no tengo covid, Maggie me dice que para la terapia física tengo que ir al gimnasio. Empuja mi silla de ruedas al amplio lugar, donde hay varios pacientes con distintos fisioterapeutas. Es casi traumático ver a tanta gente en un solo lugar después de tanto tiempo de aislamiento. Me pregunto cuántas de estas personas tuvieron covid.

Me coloca sobre un tapete y empieza a mover mis brazos y piernas, evaluando la tensión de las articulaciones y la fuerza de mis deltoides y bíceps. Todo el tiempo me interroga por mi departamento. «¿Vives con alguien que está ahí todo el tiempo? ¿Tiene elevador? ¿Cuántos pasos son del elevador hasta tu departamento? ¿Tiene alfombras o tapetes? ¿Escaleras?».

Cuando me lleva a las barras paralelas agradezco poder concentrarme en algo más que el implacable interrogatorio. Mi mente sigue borrosa; empiezo una oración y luego olvido qué quería decir.

Maggie se para frente a mí, vientre contra vientre, con una silla de ruedas a mi espalda.

—Levanta la pierna izquierda —ordena.

Siento el sudor en la frente.

—Si me caigo —digo—, tú vienes conmigo.

—Pruébame —me reta Maggie.

Estoy mareada y aterrada de perder el equilibrio, pero levanto la pierna tres centímetros del suelo.

—Ahora la derecha —dice Maggie.

Aprieto los dientes y lo intento, pero mi rodilla no cede. Me

desplomo en la silla de ruedas y retrocedo unos centímetros.

—Está bien —me tranquiliza Maggie—. Roma no se hizo en un día.

La miro.

—Otra vez —exijo.

Entrecierra los ojos y luego asiente.

—Okey —me ayuda a ponerme de pie otra vez—. Empecemos con doblar la rodilla.

Lo hago, el *plié* más horrible del mundo.

—Ahora pasa tu peso al pie izquierdo —continúa, y lo hago—. Ahora, levanta la pierna derecha.

Mi rodilla tiembla y tengo que sujetarme a las barras como si de eso dependiera mi vida, pero lo logro.

—Bien —exclama Maggie—. Ahora... camina.

Pierna izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha.

Me obligo a moverme en el mismo lugar. Ya estoy bañada en sudor, haciendo gestos y dependiendo del soporte de las barras paralelas como si fueran una extensión de mi propio esqueleto. De hecho, estoy tan ocupada en la concentración que no me doy cuenta de que ya avancé medio metro.

Maggie lanza un silbido.

—Miren quién camina.

Vee me dice que si logro lavarme sola el cabello tiene una sorpresa para mí. No puedo imaginar nada mejor que el baño en sí mismo. Sentada en ese banquito de plástico con el agua que golpea mi piel empiezo a sentirme como ser humano otra vez.

Me siento como jugadora olímpica cuando me inclino por la botella de champú, la aprieto sobre la palma de mi mano y me froto el cuero cabelludo. No me caigo de la silla. Levanto la cara hacia el débil chorro de agua y pienso que esto es mejor que cualquier spa en un hotel cuatro estrellas.

Cuando veo la espuma irse por la coladera pienso en todas las cosas que estoy limpiando. Esta debilidad. Este maldito virus. Los 10 días perdidos que no puedo recordar.

Me sentía como un fracaso en el hospital cuando dependía de sondas, medicamentos, intravenosas y enfermeras para hacer hasta lo más mínimo que siempre he podido hacer desde niña. Pero aquí estoy recuperando la fuerza. Aquí soy una sobreviviente. Los sobrevivientes se adaptan.

La imagen de Gabriel señalando una iguana marina se apodera de mí. Me pliego hacia adelante bajo el chorro de agua y cierro los ojos.

Golpeo con los nudillos la pared de la regadera.

—Ya acabé —digo con voz ronca y me pregunto cuánto tiempo más ya no me emboscarán estos recuerdos.

Escucho la puerta; Vee entra con una toalla. Abre de un tirón la cortina de plástico y apaga la regadera. Ni siquiera estar completamente desnuda frente a ella puede quitarme la dicha de estar por fin limpia.

Vee me observa ponerme los pants y la sudadera y luego me pasa un cepillo para el cabello. Lo intento, pero después de todo este tiempo las marañas y los nudos son imposibles de deshacer. Se sienta detrás de mí en la cama y empieza a desenredar cada nudo, quitándome el cabello de la cara.

—Siento que estoy en el paraíso —digo.

Se ríe.

—No, nosotros estamos felices de que no terminaras ahí —sus dedos pasan por mi cuero cabelludo dibujando un patrón intrincado —. Siempre peino a mis niñas con trenzas francesas.

—Nunca aprendí cómo hacerlas.

—¿No? —pregunta Vee—. ¿Tu mamá nunca te enseñó?

Siento cómo trenza, jala y tuerce.

—No la veía mucho —respondo.

Y ahora que no está en el culo del mundo o a las carreras, yo tampoco he estado muy cerca.

«Eso podría cambiar».

Siempre he creído que somos los arquitectos de nuestro propio destino, por eso planeé con tanto cuidado los pasos en mi carrera y la razón por la que Finn y yo soñamos juntos nuestro futuro. También es por eso que podía culpar a mi madre por elegir su carrera en lugar de a mí, porque era eso: una decisión que ella había tomado. En realidad nunca he estado de acuerdo con la idea de que las cosas pasan por una razón. Hasta ahora, quizá.

Si estuve tan enferma que casi me costó la vida... si fui una de las pocas que sobrevivió a la intubación... si regresé a este mundo, en lugar del mundo que tenía en mi mente... me gustaría creer que hay una explicación. Que no se trata del azar o de suerte en la lotería. Que esta fue una lección para mí o una llamada para despertarme.

Quizá se trata de mi madre.

Vee amarra la trenza con una cinta elástica.

—Listo —dice—. Eres como una nueva persona.

Todavía no.

Pero podría serlo.

Acerca una silla de ruedas, le pone el freno y luego coloca a Alice junto para que pueda pararme-girar-sentarme yo sola.

—Creo que te prometí una sorpresa —dice Vee.

Probablemente un viaje al gimnasio multiusos para hacer más fisioterapia.

—¿Tenemos que hacerlo? —pregunto.

—Confía en mí —responde Vee, y abre la puerta de mi habitación.

Me da un cubrebocas quirúrgico y me empuja por el pasillo, frente a pacientes que avanzan con cuidado detrás de sus propias andaderas o con bastones de cuatro apoyos. Un par de enfermeras me sonríe y hacen comentarios sobre mi apariencia, lo que me hace pensar en lo terrible que me veía antes. Sin embargo, en lugar de dirigirse al elevador, Vee gira a la derecha al final del pasillo y presiona con el codo el botón de una puerta automática para abrir unas puertas de vidrio corredizas. Me empuja hasta un pequeño patio amurallado por los cuatro costados del edificio del hospital. Hace calor para la época del año y el sol cae en una diagonal ámbar.

—¿Aire fresco? —exclamo alzando la cabeza.

En ese momento lo veo. Finn está de pie al otro extremo del estrecho patio, con un ramo de tulipanes en la mano.

—Creo que puede relevarme, doc —dice Vee; me guiña un ojo y se marcha.

Finn me mira, se quita el cubrebocas y lo deja colgando de una muñeca. El puente de su nariz sigue amoratado. Pero, Dios mío, ver esa sonrisa.

Lanzo un grito, frustrada por mi incapacidad de ir hasta él, pero como si lo hubiera invocado, un segundo después Finn está a mi lado. Se arrodilla, me rodea con sus brazos.

—Miren quién salió negativo en la prueba —dice.

Me quito el cubrebocas y lo pongo sobre mi regazo.

—¿Leíste mis resultados de laboratorio?

—Beneficios profesionales —dice sonriendo.

Finn recarga su cabeza contra la mía y cierra los ojos. Sé que este momento es mucho para él, demasiado. Abrazarlo, que me abrace. Es como si hubiera estado atrapada bajo el hielo y, de pronto, volviera a un lugar en el que hay sonido, calor y sol.

—Hola —murmura Finn contra mis labios.

—Hola.

Acorta la distancia entre nosotros y con su boca roza la mía; luego se aparta, ruborizado, como si supiera que sigo en recuperación pero no pudiera evitarlo.

Espero ese último clic del cerrojo, esa satisfactoria pieza final del rompecabezas, ese suspiro familiar al llegar a casa.

«Aquí es donde perteneces», me digo.

—Tuviste tanta suerte —dice Finn con voz ronca, como si luchara por deshacerse de las sombras de lo que pudo ser.

—Tengo mucha suerte —corrijo.

Tomo su rostro con ambas manos y presiono mis labios contra los suyos. Le muestro que esto es lo que deseo, lo que siempre he deseado. Lo absorbo para convencerme.

Le robo el aliento para asegurarme.

Como se supone que no tenemos visitas y Finn sobornó al personal con donas, puedo pasar solo una hora con él en el patio. Para entonces, empieza a enfriar y yo empiezo a cansarme. Me ayuda a ponerme el cubrebocas de nuevo, me lleva en la silla de ruedas hasta mi cuarto y me mete a la cama.

—Me gustaría poder quedarme contigo —murmura.

—A mí me gustaría irme contigo —respondo.

—Pronto —promete besándome la frente.

Me deja con una bolsa reciclable llena de libros, libros que le pedí que me trajera a la recepción, cuando no sabía que se las arreglaría para dármelos en persona. Son las guías turísticas sobre Ecuador y las Galápagos que utilicé para planear nuestro viaje.

Obviamente, no se perdieron en algún lugar con mi maleta. Han estado todo este tiempo en la barra de la cocina, con nuestros pasaportes y boletos confirmados, listas para ser empacadas.

Respiro profundamente y abro una.

«Isabela es la isla más grande en las Galápagos y gran parte de su superficie es inaccesible debido a los flujos de lava, la maleza espinosa, las zonas rocosas y las costas inhospitalarias».

«Los turistas en Puerto Villamil siguen siendo relativamente pocos; es una pequeña aldea de caminos arenosos y casas bordeadas por cactus de un lado y una maravillosa playa del otro».

Había marcado algunos de los sitios que quería visitar con Finn.

«El camino a Concha de Perla lleva a una bahía protegida donde se

puede practicar esnórquel».

«Después de pasar varias lagunas pequeñas con flamencos, el desvío hacia el criadero de tortugas está señalado».

«Una caminata de dos horas desde Playa de Amor lo llevará a El Muro de las Lágrimas».

«Alrededor de los túneles de lava medio sumergidos en Los Túneles, el agua es cristalina y el hogar de una gran variedad de especies marinas».

Una descripción tras otra, leo sobre los lugares que visité mientras estaba inconsciente, y los observo florecer en recuerdos por completo dimensionales de sonido, color y aroma.

Coloco el libro en el buró y pongo a Finn en el centro de mis pensamientos. Pienso en cómo se sentía su cabello entre mis dedos. Su olor a jabón carbólico, como siempre huele. Cómo su beso no fue un descubrimiento sino una reafirmación de que este era antes mi camino y sabía adónde ir, qué hacer, qué se sentía bien.

Esa noche, no me permito dormir.

Rodney está enojado conmigo porque se suponía que veríamos juntos el refrito de *Survivor* en nuestros teléfonos y nos enviaríamos mensajes instantáneos sobre nuestras predicciones de a quién sacarían de la isla, pero no dejo de quedarme dormida y luego trato de entender lo que me salté.

«¿Hola?», escribe. «¿Te moriste?».

...

«¿Demasiado pronto?».

El último sonido del teléfono me despierta y leo los mensajes.

«Muy chistoso», respondo.

«Voy a buscarme a una nueva supermejor amiga en Nueva Orleans».

Rodney se va a mudar a casa de su hermana en Luisiana porque no puede pagar la renta en la ciudad. Eso me hace reflexionar. Estamos en confinamiento, lo sé, y probablemente soy la última persona a la que alguien quiere acercarse, pero pensar en no ver a Rodney otra vez antes de que se mude me oprime el corazón.

«Perdón. Ya no me voy a quedar dormida. Lo juro».

En la pequeña pantalla de mi teléfono veo a una participante, maestra de preescolar, que se mete a un barril para pasar un obstáculo y ganar mantequilla de cacahuate.

«#claustrofobia», escribe Rodney. «¿Te acuerdas cuando te quedaste encerrada en esa bóveda en el trabajo y te volviste loca?».

Considero que esto significa que me perdona por quedarme dormida.

«No me volví loca, solo me asusté un poco», miento. «Además gateé por un túnel tan ancho como mis caderas».

«Sí, seguro. ¿Pruebas?».

Dudo.

«En Isabela», escribo.

Durante un momento observo los tres puntos suspensivos que aparecen y desaparecen mientras Rodney piensa qué decir.

De pronto, la pantalla de *Survivor* se congela y aparece una llamada de FaceTime. Contesto y veo el rostro de Rodney.

—No sé si cuenta como la conquista de tus miedos cuando lo haces inconsciente —dice.

—Es definitivamente una línea muy borrosa.

Me mira un buen rato.

—¿Quieres hablar de eso?

—Es un lugar que se llama Los Trillizos. Son como guaridas en medio de la tierra. Supongo que los turistas hacen rápel hasta el fondo.

—Dame una playa y una margarita —exclama estremeciéndose.

—Beatriz me llevó ahí la primera vez, y la segunda fue ahí donde huyó y yo bajé para tratar de salvarla.

—¿Por qué necesitaba que la salvaras?

—Algo así como que me encontró en la cama con su padre y no salió bien.

Rodney estalla en carcajadas.

—Diana, solo tú puedes alucinar que estás en un lío ético.

Esa palabra, «alucinar», hace que algo se cierre en mí. Rodney se da cuenta y su mirada se suaviza.

—Mira, no debí decir eso. El trauma es el trauma. Solo porque alguien más no ha vivido en carne propia eso no significa que es menos real para ti.

Maggie me ha platicado de otros pacientes que han salido de ECMO o del respirador que padecen trastorno de estrés postraumático. Tengo algunos síntomas similares: el miedo de quedarme dormida, ataques de pánico cuando empiezo a toser, reviso con obsesión mi oxigenación. Pero aún puedo sentir cómo el agua entra a mis pulmones mientras me ahogo. En medio de la noche, mi corazón se

acelera, la garganta me aprieta, y estoy de vuelta en el túnel, bajando en busca de Beatriz. Tengo recuerdos recurrentes de experiencias que todos me dicen que nunca tuve; y ahora, más de una semana después de que los medicamentos de sedación dejaron de surtir efecto, no han desaparecido.

—Quizá no debería hablar de eso —reflexiono en voz alta—. Tal vez eso solo va a ser más difícil a la larga. Es solo que... —sacudo la cabeza—. ¿Recuerdas a ese tipo que llegó a Sotheby's convencido de que tenía un Picasso? Y no solo no era falso o una copia, era un folleto de una banda jodida y él deliraba.

Rodney asiente.

—Ahora lo entiendo. Para él, era un maldito Picasso —continúo y me toco el puente de la nariz—. No sé por qué, sencillamente, no desaparece... O por qué no puedo aceptar que fue un sueño increíblemente loco y detallado.

—¿Tal vez porque no quieres que lo sea?

—Si la verdad es que casi me muero, entonces sí. Pero es más que eso. Esa gente era tan real.

Rodney se encoge de hombros.

—Para ser una chica inteligente, eres muy bruta, Di. Tienes un teléfono en la mano, ¿no? Dime que los buscaste en Google.

—¡Dios mío! —exclamo parpadeando.

—¿Sí, hija mía?

—¿Por qué no pensé en eso?

—Porque todavía no puedes hacer las sopas de letras que la terapeuta ocupacional te da y tu cerebro no funciona bien.

Abro el motor de búsqueda, Rodney se encoge hasta convertirse en un puntito al fondo. Escribo «Beatriz Fernández».

Hay resultados, pero ninguno es ella.

Lo mismo sucede cuando escribo el nombre de Gabriel.

—¿Y bien? —pregunta Rodney.

—Nada.

Pero eso no me sorprende, puesto que el internet allá es tan malo que los perfiles en las redes sociales serían inútiles.

A menos que internet no sea tan malo allá y yo solo cree el obstáculo en mi sueño.

Me empieza a doler la cabeza.

—Déjame intentar algo —murmuro.

Escribo «Casa del Cielo Isabela Galápagos».

De inmediato se carga una fotografía del hotel que reservé. Es muy

diferente al que visité en mi imaginación. Pero... existe.

Mis dedos vuelan otra vez sobre el teléfono. «VIAJES G2».

«Tours/Sastrería», leo. Y en rojo: «CERRADO».

Me quedo sin aliento.

—Es real, Rodney. O al menos su compañía existe.

—¿Y no recuerdas haberte comunicado con ellos antes, cuando planeabas el viaje?

No. Pero quizá mi mente lo hizo.

—Espera, Rod.

Dejo el teléfono, me recargo en Alice para levantarme y uso la andadera para ir al buró. Ahí, me siento en el borde de la cama y busco en la guía que leía la noche anterior. Paso las páginas y encuentro las que hablan de isla Isabela.

Echo un vistazo a las categorías: «Cómo llegar y actividades».

«Hospedaje».

«Comer y beber».

«Operadores turísticos».

El tercero: «VIAJES G2. Abierto de lun. a dom. de 10 a 4. Propiedades privadas, excursiones acuáticas, buceo certificado».

No lo subrayé. Pero debí advertirlo. Es evidente que mi imaginación trabajaba horas extra para crear toda una historia de fondo y familia alrededor de una pequeña oración en la guía.

Regreso con trabajo a la silla y levanto el teléfono.

—La compañía turística de Gabriel está en la guía que leí.

—¿Aparece su nombre?

—Bueno... no —digo—. ¿Pero por qué otra razón inventé un lugar llamado G2 a menos que hubiera visto algo sobre él?

—Cierto —señala Rodney—. Eso es básico. Probablemente lo hubieras llamado algo así como Vacaciones Felices o Galapafiesta.

—¿Crees que eso fue todo? —pregunto—. ¿Crees que inconscientemente memoricé todo esto mientras planeaba las vacaciones y de alguna manera lo imaginé cuando estaba intubada?

—Creo que hay muchas cosas que no sabemos del funcionamiento del cerebro —dice Rodney con cuidado—. Pero también creo que hay muchas cosas que no sabemos sobre cómo funciona el mundo —arquea las cejas—. Ah. Y consíguete a un loquero —agrega.

Conforme pasan indistintos los días en rehabilitación marco el ritmo de mi progreso. Dejo de aferrarme con fuerza a las barras y ahora solo

paso la palma sobre ellas cuando camino. Me gradúo con Alicia la Andadera, mantengo el equilibrio y empujo. Maggie me ayuda con informes verbales de mi progreso.

—Ayer tuve que ayudarte y perdiste el equilibrio tres veces, pero hoy lo estás haciendo todo tú sola. Ayer estaba justo al lado tuyo, hoy estoy alejada.

Vee me trae rompecabezas, sopas de letras y una baraja. Empiezo a ordenar las cartas por palo, color y número, y luego empiezo a jugar solitario. Hace que me amarre sola las agujetas y me trence el pelo. Me hace sacar bolitas de la plastilina para desarrollar mi motricidad fina y, a la tarde siguiente, cuando envío un mensaje de texto en mi teléfono, mis dedos vuelan sobre el teclado como antes. Me lleva a una cocina falsa donde uso la andadera para pasar de la lavadora de platos a la alacena, guardar vasos y platos de plástico.

En el decimosegundo día de rehabilitación, entro al baño con Alice, evalúo mi equilibrio, me bajo los pants y hago pipí en un verdadero escusado. Me levanto, enderezo mi ropa, me lavo las manos.

Cuando salgo a la habitación, Maggie y Vee me vitorean.

Hay una lista de cosas que debo poder realizar antes de salir de rehabilitación. ¿Puedo cepillarme el cabello? ¿Puedo caminar con un bastón? ¿Puedo marcar el teléfono? ¿Puedo usar el escusado? ¿Puedo bañarme? ¿Puedo mantener el equilibrio? ¿Puedo preparar una comida sencilla? ¿Puedo subir y bajar escaleras?

El día en que me dan de alta, Finn viene para llevarme a casa.

—¿Cómo hiciste para tener el día libre? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—¿Qué van a hacer? ¿Despedirme?

Es cierto, lo necesitan tanto ahora como para arriesgarse a que renuncie. Eso me recuerda que estaré sola en el departamento cuando regrese al trabajo. Me aterra.

Aunque desde hace algunos días puedo caminar, incluso al cambiar a Alice por un bastón de cuatro apoyos, el protocolo de rehabilitación especifica que debo salir en silla de ruedas. Empaqué la poca ropa, productos de aseo y las guías de viaje en una maleta pequeña.

—Su carruaje —anuncia Finn con un ademán ostentoso.

Con cuidado me acomodo en el asiento colgante. Me pongo el cubrebocas quirúrgico azul que me dieron y Finn pone la maleta sobre

mi regazo.

Maggie entra corriendo a la habitación.

—Te abrazaría si pudiera hacerlo a dos metros de distancia —exclama.

—Te he tenido justo enfrente durante semanas —señalo.

—Pero entonces eras mi paciente —dice—. Te traje un regalo —saca lo que tiene escondido detrás de la espalda: un bastón de cuatro apoyos que brilla de nuevo para que me lleve a casa—. Candis —dice.

Estallo en carcajadas. Candis Cayne.

—Perfecto.

—Mucho mejor que *Ciudadano Kane*.

—Por supuesto —digo—. Te voy a extrañar.

—Oh, al carajo —dice, y me da un abrazo fuerte y rápido—. Yo te voy a extrañar más.

Abre la puerta del cuarto y Finn empuja mi silla por el pasillo.

Hay gente formada a ambos lados. Todos llevan cubrebocas y batas, el cabello está sujeto en redecillas. Y todos me miran.

Alguien empieza a aplaudir.

Otro se une.

Hay una ola de aplausos conforme Finn me empuja. Veo lágrimas en los ojos de algunas de las personas y pienso: «No hacen esto por mí. Lo hacen por ellos mismos, porque necesitan esperanza».

Debajo del cubrebocas siento que me sonrojo de vergüenza, incómoda. Vuelvo a la sociedad que ha avanzado un mes sin mí, a un lugar en el que cada emoción ahora está oculta; una víctima de seguridad.

Mantengo la mirada al frente. Soy el soldado más solitario del mundo que regresa cojeando de la guerra.

Volver a casa es una aventura. Después de entrar al Uber, Finn pone desinfectante de manos en mis palmas y en las suyas también. Bajamos las ventanillas para que haya ventilación, aunque afuera esté a 10 ºC, porque ha leído estudios sobre la transmisión por vía aérea y las gotas respiratorias. Ir en coche es inquietante; la ciudad es un pueblo fantasma. Las tiendas están cerradas y las calles tan vacías que llegamos en tiempo récord. En general, la ciudad de Nueva York está abarrotada de gente: hombres de negocios, turistas, jóvenes inmigrantes. Me pregunto si están atrapados en los rascacielos o si, como Rodney, se dieron por vencidos y se fueron de la ciudad. Pienso

en el Empire State, en Central Park y Radio City, lugares emblemáticos ahora abandonados. Me frustraba mucho cuando el metro estaba atestado o cuando Times Square estaba lleno de turistas. No me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba en realidad la congestión de Manhattan hasta que vi la alternativa.

Cuando llegamos a nuestro edificio, Finn ronda a mi lado hasta que le grito porque me está poniendo nerviosa. Tenemos que esperar que el elevador dé dos vueltas hasta que podamos tenerlo para nosotros. Finn insiste en esto porque no todos toman precauciones de manera tan seria como él.

Hubo una época en la que pensé que tener un departamento al final de pasillo, lejos del sonido del elevador, era un beneficio; pero ahora parece un trabajo titánico llegar hasta allá. Finn abre la puerta y me ayuda a quitarme el abrigo; después se va a lavar las manos de inmediato. Se las lava como cirujano, durante largos minutos, frotando bajo las uñas y hasta el antebrazo. Sigo su ejemplo.

Veo el montón de facturas que Finn no ha podido pagar por estar tan ocupado y suspiro profundamente. Podré lidiar con todo esto mañana. Lo único que tengo que hacer ahora es recordar cómo vivir una vida normal.

Finn lleva mi maleta hasta la recámara y desempaca mis cosas.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—¿Podemos pedir comida tailandesa? —pregunto y luego frunzo el ceño—. ¿Sigue habiendo entrega a domicilio?

—Si no hubiera ya estaría muerto —dice Finn—. ¿Lo de siempre?

Rollos primavera, satay y curry massaman. Me encanta no tener que decirle. Asiento y miro hacia el baño.

—Voy a bañarme —anuncio, más para mí misma que para él, porque hay una tina sobre la que tengo que levantar una pierna. Pero tarde o temprano tendré que hacerlo y será mejor mientras Finn está en casa para ayudarme si termino tumbada en el piso.

Resulta que todo sale bien. Estoy tan orgullosa, y agradecida por oler mi propio jabón y champú, en lugar de las versiones del hospital. Me cepillo y trenzo el cabello, pensando en Vee, y me pongo unos *leggings* limpios y mi sudadera más suave.

Finn sonríe cuando entra a la sala.

—Lo hiciste bien.

—En realidad no me queda más que mejorar.

Me siento en el sofá y enciendo el televisor, pasando rápido de la MSNBC a una repetición de *Friends*.

—¿Viste *Rey Tigre*? —pregunto.

—¿*Tigre* qué? —dice.

—Olvídalo.

Tengo que recordar que todo este tiempo que yo he estado luchando por mi vida, Finn ha estado luchando por la vida de otras personas.

De pronto, está sentado frente a mí con una taza humeante.

—¿Qué es esto?

—Leche caliente.

—No me gusta la leche caliente —digo.

Finn frunce el ceño.

—Te la tomaste la última vez que estuviste enferma.

Porque me la calentó sin preguntarme si la quería. Porque su mamá se la preparaba a él cuando se sentía mal. Porque no quería que pensara que era una malagradecida.

—No estoy enferma —afirmo. Me mira escéptico—. Eres médico. Deberías saberlo —con un suspiro, doy unas palmaditas sobre el sofá junto a mí y pongo la taza en la mesita al lado. Finn se sienta—. Sé que casi pasa algo muy malo —digo en voz baja—. Pero no pasó. Estoy aquí y estoy mejor.

Me acerco a él y siento que se tensa. De inmediato, retrocedo para mirarlo a la cara.

—¿Te preocupa que te contagie?

Una sombra de dolor cruza su rostro.

—Más bien al revés.

—Si acabo de vencer a este cabrón —digo—, mis venas deben estar llenas de anticuerpos —flexiono el brazo—. Soy básicamente una superheroína.

Esto al fin lo hace sonreír.

—Okey, Mujer Maravilla.

Me acerco un poco.

—Me pregunto si los anticuerpos son contagiosos.

—Puedo decirte con plena seguridad que no lo son —responde Finn.

—Digo, por si acaso —murmuro contra su cuello y presiona mi boca contra la suya.

Finn vacila y luego me devuelve el beso. Paso las manos debajo de su suéter y siento su corazón latir contra la palma de mi mano.

—Diana —suspira un poco desesperado—. Acabas de salir de rehabilitación.

—Exacto —digo.

No sé cómo explicarle que cuando casi mueres hay una necesidad fundamental, una obsesión en realidad, de asegurarte de que estás viva. Necesito sentirme sana, vital y deseada. Necesito arder con algo que no sea fiebre.

—Déjame enseñarte lo que aprendí —le digo. Paso la sudadera sobre mi cabeza, bajo mis *leggings* hasta los tobillos y me los quito de una patada—. Y mira esto— me pongo de pie y volteo hacia él; me siento sobre su regazo, frente a él—. Pararme, girar, trasladarme —murmuro.

Finn me rodea con sus brazos cuando me acerco más a él. En cuestión de segundos se quita la ropa, al sentir su piel contra la mía ardo de deseo. Dientes, labios, dedos, mis uñas entre su cabello, sus palmas que se aferran a mis caderas, me entrego a Finn. Me carga y giramos hasta que quedo recostada en el sofá, me derrito en él. Me abandono al momento, me concentro en la sinfonía de nuestro aliento, la percusión de nuestros cuerpos, el *crescendo*.

Cuando suena el timbre, a ambos nos sorprende tanto que caemos al piso.

—Mierda —exclama Finn—. La cena.

Se levanta y siento celos por ese movimiento sencillo e irreflexivo.

En su prisa, se pone mi sudadera en lugar de la suya, muy apretada en el pecho. Se pone los *boxers* dando saltos.

—No olvides la propina —digo sin dejar de mirarlo.

Lanza una carcajada.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

Regresa unos minutos después con una bolsa de papel de estraza llena de comida tailandesa. Me mira, tímido.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —respondo.

Lo veo poner la comida sobre la barra de la cocina, sacar un aerosol desinfectante y servilletas de papel, y empieza a limpiar todo.

—¿Por qué haces eso?

Me mira perplejo.

—Ah, claro. No sabes. Es por seguridad. También debes usar guantes cuando recojas el correo y dejarlo ahí dos días, solo para estar seguros.

—¿Para estar seguros de qué?

—De que no esté infectado.

Se vuelve a lavar las manos enérgicamente y yo me paro y camino

hacia él.

—¿Sabes qué no está infectado? —pregunto, jalando su cabeza hacia la mía.

La comida se enfría en la barra mientras nosotros nos entrelazamos en el sofá. Cuando por fin me deshago del abrazo de Finn, abro los ojos y veo que me está mirando. Me quita el cabello de la cara.

—Hay algo diferente en ti —murmura.

—Estoy contenta de estar aquí —susurro.

Probablemente piensa que quiero decir: «no en el hospital», cuando en realidad me refiero a «no delirando en mis pensamientos borrosos y confusos. Entre tus brazos y absoluta y felizmente presente».

Finn es, y siempre ha sido, mi ancla.

Comemos en ropa interior y volvemos a hacer el amor, haciendo caer en nuestro impulso las cajas desinfectadas de comida. En algún momento llegamos hasta la recámara y nos metemos bajo las cobijas. Los brazos de Finn me rodean y presiona con fuerza su frente contra mi espalda. No es así como acostumbramos dormir; tenemos una cama *king size* y en general cada uno se va a un extremo. Yo soy friolenta y Finn se quita las cobijas. Pero ahora no me importa. Si me abraza con fuerza no puedo desaparecer.

Espero hasta que se queda dormido, hasta que siento que su respiración se hace regular sobre mi hombro.

—Tengo que decirte algo —murmuro—. Todo lo que soñé en el hospital... creo que fue real.

No hay respuesta.

—Estuve en las Galápagos —digo, poniendo a prueba mis palabras —. Había un hombre.

Casi de manera imperceptible, los brazos de Finn me aprietan con más fuerza. Contengo la respiración.

—Siempre y cuando sepas con quien tienes realmente relaciones sexuales —murmura.

No me suelta. Y yo no duermo.

TRECE

A la mañana siguiente, cuando Finn se va al trabajo, no hablamos sobre lo que dije a media noche. Me pregunta cien veces si estaré bien sola; fuerzo una sonrisa y le digo que sí; pero en el momento en el que cruza la puerta me da un ataque de pánico.

¿Y si me tropiezo y me caigo?

¿Y si toso tan fuerte que no puedo detenerme?

¿Y si hay un incendio y no puedo salir rápido?

Todo lo que quiero hacer es llamar a Finn y pedirle que vuelva, pero eso es egoísta e imposible.

En su lugar, voy a la cocina en compañía de Candis y me recargo en el bastón de cuatro apoyos cuando tengo que mantener el equilibrio para sacar una taza del estante. Lleno la tetera con agua y la pongo en la estufa, con movimientos lentos y meditados. Muelo café suficiente para la Aeropress y me felicito por hacer todo esto sin caerme. Me salpico la mano con café caliente mientras voy a la mesa y así empieza el primer día del resto de mi vida.

Antes, cuando Finn no trabajaba incansablemente para combatir una pandemia, pasábamos nuestros días libres entreteniéndonos mientras tomábamos café, leyendo *The New York Times* y *The Boston Globe* en línea. Finn leía en voz alta los titulares de política y deportes. Yo pasaba a las páginas de arte y las esquelas funerarias. Suena mórbido, pero en realidad era para el trabajo: tenía una lista en mi computadora de las personas que podrían tener colecciones para que Sotheby's las vendiera a título póstumo.

Claro, ahora ya no trabajo en Sotheby's. No sé cuándo o si lo haré de nuevo. Finn dice que no debería preocuparme por eso; cree que estaremos bien con su sueldo durante un tiempo si tenemos cuidado. Pero creo que en un futuro vamos a enfrentar retos financieros que ahora ni siquiera imaginamos. Llevamos solo un mes con esta pandemia.

El primer titular de *The New York Times* reza: «El número de

muertes documentadas en NY se eleva a más de 10 000».

Los titulares de *The Boston Globe* solo son un poco menos alarmantes: «Los casos de coronavirus en Chelsea aumentan y presentan un desafío para los hospitales y el estado»; «Los científicos de Boston tienen luz verde para fabricar un ventilador de bajo costo».

Hago clic en el enlace de los obituarios.

> Matrimonio de más de 75 años muere a horas de intervalo: Cuando Ernest y Moira Goldblatt se casaron en el verano de 1942, pasaron el resto de su vida juntos hasta el final. El 10 de abril, la pareja falleció en el hogar para ancianos Hillside, en Waltham, a menos de dos horas de intervalo. Moira, 96 años, acababa de dar positivo a la prueba de covid-19. Ernest, de 100, había estado enfermo pero aún no se había hecho la prueba. En un esfuerzo por disminuir la propagación del virus, los residentes del hogar para ancianos que se infectaron fueron transferidos a un área separada. Pero no había duda de que los Goldblatt permanecerían juntos.

Doy clic para darle vuelta a la página y revisar los nombres. Hago clic otra vez.

Y otra vez.

Otra vez.

Hay 26 páginas de esquelas funerarias hoy en *The Boston Globe*.

Con manos temblorosas, cierro la computadora.

Muchas personas han perdido ya a alguien; nunca volverán a recibir una sonrisa, a peinar un copete o a llorar sobre un hombro que huela a hogar. Verán siempre el asiento vacío en una boda, un cumpleaños, el desayuno.

¿Cómo sobreviví yo cuando las personas a quienes ellos amaban no pudieron?

No se trata de que yo haya hecho bien las cosas, ni siquiera recuerdo haber llegado al hospital.

Y tampoco es que ellos hayan hecho las cosas mal.

Tengo un sentimiento de desesperanza; si yo estoy aquí debe haber una explicación. Porque la alternativa, que este virus sea azaroso, que cualquiera pueda morir, es tan abrumadora que resulta difícil respirar. De nuevo.

No soy lo suficientemente presuntuosa como para pensar que soy especial; no soy lo suficientemente religiosa como para pensar que un poder superior me perdonó la vida. Quizá nunca sepa por qué sigo aquí y por qué la gente en las habitaciones adyacentes en el hospital no lo están. Pero puedo pasar la página y, a partir de ahora,

asegurarme de que lo que pase de aquí en adelante sea digno de esta segunda oportunidad que he recibido.

Solo que no sé cómo será exactamente.

Vuelvo a abrir la computadora y escribo en Google: «Trabajos en el negocio del arte».

En la pantalla aparece una lista: Gerente artístico sénior de desarrollo comercial. Profesor adjunto, Instituto de Artes. Director creativo, Omni Health Corp. Director artístico, División de actividad bancaria, JPMorgan Chase.

Todos igual de aburridos.

Realmente disfrutaba mi trabajo en Sotheby's. Me gustaba la gente que conocía y el arte que ayudaba a vender.

O al menos eso era lo que me decía.

Dejo que mi mente vuele a la última vez que vi a Kitomi y su cuadro.

Si me enfermé esa noche y si hay gente asintomática que puede propagar el virus, ¿pude haberla infectado a ella?

Siento pánico y la busco en internet. Hasta donde parece, sigue viva y sana en Nueva York, con su pintura.

Recuerdo cómo me sentí en presencia de esa grandeza artística. Frente a ese Toulouse-Lautrec, cuando anhelé tener un pincel en la mano aunque no fuera ningún Toulouse-Lautrec o Van Gogh. Yo era una artista competente, pero no excelente, y lo sabía. Como mi padre, podía hacer una copia decente, pero eso es muy distinto a crear una obra maestra original.

Crecí bajo la sombra de las fotografías ganadoras de premios de mi madre. Así que en lugar de tratar de crear mi propio legado y fallar, hice que mis capacidades se adaptaran a un campo adyacente al arte.

Borro tres palabras en la barra de búsqueda.

«Trabajos en arte».

Diseñador de moda. Animador. Maestro de arte. Ilustrador. Artista tatuador. Diseñador de interiores. Diseñador de animación gráfica. Terapeuta de arte.

«La terapia artística consiste en incorporar las artes visuales en la mejora cognitiva y las funciones sensoriales y motoras, autoestima y habilidades de afrontamiento emocional para el tratamiento de la salud mental».

De inmediato estoy de vuelta en una playa de Isabela con Beatriz, haciendo muñequitas con desechos del mar para ponerlas en un castillo de arena. Escribo nuestros nombres en las rocas de lava y los

incorporo a una pared. Le explico por qué los monjes hacen hermosos mandalas y luego barren la arena.

Ya había estado pensando en otra carrera sin siquiera darme cuenta. Lo había practicado con Beatriz.

Paso mi mano por el rostro. Imagino que lleno una solicitud de admisión para un programa de posgrado en terapia artística, donde describo mi experiencia imaginaria en el campo.

Pero quizá es ese el punto. Quizá las Galápagos no fue algo que sucedió, sino algo que tiene que suceder.

Cuando empiezo a sentir que se trata de algo como el acertijo del huevo y la gallina, decido que ya fue suficiente búsqueda de trabajo por el día. Abro Instagram y veo que algunos amigos de la universidad ponen «Me gusta» en vuelos y paquetes turísticos baratos. Otra amiga publicó una fotografía de su tía que murió ayer de covid, de quien hace un largo homenaje. Sigue un personaje famoso que está recaudando fondos para Broadway Cares/Equity Fights AIDS. Mi exvecina publica un video para hacer llorar porque tuvo que posponer su boda, cuando la iban a celebrar con todas las precauciones. Es como si dos realidades diferentes existieran al mismo tiempo.

Yo no publico a menudo en Facebook, pero tengo una cuenta. Cuando la abro, hay docenas de notificaciones de conocidos: «¡Te envío pensamientos de sanación! Rezo por ti, Diana. Tú puedes».

Frunzo el ceño y doy clic en la publicación que inspiró estos comentarios. Finn debió entrar a mi cuenta, porque escribió un pequeño párrafo donde explica que estoy hospitalizada con covid y que me intubaron.

Trato de evitar la molestia que me produce pensar que puso esto como si fuera yo.

Los comentarios son de apoyo, efusivos, sinceros. Algunos son políticos y afirman que el virus es un engaño y que tengo gripe. Otros amigos atacan esa publicación en mi nombre. Todo esto mientras yo estaba inconsciente.

De pronto, escribo «Sobrevivientes de covid-19» en la barra de búsqueda y aparecen varios artículos, así como una lista de cadenas de grupos de apoyo. La mayoría son privados, pero entro a uno que no lo es y empiezo a leer.

«¿A alguien le cambió el sentido del gusto? Antes me gustaba el picante y ahora ya no tanto. Además, todo huele a tocino».

«Me es imposible dormir, tengo migraña todas las noches».

«¿Soy la única a la que se le cae el cabello? Antes tenía rizos largos

y gruesos y ahora mi cabello está superdelgado. ¿Cuánto va a durar?».

«Ten paciencia», responde alguien. «¡El mío se dejó de caer!».

«Trata con zinc».

«Trata con vitamina D».

«Salí positivo el 11 de marzo; positivo de nuevo el día 10 y también un mes después. ¿Puedo estar con gente?».

«Pregunta para quienes tuvieron covid-19: ¿han sangrado de un solo lado de la nariz?».

«¿Puedo volver a contagiarme del virus si ya lo tuve?».

«Mi médico no me cree cuando le digo que nunca antes había tenido palpitaciones...».

Me asusto cada vez más. ¿Y si salir del hospital es solo el inicio? ¿Y si tengo problemas a largo plazo que todavía no se manifiestan?

Y si no los tengo, ¿es algo más por lo que debería sentirme culpable?

Estoy a punto de cerrar la laptop, volver a la cama y darme por vencida cuando veo otra publicación: «¿Alguien más que haya estado intubado ha tenido sueños o pesadillas raras?».

Caigo en esta madriguera y empiezo a leer:

> Andaba en bicicleta por el pueblo con mi esposo. Ahora no andamos en bicicleta, los dos somos gordos. Fuimos a una cafetería abarrotada y él entró para ponerse en la lista de espera. Se fue un momento y entré para buscarlo. Le pregunté a la recepcionista si lo había visto. Me dijo que no y cuando salí una de las bicicletas había desaparecido. Cuando me extubaron me enteré de que él había muerto mientras yo estaba inconsciente. No lo supe hasta dos semanas después.

> Estaba en un hospital decorado como si fuera Broadway, pero en el mal sentido, como si estuviera atrapada en *It's a Small World* en Disneylandia, ¿saben? Cada hora todo se detenía y había una enorme revista musical. Estaba tan lleno que ni siquiera podía quedarme en la habitación para verlo. La única manera en la que se podía llamar la atención de todos era apretando el botón de un timbre, y si lo hacías, la canción cambiaba por una que te avergonzaba porque no debías interrumpir la función.

> Estaba en el espacio tratando de comunicarme con la gente para que me ayudaran antes de que me quedara sin oxígeno.

> Estaba en un festival de música electrónica y yo era una especie de criatura en un tanque de agua, la gente que iba al festival me alimentaba con sondas mientras yo flotaba.

> Estaba en un videojuego y sabía que tenía que ganarle a los otros jugadores para sobrevivir.

Estaba sentada a la mesa de la cocina de mi infancia y mi madre hacía *hot cakes*. Podía olerlos tan claramente que cuando los llevó a la mesa con miel de maple también los pude degustar. Cuando mi plato estuvo vacío, puso su mano en mi hombro y me dijo que no podía irme porque no había terminado. Mi mamá lleva 32 años de muerta.

No puedo recordar nada claramente, pero era TAN REAL. No como un sueño con saltos o como se supone que te despiertas el momento antes de morir. Podía sentir, oler y ver TODO. Y morí. Muchas veces, una y otra vez.

Me secuestraba el personal del hospital. Sabía que había nazis y no entendía por qué los demás no se daban cuenta. Cuando desperté en verdad, me habían amarrado las manos porque traté de golpear a las enfermeras.

Me tenían prisionera.

Estaba en una habitación atestada de insectos y alguien me dijo que por eso me había contagiado de covid y que no debía acercarme a ellos. Pero me cubrían por completo.

Mi hermano y yo estábamos en un vagón de carga; estábamos conectados a unos monitores que mostraban cómo nuestra frecuencia cardiaca disminuía cada vez más porque no teníamos suficiente aire. A nuestro alrededor había basura y encontré una tarjeta de Navidad en la que escribí «Ayuda», y le dije a mi hermano que la pasara por las rendijas entre la madera del vagón.

Estaba amarrada a un poste y sabía que me iban a vender como esclava sexual.

Estaba en el sótano de la Universidad de Nueva York (nunca he estado en Nueva York, así que ni me pregunten) y alguien trataba de darme una medicina, pero yo sabía que era veneno.

Estaba encerrada en un sótano, amarrada, no podía salir.

Hago una pausa y pienso en el sueño que tuve de Finn, cuando estaba en las Galápagos, o en mi no sueño o lo que fuera. También era un sótano y estaba amarrada.

Soñé que mi nieto de cuatro años, Callum, se ahogaba. Fui al funeral con mi hija y la ayudé en su duelo, y vivía para ver que tuvo dos hijas más, gemelas, Annabelle y Stacy. Cuando me desperté realmente, le pregunté si podía ver a las gemelas y pensó que estaba loca. Me dijo que el único nieto que tenía era Callum y que sin duda estaba vivo y sano.

Pienso en el rostro de mi madre, quieto y pálido en el iPad, su pecho

apenas se movía.

Leo durante horas y solo me detengo para almorzar las sobras de la comida tailandesa. Hay cientos de publicaciones de personas que han tenido alucinaciones por la falta de oxígeno o que, como yo, sobrevivieron al ventilador. Leo sobre escenas oníricas abundantes y prolongadas. Algunas son aterradoras, otras trágicas. Otras tienen elementos comunes: un videojuego como escenario, estar atrapados en un sótano y ver a alguien que está muerto. Algunas historias son detalladas, otras solo se describen con pocas palabras. Todas son dolorosas e inequívocamente reales.

Como dice una persona en un grupo de Facebook: «Si nunca me hubiera despertado no me habría sorprendido. Todo lo que veía, sentía, EXPERIMENTABA, era genuino».

Por primera vez desde que desperté me doy cuenta que no estoy loca. Que no estoy sola.

Si todos mis buenos recuerdos de las Galápagos no sucedieron en verdad... entonces tampoco los malos.

Por eso, llueve o truene, tengo que visitar a mi madre.

Ese día, Finn me llama tres veces desde el trabajo. Una vez me pregunta si olvidó el cargador de su teléfono en la recámara (no). La segunda pregunta es si quiero que pase a recoger la cena cuando regrese a casa (claro). La tercera vez le digo que debería preguntarme cómo me siento, puesto que esa es la razón por la que en verdad llama.

—Okey —dice—. ¿Cómo te sientes?

—Nada mal. Solo me caí una vez y estoy segura de que la quemadura en mi mano es de segundo grado, no tercero.

—¿Qué?

—Es broma —respondo—. Estoy bien.

No le digo que he estado leyendo con obsesión sobre los sobrevivientes de covid. Ni que estoy tratando de averiguar cómo llegar segura a The Greens, puesto que apenas puedo caminar una cuadra sin tener que detenerme a descansar.

Me dice que me hablará más tarde, pero no lo hace. No vuelvo a saber de él hasta que sus llaves tintinean en la cerradura, una hora después de que me dijo que llegaría a casa. Me levanto de inmediato y me dirijo hacia él, sin apoyarme en Candis, solo me recargo en los muebles cuando necesito un poco más de apoyo, y quiero mostrárselo;

pero antes de llegar hasta él, levanta la mano para detenerme. Se quita la ropa y la mete en una bolsa de lavandería que había puesto debajo de la mesa junto a la puerta, donde dejamos los teléfonos, las llaves y las carteras. Cuando ya solo está en *boxers* y cubrebocas, camina por el pasillo alejándose de mí.

—Solo déjame bañarme —dice.

Cinco minutos después aparece vestido, oliendo a jabón y con el cabello mojado. Estoy en la cocina, pasando con torpeza una toallita de Clorox por el papel encerado de los dos sándwiches gourmet que trajo. Me pregunto si todos moriremos por ingerir productos de limpieza.

Me lavo las manos con cuidado y llevo los platos a la mesa. De inmediato, Finn le da una enorme mordida y lanza un suspiro.

—Es lo primero que como desde esta mañana.

—Entonces no debería preguntarte cómo te fue hoy.

Me mira.

—Esto es lo mejor del día —responde—. ¿Qué hiciste tú?

—Paracaidismo —digo—. Luego domé un poco a un león.

—Qué poco ambiciosa —su rostro se ilumina—. Espera. Tengo algo para ti.

Va al recibidor y busca algo en la mochila que lleva al trabajo. Regresa con una bolsa Ziploc. Saca un cubrebocas de tela, impreso con girasoles.

—¿Gracias? —digo.

—Lo hizo una enfermera de la UCI. Dios sabe que lo último que quiero después de un turno es sentarme frente a una máquina de coser, pero es un detalle de su parte. No he tenido tiempo de comprar ningún cubrebocas reutilizable, y los azules de cirugía no se pueden lavar.

—¿Y cómo sabe ella de mí?

—Ella fue la que me metió a escondidas para verte.

—No quiero quitarte tu cubrebocas...

—Está bien. Athena me hizo uno a mí también. Sin girasoles.

Se sonroja.

—Athena —repito—. ¿Así se llama?

—Mamá griega. Papá de Detroit.

Espero que diga «Tiene 65» o «Lleva de casada más de lo que nosotros llevamos vivos». O incluso que le diviertan mis celos. Pero Finn no dice nada más y pongo el cubrebocas con cuidado junto a mi plato.

—Parece que la conoces bien —digo.

—Supongo que así es cuando luchas contra la muerte junto a alguien todos los días —responde Finn.

Estoy celosa de una mujer que ayudó a salvarme la vida. Sospecho de Finn, aunque yo lo engañé en mis sueños.

Me obligo a tragar.

—Por favor, dale a Athena las gracias de mi parte —digo.

Mientras Finn termina su sándwich, le hablo de un tutorial que vi hoy en línea de cómo hacer cubrebocas caseros con la copa de un brasier.

Finn sonríe y logro mi cometido: ver cómo se relajan sus hombros y libera tensión. Fui yo quien logró que esto sucediera y quien Finn necesita que sea.

Si hay algo para lo que ambos somos buenos en esta relación es que somos predecibles.

—He tratado de recordar cuando me enfermé —digo—. Sé que me dijiste que me dirías todo lo que quisiera saber. ¿Tuve dolor de cabeza antes de empezar a sentirme mal o...?

—¿Diana? —me interrumpe Finn masajeándose las sienes—. ¿Podemos no...? —alza la mirada en súplica—. Ha pasado un día.

Abandono todo lo que iba a preguntar.

—¿Qué tal una película? —propone, dándose cuenta de que me cerré.

Se pone de pie, me jala para abrazarme y hunde su rostro en mi cuello.

—Lo siento —murmura.

Paso los dedos por su cabello.

—Lo sé —digo.

Nos sentamos en el sillón y prende el televisor en busca de algo por completo fantástico. Están pasando *Avengers: Endgame* y rápidamente nos cautiva. Bueno, a Finn. En su mayoría yo solo lo acribillo de preguntas como por qué el capitán Marvel no puede usar él mismo el guante. No me doy cuenta de que Finn está llorando.

Es el final de la película y Pepper Pots está inclinada sobre Tony Stark, quien se sacrificó para salvar el universo. Le dice que van a estar bien y Tony solo la mira, porque sabe que no es verdad; luego ella lo besa. «Ya puedes descansar», dice.

Los hombros de Finn tiemblan y me alejo para mirarlo. Se inclina hacia adelante y hunde el rostro en sus manos, tratando de reprimir los sollozos. Creo que en todos los años que he conocido a Finn nunca

lo había visto derrumbarse así. Es aterrador.

—¡Ey! —exclamo tocándole el brazo—. Finn, todo está bien.

Sus manos tiemblan al tiempo que se enjuga las lágrimas.

—Me pidieron que firmara una orden para no resucitarte —dice Finn—. No sabía qué hacer. Entré a tu cuarto, me senté a tu lado y te dije que si necesitabas irte estaba bien.

«Ya puedes descansar».

Quizá, en la confusión de la sedación lo escuché. Quizá descansé y luego luché para regresar a la tierra de los vivos. Pero Finn no tuvo ningún tiempo para descansar.

Se estremece al respirar, me mira avergonzado.

—Perdón —murmura.

Pongo la palma de mi mano sobre su mejilla.

—No tienes que ofrecer disculpas.

Toma mi mano y voltea la cara para besarla.

—Nunca pensé que esto sucedería así —dice en voz baja. Luego me mira directamente a los ojos—. Sabía que quería pasar mi vida contigo, pero nunca entendí lo que eso significaba hasta que la tuya casi se acaba —agacha la cabeza—. Tenía todo un plan para esto, pero creo que no puedo esperar...

Me levanto disparada del sillón y alejo mi mano de la suya. Mis dedos son como hielos.

—Tengo que... ir al baño —espeto; me alejo con dificultad y cierro la puerta a mi espalda. Adentro, abro la llave del lavabo y me mojo la cara.

Sé lo que Finn está a punto de hacer. Es el momento con el que soñé. Entonces, ¿por qué evité que sucediera?

Estoy sudando, tengo escalofríos y temblores. Hace años que sé lo que quiero. Y ahora que está aquí...

Ahora que está aquí...

No estoy segura de estar lista.

Cierro la llave y abro la puerta. Finn sigue en el sofá, viendo la televisión. Sus ojos están secos y me miran cuando me siento junto a él.

—¿De qué me perdí? —pregunto mirando la pantalla.

Puedo sentir su mirada sobre mí. Creo que lo escucho decir: «Okey».

Supongo que hay temas de los que ni él ni yo estamos listos para hablar.

Me acomodo debajo del brazo de Finn y me vuelvo a recargar en

él. Después de un buen rato, siento las palabras que susurra contra mi cabeza.

—Quizá deberías hablar con alguien. Como... un psicólogo.

—Tal vez debería hacerlo —digo sin mirarlo.

Me concentro en la televisión cuando echan las cenizas de Tony Stark al lago.

Sé que no se puede correr un maratón sin entrenamiento. Y no puedo ir a The Greens si apenas puedo llegar al final del pasillo. Así, el día siguiente reúno todo mi ánimo y salgo a dar un paseo. Las calles están vacías. Camino concentrada y lentamente hasta el final de la cuadra, donde hay una licorería al doblar la esquina.

Para mi sorpresa, está abierta. Pero claro, ¿qué negocio puede ser más esencial?

Cuando Finn llega a casa esa noche, casi brinco de emoción.

—Adivina qué hice —exclamo tan pronto como termina de desvestirse y bañarse. Estoy sentada en el sillón y, de mi espalda, saco una botella de vino tinto.

—Caminé hasta la licorería. Y ahora vamos a celebrar.

Para mi sorpresa, Finn no parece contento.

—¿Hiciste qué?

Mi sonrisa desaparece.

—No rompí el confinamiento —explico—. Podemos salir por comida —bajo la mirada hasta mis manos—. Esto cuenta, ¿no?

—Diana, no debiste salir sola —dice Finn. Se sienta junto a mí y me mira como si esperara encontrar una herida sangrante en la cabeza o un hueso roto—. Acabas de salir del maldito hospital.

—Salí de rehabilitación —digo con dulzura—, y se supone que debo esforzarme. Aparte, tengo que hacerlo en algún momento. El papel de baño no se va a comprar solo.

Esto no está saliendo como debería. Finn tendría que estar contento de que yo me fortalezca, de que haya sido lo suficientemente valiente para salir sola. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que cuando Finn me besa ahora, siempre presiona sus labios en mi frente, como si me tomara la temperatura. Me observa cuando me levanto para ir al baño o a la cocina, por si me caigo.

Me acurruco en él hasta que me abraza.

—Estoy bien —murmuro. Me pregunto cuándo dejará de tratarme como una paciente en lugar de una pareja.

—Prométeme que me esperarás si necesitas salir del departamento —dice en voz baja.

Me quedo sin aliento un momento porque no puedo prometerlo. Mañana voy a The Greens, pase lo que pase.

—Un día —digo suavemente— tendrás que dejarme ir.

Hay una teoría sobre la demencia que se llama retrogénesis; significa que perdemos habilidades para la vida en el orden inverso en el que las adquirimos. Un médico me dijo esto cuando a mi madre le diagnosticaron Alzheimer temprano a los 57 años. Una persona con demencia, dijo, empieza como un niño de 10 años. Puede seguir instrucciones si se dejan en una nota. Al final, el paciente padecerá deterioro mental hasta llegar al nivel de un niño pequeño: no recordará vestirse o alimentarse. Las siguientes capacidades que se pierden son la continencia, el habla. Las primeras cosas que dominamos como bebés son las últimas que perdemos: la capacidad de levantar la cabeza de la almohada, la capacidad de sonreír.

Lo que recuerdo de la primera visita fue preguntarle al doctor cuál era la esperanza de vida de mi madre. «La mayoría de las personas con Alzheimer sobreviven de tres a 11 años», me dijo. «Pero se sabe que algunas viven hasta veinte».

Y en ese entonces pensé: «Dios mío. ¿Qué voy a hacer con ella todo ese tiempo?».

Todo esto fue antes de que la perdiera-no la perdiera en un sueño.

Aunque la ciudad está en confinamiento, fácilmente puedo argumentar por qué es necesario ver a mi madre cara a cara. Sé que los trenes funcionan, pero decido derrochar en un Uber.

No le dije a Finn que iría. No le dije a nadie.

Cuando llega mi coche, el chofer me mira con el cubrebocas de girasoles y yo veo que lleva un KN95, como si evaluáramos el riesgo que cada quien representa. Mira mi bastón de cuatro apoyos y pienso decirle que acabo de recuperarme de covid, pero eso hubiera sido contraproducente.

Para mi sorpresa, la puerta principal está cerrada.

Toco el timbre y la puerta varias veces. Después de un momento, una enfermera con cubrebocas quirúrgico abre la puerta.

—Lo siento, estamos cerrados —informa.

—Pero son horas de visita —respondo—. Vengo a ver a Hannah O'Toole.

—Estamos cerrados por orden del gobernador —dice, parpadeando de asombro como si me juzgara, como si debiera saberlo.

Que, en cierto sentido, debería.

—He estado fuera —digo, y no es mentira—. Mire, no tengo que quedarme mucho tiempo. Sé que es una locura, pero pensé que mi madre había fallecido y...

—Lo siento —interrumpe la enfermera—. Pero esta política significa que su madre está segura. Quizá podría... llamarla.

Me cierra la puerta en la cara. Me quedo de pie en el viento frío, apoyándome en mi bastón y pensando en sus palabras. En general, eso es exactamente lo que hago de vez en cuando.

Estoy a punto de marcar el teléfono de mi madre cuando un coche entra al estacionamiento. Un adulto mayor sale del automóvil con una bolsa de alpiste. Sin embargo, en lugar de ir hacia la puerta de entrada rodea el edificio. Cerca del porche cerrado de una paciente hay un comedero de pájaros. Vacía un poco de alpiste al interior y luego advierte que lo estoy observando.

—He estado con ella 52 años —dice—. No voy a dejar que un virus arruine un récord perfecto.

—¿Viene a visitar a su esposa?

Asiente.

—¿Cómo? —pregunto.

Mueve la cabeza en dirección al porche. Como el de mi madre, es una caja sellada sin entrada, nadie puede entrar al departamento desde aquí, pero el residente puede estar afuera y seguro. Una puerta corrediza se abre al interior del departamento y una ayudante empuja la silla de ruedas de una mujer. Tiene el cabello blanco como algodón y una cobija sobre sus hombros estrechos. Observa al hombre con la mirada vacía.

—Ella es mi Michelle —dice orgulloso—. ¡Gracias! —le grita a la enfermera, quien lo saluda con la mano y luego desaparece al interior. Él se acerca al vidrio y presiona las manos contra él—. ¿Cómo está mi muñeca? —pregunta, y la mujer no responde—. ¿Tuviste una buena semana? Ayer vi a un cardenal en nuestra casa. El primero de este año.

Parece que no se da cuenta o no le importa que lo esté escuchando cuando le habla. Su esposa no se mueve, no se expresa. Me lastima el corazón.

Cuando estoy a punto de irme, empieza a cantar en tenor una canción de los Beatles cuyo título es el nombre de ella: «*très bien*

ensemble», canta. «*Très bien ensemble*».

De pronto, su esposa cobra vida. «*I love, I love you, I love you*», dice.

—Eso es —dibuja una sonrisa de oreja a oreja—. Eso es, querida.

Me apresuro a la esquina, hacia el porche de mi madre. Marco su teléfono. Un momento después, responde.

—¡Hola! ¡Soy Diana! —exclamo con entusiasmo—. ¡Qué bueno hablar contigo!

Sé que esa entonación alegre y entusiasta al final de mis oraciones le darán una pista de cómo responder. No tiene nada que ver con mi nombre o nuestra relación, que no recuerda.

—Hola —responde, dudosa pero animada—. ¿Cómo estás?

—Es un día hermoso —digo—. Deberías salir al porche. Estoy aquí, disfrutando del sol.

No responde y, para ser franca, ni siquiera sé si puede abrir la puerta corrediza al porche. Sin embargo, un momento después sale al pequeño espacio y mira alrededor como si no recordara por qué está ahí.

Agito la mano con la que no estoy sujetando el teléfono. Me quito el cubrebocas del rostro.

—¡Hola! —exclamo casi desesperada—. ¡Por aquí!

Me ve y camina hasta el extremo del porche. Yo hago lo mismo y me quito el teléfono de la oreja. Se ve saludable, estable y todo lo que no parecía en mi sueño. De forma inesperada, mi garganta está tan apretada que no puedo hablar.

Pone la palma de la mano sobre el vidrio e inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Hace calor para esta época del año?

Sé que no tiene idea de qué época del año es, pero es su manera de tratar de hacer conversación.

—Hace calor —afirmo.

—Quizá prendan las bocas de incendio —dice—. A mi hija le encanta.

Me da miedo moverme, hablar, porque tengo miedo de arruinar este momento.

—Es cierto —respondo.

Me acerco y presiono mi mano contra la suya. Hay un vidrio entre nosotras. «¿Dónde estás?», me pregunto. Este no es el mundo que mi madre habita, pero eso no significa que para ella no sea real.

Quizá esto sea lo primero que tenemos en común.

Si me hubieran preguntado hace unas semanas, habría dicho que

mi madre era una carga, un lastre, una responsabilidad. Era alguien con quien estaba en deuda. Pero, ¿ahora?

Ahora sé que todos tenemos nuestra propia percepción de la realidad. Ahora pienso que, cuando estamos en crisis, vamos a un lugar que nos consuela. Para mi madre, ahora, es aquí.

—Te ves muy bien, mamá —murmuro.

Su mirada se nubla; puedo ver el momento exacto en el que se aleja de mí. Quito la mano del vidrio y la meto en el bolsillo de mi chamarra.

—Pienso en venir a visitarte más seguido —digo suavemente—. ¿Te gustaría?

No responde.

—A mí también —digo.

Cuando regreso al estacionamiento, el anciano está sentado en su coche con las ventanas abiertas, comiendo un sándwich. Pido un Uber y le sonrío con timidez.

—¿Buena visita? —pregunta.

—Sí. ¿Usted?

Asiente.

—Me llamo Henry —dice.

—Diana.

—Mi esposa tiene la enfermedad de la sustancia blanca —explica, dándose unas palmaditas en la cabeza como para mostrar que se trata del cerebro.

Claro que todas las personas internadas aquí tienen algún tipo de problema cerebral. El Alzheimer afecta la materia gris, no la blanca, pero el resultado es el mismo.

—Ya solo le quedan tres palabras —continúa. Le da una mordida al sándwich y traga. Luego sonríe—. Pero son las tres palabras que yo necesito oír.

El sonido de las sirenas de las ambulancias es constante. Llega un momento en el que se convierte en ruido de fondo.

Despierto a medianoche, giro y veo que Finn no está. Tengo que desperezarme para recordar si le tocaba el turno nocturno. Es difícil saber la hora cuando todos los días son iguales.

Pero no. Nos lavamos los dientes y nos metemos a la cama juntos.

Frunzo el ceño, me levanto y a tientas en la oscuridad voy a la sala, llamándolo por su nombre en voz baja.

Finn está sentado en el sofá, iluminado por la luz de la luna. Está encorvado como Atlas bajo el peso del mundo. Tiene los ojos cerrados y se tapa los oídos con las palmas de las manos.

Me mira con el rostro amoratado por el cubrebocas; sus ojos tienen unas ojeras profundas.

—Haz que se pare —murmura.

En ese momento puedo escuchar el aullido de otra ambulancia en su carrera contra el tiempo.

Mi sesión de terapia con la doctora DeSantos, como todo lo demás, se lleva a cabo por Zoom. Se la recomendaron a Finn y, aparentemente, le está haciendo un favor al darme cita tan rápido. Cuando le pregunto a Finn cómo la conoce, sus orejas se ponen rojas.

—Se puso a disposición de los residentes e internistas —explica— cuando muchos empezaron a perder el control durante sus guardias.

Agradezco que Finn esté en el hospital durante la sesión. No le he contado que fui a ver a mi madre; sé que se enojaría por mi salida. Me convencí de que era más amable no decírselo.

Parece que estos días soy capaz de convencerme de casi cualquier cosa.

—De lo que estás hablando —dice la doctora DeSantos— se llama psicosis de la UCI.

Le conté de las Galápagos, insegura al principio pero después con más confianza, cuando fue claro que no me iba a interrumpir.

—¿Psicosis? —repito—. No estaba psicótica.

—Un estado elevado del sueño —aclara—. Llamémoslo... rumiación psicológica.

Siento una punzada de frustración. Rumiación. Como lo que hacen las vacas.

—No fue un sueño —reitero—. En los sueños se pueden atravesar paredes, resucitar o respirar bajo el agua como una sirena. Esto fue 100% real.

—Estabas en una isla... una en la que jamás habías estado... y vivías con los lugareños —dice la doctora—. Eso suena agradable. La mente es extraordinaria cuando trata de protegernos del dolor que podríamos sentir si no interviniera...

—Fue mucho más que unas vacaciones. Estuve sedada cinco días,

pero en mi mente, me fui meses. Ahí me fui a dormir docenas de veces y desperté siempre en el mismo lugar, en la misma cama, en la misma isla. No era una... alucinación. Era mi realidad.

Aprieta los labios.

—Concentrémonos en esta realidad —dice.

—Esta realidad —hago énfasis—. ¿Y si siento eso como real? Perdí 10 días de mi vida que no puedo recordar y cuando de pronto despierto, todo el mundo guarda una distancia de tres metros, nos lavamos las manos veinte veces al día, perdí mi trabajo, nadie hace deportes ni va al cine, todas las fronteras están cerradas y mi novio va a un trabajo en el que corre el riesgo de contagiarse y acabar...

Me interrumpo.

—¿Acabar...?

—Como yo —concluyo.

La doctora DeSantos asiente.

—No eres la única con TEPT —explica—. El doctor Colson me dijo que trabajas para Sotheby's.

—Trabajaba —corrijo—. Me dieron de baja.

—Entonces sabes lo que es el surrealismo.

—Por supuesto.

Fue un movimiento artístico del siglo XX que exaltaba el inconsciente y el estado onírico: los relojes derretidos de Dalí y *El espejo falso* de Magritte. Consiste en que el arte te inquiete hasta que te des cuenta de que el mundo es solo una creación. Una imagen que no tiene sentido pero que obliga a tu mente a hacer asociaciones libres; esas asociaciones son la clave para analizar la realidad a un nivel más profundo.

—La razón por la que sientes que todo es surreal es por que estamos en territorio desconocido —explica la doctora—. Nunca hemos experimentado algo así; bueno, al menos la mayoría no lo hemos hecho. No hay muchas personas que hayan sobrevivido a la gripe española de 1918 y sigan vivas. A los humanos nos gusta encontrar patrones para darle sentido a lo que vemos. Cuando no podemos encontrar esos patrones, nos desconcertamos. Los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades dicen que debemos respetar el distanciamiento social, y luego el presidente aparece en televisión sin cubrebocas, estrechando manos. Los médicos dicen que si te sientes enfermo debes hacerte la prueba, pero no hay en ninguna parte. Los niños no pueden ir a la escuela, aunque estemos a medio año escolar. No hay harina en los supermercados. No sabemos qué

pasará mañana o dentro de seis meses. No sabemos cuántas personas morirán antes de que esto se acabe. El futuro es por completo incierto.

La miro fijo. Así es exactamente como me siento. Como si estuviera en una pequeña panga, a la deriva en medio del vasto y enorme océano, sin motor ni remos.

—Por supuesto, eso no es exacto —continúa la doctora DeSantos—. El futuro vendrá, de alguna manera, lo queramos o no. Lo que en verdad queremos decir es que no podemos planear el futuro. Y cuando no podemos hacerlo, tampoco podemos encontrar esos patrones que le dan sentido; perdemos la estructura de la vida. Y sin ella nadie puede permanecer erguido.

—Pero si todo el mundo se está sintiendo así ahora —pregunto—, entonces, ¿por qué soy la única que tiene una vida alternativa?

—Tu rumiación —dice con dulzura—: fue tu mente la que hizo hasta lo imposible por darle sentido a una situación muy estresante para la que no tenías referencia. Además, los medicamentos que te administraron nublaron tu conciencia. Creaste un mundo que podías entender con los elementos con los que contaba tu mente.

Pienso en las guías turísticas que subrayé. Los lugares que había visto en Isabela. Viajes G2.

—Lo que sigues llamando «la otra vida» —continúa la doctora DeSantos— fue un mecanismo de defensa —hace una pausa—. ¿Sigues soñando con las Galápagos?

—No —respondo—. Pero tampoco duermo mucho.

—Eso es muy común en las personas que estuvieron en la UCI. Pero también es posible que no estés soñando porque ya no lo necesitas. Porque sobreviviste. Porque el resultado ya no es vago.

De pronto, siento la boca seca.

—Entonces, ¿por qué me sigo sintiendo perdida?

—Vuelve a construir tu andamiaje, pero mientras estás consciente. Usa los ladrillos que aún tienes, a pesar de la pandemia. Prepara café en la mañana. Medita. Mira *Schitt's Creek*. Tómate una copa de vino en la cena. Ve a tus amigos por FaceTime. Acumula todo lo que acostumbrabas hacer y úsalo para darte una estructura. Te prometo que no te sentirás tan inquieta.

Pienso en las pinturas surrealistas, en cómo asombran y te sacan de lo que tú entiendes que debería ser el mundo. Para mi sorpresa, las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos.

—¿Y si no es ese el problema?

—¿A qué te refieres?

—Desearía poder soñar con las Galápagos —balbuceo—. Me gustaba más estar ahí.

La psicóloga inclina la cabeza hacia un lado con una expresión de compasión.

—A quién no le gustaría —responde.

En mi vida pasada, me quejaba cada vez que sonaba la alarma, me tragaba un pan tostado con café y me unía a millones de personas en Nueva York para ir del punto A al punto B. Pasaba los días enterrada en el trabajo, una montaña que entre más escalaba solo parecía hacerse más grande, y cuando volvía a casa estaba demasiado cansada para hacer las compras o cocinar, así que pedía comida a domicilio. En ocasiones Finn estaba ahí, otras tenía el turno nocturno en el hospital. Había fines de semana en los que trabajaba, pero otros en los que me paseaba por los embarcaderos de Chelsea, por High Line y Central Park. Me esforzaba en no pensar sobre las políticas de la oficina o qué podía adelantar en mi computadora para tener ventaja la semana siguiente. Iba al gimnasio y veía comedias románticas en mi teléfono mientras corría en la caminadora.

Ahora no tengo nada que hacer, nada excepto tiempo. Puedo cocinar, pero solo si encuentro el momento en que dan servicio a domicilio y solo si tienen los ingredientes que necesito. Aparte, hay límites en lo que un solo ser humano puede consumir de pan hecho en casa.

Termino *Tiger King* (creo que ella es la culpable). Maratoneo con *La intención es lo que cuenta*. Me obsesiono con Room Rater y después de escuchar a un comentarista de televisión, de inmediato busco qué hicieron con el espacio en sus casas. Paso felices horas virtuales con Rodney, quien está en casa de su hermana en Nueva Orleans. Dejo de usar pantalones con botones. A veces solo lloro hasta quedar exhausta.

Un día, escribo «coma de sueño» en la barra de búsqueda de Facebook.

Hay dos videos y una liga a una historia de *The Gazette*, de Cedar Rapids. El primer video es el de una mujer que estuvo en coma 22 días después de dar a luz. Cuando despertó, no reconoció a su bebé ni recordaba haber estado embarazada. Mientras estuvo inconsciente, vivió en un palacio y su trabajo consistía en entrevistar gatos; todos iban vestidos como cortesanos y todos podían hablar. En el video, muestra bocetos que dibujó de cada uno de ellos, con sus pequeñas

golas alrededor del cuello, un pendiente de diamantes o jubones de terciopelo.

—Dios mío —exclamo en voz alta. ¿Yo sueno tan trastornada como esto?

El segundo video es de otra mujer. «Mientras estuve en coma», dice, «mi cerebro decidió que el hospital era una teoría conspiratoria. Mi antigua jefa (yo era barista antes del accidente) era dueña del hospital y de millones de otras corporaciones. En la vida real, ella era un poco excéntrica y tenía un tatuaje de caracteres chinos con faltas de ortografía. En fin, quería que yo firmara un contrato y yo me negué. Se enojó tanto que secuestró a mi madre y a mi hermano, y dijo que si no firmaba el contrato morirían. Estuve solo dos días en coma, pero esta situación duró semanas. Recorrí todo el país en busca de amigos que pudieran prestarme dinero. Viajé en jets y me quedé en hoteles; vi cosas en lugares a los que nunca había ido en mi vida. Pero cuando salí del coma y los busqué en internet, ahí estaban». Alguien le hace una pregunta ininteligible y ella se encoge de hombros. «Como esa brillante escultura en forma de frijol, en Chicago», dice. «Y ese lugar en Kansas donde está la bola de hilo que pesa poco más de nueve mil kilos. Es decir, ¿por qué sabría yo eso?».

El video termina antes de que diga lo que estoy buscando: una explicación. La experiencia de esta mujer es más parecida a la mía que la de la de los gatos. Ella también pasó más tiempo inconsciente que conectada a las máquinas. Y su historia estaba llena de detalles del mundo real que no eran parte de su vida antes del accidente. Pero, ¿quién sabe qué espinas cognitivas quedaron atrapadas en los pliegues de su mente? Como dijo la doctora DeSantos: quizá había leído el *Guinness de récords mundiales* cuando era más joven; quizá los hechos que retuvo inconscientemente surgieron a la superficie de su inconsciente como un manantial.

La tercera historia es un artículo de periódico sobre un hombre de 52 años llamado Eric Genovese, quien ha vivido en Cedar Rapids desde que nació. Era chofer de camiones de la empresa Poland Spring y lo atropelló un coche cuando cruzaba la calle para hacer una entrega de agua. Dice que durante el tiempo que le llevó a los paramédicos resucitarlo, cuestión de minutos, vivió una vida por completo distinta. «Cuando me vi en el espejo sabía que era yo, pero por completo diferente. Era más joven y tenía otro rostro, pero me sentía bien. Tenía un trabajo distinto, era ingeniero en computación», citaba. «La mujer que trabajaba a mi lado en el cubículo tenía un novio violento y

pasé meses tratando de convencerla de que terminara con el tipo y se diera cuenta de que yo estaba enamorado de ella. Le propuse matrimonio y nos casamos; un año después tuvimos una hija. Le pusimos Maya, por la madre de mi esposa. Cuando desperté después de que me resucitaron... nada tenía sentido. No dejaba de preguntar por mi esposa y mi niña. Para mí habían pasado años, pero para el resto de la gente solo fueron como veinte minutos. Sentía la imperiosa necesidad de rezar muchas veces durante el día y conocía muchos pasajes de textos religiosos que nadie podía identificar, ni siquiera yo. Resultó que eran del Corán. A mí me criaron como católico; asistí a la escuela parroquial. Pero cuando desperté, era musulmán».

Aunque este es un artículo y no puedo escuchar su voz, algo en sus palabras me interpela. Un tipo de desesperación, desconcierto... asombro.

Escribo su nombre en Facebook. Los Eric Genoveses abundan, pero solo uno es de Cedar Rapids.

Hago clic en el botón de mensaje. Mis manos vuelan sobre el teclado.

La psicóloga me exhortó a encontrar un punto de apoyo en este mundo, aunque se sienta extraño. Hay evidencia científica más que suficiente de que la medicación que usaron para sedarme pudo provocar un caos tal en mi mente como para crear lo que pensé que era una realidad alterna, pero que los demás reconocen como sueños provocados por los fármacos. Hay docenas de testigos que aseguran que estuve hospitalizada diez días; soy la única persona que piensa diferente. O por decirlo de otra manera: los hechos llegan a una explicación que cualquier ser racional aceptaría.

Pero ninguna de estas personas vivió lo que yo viví.

Y hay todo tipo de cosas que antes se consideraban inconcebibles pero resultan ser lo contrario, desde la tierra que rota alrededor del sol, pasando por los agujeros negros hasta las enfermedades que pasan de murciélagos a humanos. A veces lo imposible es posible.

No sé por qué sigo regresando a ese otro lugar. No sé por qué no agradezco mi suerte de estar viva y aquí. Pero sí creo que hay una razón por la que no puedo dejarlo: que a la ciencia, los médicos y la lógica los parta un rayo.

Y pienso que Eric Genovese podría saber de lo que estoy hablando.

«Hola», escribo. «No me conoce, pero leí su historia en el periódico».

«Estuve intubada cinco días».

«Yo también creo que viví otra vida».

El 19 de abril celebramos mi cumpleaños.

Finn pide una buena rebanada de pastel en nuestro restaurante gourmet favorito.

—¿Pastel de zanahoria? —pregunto cuando lo pone en la mesa.

—Es tu favorito —dice Finn—. Siempre lo compartimos cuando está en el menú.

Porque es su favorito, pero no lo digo. Ha hecho muchos esfuerzos para asegurarse de no trabajar esta noche, y está tratando de hacer que este sea un día especial para mí, aunque parezca y se sienta exactamente igual a ayer y yo no haya salido del departamento en días.

Cuando me canta, tengo la extraña sensación de haber hecho esto antes, porque lo hice. Pienso en el pastel que Beatriz horneó para mí; cómo Gabriel y yo acampamos afuera junto a la hoguera. En el volcán al que me llevó como regalo de cumpleaños.

Como no tenemos velas para el pastel, Finn usa una elegante vela aromática Jo Malone que Eva me regaló para Navidad y la enciende. Cuando me ofrece una caja de joyería, la sangre me late en los oídos.

«Quémierdaquémierdaquémierda». Esta idea se convierte en un segundo pulso. Siento como si fuera mucho más que la pregunta más importante que jamás me preguntarán; es la comprensión de que la respuesta será para toda la vida.

Para toda la vida.

«¿Cuál?».

Finn me da un empujoncito con el hombro.

—Ábrelo —me anima.

Logro forzar una sonrisa y rasgo la envoltura improvisada: *The Times* de ayer. Al interior hay un pequeño brazalete que dice GUERRERA.

—Así es como te veo —admite Finn—. Estoy tan feliz de que seas una luchadora, Di.

Se acerca a mí, pasa la mano por mi cabello y me besa. Cuando me aparto, saco el brazalete de la caja y él me ayuda a ponérmelo.

—¿Te gusta? —pregunta.

Es de oro rosa y capta la luz, y no es un anillo de compromiso.

Me encanta.

Alzo la mirada y Finn ya empezó con la rebanada de pastel.

—Ven acá —dice con la boca llena—, antes de que me lo acabe

todo.

Alimento la masa madre. Veo tutoriales de YouTube para poder cortarle el cabello a Finn. Tengo otra sesión con la doctora DeSantos. Hablo con Rodney por FaceTime y analizamos minuciosamente un correo electrónico que recibimos de Sotheby's en el que dicen que seguiremos de baja todo el verano.

Estados Unidos supera el millón de casos de covid-19.

Dejo de usar mi bastón de cuatro apoyos. Aunque me canso si estoy parada mucho tiempo e incluso un tramo de las escaleras me deja jadeando, el equilibrio ya no es un problema. Voy a guardar a Candis en el clóset y, al hacerlo, recuerdo la caja de zapatos donde está mi viejo material de arte.

Con cuidado, lo saco y lo pongo en la cama.

Quito la tapa y encuentro pinturas acrílicas, una paleta con pintura seca y pinceles. Mis dedos acarician los tubos fríos de metal y mis uñas hacen saltar pedacitos de pintura seca. Algo se desdobla en mi interior, como un brote verde y delgado de una semilla que ha estado enterrada.

Hace mucho tiempo que no pinto y no tengo un caballete ni yeso ni un lienzo. La pared es una superficie perfecta para trabajar en ella, pero el departamento es rentado y no puedo hacerlo. Finalmente, me las arreglo para jalar la cómoda y separarla de la pared. La compramos en una tienda de segunda mano y la preparamos con el fin de pintarla algún día, pero jamás lo hicimos. La madera en la parte de atrás es suave, blanca, y está esperando.

Me siento en el suelo con un lápiz y empiezo a trazar líneas, a dibujar. Parece místico, como un médium que canaliza desde otro lugar, observando la improbable expresión frente a mis ojos. Me absorbo, bloqueo los sonidos de la ciudad y el pitido ocasional de mi teléfono. Pongo un arcoíris de colores en la paleta, toco la punta del pincel en la línea carmín y la paso sobre la madera como un escalpelo. Siento una sensación de alivio al hacer contacto y ansiedad al no saber qué sigue ahora.

No advierto que el sol se puso y no escucho la llave de Finn en la puerta cuando regresa a casa. Para entonces, ya cubrí la parte trasera de la cómoda con color y forma, mar y cielo. Tengo pintura en el cabello y debajo de las uñas, mis articulaciones están rígidas por estar sentada y estoy a miles de kilómetros cuando me doy cuenta de que

Finn está de pie frente a mí y dice mi nombre.

Parpadeo y lo miro. Está bañado y lleva una toalla alrededor de la cintura.

—Ya llegaste —digo.

—Y tú estás pintando —una sonrisa se dibuja en sus labios—. En nuestra cómoda.

—No tenía lienzo —digo.

—Ya veo.

Finn se pone detrás de mí para ver lo que pinté. Yo también trato de verlo con otros ojos.

El cielo es cobalto profano, con soplos de nubes añadidas. Se reflejan en la superficie inmóvil de una laguna. Los flamencos avanzan a paso de ganso sobre la arena o duermen con las patas dobladas en ángulos agudos. Un manzanillo de playa se agacha como una vieja bruja en un cuento de hadas, con veneno en las yemas de los dedos.

Finn se pone en cuclillas a mi lado. Extiende la mano hacia la pintura, pero los acrílicos secan tan rápido que sé que no manchará nada.

—Diana —dice después de un momento—. Esto es... no sabía que podías pintar así.

Señala dos pequeñas figuras que están a la distancia, tan pequeñas que fácilmente podrían pasar por alto si no se pusiera atención.

—¿Dónde se supone que es esto? —pregunta Finn.

No respondo. No tengo que hacerlo.

—Oh —exclama poniéndose de pie.

Retrocede un paso, luego otro, hasta que encuentra la sonrisa que quiere mostrarme.

—Eres buena artista —dice Finn, tratando de conservar un tono ligero—. ¿Qué más me escondes?

Antes de irnos a la cama esa noche, Finn coloca la cómoda en su lugar; la laguna que dibujé está pegada a la pared, escondida. No me importa. Me gusta saber que nadie adivinaría que existe.

Después de un turno de 40 horas en el hospital, Finn se queda dormido en cuanto pone la cabeza en la almohada. Me aprieta contra su cuerpo como un niño haría con un peluche, un talismán que aleja a los monstruos.

La primera noche que Finn y yo dormimos juntos, mientras pasaba sus manos sobre mi piel, me dijo que en realidad nunca podemos tocar

nada porque todo está hecho de átomos, y los átomos tienen electrones al interior, que tienen carga negativa. Las partículas repelen a otras partículas de la misma carga. Esto significa que cuando yaces en una cama, los electrones que conforman tu cuerpo empujan a los electrones que constituyen el colchón. En realidad, estás flotando a una distancia infinitesimal de él.

Pasé mi mano por el centro de su pecho. «¿Alucinas esta sensación?», le pregunté.

«No», respondió tomando mi mando y dándole un beso. O eso sentí. «Es el cerebro que trabaja horas extra. A las células nerviosas llega un mensaje de que electrones extraños se acercaron lo suficiente en el espacio y tiempo para repeler nuestro campo electromagnético personal. Nuestro cerebro nos dice que esa es la sensación del tacto».

«¿Me estás diciendo que todo esto es una simulación?», pregunté, girando para ponerme sobre él. «Esa es la razón por la que no debería ser novia de un científico».

Tomó mis caderas en sus manos. «Todos estamos en nuestro pequeño mundo».

«Ven a visitar el mío», le dije, y dejé que se deslizara en mi interior.

Ahora, siento que el calor de Finn me rodea y su piel áspera se presiona contra la mía; cierro los ojos. Incluso acurrucada contra él, imagino esa veta invisible entre nosotros.

La garganta me arde y siento un yunque en el pecho. Siento unas manos sobre mí: me jalan, me hacen girar, me dan palmadas fuertes en la espalda. Tengo los ojos pesados y me pican, y la presión bajo mis costillas es insoportable. «Respira», me digo, pero la orden muere en el vacío.

De pronto la palma de una mano me presiona la frente, tapan mi nariz y cubren mi boca. Una ráfaga caliente me infla como un balón. Uso toda mi fuerza para alejarme, para girar hacia un lado, y el dique revienta. Toso y vomito un líquido que quema, que me da calambres en el estómago y los costados. Toso y toso hasta que por fin puedo respirar el aire más dulce y más limpio.

Caigo de espaldas, exhausta, y me hago consciente de otras sensaciones: la arena rasposa sobre mi piel y la dureza de las piedras, de un corte en mi labio sale sangre, el peso del sol en mi frente. Un mechón de cabello me cruza la cara y no tengo energía para quitarlo.

De pronto desaparece, así como la luz brillante sobre mis ojos. Una sombra se cierne sobre mí como ala protectora.

—Diana.

Me esfuerzo por abrir los ojos y ahí está Gabriel, chorreando agua, sobre mí. Toma mi rostro entre sus manos, y cuando sonríe me jala, como si estuviéramos cosidos uno al otro por un hilo invisible.

Todo me duele y él es el sol al que no debería mirar de frente pero que no puedo evitar.

—*Dios mío* —dice—. Pensé que te había perdido.

Café. Puedo olerlo. Me acurruco más bajo las cobijas y luego siento una mano cálida en el hombro. Un beso en la nuca.

Volteo, una sonrisa me ilumina de pies a cabeza.

Me siento contra las almohadas. Finn me pasa una taza y cubre mis manos alrededor de la cerámica; siento su calor y su solidez.

Pero, para su asombro y el mío, estallo en lágrimas.

CATORCE

—¿Qué le dijiste a Finn? —me pregunta Rodney por videollamada dos días después.

—La verdad —respondo—. Más o menos.

—Mujer —dice arqueando las cejas.

—Le dije que había tenido un sueño y que pensé que no iba a despertar.

—Mmm... —exclama Rodney—. Eso es como cuando compras un vibrador y dices que es para masajear el cuello.

—Primero, tú fuiste el que me compró el vibrador para mi cumpleaños porque eres un cabrón. Segundo, ¿qué se supone que le iba a decir cuando lo encontrara, «pensé que necesitabas un poco de ayuda»?

Veo a la adorable sobrinita de Rodney, Chiara, que llega tambaleándose hasta él con una taza de plástico para bebé.

—¡Tú sientas! —ordena, señalando el piso.

—Okey, bebé —dice Rodney, sentándose con las piernas cruzadas sobre la alfombra—. Lo juro por Dios, si tengo otra fiesta del té me voy a volver loco.

Chiara empieza a acomodar animales de peluche y muñecas alrededor de Rodney.

—La cuestión es que lo estaba intentando —explico—. Hice lo que la doctora DeSantos me sugirió. Empecé a hacer rutinas y a apegarme a ellas. Y puesto que estoy encerrada todo el día en el departamento, ahora también limpio y cocino. Cada vez que Finn llega a casa, la cena está servida en la mesa.

—¡Guau!, ¿así que tú sola hiciste que los derechos de las mujeres retrocedieran como 50 años? Debes estar orgullosa.

—Lo único que hice diferente ese día fue que pinté de memoria. Un pequeño ojo de agua al que me llevaron Gabriel y Beatriz. Hace un par de semanas que salí de rehabilitación, Rodney, y no había soñado que volvía hasta ahora —titubeo—. Lo intenté. Me quedaba en la cama y

me aferraba a una imagen en mi cabeza, esperando que perdurara cuando estuviera dormida, pero nunca funcionó.

—Pensamiento alternativo —sugiere Rodney—. Todo este tiempo, Gabriel ha estado tratando de llegar hasta ti. Un poco como lo hizo Finn cuando se sentaba a tu lado en el hospital y te hablaba mientras estabas inconsciente.

—Entonces, ¿cuál de ellas soy yo en realidad? —pregunto en voz baja.

Desde un punto de vista puramente científico, parecería que es este mundo, en el que amo a Finn y hablo con Rodney. Por supuesto, he estado aquí más tiempo y tengo más recuerdos de él. Pero también sé que el tiempo no corresponde en la misma medida y que lo que aquí son momentos allá pueden ser meses.

—¿No sería una locura que estuviera hablando contigo en este mundo y que tú trataras de convencerme de que no pertenezco aquí? —pregunto.

—No sé —responde Rodney—. Esas mierdas me dan dolor de cabeza. Es como el mundo al revés en *Stranger Things*.

—Sí, con menos monstruos demogorgon y más palmeras.

—Ya hablaste con la loquera... —dice.

—Sí. ¿Y?

—Bueno, quiero que hables con alguien más. Rayanne.

—¿Tu hermana? —pregunto.

—Sí —afirma Rodney—. Es clarividente.

Antes de que pueda responder, la cámara gira hacia un lado y luego se vuelve a enderezar y hay una mujer al lado de Rodney que parece una versión mayor y más cansada de Chiara.

—¿Es ella? —pregunta Rayanne.

—Hola —saludo. Me siento emboscada.

—Rodney me contó lo que te pasó —dice—. El virus apesta. Trabajo en un centro para personas con discapacidad del desarrollo y perdimos a dos de nuestros residentes por covid.

—Lo siento —digo, sonrojándome por ese familiar sentimiento de culpa del sobreviviente.

—Cuando no trabajo ahí —continúa Rayanne tranquila— soy psíquica.

Lo dice como si alguien dijera: «soy pelirroja» o «soy intolerante a la lactosa». Un hecho simple e indiscutible.

—Dice que estás enojada porque te sientes atrapada entre dos vidas.

Hago una nota mental para matar a Rodney.

—Bueno, no estoy segura de haberlo dicho así —corrijo—. Pero es cierto que casi me muero.

—No casi —dice Rayanne—. Ese es tu problema.

Se me sale una carcajada.

—Te prometo que estoy vivita y coleando.

—Okey, pero ¿y si la muerte no fuera el final que nos han dicho que es? ¿Y si el tiempo fuera como un rollo de tela tan largo que no podemos ver dónde empieza y dónde termina? —hace una pausa—. Quizá en el momento en que una persona muere, esa vida se comprime tanto y se hace tan densa que es como un pliegue diminuto en la tela. Puede ser que, en ese momento, entres a una nueva realidad. Básicamente, sería una nueva puntada en el tiempo.

Siento que mi corazón empieza a latir con fuerza.

—Esa nueva realidad —continúa— se desarrolla a un ritmo normal, pero dentro del enorme tejido del tiempo, lo que te parecieron meses en realidad fueron días aquí porque, de nuevo, el tiempo se comprimió en el momento en que dejaste esa otra vida.

—No entiendo bien —digo.

—No tienes por qué —dice Rayanne—. La mayoría de las vidas se comprimen en ese agujero diminuto y tomamos una nueva hebra; una existencia completamente nueva que sigue y sigue hasta que se acaba y se condensa de nuevo como un solo hilván en el tejido. Pero para ti, la aguja saltó. Para ti, la muerte no fue una puntada, fue un velo. Pudiste echar una mirada a través de él y viste lo que había al otro lado.

Imagino un universo cubierto con una tela de gasa de millones de vidas, entrelazadas e intersectadas. Pienso en las agujas que pudieron hilvanarme con Finn, con Gabriel, solo por un momento en el tiempo. Pienso en metros y metros de tela negra como la noche, cada fibra torcida en una vida diferente. En una soy especialista de arte. En la otra, una turista varada. Podría haber infinitas versiones, en algunas curo el cáncer o muero en la guerra, en otras tengo 12 hijos, le rompo el corazón a alguien o muero joven.

—No sabemos qué es la realidad —sigue Rayanne—. Solo fingimos que sabemos porque nos hace sentir que tenemos el control —me mira a la cara en la pantalla y ríe—. Crees que estoy loca de atar.

—No —me apresuro a decir.

—No tienes que creerme —dice Rayanne—. Solo recuerda... no tienes tampoco que creerle a ellos —se encoge de hombros—. Oh, y

no has acabado con todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué voy a saber! Yo solo recibo el mensaje, no lo escribo —mira hacia su izquierda—. Pero para ser sinceras, en este momento el universo me está diciendo que debo cambiar el pañal de Chiara antes de que la peste nos haga desaparecer como un asteroide.

Le devuelve el teléfono a Rodney. Él arquea las cejas como si dijera: «Te lo dije». Después, levanta la taza de plástico con la mano libre.

—Y... se acabó el té —exclama.

Los días que visito a mi madre en The Greens, empaco el almuerzo para un picnic y siempre llevo algo más. No puedo darle nada a ella, porque siguen sin permitirme pasar, pero siempre tengo un rollo de canela o una rebanada de pan de calabaza para Henry, que cada vez que voy está ahí, sin importar qué día de la semana sea. También dejo algo en la puerta principal, para el personal, con una nota de agradecimiento por mantener a los residentes a salvo.

Empiezo a llevar una cobija conmigo que pongo sobre el pasto afuera del porche cerrado de mi madre. Cuando la llamo, responde y le digo lo mismo siempre: «Es un día hermoso, ¿te gustaría venir conmigo?».

Hablamos como desconocidas a quienes acaban de presentar, que tampoco es muy lejano a la realidad. Vemos episodios grabados de *American Idol* y ella me señala a sus cantantes favoritos, que ahora graban desde sus garajes y salas, sin público. Vemos los menús de la semana de The Greens. Le cuento sobre el perrito con impermeable amarillo que vi en el parque y de las tramas de los libros que leo. A veces saca álbumes de fotos y me cuenta sus recorridos, mientras yo la dibujo en un cuaderno blanco. Puede recordar hasta el más mínimo detalle sobre las inundaciones en Río de Janeiro en los ochenta, una explosión de dinamita en las Filipinas, los derrumbes en Uganda. Estaba en la ciudad de Nueva York cuando las Torres Gemelas colapsaron y el aire era tan blanco por la ceniza y el dolor. Capturó la repercusión de la balacera del centro nocturno Pulse. Hizo una serie completa sobre los coyotes que pasaban niños por la frontera mexicana.

—Me metí en muchos problemas por eso —me dice, pasando el dedo sobre la foto granulosa de un hombre y una niña que caminan

por un páramo baldío.

—¿Por qué?

—Porque no mostré a un villano específico —responde mi madre —. Es difícil culpar a alguien por infringir la ley cuando te han quitado todas las opciones. Nadie es completamente bueno ni completamente malo. Solo los describen así.

Pienso en lo que hubiera sido mi vida si ella hubiera llegado a casa a sentarse a la mesa de la cocina conmigo y a contarme estas historias. Sin duda hubiera entendido mejor qué llamó su atención para apartarla de mi padre y de mí, en lugar de solo sentirme celosa de eso.

Estos días he estado pensando mucho en la pérdida. Debido a esta pandemia, todos se sienten como si les hubieran robado algo o, en casos más extremos y permanentes, alguien. Un trabajo, un compromiso, una pintura para subasta. Una graduación, una vacación, el primer año de universidad —ahora tengo la certeza visceral—, pero eso no evita que nos sintamos engañados cuando nos lo arrebatan.

Durante los últimos dos meses las cosas que nos han hecho falta se han concentrado y agudizado, por más que abandonemos los ecos del dolor de todos los otros momentos que nos han decepcionado en la vida. Cuando estaba sedada pensé que había perdido a mi madre, esto aumentó con todas las veces que me abandonó cuando yo era pequeña.

Me mira y se da cuenta de que yo la estoy viendo. Ahora hago eso, trato de verme en la curva de su mentón o en la textura de su cabello.

—¿Has ido a México? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Me gustaría ir un día. Está en mi lista de cosas por hacer.

—¿Qué más tienes en esa lista? —continúa con el rostro iluminado.

—Las Galápagos —respondo en voz baja.

—Yo conozco —dice—. Esa pobre tortuga, el Solitario George, murió.

Fui yo quien se lo dijo, un día antes de que mi vida cambiara.

—Eso oí —me echo hacia atrás y me recargo en los codos, mirándola a través del vidrio. Se ve como en pixeles y completa al mismo tiempo—. ¿Siempre quisiste viajar? —pregunto.

—Cuando era niña no íbamos a ninguna parte —explica mi madre —. Mi padre era ganadero y decía que no puedes tomar vacaciones con las vacas. Un día llegó un vendedor de enciclopedias a la casa y le rogué a mis padres que me suscribieran. Cada mes sacaban un nuevo volumen que me mostraba un mundo mucho más grande que

McGregor, Iowa.

Estoy fascinada. Trato de relacionar su infancia con su mudanza a la ciudad de Nueva York.

—Lo mejor fue cuando me dieron un libro de regalo: un atlas —agrega—. En ese entonces no había computadora, ¿sabes? Ver el aspecto de una montaña en Tíbet a miles de metros de altura o los campos de arroz en Vietnam, o incluso el Golden Gate en San Francisco... yo quería estar ahí. En todos los lugares. Quería ser parte de la imagen —se encoge de hombros—. Y lo hice.

Me doy cuenta de que mi madre literalmente hizo un mapa de su vida. Yo hice el mío en sentido figurado. Pero fue por la misma razón: asegurarme de no quedar atrapada en algún lugar en el que no quería estar.

No sé por qué le hago la siguiente pregunta. Quizá es porque nada de lo que a mí me conmovía o interesaba resonaba en mi madre, o tal vez porque pasé tantos años culpándola por no compartir su vida conmigo, aunque yo nunca se lo hubiera pedido. Pero me siento con las piernas cruzadas y digo:

—¿Tienes hijos?

Una ligera arruga se forma entre sus cejas y cierra el álbum de fotos. Acaricia la tapa con las manos y pasa los dedos por las palabras doradas repujadas: UNA VIDA. Banal, pero también acertado.

—Sí —responde, justo cuando pienso que no contestará—. Tuve.

«Olvídalo», me digo. Las reglas básicas para tratar con enfermos de Alzheimer dicen que no le recuerdes a una persona con demencia una situación que la pueda alterar.

Me mira a los ojos a través del cristal.

—No... sé —agrega.

Pero la confusión, que es la marca distintiva de su enfermedad, no es lo que veo en sus ojos. Es lo contrario: el recuerdo de una relación que no fue lo que pudo ser, aunque no sepamos por qué.

Es como parpadear al ver tu entorno y no saber cómo llegaste hasta ahí.

Soy tan culpable de eso como ella.

He pasado tanto tiempo analizando lo distintas que somos mi madre y yo, que nunca me molesté en considerar lo que tenemos en común.

—Estoy cansada —dice mi madre.

—Debería acostarte —propongo, al tiempo que levanto mi cobija.

—Gracias por visitarme —dice amable.

—Gracias por dejarme venir —respondo con la misma amabilidad —. No olvides cerrar con llave la puerta corrediza.

Espero hasta que entra a su departamento, pero incluso en el espacio de esos pocos segundos, ya olvidó poner el seguro a la puerta. Podría decírselo un millón de veces y probablemente nunca lo recordaría.

Mientras espero al Uber, río entre dientes por mi estupidez. Al principio creí que había regresado a este mundo para poder darle una segunda oportunidad a mi madre. Ahora empiezo a pensar que fue para que ella pudiera darme una a mí.

Todas las noches a las 7:00 p. m. los neoyorquinos se asoman a sus ventanas y golpean cacerolas y sartenes para que los oigan las personas que trabajan en primera línea; es una muestra de apoyo. Finn los escucha a veces cuando vuelve a casa del trabajo.

Esos días llega al departamento, se desviste, se baña y va directo a la alacena que está sobre el refrigerador para sacar una botella de whiskey Macallan. Se sirve un vaso y a veces no me habla hasta que se lo haya tomado.

No sabía siquiera que le gustara el whiskey.

Cada noche, la cantidad que se sirve es un poco mayor. Tiene cuidado de dejar en la botella lo suficiente para la noche siguiente. A veces se queda dormido en el sofá y tengo que ayudarlo a ir a la cama.

Durante el día, mientras está en el trabajo, me subo en un banco y saco el Macallan. Tiro un poco de whiskey por el fregadero; no mucho, para no levantar sospechas, solo lo suficiente como para protegerlo un poco de sí mismo.

Para finales de mayo ya no lavamos las compras del supermercado ni esperamos para abrir el correo, pero nos sigue asustando la posibilidad de que la estela de alguien que pasa corriendo a tu lado pueda contagiar el virus. Empiezo a recibir el dinero del desempleo ahora que cumplo los requisitos porque me dieron de baja, pero eso no cubre ni la mitad de la renta.

Cuando empiezo a sentir que me voy a volver loca, recuerdo lo afortunada que soy. Exploro los foros de sobrevivientes de covid que, después de varias semanas, siguen padeciendo síntomas que nadie entiende y que ningún médico tiene el conocimiento para resolver.

Leo artículos sobre mujeres que hacen malabares entre su trabajo y la educación en línea de sus hijos; y perfiles de trabajadores que están en primera línea y reciben un sueldo escandalosamente mínimo por arriesgarse a la exposición al virus. Veo cómo Finn entra deshecho después de sus largos turnos, obsesionado por lo que ha visto. A veces siento como si todo el mundo hubiera contenido la respiración. Si no tomamos aire pronto, todos vamos a perder el conocimiento.

Un sábado que Finn tuvo libre pasamos la tarde limpiando el departamento, lavando ropa, lidiando con el correo que se había acumulado. Jugamos «piedra-papel-tijeras» para definir quién hacía qué y yo acabo lavando los baños mientras Finn se aboca a un montón de sobres y correo basura para sacar la factura del cable y los estados de cuenta bancarios. Cada vez que paso junto a él, que está en la mesa de la cocina, siento vergüenza. En general dividimos los pagos de los servicios y la renta, pero ahora que mis contribuciones se han reducido a casi nada, él se encarga de la mayor parte.

Levanta un montón de catálogos brillantes que separó de las facturas y los avienta a la caja de leche que usamos como contenedor de reciclaje.

—No sé para qué guardamos estos —dice—. Folletos de universidades.

—No, espera —dejo el sacudidor y los hojeo. Saco algunos y los sostengo en el brazo—. Son para mí —lo miro—. Estoy pensando en regresar a la escuela.

—¿Para qué? —pregunta sorprendido—. Ya tienes una maestría en Negocios del Arte.

—Quizá cambie de carrera —respondo—. Quiero investigar más sobre terapia artística.

—¿Y cómo vas a pagar la colegiatura? —pregunta.

Eso duele.

—Tengo unos ahorros.

No comenta nada, pero su mirada dice: «Quizá ya no tengas cuando todo esto termine».

Me hace sentir igual de culpable por querer gastar dinero en mí cuando soy una carga en los gastos de la casa, y enojada, porque tiene razón.

—Solo creo que esto podría ser... una llamada de atención.

—No eres la única que perdió su trabajo, Di.

Sacudo la cabeza.

—No solo porque me dieron de baja. Todo. Debe haber una razón

por la que me enfermé.

De pronto, Finn parece muy, muy cansado.

—No tiene que haber una razón. Los virus no necesitan razones. Atacan de manera aleatoria.

—Pues yo no puedo creer eso —espeto levantando la barbilla—. No puedo creer que estoy viva solo por azar.

Me mira durante un momento; luego sacude la cabeza y murmura algo que no comprendo. Abre otro sobre y destripa su contenido.

—¿Por qué estás enojado? —pregunto.

Finn empuja su silla hacia atrás.

—No estoy enojado —explica—. Pero, ¿volver a la escuela? ¿Cambiar de carrera? No puedo creer que no lo mencionaras ni una vez en este último mes.

—He estado visitando a mi madre —espeto.

—¡Guau! —exclama en voz baja. La traición se dibuja en todo su rostro.

—No dije nada porque... pensé que me dirías que no fuera.

Estrecha los ojos como si me buscara.

—Hubiera ido contigo —dice—. Debes tener cuidado.

—Crees que me puedo lastimar si llevo la basura al pasillo.

—Exacto. Eso tampoco deberías hacerlo. Hace solo un mes que saliste de rehabilitación...

—Me tratas como si estuviera al borde de la muerte —me quejo.

—Porque lo estuviste —replica, poniéndose de pie.

Estamos a medio metro de distancia, ambos agobiados por la frustración.

Él quiere que, poco a poco, vuelva a ser lo que era antes de que esto sucediera, como si hubiera guardado un lugar para mí en el tablero y retomáramos nuestra vida donde la dejamos. El problema es que ya no soy la misma jugadora.

—Cuando pensé que ibas a morir no creí que hubiera nada más terrible que un mundo en el que tú no estuvieras —dice—. Pero esto es peor, Diana. Ahora eres tú, en un mundo en el que no me dejas formar parte —su mirada se ensombrece, desesperado—. No sé qué hice mal.

De inmediato tomo su mano.

—No has hecho nada malo —respondo, porque es verdad.

El alivio en su mirada casi me quiebra. Finn envuelve mi cintura entre sus brazos.

—¿Quieres volver a la escuela? —pregunta—. Veremos cómo.

¿Quieres tener un doctorado? Yo estaré en la primera fila cuando defiendas tu tesis. Siempre hemos querido lo mismo, Di. Si esto es un desvío en el camino de todo lo que hemos soñado, está bien.

«Un desvío». En mi interior, donde él no puede verlo, me estremezco.

¿Y si ya no quiero lo que antes quería?

—¿Qué querías ser cuando fueras grande? —murmuro.

Finn lanza una carcajada.

—Mago.

—¿En serio? ¿Por qué? —pregunto encantada.

—Porque hacen aparecer cosas de la nada —explica Finn encogiéndose de hombros—. Algo de nada. ¿No es genial?

Me acurruco contra él.

—Yo hubiera ido a todos tus espectáculos. Hubiera sido la superfan insoportable.

—Te hubiera ascendido a asistente de mago —sonríe—. ¿Me hubieras dejado serrucharte a la mitad?

—Siempre —respondo.

Pero pienso: «Eso es lo fácil. El problema consiste en volver a juntarme otra vez».

A la mañana siguiente le llamo a Rodney por videollamada y le cuento que Finn no quiere que vuelva a la escuela.

—Recuérdame, ¿por qué necesitas su permiso? —pregunta.

—Porque cambia todo cuando estás en pareja. Como cuánto puedo dar para la renta si no tengo un sueldo. O cuánto tiempo podremos pasar juntos.

—Casi no pasan tiempo juntos. Es residente.

—Bueno, de cualquier manera no te llamé a ti. ¿Está Rayanne?

—No, está trabajando —dice frunciendo el ceño.

—Como... ¿leyéndole las cartas a alguien?

—En el centro —dice—. Lo único que paga peor que una carrera en arte es ser psíquico —abre los ojos como platos—. Por eso quieres hablar con ella.

—¿Y si soy una idiota por pensar en volver a empezar de nuevo? Quizá Finn tiene razón. Podría ser una reacción extraña al hecho de que tengo una segunda oportunidad o algo así.

Rodney empieza a entender.

—Entonces, ¿quieres que Rayanne le eche un vistazo al futuro y te

diga si vas a pegar pompones con niños que padecen ansiedad por alergias al gluten...

—Eso no es terapia artística...

—...o si vas a usar *stilettos* en la antigua oficina de Eva? No... no funciona así.

—Para ti es fácil decirlo —respondo, presionando una mano sobre mi frente—. Nada tiene sentido, Rodney. Nada. Sé que Finn piensa que no debería hacer cambios radicales porque ya he padecido mucho. En lugar de intentar hacer cosas nuevas, debería encontrar lo que me hace sentir cómoda.

Rodney me mira.

—Dios. Nunca antes te había pasado nada malo.

—Eso no es cierto —refunfuño.

—Sí, bueno, tuviste una madre que nunca supo que existías, pero tu papi te consentía. Quizá tuviste que ir a la universidad que era tu segunda opción. Tuviste tu parte de los problemas que tienen las mujeres blancas, pero nada que te haya golpeado muy duro. Hasta que te contagiaste de covid, y ahora entiendes que a veces hay mierdas que no puedes controlar.

Empiezo a indignarme.

—¿Hacia dónde vas?

—Sabes que soy de Luisiana —dice Rodney—. Y soy negro y gay.

—Lo he notado —respondo haciendo una mueca.

—He pasado gran parte de mi vida fingiendo ser quien las otras personas quieren que sea —explica—. No necesitas una bola de cristal, querida. Necesitas ver las cosas con mirada fría, ahora —me quedo boquiabierta. Rodney ríe—. Rayanne no me puede ayudar en nada —agrega.

A finales de mayo se relajan las medidas estrictas del confinamiento. Conforme mejora el clima, las calles se llenan más. Sigue siendo diferente, todo el mundo lleva cubrebocas, los restaurantes solo dan servicio en terrazas, pero se siente poco menos que una zona desmilitarizada.

Cada vez estoy más fuerte; puedo subir y bajar escaleras sin tener que detenerme a la mitad. Cuando Finn está en el hospital, camino desde la casa hasta Upper East Side, cruzando por Central Park. Cada día me alejo más hacia el sur o el oeste. Entre más gente se aventura a salir, más planifico mis paseos para hacerlos a ciertas horas del día: al

alba o cuando todos están en casa comiendo. Sigue habiendo personas afuera, pero es más fácil guardar el distanciamiento social.

Temprano en la mañana me pongo *leggings* y tenis, y camino hacia el embalse de Central Park. Es mi paseo favorito porque me recuerda otro, cuerpo de agua estático, matorrales y maleza. Cierro los ojos y escucho a las perdices y los gorriones; puedo fingir que son pinzones y cenzontles.

Esto es exactamente lo que estoy haciendo cuando escucho que alguien dice mi nombre.

—¿Diana? ¿Eres tú?

En el sendero, vestida con pants negros, un cubrebocas estampado de cachemira y sus distintivos lentes morados, está Kitomi Ito.

—¡Sí! —exclamo y avanzo, hasta que recuerdo que no podemos tocarnos, abrazarnos—. Sigue aquí.

—No he abandonado todavía la vida mortal, no —responde riendo.

—Quiere decir que no se ha mudado.

—Eso también —dice Kitomi. Señala con un movimiento de cabeza el sendero—. ¿Caminamos un poco?

Sigo su paso, a tres metros de distancia a su lado.

—No puedo negar que pensé que ya no tendría noticias tuyas —dice.

—Sotheby's me dio de baja —explico—. Dieron de baja casi a todos.

—Ah, bueno, eso explica por qué nadie ha tocado a mi puerta para pedirme el cuadro —inclina la cabeza hacia un lado—. ¿La gran venta no es este mes?

Lo es, pero no me había pasado por la cabeza.

—Debo decir que nunca me había sentido tan agradecida por haber tomado la decisión de no subastar el Toulouse-Lautrec —continúa—. Estas semanas solo hemos sido él y yo en el departamento. Me hubiera sentido muy sola sin él.

Entiendo a qué se refiere. A fin de cuentas, yo solo observo el embalse y finjo que es una laguna en las Galápagos. Puedo cerrar los ojos y escuchar a Beatriz cuando se avienta y a Gabriel que trata de convencerme para que me meta.

Otra vez recuerdo que lo último normal que hice antes de enfermarme fue ir al *penthouse* de Kitomi.

—¿Se contagió del virus? —pregunto, luego me sonrojo bajo el cubrebocas—. No quiero ser metiche. Es solo que... yo lo tuve. Me llevaron al hospital al día siguiente de nuestra reunión. Estaba

preocupada por haberla contagiado.

Ella se detiene.

—Perdí el gusto y el olfato como una semana —dice Kitomi—. Pero fue tan prematuro que nadie sabía que era un síntoma. No tuve fiebre ni dolores, nada. Hice la prueba de anticuerpos y los tengo. Así que debería darte las gracias.

—Me da gusto que no haya sido grave.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Pero para ti... ¿lo fue?

Le cuento del respirador, que casi me muero. Hablo de la rehabilitación y explico que es por eso que trato de caminar cada vez más lejos cada día. Le hablo de mi madre, a quien creía muerta pero que no lo estaba. No hace preguntas, solo me deja hablar para llenar la brecha entre nosotras. Entonces, recuerdo que antes de que se casara con Sam Pride había sido psicóloga.

—Lo siento —digo después de un momento—. Probablemente me va a pasar la factura por esto.

Lanza una carcajada.

—Hace mucho tiempo que no doy terapia. Quizá es memoria muscular.

—¿Cree que es la única manera en la que funciona la memoria? —pregunto dudosa.

—No sé a qué te refieres.

—¿Y si el cuerpo o el cerebro recuerda algo que no hayamos hecho antes?

Me mira.

—¿Sabes?, yo estudiaba los diferentes estados de la conciencia. De hecho, así fue como conocí a Sam. Fue en los años en los que los Nightjars consumían drogas duras y, después de todo, ¿qué es un viaje de ácido sino un estado alterado?

—Creo que estuve en dos lugares al mismo tiempo —digo con cuidado—. En el hospital, intubada. Y en mi cabeza, en otro lado completamente diferente.

No la miro mientras le describo mi llegada a Isabela, cómo me adoptó Abuela y mis conversaciones con Beatriz.

El tiempo que pasé con Gabriel.

Incluso cuando me ahogué.

—Antes hacía regresiones a vidas pasadas con mis clientes —dice Kitomi—. Pero esta no es una vida pasada, ¿o sí? Es una vida simultánea —habla en tono casual, como si se refiriera a que el día es

muy húmedo—. ¿Has vuelto ahí? —pregunta.

—Una vez —admito.

—¿Quieres volver?

—Me siento... —dudo, trato de encontrar las palabras correctas—. Siento como si aquí tuviera la vida prestada.

—Podrías ir a las Galápagos —señala Kitomi.

—Ahora no —respondo tímida.

—Un día.

No tengo respuesta. Kitomi y yo caminamos un poco más. Un corredor con una linterna de cabeza nos rebasa.

—Me pude mudar a Montana en cualquier momento en los últimos 35 años —dice Kitomi—. Pero aún no estaba lista —alza la cabeza al cielo y el sol del amanecer se refleja en sus lentes—. Cuando perdí a Sam, perdí toda la alegría. Traté de encontrarla con música, arte, terapia, escritura y Prozac. Luego me di cuenta de que todo ese tiempo busqué en el lugar equivocado. Intentaba encontrar un sentido a su muerte, pero no podía. Fue violenta, trágica, aleatoria e injusta. Siempre lo será. La verdad es que no importa cómo o por qué murió Sam. Nunca importará.

En ese momento, el sol se eleva sobre las copas de los árboles y los enciende. Es el tipo de arte que ningún maestro podrá jamás capturar en un lienzo, pero que está ahí todos los días.

Entiendo lo que me dice Kitomi: tratar de darle sentido a lo que me sucedió no es lo importante. Lo que cuenta es lo que haga con lo que aprendí.

En el sendero del embalse ya hay más gente.

Todos estamos en duelo por algo.

Pero mientras estamos aquí, ponemos un pie frente al otro. Nos despertamos para ver otro día. Avanzamos en la incertidumbre aunque aún no podamos ver la luz al final del túnel.

Estamos maltrechos y rotos, pero somos pequeños milagros.

—Vengo aquí casi todos los días antes del amanecer —dice Kitomi —. Si quieres acompañarme.

Asiento y caminamos un poco más. Antes de separarnos, mi teléfono suena por una notificación.

Es un mensaje en Facebook de Eric Genovese, con un número de celular y una invitación a que lo llame.

Eric Genovese me cuenta que en su otra vida vive en Kentwood, un

suburbio de Grand Rapids del que nunca escuchó hablar y al que nunca había ido antes de que lo atropellara un coche.

—Mi esposa se llama Leilah —dice—. Y mi hijita tiene tres años.

Advierto que habla en presente: «vive», «tiene».

—Ahí soy programador informático —continúa—. Si me conocieras, morirías de risa. Ni siquiera sé como funciona el control remoto de la tele.

—Cuando estuve en las Galápagos pasaron meses —le digo—. Pero aquí fueron días.

Llevamos una hora en el teléfono y la conversación es la más liberadora que he tenido en más de un mes. Había olvidado que le envié un mensaje; ha pasado mucho tiempo, pero Eric se disculpa y dice que ya no usa mucho Facebook. Entiende por completo de lo que hablo cuando digo que estuve en otra parte mientras yacía en la cama del hospital; que la gente que conocí ahí es real. No solo me da el beneficio de la duda: descarta a las personas que son tan cerradas que no saben lo que nosotros sabemos.

—Para mí también —explica—. Mi esposa y yo hemos estado juntos en Kentwood durante cinco años.

—¿Cómo regresaste aquí?

—Una noche estábamos viendo *Jeopardy!* en la televisión, como generalmente hacemos, y yo estaba comiendo helado en un plato hondo. Y era sorprendente: la cuchara atravesaba el plato, como si fuera una cuchara fantasma o algo así. No podía dejar de mirarla. Tampoco podía irme a dormir porque tenía un presentimiento muy extraño de que esto solo era el principio —suspira—. No culpo a mi esposa. Leilah pensó que me estaba volviendo loco. Hablé al trabajo para decir que estaba enfermo y me la pasé mirando todo el día la cuchara y el plato. No dejaba de decirle a ella que si la cuchara no era real, tal vez nada lo fuera. Me suplicó que le llamara al médico, pero como no lo hice tomó a Maya y se fue a casa de su mamá —hace una pausa—. No las he visto desde entonces.

—¿Qué paso con la cuchara?

—Al final se puso rojo brillante, como carbón ardiente. La toqué y me quemé la mano, dolió muchísimo. Empecé a gritar y luego la habitación desapareció como si estuviera hecha de papel, todo lo que escuché fue el grito y todo lo que sentí fue el dolor. Cuando abrí los ojos, un paramédico me presionaba el pecho y me decía que permaneciera vivo.

Trago saliva.

—¿Y después de eso? ¿Cuando volviste?

—Bueno —dice—, ya sabes. Nadie me creyó.

—¿Ni siquiera tu familia?

Hace una pausa.

—Tenía una novia —admite—. Pero ya no.

Trato de responder, pero todas las palabras se me atragantan.

—¿Sabes lo que es una ECM? —pregunta.

—No.

—Experiencia cercana a la muerte —explica Eric—. Cuando salí del hospital me obsesioné por saber más de ellas. Como cuando alguien que está inconsciente recuerda flotar sobre su cuerpo o reunirse con alguien que murió hace años, o algo así. Del 10 al 20% de las personas dicen haberla sentido después de un accidente o un paro cardiaco.

—Leí en Facebook sobre un granjero —exclamo emocionada—. En medio de la cirugía del baipás, mientras estaba anestesiado y sus ojos cubiertos, jura que vio a su cirujano hacer el baile del pollo. Cuando lo dijo, después de la cirugía, su médico estaba asombrado, porque sí bailó alrededor del quirófano moviendo los codos; así era como señalaba los objetos para no contaminar sus guantes.

—Sí, exacto. Incluso sucede durante un paro cardiaco, cuando no hay actividad cerebral. ¿Has visto la IRM de alguien en la última fase de Alzheimer?

Un escalofrío me recorre la espalda.

—No.

—Bueno, literalmente puedes ver el daño. Pero hay cientos de informes de pacientes con demencia que de pronto recuerdan, piensan con claridad y se comunican justo antes de morir. Aunque su cerebro esté destruido. Se llama lucidez terminal y no tiene explicación médica. Por eso algunos neurólogos piensan que quizá haya otra razón para la ECM que el lío de la función cerebral. La mayoría de la gente piensa que la corteza cerebral nos hace conscientes, pero ¿y si no es así? ¿Y si solo es un filtro y durante una ECM el cerebro suelta las riendas un poco?

—Conciencia expandida —digo—. Como un viaje de drogas.

—Salvo que no lo es —responde Eric—. Porque es mucho más preciso y detallado.

¿Podría ser verdad? ¿La mente puede funcionar incluso cuando el cerebro no lo hace?

—Entonces, si la conciencia no proviene del cerebro, ¿de dónde

viene?

Lanza una carcajada.

—Bueno, si lo supiera no estaría trabajando para Poland Spring.

—Entonces, ¿eso es lo que haces ahora? ¿Neurociencia de salón?

—Sí —dice Eric—, cuando no estoy dando alguna entrevista. No puedo decirte lo increíble que es hablar con alguien que no cree que sea un tarado.

—Entonces, ¿por qué las haces?

—Para poder encontrarla —dice sin ambages.

—Crees que tu esposa es real.

—Sé que lo es —corrige—. Y también mi hija. A veces puedo escucharla reír; volteo pero nunca está ahí.

—¿Has ido a Kentwood?

—Dos veces —dice Eric—. Y regresaré cuando termine el confinamiento. ¿Tú no quieres encontrarlos? ¿Al señor y a su hija?

Siento la garganta apretada.

—No sé —admito—. Tengo que estar lista para aceptar las consecuencias.

Él perdió a su prometida, lo entiende.

—Antes de mi accidente yo era católico.

—Lo leí.

—No conocía a ningún musulmán. Ni siquiera sabía que había una mezquita en mi pueblo. Pero hay cosas que ahora sé, que son parte de mí, como mi piel o mis huesos —hace una pausa—. ¿Sabías que los sunitas creen en Adán y Eva?

—No —respondo con amabilidad.

—Con pocas diferencias. De acuerdo con el Corán, antes de crear a Adán, Dios ya sabía que lo pondría a él y a su descendencia en la Tierra. No era un castigo, sino un plan. Pero cuando Adán y Eva fueron desterrados los situaron en lados opuestos de la Tierra. Tuvieron que encontrarse de nuevo. Y lo hicieron, en el monte Ararat.

Creo que me gusta más esa versión; trata menos de vergüenza y más de destino.

—¿No te sientes culpable? —pregunto—. ¿Por extrañar a una persona que todo el mundo cree que inventaste? ¿Cuando a nuestro alrededor, por el virus, la gente pierde a alguien a quien ama? Alguien real, alguien a quien nunca podrán ver.

Eric permanece un momento en silencio.

—¿Y si eso es lo que ahora le dice la gente a él sobre ti?

Kitomi me dice que alguien le hizo una oferta por el *penthouse*. Un hombre de negocios chino, aunque ninguna de las dos podemos imaginar por qué alguien de China quisiera venir al país, donde el presidente habla del virus como la gripe de Wuhan.

—¿Cuándo se mudaría? —pregunto.

Me mira. Sus manos descansan sobre el barandal que bordea el sendero del embalse.

—En dos semanas —responde.

—Eso es rápido.

Kitomi sonríe.

—¿Lo es? La verdad es que llevo esperando 35 años —miramos una bandada de estorninos que alza el vuelo—. ¿Te decepcionaría mucho si decidiera no subastar el Toulouse-Lautrec? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Recuerde que ya no trabajo para Sotheby's.

—Si no lo consigno, ¿alguna vez volverás a trabajar ahí? —pregunta.

—No sé —admito—. Pero no debería tomar la decisión por mí.

Asiente.

—Quizá voy a tener el único rancho en Montana con un Toulouse-Lautrec.

—Haga lo que sea mejor para usted —digo sonriendo.

Por un momento me aferro a esto: la maravilla de caminar al amanecer con un icono de la cultura pop, como si fuéramos amigas. Quizá lo somos. Han pasado cosas más extrañas.

A mí me han pasado cosas más extrañas.

Kitomi inclina la cabeza y me mira sobre el armazón de sus lentes morados.

—¿Por qué amas el arte?

—Bueno —digo—, cada cuadro cuenta una historia y es una ventana a la mente de...

—Oh, Diana —suspira Kitomi—, otra vez, menos tonterías.

Estallo en carcajadas.

—¿Por qué el arte? —pregunta de nuevo—. ¿Por qué no fotografía, como tu madre?

Me quedo boquiabierta.

—¿Sabe quién es mi madre?

Arquea las cejas.

—Diana —dice—, Hannah O'Toole es la Sam Pride de la fotografía.

—No sabía que usted sabía —murmuro.

—Bueno, sé por qué amas el arte, aunque tú no lo sepas —continúa Kitomi como si yo no hubiera hablado—. Porque el arte no es absoluto. Una fotografía es diferente. Ves exactamente lo que el fotógrafo quería que vieras. Pero una pintura es una colaboración. El artista empieza un diálogo y tú lo terminas —sonríe—. Y esto es lo increíble: el diálogo es diferente cada vez que admiras el arte. No porque algo cambie en el lienzo, sino por lo que cambia en ti.

Volteo a ver el agua para que ella no vea las lágrimas en mis ojos.

Kitomi extiende el brazo y acorta la distancia entre nosotras para darme unas palmaditas en el brazo.

—Quizá tu madre no sabe cómo empezar la conversación —dice—. Pero tú sí.

En el camino de regreso a casa, descubro que tengo tres mensajes de The Greens.

Me detengo a medio sendero, obligando a los corredores a que se desvíen a mi alrededor.

—Señorita O'Toole —dice una mujer unos momentos después de marcar—. Soy Janice Fleisch, la directora, me alegra que nos haya llamado.

—¿Mi madre está bien?

—Tuvimos un brote de covid y su madre está enferma.

Ya había escuchado antes estas palabras; estoy atrapada en un ciclón de *déjà vu*. Incluso recuerdo mis palabras.

—¿Está... necesita ir al hospital?

—Su madre dio instrucciones de no resucitación —dice con dulzura.

Por mal que se ponga, no le harán reanimación cardiopulmonar porque eso fue lo que consideré mejor cuando se internó ahí hace un año.

—Varios de nuestros residentes contrajeron el virus —agrega—, pero le aseguro que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para que esté cómoda.

—¿Puedo verla?

—Quisiera decirle que sí —responde la directora—, pero no dejamos entrar a visitantes.

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo escuchar mi voz cuando le agradezco y le pido que me mantenga informada.

Empiezo a caminar lo más rápido que puedo para volver a casa,

tratando de recordar dónde puso Finn la caja de herramientas que usamos para emergencias en el departamento.

Quizá no permitan la entrada a visitantes, pero no pienso pedir permiso.

Le pido al Uber que me deje al final del camino de la entrada para desviarme por el jardín y evitar que alguien me vea acercarme. Esta vez, el coche de Henry no está en The Greens y el comedero de pájaros fuera del porche de su esposa se encuentra vacío. Solo puedo pensar en una razón.

Alejo ese pensamiento de mi mente. Lo principal es que no habrá testigos para lo que estoy a punto de hacer.

Aunque tengo un cortador de alambres, en realidad no lo necesito. Una de las esquinas de debajo del porche cerrado de mi madre está desprendida en la base y todo lo que tengo que hacer es jalarla por debajo con fuerza para que el marco se suelte. Lo abro lo suficiente para poder entrar. Rodeo la silla de ratán y la mesa donde mi madre se sienta generalmente cuando vengo a visitarla. Miro dentro de su departamento, pero no está en el sillón.

En realidad, ni siquiera sé si está aquí. Es posible que llevaran a todos los residentes que dieron positivo a covid a un lugar por completo distinto.

Abro la puerta corrediza del porche. Gracias a Dios mi madre nunca se acuerda de cerrarla con llave.

Entro de puntitas al departamento.

—¿Mamá? —digo en voz baja—. ¿Hannah?

Todas las luces están apagadas, el televisor es un ojo ciego. La puerta del baño está abierta y el espacio vacío. Escucho voces y las sigo por el corto pasillo hacia su recámara.

Mi madre está acostada, tapada con una cobija hasta la cintura. La radio suena a su lado, un programa de la NPR sobre osos polares y los casquetes polares que se derriten. Cuando me paro en el umbral, gira la cabeza hacia mí. Sus ojos están febriles y vidriosos, su piel sonrojada.

—¿Quién eres? —pregunta con pánico.

Me doy cuenta de que todavía tengo el cubrebocas que me puse en el Uber, y todas las veces que la visité no lo usé porque estaba al aire libre. Quizá no me reconozca como su hija, pero reconoce mi rostro como la visita que ha tenido antes. Sin embargo, ahora está enferma y

asustada, y soy una desconocida cuyo rostro está medio oculto bajo un pedazo de tela.

Tiene covid.

Finn me ha machacado, todos los días, lo poco que sabemos de este virus, pero estoy contando con el hecho de que aún tengo anticuerpos. Alzo la mano y me quito un extremo del cubrebocas; el otro cuelga de mi oreja.

—Hola —digo en voz baja—. Solo soy yo.

Extiende el brazo hacia el buró para tomar sus lentes y le da un acceso de tos. Su cabello está aplastado en la parte de atrás y a través de unos mechones pálidos puedo ver su cuero cabelludo rosado. Hay algo tan tierno e infantil en ella que hace que me duela la garganta.

Se pone los lentes sobre la cara, me vuelve a mirar y dice:

—Diana, perdón, mi niña... no me siento muy bien.

Me recargo contra el marco de la puerta. No me ha llamado por mi nombre en muchos años. Antes de la covid, se refería a mí como «la mujer» cuando hablaba con el personal sobre mis visitas. Nunca me ha dado ninguna indicación de que esté consciente de que estamos relacionadas.

—¿Mamá? —murmuro.

Da unas palmaditas sobre la cama junto a ella.

—Ven, siéntate.

Me hundo en el borde del colchón.

—¿Puedo traerte algo?

Niega con la cabeza.

—¿En serio eres tú?

—Sí —recuerdo lo que dijo Eric Genovese sobre la lucidez terminal. Cualquiera que sea la causa de esta claridad en su demencia, que sea fiebre, covid o mera suerte, ¿vale la pena, si esto significa que probablemente va a morir?

—Ya he estado aquí antes —explico.

—Pero a veces yo no —dice—. Al menos no mentalmente —titubea y frunce el ceño como si evaluara su estado mental—. Hoy es diferente. A veces estoy en otros lugares. Y a veces... me gusta más estar aquí.

Entiendo lo que dice por instinto.

Me mira.

—Tu padre era mucho mejor en todo que yo.

—Él no hubiera estado de acuerdo. Pensaba que tu trabajo era brillante. Todos lo piensan.

—Tratamos de tener un bebé durante siete años —dice mi madre. Esto es nuevo para mí—. Hice tratamientos de fertilidad. Medicina tradicional china. Comí propóleo, granadas y vitamina D. Tenía tantas ganas de tenerte. Iba a ser el tipo de madre que sacaría tantas fotos de mi bebé que tendríamos un clóset lleno de álbumes. Iba a hacer una crónica de cada paso de tu vida.

Esto es tan distante de la Hannah O'Toole que conozco, que todos conocen. Una fotógrafa intrépida de la tragedia humana que jamás se dio cuenta de los desastres que provocó en su propia familia abandonada.

—¿Qué pasó?

—Olvidé llevarte al pediatra cuando tenías una semana de nacida —dice.

—Lo sé. He escuchado la historia.

—Era una cita para ti y te dejé en la casa, en tu pequeño moisés —murmura—. Así de horrible era como madre.

—Estabas distraída —digo.

Me pregunto cómo llegamos a esto: yo justificándola.

—Estaba decidida —corrige—. No podía cometer más errores si no estaba ahí para hacerlos. Tu padre... era mucho mejor para cuidarte.

La miro. Pienso en todas las veces que pensé que yo era una segundona distante en su carrera, que la fotografía la tenía cautiva de una forma que yo jamás podría cautivarla. Nunca hubiera podido. Nunca imaginé que se sintiera tan poco confiada en educarme.

—Me acostumbré a que me preguntaran por qué fotografiaba catástrofes —dice mi madre—. Tengo una lista de respuestas hechas: por emoción, para conmemorar la tragedia, para humanizar el sufrimiento. Pero en realidad fotografiaba desastres para recordar que yo no era la única.

Me doy cuenta de que hay una diferencia entre estar motivada y huir de algo que te da un miedo de muerte.

—Te perdono —digo, y todo en mí cambia. Quizá no recibí mucho de mi madre, entre su carrera y su demencia, pero algo es mejor que nada. Tomaré lo que pueda.

—¿Recuerdas cuando papá y yo fuimos contigo a perseguir un tornado? —pregunto.

Frunce el ceño, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sí —murmulla.

Quizá eso es suficiente. No se trata de aventuras ni de palomear la lista de cosas por hacer antes de morir. Es con quién estuviste, quién

te ayudará a recordarlo cuando tu memoria falle.

Mi madre tose otra vez y se recuesta contra las almohadas. Cuando me mira, algo ha cambiado. Sus ojos son un telón de fondo pintado, en lugar de un paisaje dimensional. No hay nada detrás de ellos más que ansiedad.

—Tenemos que ir a un terreno más alto —dice.

Me pregunto dónde está, en qué otro tiempo o lugar. Espero que sea más real para ella que estar aquí, ahora. Que al final sea el lugar en el que elija quedarse.

Imagino que su existencia se encoge hasta convertirse en un alfiler, un agujero en el tejido del universo antes de que salte a otra vida.

Parece que se está quedando dormida. Con cuidado, tomo sus lentes y se los quito de la cara. Dejo mi mano sobre su mejilla suave, su piel como papel. Pongo los lentes junto a una novela de bolsillo que está en el buró y advierto el borde picoteado de una vieja fotografía que sobresale de las páginas como un marcador.

No sé qué me hace abrir el libro para ver la imagen.

Es una foto horrible de mi madre, cuando era joven. La parte superior de su cabeza está cortada y su amplia sonrisa está borrosa. Extiende la mano como si quisiera alcanzar algo.

A alguien.

A mí.

Recuerdo que era yo quien estaba detrás de la cámara, cuando apenas era una niña.

«Toma. Inténtalo tú».

Debo hacer algún ruido porque mi madre me mira parpadeando.

—¿Ya nos presentaron?

Sin que se dé cuenta, meto la fotografía en mi bolsillo.

—Sí —digo—. Somos viejas amigas.

—Bien —dice convencida—. Porque no creo que pueda hacer esto sola.

Pienso en el personal, que en cualquier momento podría venir a ver cómo está. Pienso en este virus y que si vuelvo a contagiarme quizá no sobreviva una segunda vez.

—No tienes que hacerlo —aseguro.

No me doy cuenta de lo tarde que es hasta que voy en el Uber de regreso al departamento y veo que Finn me dejó una cascada de mensajes de texto y seis mensajes de voz.

—¿Dónde has estado? —pregunta, jalándome cuando entro por la puerta—. Pensé que te había pasado algo.

«Algo ya me pasó», pienso.

Dejo en el piso la caja de herramientas que me llevé.

—No me di cuenta de la hora —digo—. Mi madre salió positiva a covid. Hay un brote en The Greens. Pero me dijeron que no podía visitarla.

Los dedos de Finn se flexionan sobre mis brazos.

—Dios mío, Diana, ¿qué puedo hacer? Debes sentirte muy mal por no poder verla.

No digo nada. Evito mirarlo a los ojos.

—¿Diana? —dice en voz baja.

—Se está muriendo —espeto—. Tiene una orden de no resucitación. La posibilidad de que sobreviva es prácticamente inexistente —hago una pausa—. Nadie siquiera sabe que estuve en su departamento.

Aún. Finalmente alguien se dará cuenta de que rompí el marco del vidrio.

De pronto, Finn me suelta.

—Fuiste a la habitación de una paciente con covid —afirma.

—No una paciente...

—Sin un cubrebocas N95...

—Me quité el cubrebocas —admito. Ahora, en retrospectiva, me parece ridículo. Arriesgado. Incluso suicida—. Tenía miedo y no me reconoció.

—Tiene demencia y nunca te reconoce —dice Finn.

—¡Y no iba a dejar que esa fuera nuestra última experiencia juntas!

Un músculo tiembla en su mentón.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste? —se pasa una mano por el cabello mientras camina—. ¿Cuánto tiempo estuviste en contacto?

—¿Dos horas... quizá tres?

—Sin cubrebocas —aclara y yo asiento—. ¡Con un carajo, Diana! ¿En qué pensabas?

—¿Que podría perder a mi madre?

—¿Qué crees que sentía yo? —explota—. ¿Qué siento yo por ti?

—Ya tuve covid.

—Y podrías volver a contagiarte —dice—. ¿O tú sabes más que Fauci? Porque hasta donde sabemos ahora, es un juego de dados. ¿Quieres entender lo que sí sabemos? Que entre más tiempo pasas en un espacio cerrado con alguien contagioso, es más probable que

contraigas el virus.

Me tiemblan las manos.

—No estaba pensando —admito.

—Bueno, tampoco estabas pensando en mí —espeta Finn—. Ahora tendré que hacer cuarentena y una prueba. ¿Cuántos pacientes no podré atender porque no estabas pensando? —voltea como animal enjaulado en busca de una salida—. Dios mío, ni siquiera puedo alejarme de ti —exclama y a grandes zancadas va a la recámara y azota la puerta.

Tiemblo al interior. Me sobresalto cada vez que escucho a Finn moverse en la recámara. Sé que tarde o temprano tendrá que salir para comer o beber algo, o para ir al baño, aunque las sombras de la tarde se alarguen en la oscuridad de la noche.

No me molesto en encender las luces. En su lugar, me siento en el sofá y espero el ajuste de cuentas.

Ya aprendí hoy que cuidar a alguien no es recíproco; que si alguien te abandonó en el pasado eso no significa que deberías abandonarlo en el futuro. Pero, ¿funciona en sentido inverso? Finn es una razón como cualquiera por la que sobreviví a un mal caso de covid: me amarró. Entonces, ¿qué le debo?

La obligación no es amor.

Es normal que Finn y yo tengamos desacuerdos mientras estamos encerrados juntos en el confinamiento. Él está exhausto y yo me estoy recuperando y nada en esta pandemia es fácil. Pero nuestra relación era así. No sé si hasta ahora, por primera vez, me doy cuenta de las pequeñas fracturas o si acaban de aparecer. Estábamos acostumbrados a caminar juntos hacia el futuro, al mismo ritmo, ahora me tambaleo o trato de alcanzarlo. Algo cambió entre nosotros.

Algo cambió en mí.

Como a las nueve de la noche, la puerta se abre y Finn sale. Va a la cocina y abre el refrigerador, saca el jugo de naranja y bebe del envase. Cuando gira, me ve en el brillo azul de la luz del refrigerador.

—Estás sentada en la oscuridad —dice.

Coloca el envase en la barra y se sienta al otro extremo del sofá. Enciende la lámpara y entrecierro los ojos por el brillo repentino.

—Pensé que te habías ido —agregó.

Lanzo una carcajada al escuchar sus palabras.

—¿Adónde iría?

—Sí, claro —asiente.

Miro mis manos entrelazadas sobre mi regazo, como si no me pertenecieran.

—¿Querías... querías que me fuera?

—¿Por qué crees que quiero eso?

Parece francamente sorprendido.

—Bueno —digo—. Estabas bastante enojado. Tienes todo el derecho de estarlo.

«Aparte de que no coopero para la renta», pienso.

—Diana, ¿eres feliz?

Mi mirada vuela hacia su rostro.

—¿Qué?

—No sé. Pareces... inquieta —titubea—. Quizá esa no es la palabra. Tal vez más como «atrapada» —desvía la mirada hacia la costura del sofá—. ¿Sigues queriendo esto? ¿Nosotros?

—¿Por qué me preguntas eso?

Elijo las palabras con cuidado para no tener que mentir, para que pueda interpretarlo como quiera. Él siente alivio y suspira.

—No debí gritarte —dice—. En serio siento mucho lo de tu madre.

—Yo siento haberte contaminado.

Esboza media sonrisa.

—De cualquier manera necesitaba esas vacaciones —exclama.

Dos días más tarde, mi madre se está muriendo. Pensaría que verla por FaceTime mientras está inconsciente es trivial, después de toda la energía que invertí en ella cuando era niña sin recibir nada a cambio. En su lugar, solo me siento tonta. Un miembro del personal sostiene el iPad cerca de su cama y finge no escuchar. Miro el cuerpo sedado de mi madre, enroscado como un brote de helecho bajo las cobijas, y trato de encontrar algo de qué hablar. Finn me dice que es importante hablarle y que aunque piense que no puede oírme, en cierto nivel, puede hacerlo.

Tiene razón. El mensaje puede ser confuso, pero pasará. Mi voz es como una brisa en el entorno de cualquiera que sea el mundo en el que esté.

Finn está sentado conmigo y cuando me quedo sin palabras, interviene y cuenta la historia de cómo nos conocimos y cómo me está enseñando las reglas del béisbol y que piensa que el departamento está embrujado.

Lo último que digo durante la llamada es que está bien que se vaya, si tiene que hacerlo.

Me doy cuenta de que toda su vida esperó escuchar esas palabras de mi boca, porque una hora después me llamaron de The Greens para decirme que había fallecido.

Hago los arreglos necesarios de forma extraña y distante. Decido que cremen su cuerpo y no hacer un funeral. Recuerdo que de niña aprendí que los Shinnecock construían cayucos a partir de troncos de árboles que quemaban al centro y escarbaban el interior. Así me siento. Vaciada, raspada, en carne viva.

Para ser alguien con quien estuve enojada durante tanto tiempo, alguien a quien vi pocas veces, la extraño.

Es asombroso lo fácil que alguien puede salir de tu vida. Es como pararse en la playa, retroceder y ver las huellas de tus pies ahogadas por la arena y el mar como si nunca hubieran estado ahí. Resulta que el dolor es como una videollamada unilateral en un iPad. Es una llamada sin respuesta, el eco de la afección, la sombra que arroja el amor.

Pero no es menos real solo porque ya no puedes verlo.

El día que recibimos el mensaje en donde dicen que podemos recoger las cenizas de mi madre, *The New York Times* publica su esquela en la sección de covid «A quienes perdimos». Hablan de su ascenso como fotógrafa de reportajes y del Premio Pulitzer. Hay citas de colegas del *The New York Times*, de *The Boston Globe*, Associated Press, de Steve McCurry y sir Don McCullin. La llaman la mejor fotógrafa del siglo XX.

Sin embargo, la última línea del obituario no habla de su arte.

Me llevo el periódico a la recámara y me meto a las cobijas. Leo la oración y la leo de nuevo.

«Deja atrás a una hija».

Lloro por primera vez desde que recibí la llamada sobre la muerte de mi madre.

QUINCE

«Vete».

DIECISÉIS

«Mis ojos están cerrados por la hinchazón».
«El sol se levanta».
«Yo no».

DIECISIETE

«¿Soy la única persona en el mundo cuya madre se ha muerto dos veces?».

DIECIOCHO

—Okey, Rip van Winkle —dice Finn—. Vámonos.

Me quita las cobijas de un tirón y yo me quejo. Cuando las busco, él se sienta y pone su mano sobre la mía, alrededor de la taza de café.

«Ya he hecho esto antes», pienso.

Qué fácil sería seguirlo. Giro y parpadeo hacia él.

—Te vas a bañar —ordena—. Y vamos a ir a caminar.

Estamos en el día nueve de la cuarentena. Nos quedan cinco más antes de que podamos salir del departamento.

—¿Cómo? —pregunto.

Finn sonríe tímido y me doy cuenta de que está tratando de decirme que infringirá un poco las reglas por mí. Sabe por qué yo tuve que hacerlo cuando visité a mi madre.

—Poco a poco —dice.

Tras su muerte, pasé tres días en cama. Estuve más tiempo dormida que despierta.

Ni una sola vez volví a las Galápagos; no vi el rostro bronceado de Beatriz ni escuché el acento de Gabriel.

No estoy segura de por qué pensé, mientras me ahogaba de nuevo pero esta vez de dolor, que esta realidad alternativa vendría tras de mí.

Menos segura estoy de lo que significa que no haya sido así.

Finn y yo caminamos por 96.ª, bajamos por Franklin D. Roosevelt Drive hacia East River. Llevamos cubrebocas y nos alejamos cuando pasamos junto a personas porque aunque Finn sea un rebelde, aún es demasiado hermano de la caridad para arriesgarse a infectar a alguien. Pasamos junto a una pareja de tipos que fuman y una mujer con una carriola. El pasto verde al borde de la banqueta está crecido y

las flores sobresalen con la cara al sol.

No hay nada como el inicio del verano en Manhattan. Generalmente hay conciertos de música pop, chicos con tambores hechos de contenedores de cinco galones, bailarines de hip-hop que desafían la gravedad; hombres de negocios que comen shawarma en el poco tiempo que tienen para el almuerzo; niñitas con zapatos blancos brillantes de charol que sujetan sus muñecas American Girl. Hay taxistas que agitan las manos en lugar de gritar y ramilletes de lirios de día, y todos sacan a pasear a un perro. Ahora, la gente va y viene pero con movimientos furtivos, apariciones cautelosas. Nadie se queda. Las pocas personas que usan cubrebocas debajo de la nariz reciben miradas fulminantes. Está más vacío, hay menos gente, como si la mitad de la población hubiera sido exterminada, y eso me hace pensar si siempre será así.

La nueva normalidad.

—¿Crees que alguna vez volverá a ser lo que era antes? —le pregunto a Finn.

Me mira.

—No sé —dice pensativo—. Cuando hablaba con mis pacientes antes de cirugía, siempre preguntaban si podrían hacer todo lo que hacían antes de la operación. Quiero decir que, técnicamente, la respuesta debería ser sí. Pero siempre quedan cicatrices. Aunque no estén sobre tu vientre, están en algún lado en tu cabeza; el nuevo conocimiento de que no eras invencible. Creo que eso te cambia a largo plazo.

Llegamos al parque Carl Schurz, uno de mis favoritos. Hay tres árboles, jardines verdes de terciopelo y dos juegos de escaleras de piedra que siempre siento que son el lugar en donde debería empezar un cuento de hadas. Hay un jardín de juegos para niños. Un Peter Pan de bronce.

Nos sentamos en una banca frente a la estatua.

—Tienes razón. Necesitaba salir —con mi hombro le doy un empujón a Finn—. Gracias por cuidarme.

—Para eso estoy —responde.

Respiro profundamente a través del cubrebocas.

—Siempre me gustó este parque.

—Lo sé.

Se recarga y alza el rostro hacia el sol, con las manos en los bolsillos de la chamarra. Si no fuera porque seguimos atrapados en la pandemia, sería un día absolutamente perfecto.

Me doy cuenta de que Finn no solo se está relajando y que ya no busca en sus bolsillos. Una pequeña caja hace equilibrio sobre su rodilla.

—Sé que no parece como el momento más oportuno —dice—, pero entre más lo pienso, más me doy cuenta de que lo es. Casi te pierdo. Y ahora, con lo de tu mamá... bueno, cada día cuenta. No me importa si no volvemos a la normalidad, porque no quiero retroceder. Quiero avanzar contigo. Quiero tener hijos que podamos traer aquí y columpiar. Quiero el perro y el jardín y todo lo que hemos soñado todos estos años.

Finn se arrodilla sobre una pierna.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunta—. Ya pasamos la enfermedad, ¿qué tal si ahora intentamos la salud?

Abro la caja y veo un solitario anillo, sencillo y encantador, que me guiña con su brillo.

A un metro de distancia, Peter Pan está congelado en el tiempo. Me pregunto cuántos años pasó en compañía de Wendy antes de olvidar que sabía cómo volar.

—¿Di? —dice Finn, riendo nervioso—. Dime algo.

Lo miro.

—¿Por qué no eres mago?

—¿Qué? Porque... ¿soy cirujano? ¿Por qué estás hablando de esto...?

—Dijiste que querías ser mago. ¿Qué cambió?

Incómodo, vuelve a sentarse a mi lado; sabe que el momento pasó.

—Nadie crece para ser mago —murmura.

—Eso no es cierto.

—Pero es diferente. La gente que lo hace de manera profesional no hace magia, solo te distrae de lo que en verdad está haciendo.

Finn siempre ha sido mi ancla. El problema con las anclas es que no solo impiden que vayas a la deriva; en ocasiones, te hunden.

Podría pintar a Finn de memoria: cada peca, sombra y cicatriz. Pero de pronto es como si vieras a alguien a quien reconoces en una multitud pero que, cuando te acercas, te das cuenta de que esa persona no es quien pensabas.

Se frota la nuca con la mano.

—Mira, si necesitas tiempo... Si juzgué mal... —voltea para mirarme—. ¿No es lo que quieres? ¿Lo que planeamos?

—No puedes planear tu vida, Finn —digo en voz baja—. Porque entonces tienes un plan. No una vida.

Quizá no exista una razón por la cual sobreviví a la covid. Quizá no haya un mejor hombre que el que está sentado a mi lado. Pero yo no soy la misma persona que era cuando Finn y yo imaginamos el futuro... y no creo que quiera serlo.

Es posible que no podamos elegir nuestra realidad. Pero podemos cambiarla.

El anillo sigue en mi mano. Lo pongo en su palma y doblo sus dedos sobre él.

Finn me mira, destrozado.

—No entiendo —dice con voz quebrada—. ¿Por qué haces esto?

Me siento increíblemente ligera, como si estuviera hecha de aire y pensamiento, en lugar de carne.

—Eres perfecto, Finn —digo—. Solo que no eres perfecto para mí.

EPÍLOGO

Mayo de 2023

Pregunten a cualquier persona que casi ha muerto. Hay que vivir el momento. Por desgracia, eso es imposible. Cada momento se escapa irremediablemente.

Solo puedes pasar al momento siguiente y luego al próximo, en busca de lo que más amas con quien más amas. ¿La suma de todos esos momentos? Esa es tu vida.

Las listas de cosas por hacer antes de morir no son importantes. Los estándares no son importantes. Tampoco las metas. Los triunfos se presentan en pequeño formato: ¿desperté esta mañana?, ¿tengo un techo sobre mi cabeza?, ¿la gente que me importa está bien? No necesitas las cosas que no tienes. Solo necesitas lo que tienes. ¿Y el resto? Está de más.

Hace ya tres años que me recuperé de la covid; dos desde que me vacunaron; uno desde que terminé la licenciatura en terapia artística y abrí mi propio consultorio. Desde entonces he estado ahorrando y me ha llevado a esto.

Volteo el rostro hacia el viento. El rocío cae sobre mis lentes oscuros y me los quito para que moje mi cara. Me río, porque puedo.

Llevó tiempo para que el país volviera a abrir, y mucho más para que lo hicieran sus fronteras. Tuve que reunir valor para dar los más pequeños pasos: comer adentro de un restaurante. No entrar en pánico si dejaba el cubrebocas en casa. Subirme a un avión.

El ferri está abarrotado. Hay una familia con tres niños revoltosos y unos adolescentes apiñados sobre un teléfono celular. Un grupo de turistas japoneses escucha al guía que señala los distintos tipos de pez que podrán encontrar cuando buceen, un volumen completo de fotografías marinas. El piloto del ferri anuncia que nos acercamos al muelle, donde varios taxis pluviales nos esperan para el último

trayecto.

Es un recorrido de solo cinco minutos; le pago al conductor y bajo en el muelle de Puerto Villamil. Un león marino está echado sobre la arena frente a mí, ancho e inmóvil como un continente. Saco mi teléfono y tomo una foto que envío con un mensaje de texto.

De inmediato, Rodney responde: «Los latinos son supersexys».

Mis dedos vuelan sobre el teléfono. «Sí te llegó este mensaje, ¿verdad?».

«No», escribe Rodney.

Rodney y yo hemos estado viviendo juntos en Queens desde que me salí del departamento de Finn. Terminar con un novio no es siempre fácil, mucho menos durante una pandemia. Pero dos horas después de que llamé a Rodney para decirle que mi madre había muerto y que Finn me propuso matrimonio, se subió a un avión. Vivimos apretados del dinero del desempleo hasta que Sotheby's volvió a contratar a Rodney. Para entonces, yo ya estaba inscrita en la NYU.

Rodney quería venir conmigo a las Galápagos, pero era algo que tenía que hacer sola. Es el último capítulo, es hora de que el libro finalice.

Desde que terminamos, he visto a Finn solo una vez. Nos cruzamos en la pista de corredores junto a East River. Él regresaba a casa del hospital y yo hacía ejercicio. Está comprometido con Athena, la enfermera que me hizo el cubrebocas de girasoles.

En verdad espero que sea feliz.

Puerto Villamil está abarrotado. Hay bares al aire libre con música que los dueños pusieron en las calles, un puesto de tacos con una larga fila de clientes y niños descalzos que juegan futbol. Es el ambiente relajado y alegre de un pueblo turístico, y no soy la única persona que jala una maleta de rueditas por el polvo arenoso de la calle.

Un nudo gordiano de iguanas se desenreda y dispersa cuando las ruedas de mi maleta pasan cerca. Busco en mi teléfono la dirección de la Casa del Cielo, pero los hoteles están todos alineados como dientes blancos relucientes a lo largo de la costa. El mío es pequeño, un hotel *boutique*. El estuco refleja el sol y un letrero de mosaico azul indica su nombre.

No se parece nada al hotel que soñé.

Cuando llego a la entrada, una pareja sale. Detienen la puerta para

que pase y entro jalando mi maleta hasta la recepción.

El aire acondicionado sopla sobre mí cuando doy mi nombre. El recepcionista, un chico de edad universitaria, tiene el cabello teñido de rubio y un *piercing* en la nariz. Habla perfecto inglés.

—¿Ya nos ha visitado antes? —pregunta cuando le doy mi tarjeta de crédito.

—En realidad, no —respondo; él sonríe.

—Suena como una buena historia.

—Lo es —digo.

Me da la llave del cuarto, con un llavero de una pequeña cáscara de coco pulida.

—La contraseña de wifi está atrás —informa—. No es muy confiable.

Lanzo una carcajada que no puedo evitar.

—Si necesita algo, solo marque cero —dice.

Le agradezco y tomo la manija de mi maleta. Justo antes de entrar al elevador, doy media vuelta.

—¿Hay alguna Elena que trabaje aquí? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No que yo sepa...

—No hay problema. Seguramente me equivoqué —digo.

Mi tesis de maestría trató sobre la confiabilidad de la memoria y de cómo nos falla. En Japón hay monumentos que se llaman piedras de tsunami; son unas estelas gigantes sobre la costa que advierten a los descendientes de los primeros pobladores en cuanto a construir sus casas a partir de cierto punto. Se remontan a 1896, cuando dos tsunamis mataron a 22 000 personas. Los japoneses creen que son necesarias tres generaciones para olvidar. Quienes experimentaron un evento traumático se lo pasan a sus hijos y nietos, y luego el recuerdo desaparece. Para los sobrevivientes de una tragedia eso es inconcebible; ¿de qué sirve vivir algo terrible si no se puede dar la lección de lo aprendido? Puesto que nada jamás reemplazará todo lo perdido, la única manera de darle sentido es asegurarse de que nadie más padezca lo que tú sufriste. Los recuerdos son la salvaguarda para evitar cometer los mismos errores.

En mi consulta de terapia artística comencé a trabajar con personas cuyas vidas se habían visto afectadas por la covid, que habían perdido su trabajo o a seres queridos, o que sobrevivieron al virus y (como yo)

se preguntaban la razón. A lo largo de tres años mis pacientes y yo creamos tres piedras pandémicas de tres metros de alto por uno de ancho, donde los sobrevivientes pintamos y tallamos imágenes y palabras que reflejaban la sabiduría que ahora tienen y no tenían antes. Hay dibujos de familias con muñecos de palitos, donde algunos están en gris para mostrar que están muertos. Hay mantras: «Encuentra tu alegría. Ningún trabajo vale que te mates por él». Hay imágenes de puños negros alzados en solidaridad, un mundo en forma de corazón, una jeringa llena de estrellas. La primera piedra que terminamos se instaló en el vestíbulo del MoMA, en el aniversario más reciente de la pandemia.

El obelisco se encuentra tres pisos debajo de las fotografías de mi madre.

Explorar Isabela es un poco como volver a visitar una ciudad que recorriste cuando estabas bajo el efecto de las drogas. Algunas cosas son exactamente como las recuerdo, como la lava negra y plana *pahoehoe* y el codo de playa más allá del hotel. Seguramente fueron fotografías que vi cuando planeaba mi viaje aquí y que se grabaron en algún lugar de mi inconsciente; eso es suficiente para que me parezca legítimo. Pero otras partes de la isla son sorprendentemente distintas, como el lugar al que llegan las pangas todos los días con la nueva pesca del día, y la arquitectura de las pequeñas casas que pueblan el camino que lleva a la salida del pueblo. La casita de Abuela, con el departamento en el sótano, sencillamente no existe.

Mañana haré un recorrido por la isla. Quiero ir al volcán y a Los Trillizos. Pero ahora, como el vuelo fue largo y quiero estirar las piernas, me pongo unos shorts, una camiseta sin mangas y tenis, me hago una cola de caballo y camino por la costa. Me quito los zapatos y entro al mar, hasta que me llega a las rodillas. Observo a los cangrejos rojos que salpican las rocas. Pongo los brazos en jarras y miro hacia las nubes, luego hacia el horizonte donde hay una pequeña isla que nunca existió en mi sueño. Respiro profundamente; pienso que la última vez que estuve aquí no podía respirar.

Me siento en una roca con una iguana completamente ajena a la compañía, y espero que mis pies se sequen antes de volver a ponerme los tenis. Esta vez, empiezo a correr alejándome del pueblo. Otra cosa que es por completo distinta a lo que tenía en mi imaginación: la entrada al criadero de tortugas. Es turística y hay letreros, mapas y

dibujos en cartón de huevos y tortugas fuera del cascarón.

Una pareja está saliendo; me sonríen al tiempo que yo entro.

—Está cerrado —dice la mujer—, pero puedes ver a los bebés en los corrales de afuera.

—Gracias —digo.

Camino hacia los corrales en forma de herradura. Debajo de los cactus, las tortugas se apiñan unas con otras, extendiendo su cuello de anciano hacia cualquier peligro que haya a 15 centímetros. Una abre la mandíbula y saca una lengua rosa triangular.

Las tortugas están ordenadas por tamaño. Algunos corrales solo tienen dos o tres, otros están llenos. Los bebés no son más grandes que mi puño y trepan unos sobre otros para crear su propia pista de obstáculos.

Uno de los pequeños se las arregla para poner las patas sobre el caparazón de otro hasta llegar a una altura que le permite respirar, antes de caer bocarriba.

Sus patas patean el aire y la cabeza se esconde en el caparazón.

Miro alrededor preguntándome si hay algún empleado que pueda voltear a este pobre pequeño.

Bueno. Son bebés, no puede ser peligroso.

El muro de contención me llega al muslo. Subo un pie para escalarlo y así poder completar mi misión de rescate y marcharme.

No tengo idea de cómo la suela de mi tenis se resbala.

—*¡Cuidado!*

Una mano me toma por la muñeca un momento antes de que me caiga.

Y volteo.

NOTA DE LA AUTORA

Los humanos marcan las tragedias. Todos recuerdan dónde estaban cuando asesinaron a Kennedy, cuando se derrumbaron las Torres Gemelas y lo último que hicieron antes de que el mundo se confinara por la pandemia de covid-19.

Yo estaba en Tulum, para una boda. La novia era una actriz que, un mes después, sería la estrella de la adaptación musical fuera de Broadway *Between the Lines*, una novela que escribí en colaboración con mi hija. Asistí a la boda con la libretista y su esposo, y nuestra directora y su marido. Todos nos sentamos juntos a la mesa, tomamos margaritas y la pasamos muy bien. De ahí, me reuní con mi marido en Aspen, donde mi hijo le propondría matrimonio a su novia. Hubo alboroto sobre el coronavirus, pero no parecía real.

Luego, en nuestro hotel nos informaron que uno de los huéspedes había dado positivo a covid. Cuando volamos de regreso a casa, New Hampshire entraba en confinamiento. Mi última salida al supermercado fue el 11 de marzo de 2020 (y hasta la fecha no he vuelto a ir). Una semana después me enteré de que las otras personas que estuvieron en mi mesa durante la boda en México habían contraído covid. Dos estaban hospitalizadas.

Yo nunca me contagié.

Tengo asma y me tomé muy en serio el confinamiento. Puedo contar con una mano la cantidad de veces que salí de casa el año pasado, cuando en los años anteriores viajaba en total seis meses completos por año. Dos de mis hijos y sus parejas contrajeron covid, afortunadamente con síntomas leves. Cuando mi esposo salía a comprar comida y algún empleado decía que no era necesario usar cubrebocas o respetar el distanciamiento social, él siempre les decía que nuestros hijos se habían enfermado. Al igual que Finn en esta novela, en general se alejan de inmediato como si solo hablar de la enfermedad fuera contagioso.

¿Y yo? Yo permanecía en casa, paralizada por el miedo. No podía

respirar bien en un día bueno; no quería ni pensar en lo que la covid le haría a mis pulmones. Estaba tan angustiada que no podía concentrarme en nada, es decir, no podía distraerme con mi trabajo. No podía escribir. Ni siquiera podía leer. Después de unas páginas era incapaz de concentrarme.

El problema de la lectura fue lo que superé primero gracias a las novelas románticas, el único género en el que podía abandonarme. Creo que necesitaba saber que había un final feliz, aunque fuera ficticio. Pero aún no podía escribir. Empecé a trabajar en una novela que tenía que coescribir para su publicación en 2022; traté de ejercitar el músculo de la memoria con investigaciones (esta vez por Zoom) y, de alguna manera, mi mente recordó cómo hacer un libro. Pero todo el tiempo que trabajé en este relato me preguntaba: ¿Cómo vamos a documentar esta pandemia? ¿Quién lo hará? ¿Cómo contamos la historia de la manera en la que el mundo se confinó, por qué y qué aprendimos?

Varios meses después del inicio de la pandemia me topé con un artículo sobre un japonés varado en Machu Picchu durante el confinamiento. Quedó atrapado ahí debido a las restricciones de viaje y, por necesidad, dejó de ser turista y se convirtió en parte de la comunidad. Finalmente, los lugareños solicitaron al gobierno que abriera el sitio histórico solo para él, y así pudo tener la experiencia como visitante. De pronto supe cómo escribir sobre la covid.

La sensación más generalizada que hemos vivido este último año es el aislamiento. Lo extraño es que se trata de una experiencia compartida, pero aun así seguimos solos y sin rumbo. Eso me hizo pensar en cómo el aislamiento puede ser devastador... pero también puede ser un agente de cambio. Y eso me hizo pensar en Darwin. La teoría de la evolución dice que la adaptación es la manera de sobrevivir.

Nunca he ido a Machu Picchu... y obviamente no podía ir para hacer la investigación. Pero sí había estado en las Galápagos hacía unos años, y me pregunté si habría podido haber algún turista varado ahí durante la pandemia. Así era: un joven turista escocés llamado Ian Melvin tuvo que quedarse meses en la isla Isabela, en las Galápagos, cuando los viajes se prohibieron. Rastreé a Ian para entrevistarlo, así como a algunos de los residentes que conoció ahí: Ernesto Velarde, que trabaja en la Fundación Darwin, y Karen Jacome, una guía naturalista. Quería escribir sobre qué se sentía estar atrapado en el paraíso mientras el resto del mundo se iba al infierno.

Pero también quería hablar de supervivencia. Sobre la resiliencia de los humanos. Es imposible atribuir significado a las innumerables muertes y pequeñas pérdidas que todos hemos padecido; sin embargo, vamos a tener que darle un sentido a ese año perdido. Para ello, empecé por entrevistar a los profesionales médicos que han estado en las trincheras combatiendo a la covid desde el inicio. Escuché su frustración, su agotamiento y su determinación por no dejar que ganara este maldito virus. Vertí su corazón en la voz de Finn y espero haberles hecho justicia. Nunca podremos agradecerles lo que han hecho ni borrar los recuerdos de lo que han visto.

Luego dirigí mi atención a las personas cuyos síntomas de covid fueron tan graves que tuvieron que intubarlas, y que vivieron para contármelo. Vale la pena notar que cuando hice un llamado en redes sociales a los sobrevivientes que estuvieron en respiradores, recibí más de 100 respuestas en una hora. De manera casi unánime, la gente con quien hablé (de todas edades, tamaños, razas; este virus no discrimina) quería que otros supieran que la covid no es «solo una gripe»; que existe una razón para usar cubrebocas y respetar el distanciamiento social, y que la política no tiene nada que ver con ello. Al igual que Diana, casi todos los entrevistados experimentaron estados muy detallados de sueños lúcidos; algunos eran fragmentos de tiempo y otros duraron años.

Estoy segura de que soy la única persona hasta ahora en catalogar estas experiencias, porque hay cosas mucho más importantes que necesitamos saber sobre la covid, pero me parece fascinante que estos sueños se puedan categorizar, a grandes rasgos, en cuatro tipos: algo que implica un sótano, una experiencia de limitación o secuestro, la reaparición de un ser querido muerto o uno que muere (quien, cuando el paciente de covid recupera la conciencia, está bastante vivo). Los sueños lúcidos de los sujetos de mis entrevistas son las publicaciones que Diana lee en Facebook. Caroline Leavitt, una autora que me encanta, ha escrito varias veces sobre su propia experiencia durante un coma médicamente inducido, y compartió detalles conmigo sobre este «otro lugar» que sigue visitando a veces durante el sueño, donde no es escritora sino maestra, es soltera, tiene un aspecto diferente pero sabe que es ella, donde ha pasado años. Hay toda suerte de explicaciones para estas experiencias inconscientes y lúcidas; en resumen, no sabemos mucho sobre el cerebro como para entender por qué suceden y qué significan.

La última pregunta que le hacía a mis entrevistados era: «¿De qué

manera esta experiencia cambió su forma de considerar el resto de su vida?».

Sus respuestas me devuelven a la idea de aislamiento. Cuando te encuentras completamente solo, ya sea en una saliente rocosa o en un respirador, el único lugar donde encontrar fortaleza es en uno mismo. Como me dijo una mujer: «Ya no busco más nada fuera de mí. Esto es todo. Tengo todo lo que necesito». Hayamos o no estado hospitalizados por covid el año pasado, todos tenemos un sentido más claro de lo que es importante. Quién lo diría: no es el ascenso, el aumento de sueldo, el coche lujoso o el jet privado. No es entrar a una universidad del Ivy League, terminar una carrera de Ironman o ser famoso. No es hacer un turno más o quedarse tarde en el trabajo porque eso es lo que tu jefe espera de ti. Por el contrario, es tomarse el tiempo de ver la belleza de la escarcha sobre la ventana. Es poder abrazar a tu mamá o cargar a tu nieto. No es no tener expectativas: es no dar las cosas por sentadas. Es comprender que una hora más en tu escritorio es una hora que no pasas jugando pelota con tu hijo. Es darse cuenta de que podemos despertar mañana y el mundo estará confinado. Es saber que al final de la vida, no importa a cuánta gente conozcas o lo largo que sea tu currículo, lo único que quieres es que alguien esté a tu lado y te tome de la mano.

Cuando trato de darle sentido al año pasado siento que el mundo se puso en pausa. Cuando dejamos de movernos nos dimos cuenta de que las maneras que elegimos para validarnos son una lista de cosas o experiencias que necesitamos tener, metas monetarias o mercenarias. Ahora, me pregunto por qué eso es siquiera una meta. No necesitamos esas cosas para sentirnos completos. Necesitamos despertar en la mañana. Necesitamos que nuestro cuerpo funcione. Necesitamos disfrutar una comida. Necesitamos un techo sobre la cabeza. Necesitamos rodearnos de las personas a las que amamos. Necesitamos pequeños triunfos.

Y necesitamos recordarlo aunque ya no estemos en pandemia.

JODI PICOULT, marzo de 2021

AGRADECIMIENTOS

Soy conocida por ser una escritora rápida, pero creo que con este libro rompí el récord de velocidad. No habría sido posible sin la ayuda de las siguientes personas:

Para refrescar mis recuerdos sobre las Galápagos: Ian Melvin, Karen Jacome, Ernesto Velarde. (Nota: aunque la isla Isabela sí se cerró al turismo, eso sucedió el 17 de marzo de 2020, no el 15 como sucede en el libro. Es mi prerrogativa de ficción, ¡no un error de mis expertos!)

Para la información sobre qué significa trabajar como profesional médico en tiempos de covid: Dr. Barry Nathanson, Dra. Kim Coros, Dr. Vladislav Fomin, Carrie Munson, Kathleeen Fike, Meghan Bohlendeer, Dra. Grecia Rico, Dra. Ema-Lou Ranger, Dra. Alli Hyatt, Dra. Samantha Ruff, Meghan Summerall, Kendal Peters, Megan Brown, Lewis Simpson, Stefanie Ryan, Jennifer Langford, Meagan Campuzano, Dr. Francisco Ramos.

Por compartir su pueblo imaginario conmigo (y por su apertura, honestidad y maravilloso talento como escritora): Caroline Leavitt.

Por ayudarme a matar a alguien en el buceo: Christopher Crowley.

Por sus apasionados textos sobre la ciudad de Nueva York y la geografía de Central Park: Dan Mertzlufft.

Por enseñarme sobre terapia artística y adolescentes que se autolesionan: Dra. Sriya Bhattacharyya.

Por enseñarme sobre arte, negocio del arte y ayudarme a crear un falso y muy convincente Toulouse-Lautrec (y también por amar a mi hijo Jake): Melanie Borinstein.

Por ser sobrevivientes y por su honestidad sobre la experiencia de padecer covid grave: Vicki Judd, Kabria Newkirk, Caroline Coster, Karen Burke-Bible, Chris Hansen, Don Gillmer, Lisa y Howard Brown, Felix Torres, Matt Tepperman, Shirley Archambault, Alisha Hiebert, Jennifer Watters, Pat Conner, Jeri Hall, Allison Stannard, Sue McCann, LaDonna Cash, Sandra y Reggie McAllister, Teresa Cunningham, Katie

White, Lisa Dillon, Nancee Seitz.

Por presentarme las piedras de tsunami: Dr. Daniel Collison.

Por tramar muertes ficticias mientras estuvimos en unas montañas insufribles y por estar en mi burbuja andante de covid: Joan Collison, Barb Kline-Schoder, Kirsty DePree, Jan Peltzer.

Por exhortarme a escribir este libro cuando yo no dejaba de decir que probablemente no debería, y por leer los primeros borradores: Brigid Kemmerer (la mejor crítica), Jojo Moyes, Reba Gordon, Katie Desmond, Jane Picoult, Elyssa Samsel.

Ahora, pasemos a los jugadores más valiosos de la industria editorial. Crear un libro toma mucho tiempo. No solo se trata de escribir; también están la edición y la corrección, el diseño y la maquetación, y la organización de todo lo demás para que puedan leerlo. Un día de marzo le envié un correo electrónico a mi editora que decía: «¡Sorpresa!, he aquí un libro que nunca planeé escribir». Jennifer Hershey, la editora más brillante del mundo y la porrista más encarnizada, reaccionó de la mejor manera posible: le encantó el libro y quería publicarlo mientras todos seguíamos tratando de entender el año pasado. Mi agente, amiga y cómplice Laura Gross también fue una pieza fundamental para lograr esta tarea colosal. Mi publicista, Susan Corcoran, tiene el corazón más grande y la mente más aguda del mundo, y no podría hacer nada de esto si ella no estuviera a mi lado. Y después está el resto de la maquinaria bien engrasada que hizo posible esta publicación en un tiempo récord: Gina Centrello, Kara Walsh, Kim Hovey, Deb Aroff, Rachel Kind, Denise Cronin, Scott Shannon, Matthew Schwartz, Theresa Zoro, Kelly Chian, Paolo Pepe, Erin Kane, Kathleen Quinlan, Corina Diez, Emily Isayeff, Maya Franson, Angie Campusano. Son mi ejército y eso me hace sentir invencible.

Gracias infinitas a la familia que me mantuvo sana cuando trepaba las paredes este año: Kyle y Kevin Ferreira van Leer, quienes todos los días hacían conmigo el crucigrama de *The New York Times* y los concursos de ortografía; a mi extraordinario cuarteto Sammy y Frankie Ramos, Jake van Leer y Melanie Borinstein.

Por último, gracias al único hombre con quien me gustaría estar encerrada en un espacio confinado durante más de 365 días: Tim van Leer. Aunque cambiaste mi lista del supermercado para que fuera más sana, te amaré siempre, sin importar en qué mundo estemos.

Acerca del autor

JODI PICOULT es autora de 27 novelas, con 40 millones de ejemplares vendidos a nivel mundial. Sus últimos 12 libros han estado en primer lugar en la lista de superventas del *New York Times*, incluido su más reciente, *The Book of Two Ways*. Cinco novelas han sido adaptadas para el cine y *Between the Lines* (coescrito con su hija Samantha van Leer) se adaptó como obra musical. Ha sido galardonada en varias ocasiones, con el Premio de Librería de Nueva Inglaterra de Ficción, el Premio Alex de la Asociación de Servicios Bibliotecarios para Jóvenes Adultos y el Premio Literario de New Hampshire al Mérito Literario Excepcional. También es colibretista del musical *Breathe* y del próximo musical *La ladrona de libros*. Vive en New Hampshire con su esposo.

jodipicoult.com
Facebook.com/jodipicoult
Twitter: @jodipicoult
Instagram: @jodipicoult

Título original: *Wish you were here*

© 2021, Jodi Picoult

Esta edición es publicada por acuerdo con Ballantine Books, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Adaptación de la portada original de Lisa White: Planeta Arte & Diseño
Imágenes de portada: © Michela Ravasio / Stocksy (mujer); y iStock (texturas)

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9076-8

Primera edición en formato epub: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9086-7

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE